

CONCHÍN FERNÁNDEZ

QUERIDO NOAH

*Una historia real de amor y lucha
en el corazón de África*

PLAZA  JANÉS

QUERIDO NOAH

Una historia real de amor y lucha
en el corazón de África

PLAZA  JANÉS
www.megustaleerebooks.com

Introducción

Me encanta verte sonreír... Sí, me encanta. A veces, cuando estoy sentada en este sofá, o recostada en la cama, tras largas horas de trabajo, pongo la mano sobre mi vientre y cierro los ojos. Al instante te imagino en mi seno, pequeñito, encogido, y te veo sonreír.

Tu sonrisa me fascina. Tal vez porque no ha sido nada fácil que llegaras a este mundo o porque, en no pocas ocasiones, el embarazo se me hace cuesta arriba. Pero cuando te acerco mi mano, y la hundo en el agua que te envuelve y que te proporciona la vida, me siento feliz y con ganas de seguir adelante. Remuevo el líquido transparente con mi dedo índice, en círculos. Lo acerco a tu manita, y con tus minúsculos deditos me tocas. Casi un roce imperceptible, porque tu palmita entera es aún más pequeña que mi yema, pero ya me siento unida a ti, a tu historia, a nuestro pasado y a tu porvenir. Los segundos transcurren en silencio; todo se ha parado a nuestro alrededor. Sólo estamos tú y yo.

Te miro de nuevo y a través de esos ojitos cerrados tuyos, sé que me ves. Por eso sonríes. Porque sabes que mamá está aquí. Desde hace meses vivo para dos, me paseo para enseñarte mi ciudad que algún día recorrerás conmigo. Percibo en tus ojos oscuros el sosiego de quien se sabe protegido y querido. Aunque me resulta dura la soledad. No puedo ocultarte nada. Nadie mejor que tú para comprender lo que me pasa por dentro. Estás tan cerquita de mi corazón que a veces tengo miedo de que cualquier disgusto me provoque latidos violentos o respiración acelerada y te despiertes sobresaltado. De modo que intento apartar los problemas de mi interior, alejarlos de ti, hacia mi cerebro, para que mi corazón trabaje pendiente sólo de mi bebé.

No necesito pronunciar palabra alguna para que oigas lo que mi espíritu desea transmitirme, y para ti tampoco es necesario. Ya habrá tiempo de que aprendas mi lenguaje: este idioma con el que escribo esta noche, y que será en adelante tu lengua materna, aunque no la única que conocerás, porque tu origen diverso enriquecerá tu acento con palabras, proverbios y cuentos bantúes con los que me enamoró tu padre, quien me dio mil motivos para amar y ser amada, para engendrarte y quererte. Me basta tu presencia para comprender que el peso de la responsabilidad es grande. Cuidar de ti será una tarea ardua. Bien es cierto que no tendremos que temer las picaduras de serpientes, o las fiebres palúdicas, pero las incomprendiones ligadas a tu doble origen nos acarrearán, sin duda, más de un quebradero de cabeza. Pero merece la pena arriesgarse. Tu sonrisa vale mucho más que todo eso. Y es tan hermosa...

Ahora a tu alrededor todo es tibio, aunque al otro lado del cristal de la calle hace frío. El agua que te baña y esa calidez corporal me llevan contigo a ese otro mundo lejano, de ensueño y pesadilla a la vez, que únicamente unos pocos a este lado del Estrecho conocemos. Antes de que te engendraramos, yo estuve allí. Sí, yo tuve la fortuna de estar allí. Yo tuve un amor en África... Por eso te escribo: para que conozcas tus orígenes diversos, ya que en tus venas corren dos ríos muy distintos y lejanos que unidos han confluído en ti: mi diminuto y risueño Arga y el inmenso y sereno Congo de tu padre. Mis pechos te darán a beber dos aguas enriquecidas con historias y leyendas que colmarán tu hambre y tu sed de aventuras. La historia mundial seguirá su curso, pero contigo en mí el tiempo parece haberse detenido.

Me deslizo por mi vientre contigo, tu manita permanece pegada a mi dedo, y noto como si un relámpago golpeará mi interior. Me duele. Tu corazón guerrero late con más fuerza y mi respiración se agita convulsa. He estado allí, en esos mismos bosques, en ese mismo río, bajo ese mismo sol, empapada bajo esa misma lluvia cálida torrencial que acompaña la caída del sol. Pero no basta con haber vivido para comprender. Hay que ser uno con el pueblo mortificado para saber lo que eso significa. Y ello sólo es posible gracias a ti.

Por eso, hijo mío, quiero contarte esta historia, que explica por qué en estos momentos te encuentras en mi seno. Al igual que tú te dejaste mecer por los vaivenes de mis aventuras y desventuras, que te tejen despacito, pero firme, yo también me dejé mecer por la suavidad de unas aguas, en apariencia tranquilas y majestuosas, cargadas de historias ocultas, de embrujos transmitidos de abuelos a nietos y de redes de pescador arrojadas desde piraguas. En ocasiones, mientras la barquita de madera me llevaba a explorar regiones recónditas, de ríos anchos y árboles gigantes, el ruido del motor fueraborda me parecía un sacrilegio, un invento diabólico del hombre blanco que llegó hace un siglo y medio a romper la magia de una selva congoleña donde el tiempo se detuvo en la prehistoria, pero a la que se obligó a pasar a la modernidad en pocos años.

Ojalá, pequeñín, la vida te trate bien. Haré lo imposible para que así sea. Cuando recorras conmigo, de mi mano, mi relato, que es tu historia, sé que volverás a sonreír. Mamá a veces es un poco ingenua, y me suceden cosas dignas de una comedia. Pero la vida ahí fuera es fría y hostil. Algunos de mis mejores amigos, de los que te hablaré, han sufrido situaciones que te harán llorar de rabia. Cuando lleguemos a esos momentos, te cubriré los ojos y taparé tus oídos. No debes conocer esas circunstancias; todavía no. Si ahora las narro es para que, cuando seas mayor, comprendas que llevas en tus genes la lucha por la vida de millones de hombres y mujeres que te han precedido y que han luchado por defender a sus familias, a sus amigos e incluso a sus enemigos. Estoy segura de que vas a ser digno de todos ellos.

Me despido de ti esta noche, pero antes te contemplo por última vez a través del velo de mi propia piel mientras el índice de mi otra mano hace girar, en sentido inverso, las manecillas del reloj de mi relato que ahora empieza, y descubro, como en un sueño, que desde siempre te anhelé, mi pequeño y querido Noah.

El avión salió con retraso de Madrid, de modo que llegamos poco antes de la puesta de sol. A través de la ventanilla se veía una carretera estrecha y cientos de puntos luminosos de color naranja que se extendían débiles y dispersos en medio de la oscuridad. Aterrizamos suavemente con algunos ligeros tumbos sobre el asfalto de la pista. Cuando nos detuvimos por completo la azafata se levantó de su asiento y se apresuró a colocarse entre la puerta de salida y la cabina de vuelo. «Gracias por volar con Air France», me dijo sonriente en cuanto me vio salir por el pasillo. Le devolví el saludo y me dirigí hacia el exterior. La estación de lluvias acababa de empezar y las nubes cubrían el cielo amenazando con descargar una monumental tormenta. Pero no me importaba. ¡Por fin había llegado! A la República del Congo. A pesar de los consejos de mi familia y de todos mis amigos, especialmente de Bruce. ¡Y él era congoleño! Debía saber de lo que hablaba.

Bajé la escalerilla con paso tembloroso. Bruce me había contado que en cuanto llegara a su país, una nube de mosquitos, como helicópteros de combate, se abalanzarían en picado sobre mí y me transmitirían la malaria u otras enfermedades terroríficas de las que jamás había oído hablar. Saqué del bolsillo la mosquitera que me había comprado en una tienda de montaña y me envolví con cuidado de cubrir hasta el último milímetro de piel. Debía de tener un aspecto un tanto extraño, pero todas las precauciones eran pocas. Bruce me había contado relatos espeluznantes de amigos suyos que habían muerto en medio de charcos de sangre, con fiebres altísimas y fuertes convulsiones, y no quería correr la misma suerte.

De camino a la terminal volví a echar una ojeada al cielo encapotado. «Ojalá no se ponga a llover ahora», pensé mientras metía la mano en el bolso que me cruzaba el pecho en bandolera. Sonreí al pensar que ahí dentro seguía la videocámara envuelta en una doble funda. La llevaba bien protegida, porque de todo mi equipaje aquel objeto era lo más importante. De hecho, si me encontraba en medio de aquel aeropuerto, a miles de kilómetros de mi casa, era para grabar un reportaje, aunque todavía no sabía muy bien de qué ni para qué.

—Señorita, ¿dónde piensa que va? Parece una astronauta.

Estaba tan cansada después de casi doce horas de viaje que no me había fijado en aquel hombre alto y desgarbado que se dirigía hacia mí en el control de pasaportes. Vestía un uniforme azul y en la cara llevaba unas enormes gafas medio rotas pegadas con un esparadrapo.

—¿Tiene la carta de invitación? —me preguntó.

No tenía ni idea de a qué se refería y le pedí que me repitiera la pregunta.

—La carta de invitación —me volvió a decir en un tono más seco.

No sabía de qué me hablaba. En la agencia de viajes me habían gestionado el billete y el visado, pero no me habían comentado nada de una carta de invitación. El hombre me cogió del brazo y me apartó de la fila bruscamente.

—Pues si no la tiene, no puede entrar en el país. Deberá regresar en el próximo avión.

No entendía nada. Acababa de llegar y estaba muerta de cansancio. ¿Cómo me iba a volver a casa? ¡No podía perder mis vacaciones y el dinero que había invertido en el viaje!

—Siéntese en esa silla —oí que me decía—. Y quítese esa tela para que pueda verle bien la cara.

Aquella situación me resultaba tan surrealista que obedecí como una niña buena pero, mientras tomaba asiento, no pude evitar murmurar en francés: «Debe de estar loco». Fueron unas palabras inocentes que pronuncié de forma imperceptible. Era imposible que aquel hombre me hubiera escuchado. Pero me equivoqué.

—¿Que yo estoy looooco? ¿Cómo te atreves? ¡Faltarme a mí el respeto! —gritó fuera de sí—. ¿Sabes quién soy yo?

De repente me empezaron a temblar las piernas. Sus brazos eran tan gruesos como el tronco de un baobab. Me los imaginé rodeándome con ellos. Un ligero apretón y me habría estrangulado.

—Soy el jefe de policía —bramó.

—Oiga, señor —tartamudeé—. Lo siento mucho. Es que no sé qué es la carta de invitación y estoy muy, muy cansada y me he gastado todos mis ahorros en este viaje.

Ya no podía más. Apenas quedaba gente en el aeropuerto y sólo quería irme de ahí. ¡Por favor, que alguien viniera a socorrerme! Me sentía totalmente indefensa. No funcionaba la tarjeta de mi móvil español y no podía llamar a Amable. Estaba sola e incomunicada en medio de aquella sala llena de sillas descascarilladas. Tenía tal rabia, emoción, miedo y cansancio que exploté y me puse a llorar. El policía debió de sentir compasión de mí porque de forma cariñosa me dio unas palmaditas en el hombro.

—Lo siento mucho —me dijo mirándome como un muchacho travieso al mismo tiempo que yo intentaba secarme las lágrimas de los ojos.

Su comportamiento me resultaba incomprensible. Él aprovechó esos segundos de desconcierto para sentarse a mi lado. Se quitó los zapatos, se desprendió de sus calcetines y empezó a hurgarse los dedos de los pies uno detrás de otro.

—Es que me han salido unas llagas aquí. —Y estiró los dedos, de los que sobresalían unos bultos con forma de champiñón—. ¿Los ve?

—Sí, sí, los veo —dije intentando ocultar una náusea.

—El médico me ha dicho que necesito comprarme un antibiótico, pero me falta dinero para las medicinas. Si me das cincuenta euros te dejo entrar al país.

Le volví a mirar. Inseguida comprendí de qué iba aquel teatro. O sea, que o le daba el dinero o me metía en un avión de vuelta a casa y decía adiós al reportaje. Sin pensármelo dos veces saqué un billete del bolso y se lo entregué. El policía lo cogió con una sonrisa triunfal, lo observó al trasluz y lo raspó con la uña en varios lugares para cerciorarse de que era auténtico. Después, como si de pronto se hubiera transformado en un mozo servil, me dijo que me iba a ayudar a recoger mi equipaje.

—Es por ahí, señorita.

El hombre me guió hasta la cinta transportadora que se encontraba a pocos metros del control de pasaportes. Mis maletas estaban tiradas en el suelo. Él las cogió y se las colocó sobre su cabeza. ¡Noventa kilos en total! Pensé que se le iba a partir el cuello.

—Oiga, no se preocupe, tienen ruedas. Podemos arrastrarlas —intenté explicarle.

—No importa. Estoy acostumbrado —replicó.

El jefe de policía me acompañó hasta la puerta de salida, pero nada más cruzar el umbral se apoyó en el muro, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y me ofreció otro como si fuéramos viejos amigos.

—Entonces —me dijo con una fina sonrisa—. ¿Qué me vas a traer cuando vuelvas de la selva?

Me quedé callada pensando una respuesta ingeniosa, pero no se me ocurrió ninguna, así que no dije nada. Cogí mis maletas, le deseé que pasara una buena noche y salí de la terminal en busca de Amable. Había pasado tanto tiempo desde que el avión había aterrizado que a lo mejor se había marchado pensando que al final, en un ataque de pánico de última hora, me habría quedado en España. O, quién sabe, a lo mejor ni siquiera había venido a buscarme. Tampoco nos conocíamos tanto y cualquier cosa podía ser. Pero, para mi alivio, lo vi a lo lejos con una camisa de palmeras que ondeaba en su cuerpo como si fuese una bandera. Él también me reconoció y vino a mi encuentro. Nos saludamos con un par de besos en la mejilla, me preguntó qué tal había ido el viaje y yo, como estaba con los nervios a flor de piel, le respondí con un abrazo que me ayudó a descargar la tensión que llevaba acumulada. Le conté la peripecia que había vivido en el aeropuerto y el chantaje del jefe de policía, pero Amable no le dio ninguna importancia.

—Durante el viaje te vas a encontrar con personas mucho más raras —me explicó deteniéndose un instante frente a mí—. Acepta las cosas como son y todo saldrá bien.

—Pero tú vas a estar siempre conmigo, ¿verdad? —le pregunté por si acaso.

Él me cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Claro que sí. No te preocupes. Todo va a salir bien.

Me fui al Congo en el mes de octubre pero, en realidad, el viaje había comenzado tres meses antes, concretamente cuando el verano empezaba a ser asfixiante en Madrid. Aquel sábado del mes de julio había entrado muy temprano a trabajar, casi a las seis de la mañana, y tenía previsto salir pasada la media tarde. Algunos de mis compañeros estaban de vacaciones y al resto nos tocaba doblar los turnos. Pero yo iba encantada. De niña siempre había soñado con ser periodista de Televisión Española y ahora disfrutaba enormemente presentando *El Tiempo*, a pesar de que esos días el pronóstico se mantenía inalterable y yo salía en la tele repitiendo la misma predicción: «Mañana cielos despejados en la Península y en los dos archipiélagos». Me gustaba mucho *El Tiempo*, aunque también soñaba con presentar alguno de los informativos del canal 24 Horas o, por qué no, algún programa de variedades en la 1. Pero eso sería más adelante. Hacía poco que me habían contratado y me sentía muy afortunada.

Aquel día me dirigía a la sala de maquillaje cuando sonó mi móvil. Lo llevaba en la mano y lo cogí al vuelo sin fijarme en el número que aparecía en la pantalla.

—¡Hola! —escuché al otro lado de la línea. Era una voz muy alegre que me saludaba con familiaridad.

—Hola —respondí—. Disculpa, ¿quién eres?

—Soy Amable.

—¿Quién?

—Amable, ¿te acuerdas de mí?

—Amable... Amable... —Hice memoria unos segundos—. Ah, sí, sí. Ya caí. Aquel cura ruandés.

—Estoy en Madrid. Acabo de llegar.

—¡Ah! Qué bien —dije sin ningún entusiasmo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Nada menos que cinco años. En aquella época él era un seminarista que estudiaba en la Universidad de Comillas en Madrid y yo una estudiante de Periodismo de la Universidad de Navarra. Nos habíamos conocido en unas convivencias sobre África que se celebraron en casa de unas misioneras en Vizcaya. Es cierto que durante aquellos días nos hicimos amigos y que en los meses siguientes quedamos un par de veces para tomar un café, pero después le perdí la pista. Me escribió un e-mail para contarme que se había ordenado sacerdote y que le habían enviado a la República del Congo. Desde entonces fue como si se lo hubiera tragado la tierra porque ya no volví a saber nada más de él. Hasta aquella mañana del mes de julio.

—Me gustaría verte. ¿Te apetece que nos tomemos una caña esta tarde y nos pongamos al día?

Me alegré de estar hablando por teléfono con él porque así no vio mi cara de fastidio. Lo último que me apetecía era perder mi tarde de sábado tomando una cerveza con un cura africano. Aunque, pensándolo bien, mi otra alternativa no era mucho más apetecible. Esos días de tantísimo calor mis amigos se habían marchado fuera de Madrid y me había quedado sola en la ciudad. No tenía mucho más que hacer salvo estar en casa viendo alguna de esas soporíferas películas que echaban aquellos días por la tele. Sopesé las dos opciones: me imaginé a mí misma en el salón de casa cambiando los canales con el mando, e inmediatamente la balanza se inclinó hacia el lado de Amable.

—Sí, sí. Cuánta razón tienes. Hace muchos años que no nos vemos. ¿A qué hora quedamos?

—¿Te parece bien a las ocho en la plaza Santa Ana? —me sugirió.

—Perfecto, allí estaré.

Salí de trabajar a las siete de la tarde y me dirigí a la plaza Santa Ana. Allí me encontré a Amable sentado en una terraza. Llevaba puesto una especie de pijama de colores y unas chanclas. Me dijo que era el traje típico del Congo, pero a mí me pareció ridículo y, además, todo el mundo se nos quedaba mirando. Pedimos un par de cervezas y estuvimos charlando de todo un poco, hasta que recibí una llamada de Nesrin, mi mejor amiga de Marruecos. Él se sorprendió de que hablara en francés con ella.

—*Ton français est remarquable* —me dijo cuando colgué.

—Verás, Amable —le respondí adoptando un tono de voz interesante—. Es que yo también he vivido en África. Mejor dicho, en África del norte —maticé—. Poco después de que tú te marcharas al Congo, estuve trabajando en Marruecos en la Oficina Técnica de Cooperación. Así que estuve durante un tiempo viviendo en Rabat. Y luego, ya lo sabes, me llamaron de Televisión Española para presentar *El Tiempo* y aquí estoy, en Madrid.

Amable me escuchaba con los cinco sentidos, mirándome con los codos pegados a la mesa y las manos entrelazadas bajo la barbilla.

—¡Es fascinante! —exclamó—. Trabajas en la tele.

Durante el resto de la conversación hablamos de él. Amable había llevado una vida totalmente distinta a la mía. Me contó que le habían destinado como párroco a un poblado que se encontraba a orillas del río Congo, justo donde comenzaba la gran selva ecuatorial, uno de esos pueblos de las profundidades de África en donde hay cabañas miserables de barro y paja y niños desnutridos. Me imaginaba que sería como las imágenes del *Domund* que las monjas del colegio nos hacían ver todos los años para recaudar dinero y enviarlo a las misiones. A medida que me hablaba, en mi cabeza se sucedían escenas de hechiceros ejerciendo de médicos y de mujeres que acudían a los pozos para recoger el agua. También me contó que había árboles exóticos y plantas de todas las especies que se plegaban hasta acariciar la orilla del río Congo. Los sonidos de aves e insectos sólo se veían interrumpidos por el monótono y estridente ruido del motor de alguna canoa, y de vez en cuando podían verse los hipopótamos entrando y saliendo del agua, con sus narices visibles en la superficie soltando chorros de agua. Amable me dijo que en aquella parte de África había un cielo azul infinito. Y un sol radiante que lo inundaba todo con su claridad y que se retiraba al anochecer, para que el cielo se iluminara con el fulgor tenue de la luna y con el tintineo cantarín de las estrellas. Su relato era tan evocador que apenas fui consciente de que sus palabras se introducían en mis oídos como enredaderas invisibles que se extendían hasta lo más recóndito de mi cerebro.

Una cerveza tras otra nos acompañaron durante horas en las que no me preocupé de mirar el reloj ni una sola vez. A pesar de mis recelos iniciales el encuentro con Amable estaba resultando de lo más entretenido. Su voz y mis preguntas daban la impresión de haber creado una campana de vacío a nuestro alrededor. Cuando me dijo que tenía que marcharse, intenté convencerle para que siguiéramos la conversación en algún otro lugar, pero él no podía perder el último tren hacia Cantoblanco, donde se hospedaba, y nos despedimos hasta otra vez.

Esa noche volví a casa muy pensativa, sin poder quitarme a ese cura de la cabeza. Casi a diario veía en el telediario imágenes de africanos que se jugaban la vida atravesando el Estrecho de Gibraltar, y Amable, que tenía la oportunidad de quedarse en cualquier parroquia de España, había optado por marcharse nada menos que a un pueblo perdido de la República del Congo.

Era noche cerrada en Brazzaville. El cielo seguía cubierto, sin luna, pero la temperatura era agradable y soplaban una ligera brisa que agradecí después del susto que me acababa de llevar con el jefe de policía. Apenas quedaba gente en la terminal. Amable y yo bajamos unas escaleras destartaladas y nos dirigimos hacia el aparcamiento. Un hombre de piernas alargadas, como un ave zancuda, corrió hacia nosotros. Cuando nos alcanzó me extendió una mano delgaducha.

—Bienvenida al Congo —me dijo.

—Muchas gracias —le respondí cortésmente.

—Por cierto, me llamo Athanase.

—Sí, es un viejo amigo mío —me explicó Amable.

—Estupendo. Encantada.

A pesar de la pinta que tenía de no haber comido en dos semanas, Athanase cogió a pulso mis maletas y las metió con brío en el maletero de un taxi que estaba parado junto a nosotros. El conductor me saludó con un gruñido, y con un movimiento de cabeza me invitó a entrar dentro del coche. Había sido un día de muchas emociones así que, como si fuera un colchón de plumas, me dejé caer sobre el asiento y cerré los ojos. El taxi se puso en marcha y, a medida que avanzaba, el letrero con el nombre

del aeropuerto «Maya Maya» se fue haciendo más pequeño hasta que desapareció por completo a nuestras espaldas. Al poco rato abrí los ojos y vi un mosquito revoloteando. Por precaución saqué el bote de Relec que había guardado en uno de los bolsillos de mi chaleco y me rocié las manos y el cuello. Después cogí un gorro con tela mosquitera, que llevaba doblado dentro del bolso, y me lo coloqué envolviéndome bien toda la cara.

—Amable, ¿no te cubres? —le pregunté, preocupada. Su camisa era de manga corta y sus sandalias de tiras dejaban sus dedos a la vista—. Como te pique —dije señalando el mosquito—, cogerás la malaria.

—Bah, da igual. Los negros estamos acostumbrados —respondió ante mi sorpresa.

El temor al insecto me espabiló y me puse a mirar por la ventanilla. La Misión de Javouhé, donde me iba a alojar, se encontraba en el centro de la ciudad. Poco a poco fuimos adentrándonos en ella. Las fachadas de las casas eran muy sencillas, de dos alturas como máximo, aunque la falta de luz me impedía percibir los contornos con nitidez. Seguimos avanzando en medio de continuos baches, nubes de polvo provocadas por los vehículos que nos precedían y mucha gente deambulando. Brazzaville me resultó mucho más caótica y abandonada a su suerte que cualquier ciudad marroquí que había conocido. Si esto era la capital, pensé, cómo sería Loukolela...

En un momento dado Amable se puso hablar con el taxista en lingala. No entendí ni una palabra, pero se le veía enfadado, más bien irritado.

—Como vamos con una blanca nos ha metido por estas callejuelas y ahora dice que no sabe cómo llegar. Quiere más dinero.

Tras un tira y afloja dialéctico, aderezado con algún que otro grito de amenaza por parte de Athanase, el conductor pareció recordar cuál era el camino y en menos de cinco minutos el vehículo se detuvo ante un edificio levemente iluminado con un cartel que decía: MISIÓN DE JAVOUHÉ. El taxista salió del coche apresuradamente y nos abrió la puerta con un gesto adulator que contrastaba con las palabras iracundas de hacía unos minutos. Sacó mis maletas y me dio las buenas noches en francés. Athanase se despidió hasta el día siguiente, tenía que seguir haciendo unos recados, y se alejó sentado en el asiento del copiloto.

Amable y yo nos dirigimos al edificio de la misión que estaba separado de la calle por un muro. Fuimos directamente hacia el portón y tocamos el timbre. Esperamos unos segundos pero no se oía ningún ruido. De pronto se fue la luz y toda la calle se quedó a oscuras. Después se abrió la puerta lentamente. Tal vez por mi estado de somnolencia, la mujer que salió a recibirnos me pareció un ángel que bajaba del cielo en medio de la noche. Vestía una sencilla bata blanca y había recogido su pelo canoso en un moño. Tenía una sonrisa muy agradable y una piel fina y delicada que olía a jabón. Se llamaba Ana y llevaba una linterna en su mano con la que aportó algo de luz en medio de aquellas tinieblas.

—No os preocupéis, se acaba de ir la luz —dijo con una voz melodiosa. Hablaba en español y me pareció como si cantara.

—¿Se va así, sin más? —pregunté, contrariada.

—*C'est un délestage* —nos explicó la monja sin ninguna muestra de inquietud—. Un corte de electricidad. Sucede a menudo. Volverá, pero no sabemos cuándo.

—No es nada grave —añadió Amable—. Además, en Loukolela no hay luz. Es bueno que te acostumbres cuanto antes.

La hermana Ana asintió con la cabeza y nos invitó a pasar. Luego me cogió la mano y al momento me sentí como en casa. Me recordó a esas misioneras que tantas veces había visto en el colegio, cuando era niña, y sobre las que me preguntaba de qué países remotos vendrían. La religiosa sacó del bolsillo otra linterna y me la ofreció.

—La vas a necesitar durante tu estancia en el Congo. ¿Has cenado? —me preguntó con su voz dulce y tranquila.

—No, hermana. Todavía no.

—Me lo imaginaba. Venid, tengo la cena preparada para vosotros dos.

Amable y yo seguimos a la misionera por el patio a través de un sendero de piedra algo resbaladizo. Ella movía su linterna a izquierda y derecha iluminando árboles enormes de hojas frondosas. Enseguida llegamos al comedor. Me lavé las manos en un pequeño lavabo adyacente. El lugar era muy apacible. El sonido nocturno de los grillos y las ranas era lo único que nos acompañaba. Por lo demás, silencio. Parecía que sólo nos hallábamos nosotros tres en el edificio y entonces una melancolía se apoderó de mí.

—¿Os quedáis mucho tiempo en Brazzaville? —preguntó la religiosa.

—Pues... —dudé mirando a Amable—. No lo sé. En realidad vamos al norte.

—¿Al norte? ¡Qué me dices! —La monja acompañó su respuesta con un repentino gesto de pavor que me asustó—. ¡Qué viaje más peligroso! —exclamó.

Luego se debió de arrepentir de sus palabras.

—Bueno, como vas con Amable, supongo que no tendrás ningún problema. Todo va a ir bien.

—Claro, hermana —interrumpió Amable—, no va a pasar nada. Seguro. Ya verás.

La monja sacudió la cabeza, como si quisiera rebatir aquella afirmación, pero supongo que no consideró prudente contradecir a un sacerdote en presencia de una extraña. Me acordé de las advertencias de Bruce y empecé a arrepentirme de no haberme quedado en Madrid. Además, no me pareció un buen augurio que se hubiera ido la luz. Una vez que recogimos la mesa y fregamos los platos, la hermana Ana me acompañó a mi habitación. Entre otras cosas, la comunidad vivía gracias al albergue que se encontraba en un edificio anexo, de color marrón, en el que yo iba a hospedarme. Era muy antiguo, pero las religiosas no disponían de fondos suficientes para repararlo. En cualquier caso, yo tenía tanto sueño que sólo deseaba irme a dormir y me daba igual donde fuese. Subimos las escaleras y recorrimos un pasillo hasta detenernos frente a una puerta de madera con un cristal roto justo en medio.

—Ésta es tu habitación —me dijo la misionera—. Duerme tranquila. Amable vendrá a buscarte mañana por la mañana.

La hermana Ana sacó una llave, abrió la puerta y entré, pero ella permaneció en el exterior diciéndome que el cuarto de baño se encontraba al final del pasillo. Nos despedimos con un beso en la mejilla y la silueta de aquel ángel de cabellos plateados se perdió entre las sombras desapareciendo por completo tras una puerta que, al cerrarse, me hizo darme cuenta de que me había quedado sola por completo. El silencio era absoluto. Primero eché un vistazo al interior del cuarto y luego me puse a escudriñar con mucho más detalle. Paseé la linterna por los muros de color pistacho y por el suelo de losetas marrones bastante desgastadas. El habitáculo era estrecho y alargado, con una ventana al fondo y un lavabo en un rincón. Junto a la pared había un camastro y, a su lado, una sencilla mesa de madera con una lámpara pequeña y una silla.

El calor me resultaba insoportable. Descorrí la cortina y abrí la ventana. La brisa de la calle me alivió y quise refrescarme la cara con un poco de agua. Al aproximarme al lavabo, me pareció ver unos pelos que pugnaban por salir del sumidero y pegué un chillido. ¿Qué era eso? Me pareció una cucaracha. La duda se confirmó cuando vi otra subiendo por los azulejos que cubrían el contorno del lavabo. Era roja, con dos alas gigantes y se desplazaba a una velocidad endiablada moviendo sus finas antenas. Tomé aire varias veces y, más tranquila, fui a abrir la maleta. Allí había guardado cuatro botes insecticida que había comprado en una droguería de Madrid. Los saqué, cerré la ventana y fumigué el suelo y las paredes de la habitación con todas mis fuerzas, tantas que tuve que salir al pasillo tosiendo y con los ojos rojos.

—Pero ¿quién me habrá mandado venir aquí? —me pregunté mientras intentaba mantener los párpados abiertos. El sueño se estaba apoderando de mí pero el olor que salía de mi cuarto era nauseabundo.

Al final me armé de valor. Desde el pasillo observé la habitación lo más concienzudamente que pude. Las cucarachas ya no estaban y me decidí a entrar. Quizá habrían sucumbido a mi ataque masivo con gas insecticida. Algo más tranquila, puse la linterna encima de la mesilla, coloqué la mosquitera de modo que cubriera la cama por completo y me tumbé vestida sobre el colchón, que se hundió hasta casi rozar el suelo. Los ojos se me cerraron en el acto, pero... ¿y esos ruidos?

El cansancio acumulado llevaba mi consciencia hacia un sopor profundo, pero esos zumbidos eran insoportables. ¡¡¡¡¡Mosquitos!!!!!! Intenté encender la luz. No me acordaba de que la habían cortado. Salí de la mosquitera para coger la linterna, que se me resbaló entre los dedos y se rompió en mil pedazos. No veía nada y volví a la cama. Con aquellos silbidos rondando mi cabeza, creía que los mosquitos se habían introducido en la mosquitera y decidí coger un nuevo bote insecticida y llevármelo a la cama.

Así me quedé, quieta y con los ojos abiertos en aquel camastro, como si estuviera dentro de un sarcófago, viendo pasar las horas que me parecieron siglos y envuelta en una nube tóxica que me estaba ahogando. No había manera de relajarme y lo peor era que estaba empapada en sudor. Debíamos de rondar los treinta grados y la humedad era espantosa. Pero, a pesar del calor, no me atrevía a quitarme ninguna prenda, ni siquiera las botas. Menos aún moverme. Estaba aterrorizada y sólo quería que pasara esa noche de pesadilla para contemplar, lo más pronto posible, la luz del sol. Ahora ya no me quedaba ninguna duda. Jamás debí haber venido al Congo.

Aquella noche maldije con todas mis fuerzas que Amable me hubiera llamado otra vez. Sin embargo, así sucedió. Fue una semana después de nuestro primer encuentro.

Nos dimos cita en una concurrida terraza de la calle Velázquez, en el centro de Madrid.

—Quiero que vengas al Congo —me soltó de sopetón nada más sentarnos.

—¿Quién? ¿Yo? Pero ¡qué dices!

—Sí, quiero que conozcas Loukolela, el pueblo donde trabajo. Aquí nadie ha oído hablar de él y seguro que te gustará. —Su voz era serena y daba la impresión de que hablaba en serio—. Nadie sabe el trabajo que hacemos ni cómo sobrevivimos. No hay ningún hospital en cientos de kilómetros y la población lo pasa fatal. Quiero empezar una farmacia en la parroquia, pero no tengo medios. Y los niños... ¡Ah...! Te encantará verlos. He enseñado fotos a mis amigos y han querido apadrinar a algunos. Pero tú trabajas en la tele, tú podrías ayudarnos muchísimo.

—Mi inquietud iba en aumento a medida que Amable avanzaba en su discurso. Se veía a todas luces que lo tenía bien ensayado para tocar mi fibra sensible.

—No te asustes. Te lo estoy diciendo muy en serio. Seguro que te encantará y, además, podrás cambiar la vida de mucha gente.

Amable siguió hablando de los misterios de la selva, de la grandeza del río Congo y de la belleza de corazón de los habitantes del poblado donde él ejercía de párroco. Al final tuve que interrumpirle.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? ¿Cómo voy a ir yo allí? Es de locos. Mira, Amable, te voy a decir algo.

—¿El qué? —me preguntó, intrigado.

—Cuando estuve trabajando en Rabat conocí a un chico del Congo y nos hicimos muy amigos. Se llama Bruce.

—¿Y? —dijo dirigiéndome una mirada llena de curiosidad.

—Pues que siempre habla pestes de su país. Dice que allí están todo el día con guerras, que los congoleños se matan los unos a los otros, que la gente es muy violenta y que...

—¡Eso no es verdad! —me cortó Amable abruptamente—. Es cierto que hay regiones peligrosas, pero están limitadas a zonas concretas y nosotros no vamos a ir allí. El resto de Congo vive en paz y la gente sufre enormemente.

—Quizá tengas razón —concedí después de un momento de duda—. Sin embargo... No creo que yo sea la persona más adecuada para ayudar a esa gente. Además, me da miedo. Por favor, Amable, no me metas en estos líos tuyos. Tienes que entenderlo.

—Pero tú eres la persona perfecta para ayudarnos, trabajas en la tele y...

—No, Amable, tú eres sacerdote. Africano. Ése es tu mundo. El mío es otro muy distinto. Si quieres, puedo proponer el viaje a algunos amigos que tengo. A ellos les encantan las aventuras y seguro que estarán entusiasmados de poder ir allí contigo. Déjalo en mis manos. Te prometo que alguien irá.

—Mi respuesta pareció no convencerle. Una camarera nos trajo un par de refrescos y durante el resto de la tarde Amable no volvió a sugerirme nada relativo al viaje, hasta el momento de despedirnos.

—Piensa en lo que te he propuesto. Podrás hacer mucho bien a mucha gente que te necesita.

Es cierto que durante los días que siguieron me lo pensé, pero no según los planes de Amable. En mi interior no había ni la más remota intención de viajar a aquel recóndito lugar del globo, de modo que hice lo que ya le había sugerido. Llamé a Telmo Aldaz de la Quadra-Salcedo, sobrino del periodista y aventurero Miguel de la Quadra-Salcedo. Era un tipo grande, rubio, con barba, que había recorrido Latinoamérica y buena parte de África. Telmo había protagonizado algunas hazañas dignas de admirar como la de «La última canoa». Quiso repetir la gesta de Diego Méndez en 1503 y navegó desde Jamaica hasta la República Dominicana en un mar plagado de tiburones con una canoa que él mismo había construido.

Quedamos en el café National Geographic de Madrid. Le conté a grandes rasgos la historia y Telmo desplegó encima de la mesa un enorme mapa de África. Con su risa habitual, semejante a la de un pirata de cine, me preguntó dónde era exactamente el lugar al que me proponía viajar Amable y le señalé con el dedo un punto en medio del río Congo, en la frontera entre los dos Congos.

—Madre mía, pero ¿sabes dónde está eso? No es un lugar para que vaya una chica como tú.

—No, si yo no quiero ir. Te he llamado para que vayas tú.

Telmo volvió a soltar su enorme risotada y declinó la oferta. Después me aconsejó que no me dejara llevar por las ideas de un cura, al que seguro que la selva le había hecho perder la cabeza. No hacía falta que me convenciera, pero ya había dado mi palabra al padre Amable y no me quedaba más remedio que encontrar a alguien que pudiera ir a ayudarlo. Durante los días siguientes propuse el viaje a varios amigos a quienes daba por descontado su deseo de viajar al África profunda, pero uno tras otro rechazaron el plan.

La situación se estaba tornando de lo más embarazosa. Amable seguía insistiendo para que me fuera con él y yo no sabía cómo quitármelo de encima. Unos días después pasé de casualidad por la calle Santa Inés, cerca de Atocha, y vi una agencia de viajes especializada en África. En el escaparate se alineaban decenas de máscaras y encima aparecía un rótulo: CULTURA AFRICANA. Entré y, por curiosidad, pregunté cuánto costaría un vuelo al Congo.

—Mil quinientos euros —me respondió la empleada.

—¡Ufff! Qué caro —dije, encantada. Por fin había encontrado la excusa perfecta para no ir—. Vale. Gracias. Era todo lo que quería saber —añadí enjugando mi conciencia.

Sin embargo, la joven, ávida de servir como era debido, me detuvo en la silla.

—Espere un momento. Le voy a buscar un precio más económico.

—No, si no hace falta. Con esa información ya es suficiente —respondí mientras me levantaba.

Ella se quedó mirando la pantalla del ordenador concienzudamente.

—Aquí hay un billete de Air Maroc por mil doscientos euros.

—No, gracias, sigue siendo mucho.

La chica no pareció tener en cuenta mi indiferencia y con gran celo continuó su búsqueda. Yo miraba los atractivos carteles del interior del local en los que aparecían fotos maravillosas de safaris en Kenia o las pirámides de Egipto junto con playas del Índico repletas de palmeras y las estampas típicas del desierto de Marruecos. Con ganas de salir afuera para llamar a Amable y deshacerme de ese engorro, le pedí a la señorita que dejase de buscar y le dije que debía marcharme. Ella se limitó a saludarme con la cabeza, todavía enfrascada en el ordenador. Me levanté y abrí la puerta de la agencia, cuando me dijo:

—¡Espere, espere aquí a favor! Mire, estoy viendo aquí una oferta por cuatrocientos euros.

—¿Tan barato? —Me pareció un chollo después de los precios que había oído.

—Sí. Sí. Cójala ahora mismo. Es una oferta y sólo hay una plaza. No se lo piense.

No supe reaccionar, ni tampoco decir que no. La empleada se levantó y me invitó con insistencia a ocupar otra vez mi asiento al otro lado de la mesa. Por un momento me sentí atrapada en manos de una profesional de las ventas. La chica me indicó los pormenores del viaje e imprimió el billete electrónico. Yo únicamente respondía con monosílabos, sin comprender cómo era posible que me estuviera ocurriendo eso a mí. De manera mecánica saqué de mi bolso la tarjeta de crédito, la señorita me acercó la máquina para efectuar el pago electrónico, tecleé mi código secreto y me sentí como si hubiera firmado mi propio certificado de defunción. De esa manera salí de la agencia con el billete de avión y una cara que no ocultaba a nadie el destino fatal que me aguardaba, consecuencia de mi incapacidad de no saber decir que no.

Una vez en el exterior, saqué el teléfono móvil para contarle a Amable lo que acababa de ocurrir, pero aún tuve que caminar varias decenas de metros, allí donde me llevarán las piernas, antes de apretar el botón de llamada. Amable recibió la noticia con una exclamación de júbilo.

—Te va a encantar, ya lo verás. Yo me vuelvo a Brazzaville mañana, y en cuanto esté allí me pongo a preparar tu llegada.

—Vale, Amable. Pues nos vemos en el Congo —le dije con la voz apagada. Y colgué.

La oferta del vuelo era para octubre, así que solicité las vacaciones para esa fecha y me puse a pensar en cómo preparar el viaje. No sabía por dónde empezar. Se me ocurrió que podría ir a Rabat un fin de semana y quedar con Bruce para que me orientara. Rabat se encontraba a sólo dos horas de vuelo de Madrid y, desde que terminé

mi contrato en la oficina de cooperación en la embajada, solía viajar con mucha frecuencia para estar con los amigos que había hecho en esa época y con los que había forjado una relación casi de familia. Siempre me alojaba en casa de mi amiga Nesrin, la secretaria de la oficina de cooperación, con la que había trabajado codo con codo y a la que consideraba como una hermana. Dejaba la maleta en su casa y después quedábamos con Borja, el hijo del embajador; con Marta, una amiga de Madrid que trabajaba en una importante ONG y con otros amigos. Como Bruce.

Bruce era nieto de un antiguo presidente de la República del Congo. Me lo había presentado una amiga común en una cena de la embajada y enseguida congeniamos. Era alto, apuesto y tenía unos modales exquisitos que le distinguían de inmediato de otros inmigrantes que yo veía por las calles. A todos nos cayó muy bien y, desde ese día, se integró perfectamente en nuestro grupo de amigos.

Tenía claro que él era la persona ideal para ayudarme. Me pareció una casualidad increíble que, de entre todos los países del mundo, Amable me hubiera propuesto ir precisamente al país natal de Bruce. Al final compré un billete de avión por internet y al día siguiente me marché a Rabat. En cuanto llegué le llamé para quedar en una cafetería del centro. Estaba convencida de que se iba a entusiasmar en cuanto le contara mis planes de ir a Brazzaville y de ahí a la selva, al poblado de Loukolela. Pero su reacción resultó ser justamente la contraria.

—Ni se te ocurra ir —dijo inyectándome el pánico en el cuerpo—. Es extremadamente peligroso.

Mientras tomaba el té, mi mente trabajaba rápidamente buscando argumentos que convencieran a mi amigo. Aunque, en realidad, lo que estaba haciendo era convencerme a mí misma.

—Verás, Bruce. Si hago un reportaje en el Congo, quizá los jefes vean otras capacidades en mí aparte de presentar el tiempo y tal vez me permitan hacer una prueba para presentar el informativo —le dije finalmente—. Ya sabes que siempre he soñado con presentar un informativo. Aunque eso no es lo más importante. Con mi trabajo también podría ayudar a muchas personas que sufren. ¿No te das cuenta?

Él no se daba por vencido.

—Quién sabe lo que te puede pasar allí. En el Congo la vida no vale nada. Hay miles de virus pululando por el aire y la gente está enferma. Puedes coger el sida, ¡o el ébola! o quién sabe qué otras enfermedades que te dejarán una secuela para toda la vida.

Bruce estaba consiguiendo ponerme los pelos de punta.

—Pero lo peor son los militares —prosiguió—. No te creas que les temblará el pulso en apretar el gatillo para quitarte un reloj o cualquier otra tontería. La mayoría van borrachos o drogados. Conozco mi país y es muy arriesgado. Hazme caso, no te dejes manipular por ese cura y quédate aquí. Tú ya estás ayudando mucho. Fíjate lo que estás haciendo por mí...

No acabó la frase. Los dos sabíamos a qué se refería, pero nunca hablábamos de ello.

—Si estoy terminando los estudios de Ingeniería Informática es gracias a ti.

Bruce bajó la mirada como si estuviera avergonzado. Es verdad que me había pedido un préstamo que pagaba religiosamente cada mes y que, con ese dinero, Bruce había podido estudiar en una escuela privada de Marruecos. Pero me parecía justo ayudarle. A mí la vida me había tratado muy bien y, en cambio a él, le había golpeado de un modo brutal.

—Lo que has hecho por mí no lo hace cualquiera —prosiguió clavándome sus ojos color avellana—. Eres una buena persona y tengo miedo de que te ocurra algo. Por eso mi consejo es que no vayas.

—Vale, Bruce, agradezco tus palabras —le respondí intentando esquivar su mirada que me estaba taladrando—. Pero he dado mi palabra y voy a ir. Sólo necesito que me digas qué hace falta para vivir en la selva.

Bruce se quedó pensativo.

—De verdad, me gustaría ayudarte, pero no puedo. Ya te he contado que yo vivía en un ambiente exclusivo de diplomáticos. Los amigos de mi padre eran todos ministros o extranjeros y jamás se nos ocurría dejar la ciudad para irnos a los pueblos. Lo siento mucho.

Bruce había logrado asustarme de verdad. Al día siguiente regresé a Madrid poco convencida y así se lo comenté a Amable en un e-mail, pero él me tranquilizó. Hacía días que había vuelto a su parroquia, en el poblado de Loukolela, y cada vez que visitaba Brazzaville me mandaba algún correo electrónico o me hacía una breve llamada de teléfono. Según él, los congoleños no eran violentos, como decía Bruce, sino personas muy agradables, y seguía insistiendo en que no me preocupara puesto que él iba a estar siempre pendiente de mí para que no me pasara nada.

Al final, reconfortada por sus palabras, empecé a prepararme para lo que sabía iba a ser un viaje lleno de penurias.

A la mañana siguiente me levanté empapada en sudor; finalmente me había quedado dormida. En esos momentos, Amable intentaba despertarme con pequeños golpes en los cristales de la puerta. Por un momento pensé que estaba soñando, pero no. La mosquitera seguía en su lugar. ¿Cuántas horas habría dormido? ¿Dos, tres? Me dolían los ojos y la espalda. ¿Qué hora era? El reloj marcaba las siete de la mañana, pero la luz entraba a raudales por la ventana medio cubierta por unas cortinas que apenas contenían la claridad exterior. Sin inclinarme siquiera, observé la habitación y para mi alivio comprobé que no había cucarachas y que los zumbidos de los mosquitos también habían desaparecido. Ahora los sonidos provenían de fuera. Me asomé a la ventana y, en efecto, se trataba de hermosos pajarillos que revoloteaban junto a unas enormes mariposas de colores.

Debí de responder con una especie de gruñido de queja, porque desde el otro lado de la puerta Amable insistió en que me levantara sin más dilación y me sugirió que me duchara. Le obedecí sin rechistar medio adormilada y con un enorme cansancio que no me permitía ser plenamente consciente de dónde estaba ni con quién hablaba. Me senté unos minutos en el borde de la cama. Me dolía mucho la cabeza. Además, la habitación olía fatal, a una mezcla de insecticida y humedad. Abrí la ventana y el aire fresco hizo que reviviera un poco. Busqué la toalla y recorrí todo el pasillo hasta que llegué a las duchas. Eran pequeñas y destartadas, con una especie de cisterna en la parte superior. Parecían del siglo pasado. El grifo era de hierro y me costó mucho abrirlo, pero cuando lo conseguí salió un hilillo de agua fría. Me duché como pude y regresé a mi cuarto. Olía a flores y a plantas desconocidas. Por un momento me olvidé de las penurias que estaba pasando. ¡Qué bonito era el jardín! Los árboles, enormes, entrelazaban sus copas formando maravillosas bóvedas naturales. El paisaje inspiraba paz y recogimiento envuelto en un silencio sepulcral que sólo se rompió cuando unos niños empezaron a entonar unas canciones congoleñas.

El aire se llenó de voces infantiles y me hicieron olvidar que Amable me estaba esperando en el comedor. Una vez leí que los africanos concebían el tiempo de manera distinta a los europeos, que para ellos era algo tan elástico como una goma, mientras que nosotros respetábamos las fechas, las horas y hasta los segundos. Volví a mirar por la terraza. La estampa que tenía ante mis ojos era tan bonita que deseé ser africana para estirar el tiempo y poder contemplar eternamente cada flor, cada árbol y a esos niños cuya piel negra resplandecía bajo el sol. Sin embargo, mi espíritu europeo me forzó a bajar las escaleras para cumplir con el horario del desayuno.

La hermana Ana se había levantado muy temprano y me había preparado una taza de café, una barra de pan, mermelada y un trozo de mantequilla. Un desayuno muy austero, pero por el precio de la habitación no podía pedir más. Amable se alegró de verme tan risueña.

—¿Qué tal ha ido tu primera noche congoleña? —me preguntó con algo de sorna. O al menos, eso me pareció.

—Creo que nunca he dormido con tanta compañía como esta noche —respondí con ironía.

—No es para tanto —dijo Amable esbozando una sonrisa—. Ya te acostumbrarás.

—Por cierto —intervino la hermana—, tu habitación tiene la mosquitera rota. Hace una semana que hemos llamado a Jean Claude para repararla, pero no viene y ya estoy cansada de insistir. Es una pena que te molesten los mosquitos, porque es la más ancha y la mejor de todas.

—Muchas gracias, hermana. Seguro que terminaré por acostumbrarme.

Quería parecer segura de mí misma, pero en mi interior rumiaba la idea de que otra noche como aquella y me volvía a España en el próximo vuelo.

De repente sonó el móvil de Amable. Era Athanase que nos esperaba en el exterior del edificio para que fuéramos a comprar los víveres necesarios para nuestro viaje. Nos despedimos de la hermana Ana y nos dirigimos a la puerta. De allí nos fuimos andando por la calle. Caminamos durante un rato largo en el que no vi ni rastro de la guerra de la que tantas veces me había hablado Bruce. Amable me explicó que nos encontrábamos en el centro, donde los ministerios y las embajadas se mezclaban con las impresionantes mansiones en las que vivía la élite del Congo. A esa hora cercana al mediodía había mucha gente paseando por los innumerables jardines. Las mujeres eran altas y esbeltas y vestían con telas de vivos colores. Cuando caminaban en grupo, parecían ramilletes de flores. Por el camino vimos cafeterías, bloques de apartamentos, hoteles, cybercafés y varios supermercados. Visitamos el mausoleo de Brazza y la basílica de Santa Ana, y me gustó mucho la torre Nabemba, una especie de Empire State congoleño desde cuyo ático debían de contemplarse unas fabulosas vistas del río Congo y de toda la ciudad.

Bruce había vivido en ese barrio. Me había contado que su casa era una fabulosa mansión colonial de cuatro plantas situada junto a la avenida Maya Maya, muy cerquita del hospital Blanche Gomes. Su padre había estudiado Medicina en la Sorbona de París, aunque su pasión era la política y había llegado muy lejos, nada menos que a ser director del Gabinete del Ministerio de Salud con el antiguo Gobierno de Pascal Lissouba. Pero si había una persona por la que Bruce sentía devoción esa era su madre. Aunque no guardaba ninguna foto de ella, me la había descrito muchas veces. Me la imaginaba con el porte de una princesa negra, el pelo recogido en una miriada de trenzas y una cara de finas facciones en la que destacaban sus ojos almendrados y los mismos labios gruesos en forma de corazón que había heredado Bruce. Además, su forma de vestir era exquisita. Solía viajar a Europa con relativa frecuencia, sobre todo a París y a Bruselas donde, en las boutiques más exclusivas, compraba telas que, después, las modistas del Congo transformaban en faldas de volantes y vestidos voluptuosos con formas sugerentes que se ajustaban como un guante a su cuerpo de modelo. Gilbert se había enamorado de ella cuando estaba estudiando el doctorado en Medicina Tropical. Después se casaron. Los dos tenían muy claro que querían muchos hijos y su deseo se hizo pronto realidad. De ese modo a Bruce, que era el mayor, le siguieron otros tres: July, Leticia y el pequeño Baggio.

Seguimos caminando al mismo tiempo que pensaba que tenía que llamar a Bruce para decirle que había llegado bien y que me estaba encantando su ciudad natal. Hacía un sol de justicia y Amable propuso que fuésemos al Mami Wata; por lo visto, el único restaurante que podíamos encontrar a orillas del río Congo.

Esperamos un taxi durante unos minutos, pero a pesar de que pasaron tres o cuatro no paró ninguno. Por fin se detuvo un coche, bajó la ventanilla y empezó a discutir el precio de la carrera con Amable. Como hablaban en lingala no les entendí, pero me quedé boquiabierta cuando vi que Athanase abría el maletero y se metía dentro. Verle ahí, con el capó pegado a la espalda y las piernas colgando hacia afuera, me produjo un fuerte impacto, y cuando quise rechistar Amable se limitó a decirme que dentro no había sitio y que, además, así el billete nos costaría la mitad.

Como no reaccionaba, Amable abrió la puerta del copiloto e insistió en que entrara. El modelo era antiguo pero el interior estaba bastante limpio. En el asiento trasero una mujer daba el pecho a su bebé y un joven leía atentamente un libro. Amable se sentó junto a ellos y yo me coloqué delante. Permanecimos en silencio mientras la música atronaba desde el radiocasete. Me estaban doliendo los oídos y pregunté al conductor si podía bajar un poco el volumen.

—¿Por qué? Aquí nos gusta así.

Me quedé de piedra con aquella respuesta tan insolente, pero aun así intenté convencerle sin parecer demasiado descortés.

—Pues en mi país decimos que el cliente siempre tiene razón.

Él seguía atento a la circulación.

—Pues aquí en el Congo conduzco yo, o sea que mando yo. Si no le gusta se baja. —E hizo un amago de frenar y de inclinarse hacia mí para abrirme la puerta.

Me quedé lívida, sin saber qué decir. Al constatar que me había callado, el taxista volvió a su posición original y siguió conduciendo, mientras encendía un cigarrillo, ante el silencio del resto de los pasajeros.

Yo era incapaz de pronunciar la más mínima palabra, e incluso de volver la cabeza para verle, aunque con el raballo del ojo izquierdo no perdía detalle. El taxista era un hombre atractivo. Tendría unos treinta años. Vestía con una camiseta blanca que dejaba ver unos brazos esculturales. Su cuello era largo y sus labios grandes y carnosos. En las manos, sin embargo, lucía unas manchas blancas muy llamativas. Parecían heridas mal curadas. Tal vez en algún momento hubieran sido llagas. Me llamaron poderosamente la atención y comencé a mirarlas sin disimulo. Él se dio cuenta y me explicó que hacía un año que le había salido una enfermedad en la piel. Intenté parecer afable para reparar en cierta medida el entuerto de antes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué son esas manchas? —le pregunté, esperando que me contestaría que alguna dermatitis, o algún eccema. Recordé que en la farmacia de Madrid me habían recomendado una crema por si me salía un sarpullido parecido.

—¿Esto del brazo? Una maldición —me respondió al tiempo que intentaba esquivar un enorme socavón que había horadado la mitad del asfalto. Yo me agarré al salpicadero para no darme de bruces con él. Instintivamente miré hacia atrás para ver si Athanase se había precipitado hacia el suelo con el frenazo que acababa de dar el conductor. Pero ahí estaba, encogido y agarrándose al capó. Amable me sonrió. Y yo, al ver que los vaivenes, frenazos y sustos no parecían perturbar a nadie y que la situación de Athanase no se agravaba, me quedé más tranquila. Retomé el hilo de la conversación.

—¿A qué se refiere con una maldición? —volví a preguntar con gran interés.

—Empezaron a salirme unas llagas rojizas por todo el cuerpo. Me fui a mi pueblo y hablé con el brujo. Me dijo que un amigo me había echado un mal de ojo. Pero ya se me está curando. ¿Ves? Ya sólo me quedan estas pequeñas manchas.

—¿Y cómo te has curado? —le comenté para seguir la conversación suponiendo que se habría puesto alguna crema o que habría tomado un antibiótico. En realidad me daba igual.

—¿Que cómo me he curado? Maté a mi amigo.

Pegué un bote en el asiento.

—¿!!!Qué!!!?

—Lo envenené —aseveré sin que se le moviera ni un solo músculo de la mitad de la cara que yo contemplaba espantada mientras él seguía conduciendo y salvando baches tan tranquilo.

Pensé que le había entendido mal. Me costaba un poco seguir su francés. La música me aturdí de tal manera que había perdido el hilo de algunas palabras. De todos modos, me quedé en silencio, pensativa ante lo que acababa de decirme, con la mirada perdida en una grieta que cruzaba el salpicadero.

Durante el camino paramos tres o cuatro veces para que bajaran y subieran clientes, hasta que llegó nuestro turno. El taxista nos dejó delante de la puerta del Mami Wata. Bajamos del coche y nos acercamos a la otra punta del restaurante. Desde allí se veía, soberbio, el río Congo y justo enfrente la ciudad de Kinshasa. Amable me explicó que Brazzaville y Kinshasa eran las dos capitales más próximas del mundo, sólo separadas por el río Congo, que hacía de frontera natural, y que justo en ese punto formaba un enorme estanque, el antiguo Stanley Pool, posteriormente rebautizado como Pool Malebo. Por esas aguas habían navegado exploradores tan famosos como Henry Stanley o Savorgnan de Brazza, los descubridores europeos de los Congos belga y francés respectivamente. En esos instantes tenía ante mis ojos un paisaje sublime, un majestuoso lago confluencia de dos países, con una enorme isla en el centro, hacia la parte norte. En el agua se veían decenas de piraguas pululando y a los pescadores lanzando sus redes mientras conseguían mantenerse en equilibrio entre las olas.

Nos sentamos en una mesa al fondo, donde comimos dos pizzas para los tres y tomamos unas Coca-Colas. Cuando terminamos, Amable sugirió que fuésemos al puerto para sacar algunas fotos de recuerdo y a Athanase y a mí nos pareció una buena idea. Salimos del restaurante hacia la izquierda y después volvimos a girar a la derecha y después todo de frente. A medida que avanzábamos aumentaba el número de personas que transitaba por la calle. Cerca del muelle, tuvimos que abrirnos paso entre el gentío que se movía en todas direcciones. Había hombres fornidos que sacaban de los barcos telas, machetes, sacos de mandioca, de maíz y todo tipo de verduras, así como judías y arroz. También había cabras, gallinas, algún que otro mono vivo o ahumado, bidones de aceite de palmera, pescado y orugas de todos los colores que se mezclaban con latas de conservas, teléfonos móviles, ropa de segunda mano venida de Europa o de China; pan, bolsitas de leche en polvo; cuadernos, bolígrafos y todo tipo inimaginable de objetos de plástico... En medio de todo aquello deambulaban los vendedores de tarjetas de teléfono y los cambistas de monedas que aireaban enormes fajos de billetes, siempre bajo la atenta mirada de la policía y de cientos de compradores y vendedores ambulantes que exhibían sus mercancías en cajas de cartón. Había mujeres que sostenían en la cabeza palanganas repletas de productos, ladronzuelos, pastores en plena predicación con la Biblia en la mano y, junto a ellos, el ir y venir de los trajes multicolores de las señoras, o de los porteadores de *pousse-pousse* repletos de sacos, muebles o bidones... Las mesas de madera destartaladas, los estantes improvisados, los parasoles desgarrados, el barro, los cables eléctricos abiertos por el suelo, las bombillas, el fuerte olor a pescado... Un universo completamente desconocido para mí estaba apareciendo ante mis ojos.

Después de caminar un rato por el puerto volvimos hacia el centro. Hasta ahora todo lo que veía me resultaba fascinante. Brazzaville era una ciudad muy bonita. Tenía un río espectacular, un clima caluroso y los jardines y aquellos edificios señoriales hacían que la ciudad resultara verde y acogedora. Pero el espejismo duró los mismos minutos que tardamos en llegar a Poto Poto, el barrio donde vivía Athanase. Allí se acabó el asfalto y, por lo visto, también el servicio de recogida de basuras. Las calles estaban sin pavimentar y por la tierra se esparcían mezclados todo tipo de desperdicios. Ya no se veía a hombres y mujeres elegantes, sino a señoras de rostro ajado que machacaban mandioca en enormes morteros fabricados a partir de troncos de madera, a niños medio desnudos que saltaban en los charcos repletos de bolsas de plástico y a hombres que vendían cabras o pequeños monos con cuerdas atadas al cuello. Las tiendas ya no eran modernas boutiques, sino viejas casetas de madera y chapa ondulada que cobijaban peluquerías, talleres mecánicos, farmacias y tiendas de ultramarinos con nombres tan curiosos como «Dios es maravilloso», «La mano de Dios», «La gloria de Dios» o «La palabra de Dios». Uno se daba cuenta enseguida de que los congoleños eran profundamente religiosos.

Por fin llegamos a la parcela donde se encontraba la casa de Athanase. Según me explicaron, nos íbamos a reunir allí para ultimar los detalles de nuestro viaje a Loukolela. Amable me dio la mano y entramos en el patio a través de un enorme portón metálico. Él conocía bien aquella casa porque siempre dormía en ella cuando bajaba a Brazzaville. Me daba la impresión de que existía una amistad muy sólida entre Amable y Athanase. Como esas amistades que se forjan en los momentos difíciles de la vida.

A las seis de la tarde la electricidad dejó de circular por los cables del barrio, por lo que tuvimos que sentarnos en el patio en total oscuridad. Athanase encendió una linterna y nos enfocó a la cara, aunque mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra. Comenzamos a hablar del viaje y Amable dijo que teníamos que ir a ver al ministro esa misma noche.

—¿Al ministro? —exclamé, atónita.

Sabía que la hospitalidad era uno de los valores más arraigados en las costumbres africanas, pero de ahí a que pudiéramos entrar nada menos que en la casa de un ministro me parecía demasiado. Y además a esas horas tan intempestivas. Aunque luego Amable me aclaró que el ministro había nacido en Loukolela, y que eran buenos amigos.

—¿Y por qué tenemos que ir a verle? —pregunté todavía algo perpleja.

—Porque tenemos que pedirle que nos preste su lancha motora.

Amable me contó que haríamos el viaje en dos tramos. Primero iríamos en autobús hasta Oyo y a partir de ese pueblo, como ya no habría rutas practicables, navegaríamos por los ríos Alima y Congo hasta llegar a Loukolela. En total, dos días de viaje. Pero había otro problema. El combustible necesario para llenar la lancha motora costaba unos dos mil euros. Me pareció desorbitado y muy lejos de mi escaso presupuesto. Y así lo dije.

—Sí. El Congo produce mucho petróleo, pero todo se va fuera del país. —Amable hizo un movimiento con la mano como si fuese un barco navegando—. El combustible aquí es muy caro —añadió.

Es decir, que la única opción para llegar a nuestro destino era que aquel ministro accediera a dejarnos su lancha y que también pagara la gasolina.

Sin más dilación, Amable y yo le dijimos adiós a Athanase y nos pusimos en marcha en medio de la oscuridad pisando boñigas y desperdicios hasta que llegamos a una carretera asfaltada. Cogimos un taxi en dirección al centro y en cuestión de cinco minutos pasamos otra vez de la pobreza a la riqueza sin que hubiera una etapa intermedia.

La residencia del ministro estaba dentro de una fortaleza de muros blancos. Entramos. Dos guardaespaldas nos dijeron que aguardásemos nuestro turno en una sala anexa. Otras personas habían llegado antes que nosotros y, por lo visto, también se encontraban allí para solicitarle favores a esas horas.

Eché una ojeada. En un extremo del jardín había dispuesta una silla tapizada de tela roja. Era la silla del ministro. Cuando llegó, se sentó y, con la dignidad propia de un rey absoluto, hizo llamar a la primera persona que se encontraba en la cola. Despacharon unos minutos y al final el visitante hizo numerosas reverencias, llevándose repetidas veces las manos al corazón en señal de agradecimiento. Uno tras otro los tres hombres y la mujer que nos precedían fueron llamados y el ceremonial se repitió con cada uno, con idénticas muestras de gratitud.

Finalmente llegó nuestro turno —éramos los últimos— y los guardaespaldas nos acompañaron frente a él, donde ya habían colocado una segunda silla. Al principio, la expresión del ministro era inquisitiva, como la de un entomólogo que escudriña un nuevo insecto. Pero a medida que Amable le iba contando que yo era periodista, que había venido desde España para viajar a Loukolela, que iba a realizar un reportaje y que, con su difusión, quizá algún alma bondadosa se interesara en ayudar en las

necesidades de su pueblo, su cara fue cambiando, ablandándose como si fuera una máscara de chocolate. Me miraba con unos ojos curiosos al mismo tiempo que asentía con la cabeza a todas y cada una de las afirmaciones de Amable. Por un momento me imaginé dentro de una de las novelas africanas de Evelyn Waugh, inclinados, casi de rodillas, ante el jefe de una tribu local del que esperábamos su clemencia para poder proseguir nuestro viaje.

—Me gusta mucho la idea —dijo al fin el ministro—. Esperemos que de sus reportajes salgan cosas de bien.

Y sin más parafernalia nos concedió tanto la lancha motora como la gasolina, y además me dijo que podía alojarme en la casa que acababa de construirse en Loukolela.

Le besamos la mano y le hicimos un par de reverencias. Ya en la calle, dimos rienda suelta a nuestra alegría, especialmente yo, por el dinero que me ahorra y, como ya era tarde, decidimos ir a dormir.

Al día siguiente me desperté sobresaltada. Debía de ser sábado, pero tampoco estaba segura. Había perdido la noción del tiempo. Me daba la impresión de que llevaba en Brazzaville una eternidad. Miré la hora en el móvil y de un salto me puse en pie. Eran las siete de la mañana. Desayuné con rapidez y me fui hacia la recepción a buscar a Amable. Me lo encontré unos minutos después en el jardín, charlando animadamente con la hermana Ana. Me acerqué a saludarles y Amable me dijo que no teníamos tiempo que perder. El autobús a Oyo salía dentro de tres horas y todavía debíamos hacer algunas compras.

Salimos rápidamente a la calle y nos pusimos a andar hacia el mercado Total, el mayor de la ciudad, en el barrio de Bakongo. Una vez allí, nos dirigimos a una zona donde se vendían todo tipo de artilugios para la casa. Amable me dijo que debíamos mirar en uno de esos puestos para comprar un objeto cuyo nombre no le salía en castellano e intentó describirmelo por señas. Era algo alargado y con un agujero y, según él, de ningún modo podía prescindir de él durante mi estancia en el Congo.

—¿Qué es, Amable? —le insistí para que hiciera memoria. No entendía lo que quería decirme y estaba realmente intrigada.

—Un cubo —dijo finalmente chasqueando los dedos.

—¿Un cubo? —respondí, pasmada.

Amable se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—Con el cubo —empezó a explicarme— los africanos recogemos el agua del río, hacemos nuestra higiene personal, lavamos los cacharros, también a los niños, transportamos tomates, mangos, naranjas o cacahuets. Si dejamos el cubo en una fila nos guardan el sitio, y, además, podemos llevarlo en la cabeza y tener las manos libres para hacer otras cosas. ¿Sabes? Si no tienes un cubo en África, estás perdido.

Nunca habría imaginado que un cubo pudiera ser tan útil, aunque, en realidad, lo que Amable quería decirme era que, en pocas horas, iba a adentrarme en un mundo primitivo donde un artilugio tan rústico como un cubo iba a convertirse en un objeto de primera necesidad.

Nos fuimos a comprar el cubo. Al final escogí uno de tamaño mediano, de colores verde, azul y amarillo que tenía una pequeña asa plateada. Lo coloqué en la maleta y, después de despedirnos de los dependientes, nos dirigimos a la estación de autobuses. Era una enorme explanada en la que reinaba un caos tremendo, y en medio de aquella marea de cabezas negras, estaba el autobús que iba a trasladarnos a las profundidades del Congo: blanco, majestuoso, como un transatlántico a punto de zarpar.

En cuanto entramos en la estación, fuimos rápidamente engullidos por una oleada de gente. En el interior de aquella muchedumbre se producían constantes empujones, los congoleños se gritaban los unos a los otros, pero Amable conocía a las personas oportunas y, ágilmente, mientras él se fue a comprar los billetes, me guió hacia el portaequipajes que resultó ser tan grande como el estómago de una ballena. Dentro se acumulaban decenas de maletas, bolsas, sacos, cajas, montones de verduras, hojas de mandioca, piñas, bidones amarillos y también muchos cubos idénticos al mío. Unos minutos después, el conductor sacó su cabeza por la ventanilla del autobús. Cogió un micrófono y la multitud se dirigió hacia él.

—Ufff, uff. *Allô! Allô!* —se oía por un altavoz.

Había tal tumulto apelotonado en ese espacio tan pequeño que me parecía que estaba en el chupinazo de San Fermín. Era imposible saber cuántas personas había allí congregadas. Mil, dos mil... El conductor pidió que quienes dispusieran de billetes se colocaran junto a la puerta y que el resto, amigos y familiares, se apartaran del lugar.

En ese momento un escalofriante ruido redujo a la nada los gritos de la gente. Me di la vuelta y observé un camión que estaba esquivando un bache en la calle. Pero no era un camión cualquiera. Estaba tan cargado que se había abombado por los lados y, además, se movía lentamente, como un hipopótamo. Por fuera, agarrados con cuerdas, colgaban varios cerdos, todos vivos, decenas de gallinas que movían la cabeza con pequeños espasmos y tres cabras. Incluso en la parte superior... ¡había vida humana! Siete u ocho jóvenes permanecían quietos, mirando distraídamente a ambos lados de la calle, inconscientes del riesgo que corrían. Me pareció un milagro que con el frenazo ninguno se hubiera descalabrado desde tal altura.

—Estamos acostumbrados a viajar así —me explicó Amable al ver mi cara de asombro—. Esto no es nada. Si vieses a esa gente viajando encima de los camiones bajo el sol y la lluvia, semanas enteras, te darías cuenta de la inmensa fortuna que tienes tú con el transporte público en España.

Minutos más tarde, un joven entregó al conductor la lista de los pasajeros. Éste volvió a asomarse a la ventanilla, cogió el micrófono y anunció quién iba a entrar en el vehículo y su número de asiento. Cuando dijeron nuestros nombres, Amable alzó el brazo agitando los billetes con tanta emoción que parecían los números premiados de una tómbola. Nos había tocado delante. «Qué bien —pensé—, así podré grabar todo el trayecto.»

Los pasajeros subimos la escalerilla y nos fuimos acomodando. La gente que entraba parecía agradable. Las mujeres vestían con los paños típicos multicolores y muchas llevaban bolsas de plástico en cuya superficie pude adivinar verduras o chikwanges de harina de mandioca. Nos íbamos. ¡Por fin! Desde arriba, la estación parecía un hormiguero que poco a poco se iba vaciando. Dentro del autobús, todos los asientos estaban ocupados y varias bolsas envueltas en cinta adhesiva llenaban al menos un tercio del pasillo en la parte de atrás.

Cuando el autobús se puso en marcha, cogí la cámara y empecé a grabar a través del cristal. Por el borde de la carretera, los hombres transportaban carretillas llenas de sacos y las mujeres caminaban sujetando en equilibrio enormes palanganas sobre sus cabezas. Las chabolas se alargaban todavía como una enorme serpiente de uralita, pero el paisaje iba siendo cada vez más campestre. La naturaleza ya comenzaba a desplegarse tímidamente a ambos lados del camino. Cuando las construcciones parecían tocar a su fin, la sabana apareció en todo su esplendor. Había hierbas altas, algún eucalipto, de vez en cuando un mango gigantesco y enfrente de nosotros una carretera que no era más que una pista recta que parecía llevarnos al infinito. Íbamos a adentrarnos en el corazón de las tinieblas. Pero justo en aquel lugar, cuando el autobús pasó por delante del cementerio, me acordé de las palabras de Bruce.

—A mi padre lo mataron con una bala en el entrecejo. Pum. Cayó muerto en el acto.

Apreté los dientes y mi respiración se aceleró, aunque Amable no notó nada. Él miraba hacia delante con la mirada perdida en el horizonte. Me volví para preguntarle algo, pero en ese momento movió la cabeza hacia la ventanilla para echar una siesta. Comprendí que era mejor callarme y seguí mirando al exterior. A lo lejos, miles de lápidas llenaban el paisaje. Lo más probable es que el padre de Bruce, Gilbert Loukaka, estuviera enterrado en alguna de ellas.

A ojos de un turista, nada hacía sospechar que en Brazzaville había estallado una guerra civil doce años atrás. Sí, recordaba que por aquella época había surgido un conflicto entre hutus y tutsis en Ruanda. En aquellos días varias misioneras llegaron desde la zona de combate y, durante las semanas siguientes, nos contaron en el colegio, y también a través de la radio y en los salones municipales, cómo los ruandeses se mataban a machetazos los unos a los otros. Todos habíamos visto en televisión imágenes de los cadáveres abandonados a lo largo del camino y de largas filas de mujeres, hombres y niños llevando sobre sus cabezas sus escasas pertenencias. Se habían escrito ríos de tinta sobre el genocidio de Ruanda. Sin embargo, en la prensa española apenas se había mencionado la guerra del Congo-Brazzaville. Mientras preparaba el viaje, se me ocurrió ir a la hemeroteca y sólo pude leer algún reportaje del periodista Alfonso Armada cuando cubría aquella zona. Ni siquiera en Televisión Española había gran cosa. En el archivo sólo encontré alguna que otra imagen y no de muy buena calidad. No obstante, a pesar del vacío informativo, sí que había estallado una guerra civil en el antiguo Congo francés. Al igual que en Ruanda, también los congoleños de Brazzaville murieron bajo los machetes, las bombas y las balas.

Como la familia de Bruce. Con los primeros bombardeos, su padre decidió que debían refugiarse en la selva y permanecer allí durante el tiempo que durara la guerra. Pero abandonar la mansión en la que vivían fue una decisión traumática. Ellos pertenecían a la ciudad, eran la élite, lo más selecto de la sociedad congoleña, y en aquella maraña de hojas y ramas que era la selva se sentían indefensos. Las consecuencias no tardaron en llegar. Primero murió el hermano pequeño de Bruce por la mordedura de una serpiente. Después murieron su madre y sus hermanas por desnutrición y agotamiento. El dolor que sentían era inaguantable pero Bruce y su padre se vieron obligados a seguir vagando por la selva para poder sobrevivir. Hasta que Gilbert empezó a sentirse mal y quiso volver a Brazzaville para que le viera un médico. Habían

pasado los meses y el Gobierno acababa de anunciar que las milicias rebeldes se batían en retirada, y que se garantizaba la seguridad a todo el que quisiera volver a la capital.

Cuando se encontraban a diez kilómetros de Brazzaville, se toparon con un control. Seguían desconfiando de los militares y Bruce tuvo el instinto de desviarse, pero su padre intervino:

—Tienen un jeep. Yo ya no puedo más. Vamos a preguntarles si pueden acercarnos.

Cuando los militares les vieron, echaron a correr para ayudar a Gilbert. Una vez en el control, el sargento se fijó en su rostro.

—¿Usted ha trabajado para el Gobierno del antiguo presidente? —le preguntó mientras le miraba atentamente.

—Sí —respondió el padre de Bruce dudando de si estaba haciendo bien en contestar.

—Sí, ya. En cuanto le he visto le he reconocido. A ver, entre ahí —continuó el sargento sin dejar de observarlo.

Lo condujeron a una tienda, de la que asomaba una enorme antena de radio.

Bruce se quedó fuera, sentado en el suelo, al borde de la carretera, mirando de vez en cuando hacia la tienda de campaña. No había de qué preocuparse. Lo más probable era que su padre tuviera que hacer alguna formalidad, algún papeleo. Después de un rato de espera se oyó un disparo. Provenía de entre la hierba alta que se extendía detrás de la tienda. Al oír nuevos disparos, Bruce se fue corriendo hacia allí. Corrió y corrió temiéndose lo que finalmente encontró: a su padre con un boquete en la cabeza. Loco de ira, se volvió hacia la carretera gritando. Un grito hondo y desgarrador que asustó al militar, quien se dio media vuelta y disparó sobre Bruce. Aunque no le mató, afortunadamente, le hirió en la pierna derecha. Justo en ese instante un jeep de la Cruz Roja pasó por el control. El médico que conducía vio a Bruce malherido y salió del coche a socorrerlo. El joven todavía respiraba. Con ayuda de dos colegas lo montaron en el asiento de atrás y lo condujeron a un hospital dirigido por unas misioneras europeas.

Pobre Bruce. La vida había sido demasiado cruel con él. Pegada al cristal del autobús, eché un último vistazo al cementerio. Bruce me había contado que unos amigos de su padre lo habían encontrado en el hospital cuando ya estaba casi curado de sus heridas. Aquellos amigos le dijeron que unos días antes habían cogido el cuerpo de su padre de la morgue y lo habían enterrado discretamente en el cementerio, en una tumba sin lápida ni nombre. Después, aconsejaron a Bruce que iniciara una nueva vida en otro país para evitar que fuera perseguido por el pasado político de su familia. Durante días estuvieron planeando la huida. En el aeropuerto sobornaron a un par de militares, y de ese modo pudo entrar en un avión que lo llevó directamente a Marruecos.

Bruce tuvo que empezar de cero. Como él me recordaba a menudo, si no hubiera sido por aquella maldita guerra ahora estaría viviendo la vida que sus padres habían planeado para él: habría terminado la carrera de Medicina en la Sorbona de París y estaría trabajando en algún prestigioso hospital europeo. Sin embargo, el destino quiso que, en lugar de estar ganando una fortuna, se encontrara solo en el mundo, sin título universitario y compartiendo un piso destartado en las afueras de Rabat con otros inmigrantes africanos, cuyo único sueño era llegar como fuera hasta las costas del sur de España.

Ahora, viendo el cementerio, entendía mejor el empeño que ponía Bruce para que yo no viniera al Congo. Él sólo intentaba protegerme y yo no le había hecho ningún caso. Bruce era un chico muy bueno. Y muy guapo. Tenía un rostro redondeado y una sonrisa preciosa. A mí me gustaba mucho y, alguna vez, me había imaginado saliendo con él, pero sabía que aquello no podía ser. Hacía mucho tiempo que éramos amigos y, además, yo vivía en Madrid y él se hallaba inmerso en sus estudios de Ingeniería Informática en Rabat. Bruce estaba muy motivado: lo había pasado tan mal que su único objetivo en la vida era conseguir un buen trabajo y ganar mucho dinero para recuperar el estatus económico y social del que había disfrutado antes de la muerte de sus padres.

Volví a mirar por la ventanilla. Quise comentarle a Amable aquella historia pero no pude hacerlo en aquel momento porque se quedó dormido. Debía de ser un sueño muy profundo porque respiraba muy fuerte, como si se encontrara aislado en medio de la selva y no en un autobús abarrotado de gente. Yo también intenté dormir. Había madrugado mucho y estaba agotada. Sin embargo, en ese momento el conductor subió el volumen de la radio hasta que resultó infernal y, además, puso el pie en el acelerador y lo apretó hasta el fondo. Íbamos muy rápido. Demasiado para esa pista tan estrecha. Cuando atravesábamos los poblados decenas de niños y mujeres salían de sus chozas y nos saludaban invadiendo la calzada con los brazos extendidos. El conductor se ponía muy contento y respondía acelerando todavía más. Íbamos como una exhalación y me extrañó que no hubiéramos atropellado a ninguno de esos niños convirtiéndolo en papilla. ¿Era yo la única que se sorprendía de ese comportamiento? Miré hacia atrás. Una joven amamantaba tranquilamente a su hijo; una señora de mediana edad abría una tartera con algo parecido a unos buñuelos y a lo lejos un chino resoplaba con los ojos cerrados. Obviamente sí.

—Amable, ¿puedes decirle al conductor que reduzca la velocidad? ¡Nos vamos a matar! —le supliqué casi a voz en grito.

La música estaba tan alta como en una discoteca y el conductor no dejaba de mover el cuerpo adelante y atrás como si quisiera dar impulso al autobús.

—A los africanos nos gusta así —me respondió dando muestras de enfado por haber interrumpido su sueño—. Si no, no llegaríamos nunca. Mira, seguro que no va a pasar nada. Anda, duérmete tú también un rato. —Y se volvió dejándome con la palabra en la boca.

Seguimos circulando a una velocidad de vértigo mientras el paisaje cambiaba progresivamente. Las estepas dieron paso a árboles enormes que se extendían hasta donde podía alcanzar la vista y, a su lado, una maraña de arbustos, hierbas y flores. Me quedé extasiada viendo aquel paisaje ecuatorial. Todavía no podíamos hablar de selva, pero aquella frondosidad me hacía sospechar que nos encontrábamos muy cerca. Además, a lo largo del camino fueron apareciendo más chozas levantadas con muros de barro y techo de paja, que no dejaban de impresionarme. ¿Cómo era posible que en pleno siglo XXI aún hubiera gente que viviera en semejantes condiciones?

Las horas fueron pasando. Desde la terraza panorámica que era el parabrisas del autobús, empecé a grabar el espectáculo de unas nubes gigantescas que se reunían y luego se disolvían rápidamente ante nosotros. De pronto nos adelantó un camión repleto de militares. Estaban uniformados con el típico traje de camuflaje, armados hasta los dientes, con bandas de municiones que les daban dos y tres vueltas al pecho. Unos llevaban la gorra ladeada a un lado y otros escondían su mirada detrás de unas gafas oscuras, mientras hacían aspavientos con sus fusiles en la mano. Fue entonces cuando cometí un tremendo error. En lugar de apagar la cámara, seguí grabando el paisaje y dentro del plano aparecieron ellos.

Les miré sonriendo, más bien una media sonrisa.

Ellos también me respondieron. Pero con gestos que me hicieron entender a las claras que iban a cortarme el cuello. Bajé la cámara y me volví a mi asiento. Entonces comprendí lo poco que conocía el país en el que estaba.

Los militares obligaron al conductor a acercarse al arcén. Los pasajeros que no les habían visto protestaron. Una parada en el camino suponía un retraso en el viaje. Después se hizo el silencio. Cuatro soldados con sendas metralletas en las manos montaron en el autobús y se dirigieron hacia mí. Empezaron a hablarme en lingala. A medida que subían el tono de voz yo me encogía en el asiento, petrificada, tan muerta de miedo que no podía ni mover una pestaña. Un tipo alto y cuadrado como un gorila me pidió el pasaporte y el salvoconducto. Sólo disponía del pasaporte; no sabía que era necesario otro documento para visitar el Congo.

—Te hemos visto grabándonos —me gritó y en ese momento Amable volvió la cabeza.

El militar empezó a inspeccionar mi chaleco de bolsillos y a sobarme los pantalones intentando encontrar la cámara.

—¿Dónde está? —gritó otro de ellos que llevaba un pañuelo rojo anudado en el brazo izquierdo—. ¿Sabes que grabar a los militares es un delito? —siguió bramando.

No, no lo sabía, pero no podía hablar. Mi cuerpo no respondía. Estaba rígida, aterrorizada.

—Grabar a los militares es pena de muerte —amenazó otro soldado dando un zapatazo en el suelo.

Las venas se le iban hinchando en la frente y yo me iba encogiendo más y más. Amable no decía ni media palabra y tampoco el resto de pasajeros, que observaron impávidos cómo los militares me agarraron del brazo y me bajaron a empujones del autobús.

Como el temblor de las piernas me impedía caminar, uno de los militares, el que llevaba un cuchillo enfundado en la cadera, me cogió de los hombros y me proyectó bruscamente contra un árbol. Me di un golpe tremendo en la cabeza. Él se acercó a mí y me miró como a un perro callejero. Su mirada se fue deslizando sin ningún recato por mis botas, mis pantalones hasta llegar a mi camisa. En ese momento le di la razón a Bruce. No había medido los peligros de este viaje.

—Eres una espía —me dijo el jefe con los ojos enrojecidos. Su aliento apestaba a alcohol.

—No. Sólo soy una turista —repliqué.

El militar sacó el Kalashnikov del hombro y me apuntó.

—En el Congo no hay turistas.

De pronto, Amable apareció en la puerta del autobús. Lentamente empezó a bajar la escalerilla mientras acariciaba con la mano una enorme cruz de madera que se había colocado en el pecho. Me pareció un santo que bajaba del Cielo. Preguntó con autoridad quién era el jefe del grupo. El joven con el pañuelo rojo atado al brazo se dio la vuelta.

—Soy yo.

Amable se acercó.

—Soy sacerdote de la Iglesia católica —le dijo agitando la enorme cruz para que la viera bien—. Sabes que matar a una mujer inocente delante de un representante de Dios está castigado por la ley divina. Lo sabes, ¿verdad? —añadió subiendo el tono de voz.

—Sí, lo sé, *monsieur l'abbé* —respondió el militar mientras se quitaba la gorra como gesto de respeto.

—¡Pues con tu comportamiento da la impresión de que no supieras con quién estás hablando! —dijo casi gritando.

Las palabras de Amable desconcertaron al grupo de militares y él aprovechó esa circunstancia.

—Porque creo que has olvidado que los sacerdotes tenemos poderes... —Amable dudó unos instantes sin decidirse cómo debía acabar su frase, pero añadió—: Sabes de sobra que puedo utilizarlos.

El militar no dijo nada y se limitó a palpar su cartuchera. Parecía como si estuviera sopesando aquellas palabras, confiriéndoles algún tipo de credibilidad. O tal vez estuviera pensando en volarle la cabeza. Yo estaba aterrada y creía que Amable había perdido el juicio. No. Peor aún. Que todos habían perdido la razón y que se iban a liar a tiros con nosotros dos.

—Vamos a hacer un trato —continuó Amable al tiempo que intentaba mostrarse firme. Los demás viajeros estaban asomados a las ventanillas y miraban tan pasmados como yo—. Si esta chica os ha grabado, la matáis aquí mismo. Si no, la dejáis marchar.

—Pero ¿qué estás diciendo, Amable? —exclamé en español—. ¡Que sí les he grabado! —Se lo repetí a voz en grito por si no lo sabía.

—Cállate —me respondió también en español.

Yo tenía tanto miedo que sentía que el aire no me llegaba a los pulmones.

—*D'accord, monsieur l'abbé* —respondió el jefe con evidentes muestras de satisfacción.

Se dirigió hacia los ocupantes del autobús y, como si fueran espectadores de un circo romano, les dijo entre carcajadas y risas burlonas: «*Cette femme est condamnée*».

Entonces ocurrió algo insólito. Del interior de su mochila, Amable sacó una cámara digital. Pero no era la mía. Ni siquiera era una videocámara. Se trataba de una cámara de fotos pequeña y plateada. Los militares le rodearon con extrema curiosidad y Amable empezó a mostrarles las imágenes grabadas, una detrás de otra.

—¿Veis? Esto es una comunión en Brazzaville —les comenzó a explicar en francés, mientras los soldados permanecían en silencio—. Esto es un bautizo —prosiguió.

Y así fue pasando una foto tras otra, sin que en ninguna de ellas aparecieran los militares. A medida que veían las imágenes, sus caras pasaron de la curiosidad a la decepción. El jefe le arrancó a Amable la cámara de las manos y él mismo comenzó el visionado de las fotos que quedaban.

Cuando terminó de revisarlas, confuso, devolvió la cámara a Amable y ordenó con un gesto a sus hombres que se marcharan. Acto seguido, Amable se acercó a mí, me cogió del brazo y me levantó del suelo. Me ayudó a subir la escalerilla del autobús y me acompañó hasta el asiento, donde caí como un trapo. Allí me quedé en estado de shock durante bastantes minutos. Entretanto, los militares montaron en su todoterreno y se marcharon tras haber dado un gran acelerón. Nuestro conductor también arrancó.

El silencio en el autobús era sepulcral. Sólo podía oírse mi corazón latiendo con fuerza, bombeando sangre de forma desbocada. Una hora después, cuando poco a poco comencé a sentir las piernas, cuando empezaron a desentumecérsese los brazos, cuando recuperé medianamente la consciencia y cuando mi ritmo cardíaco volvió a la normalidad, una niña se me acercó con un objeto envuelto en una toalla azul.

—Ábrelo —me dijo con su voz cantarina mientras me miraba con sus enormes ojos negros.

Desenvolví la toalla y ¡allí estaba mi videocámara!, la misma con la que había grabado a los soldados.

Entonces Amable me explicó lo que había sucedido. En cuanto vio a los militares, imaginó lo que podría avecinarse. Los conocía bien, así que, sin que yo me diera cuenta, cogió mi cámara y se la entregó al pasajero del asiento de atrás, que la pasó a su vez al que tenía detrás y así sucesivamente, hasta que llegó a la niña que ocupaba la última fila del autobús. La pequeña la envolvió en una toalla azul y la metió debajo de los bultos que ocupaban la parte trasera del pasillo.

Ahora caía en la cuenta. Todos los pasajeros sabían que los militares nunca encontrarían mi videocámara. Todos habían colaborado en el juego para que yo salvara la vida. Me levanté de mi asiento y con lágrimas en los ojos les di las gracias llevándome las manos al pecho.

—La próxima vez ten más cuidado —me recriminó Amable.

Bajé la mirada y se lo prometí.

—Amable, ¿tú crees que los militares me hubieran matado si hubieran descubierto que les había grabado?

Él me miró fijamente a los ojos, esbozó una sonrisa y me respondió:

—No te quepa la menor duda.

Amable volvió a mirar al frente, hacia las ondulaciones del paisaje que la carretera desplegaba ante nosotros, mientras yo lo observaba a él. Apenas le había prestado atención hasta ahora. No era excesivamente atractivo, tenía la nariz ancha, los ojos algo pequeños y, además, era bajito. Pero se acababa de jugar la vida por mí. Le apreté la mano y se lo agradecí con la mirada. Él también me sonrió. Una sonrisa que iluminó su cara y me reconfortó. Luego se volvió hacia la ventanilla y yo coloqué mi espalda en el asiento. Esa tarde Amable me había demostrado que era listo, valiente e ingenioso. Pero poco más sabía de él y en aquel momento sentí una tremenda curiosidad por saber quién era Amable en realidad.

Eran las siete y media de la tarde cuando el autobús paró enfrente de una choza de barro y paja. La luna flotaba redonda en la noche y sólo su resplandor blanco y amarillo iluminaba el pueblo de Oyo. La carretera continuaba hacia el norte, hacia Gabón, y Camerún, pero nosotros nos dirigíamos a las profundidades del Congo y por eso nos detuvimos allí. Ya no había caminos practicables. A partir de ahora, los nuevos senderos serían los ríos y afluentes que se desplegaban como un abanico alrededor del río Congo. Ellos nos llevarían a los lugares más ocultos del país.

Tras unos minutos de revuelo, bajamos del autobús junto a un nutrido grupo de pasajeros. Eché una rápida ojeada. A pesar de la oscuridad aquel lugar me resultó enormemente exótico. Alrededor, crecían palmeras majestuosas y cientos de flores que exhalaban un aroma sensualmente amargo. Miré nuestro autobús y pensé que sería el último vestigio de civilización con el que me iba a encontrar en mucho tiempo. Ya sabía que iba a ser así, pero me costaba hacerme a la idea. Resignada, me dirigí al portaequipajes a coger mis maletas y después abandonamos la carretera.

El autobús también se marchó. Durante unos segundos me quedé inmóvil contemplando el foco luminoso que se perdía en la oscuridad hasta que Amable me tiró delicadamente de la manga y, apuntando su linterna hacia el suelo, me dijo:

—Ven, voy a presentarte a los dos seminaristas que han venido a recogernos.

Dos negros esbeltos como dos figuras de ébano se acercaban a nosotros. Cuando llegaron a nuestro encuentro, se chocaron con Amable los nudillos de las manos y se golpearon levemente con la cabeza y con los pies. Después se dirigieron hacia mí. Me presenté, y con una gran sonrisa me abrazaron y soltaron rimbombantes palabras de bienvenida. No dejaban de repetirme lo mucho que se alegraban de verme. El más joven me cogió la maleta de la mano, se la ajustó sobre su cabeza y se puso a andar. El que parecía mayor alargó su brazo sobre mis hombros y así, juntos, como si yo fuera la prima del pueblo a la que no habían visto durante años, nos dirigimos hacia una furgoneta que estaba aparcada bajo una palmera. Amable iluminó el vehículo. Era como un viejo tanque sacado de algún desguace de la Segunda Guerra Mundial. Uno de los seminaristas abrió la puerta corredera, colocamos las maletas en la parte de atrás y nosotros nos sentamos delante apretujándonos junto al conductor como sardinas en lata.

La luz de los faros era bastante débil, pero a medida que avanzábamos pude distinguir a hombres y mujeres que sorteaban hogueras encendidas en el suelo y a niños que jugaban sobre el barro. Mis compañeros debieron de percibir mi fatiga, porque no volvieron a pronunciar palabra hasta que llegamos a la misión, unos diez minutos después.

—Bienvenida a Notre Dame de l'Assomption.

El lugar estaba vagamente iluminado. Enfrente de nosotros se encontraba la iglesia que daba nombre a la misión y en medio de la plaza reinaba un fantástico okume. El árbol tenía un tronco largo y negro que terminaba en una explosión de cientos de ramas que me recordó a una africana con los pelos revueltos. Detrás, se encontraba el colegio de primaria. Amable insistió en que fuéramos a verlo. Mientras me explicaba lo importante que era para los niños de la zona, enfocaba su linterna hacia todos los lados para que yo no perdiera detalle. Sobre la puerta principal, en un letrero pintado en el muro, podía leerse: UNITÉ, TRAVAIL, PROGRÈS. «Es el lema del Congo», me explicó. Y se rió de un modo que me transmitió sosiego y me hizo sentir que todo iba a ir bien.

—Me impresiona la pobreza de este pueblo —le dije.

—Bueno, así es la parte que has visto esta noche, porque hay otra zona, hacia el sur, que está en plena construcción. Ya tendremos tiempo de que conozcas otros pueblos de la zona, y sobre todo en el que vivo.

Me cogió del brazo y caminamos hacia un edificio con una bonita terraza arqueada. Amable me contó que era la casa de los curas. En aquel momento vivían dos: uno congoleño que se encontraba de viaje y otro polaco que salió a recibirnos. El hombre tenía el pelo blanco y la piel muy morena con unas profundas arrugas en la comisura de los labios, e iba vestido con una camisa estampada de flores de la que se podía entrever una abultada barriga.

—Soy el padre Joseph —me dijo mientras me tendía la mano.

Luego nos invitó a sentarnos en unos sofás fabricados con maderas y lianas. Él también hizo lo propio.

El padre Joseph nos estuvo contando que hacía más de veinte años que había abandonado la vieja Europa para venir a trabajar a este punto perdido del continente africano. Luego nos explicó que la lancha motora del ministro ya estaba preparada en el embarcadero y que al día siguiente, por la mañana temprano, podríamos partir a Loukolela. Sería un viaje duro, me advirtió: primero navegaríamos por el río Alima y después por el río Congo. Amable solía hacer el viaje en las piraguas tradicionales y normalmente tardaba dos o tres días en llegar, pero con la potente lancha del ministro haríamos el trayecto en una sola jornada, siempre y cuando saliésemos de madrugada y no se produjera ningún contratiempo. Después nos invitó a pasar al interior. La cena estaba lista y los seminaristas nos esperaban.

Entramos. Me extrañó que hubiera una bombilla encendida. Amable me dijo que había luz porque los curas habían comprado un generador eléctrico hacía unos meses y acababan de encenderlo. El ruido era espantoso, pero al menos íbamos a cenar viéndonos las caras. Así pude analizar a los dos jóvenes que habían venido a recogernos. Uno de ellos era muy delgado, con unas manos tan finas y delicadas que parecía que no habían hecho otra cosa en la vida que pasar las hojas de la Biblia. El otro seminarista estaba un poco más gordito y llevaba una camisa con grandes letras estampadas en las que podía leerse: NOTRE DAME DE L'ASSOMPTION. Antes me habían contado que en esa zona había muchas sectas y religiones que intentaban captar fieles para sus cultos, y aquel joven, así vestido, me pareció un hombre anuncio de la Iglesia católica.

Mientras los seminaristas terminaban de preparar la mesa, decidí darme una vuelta por la sala. Las paredes eran de color amarillo arena, ennegrecidas por el paso del tiempo y en algunas partes incluso cuarteadas. En la estantería había varios libros. Cogí uno al azar para ojearlo y resultó ser la guía de un castillo de Cracovia, en polaco. Vi algunas fotos que aparecían en el interior y lo devolví al armario. Cogí otro. Era un anuario de las diócesis del Congo de hacía varios años. Un tercero tenía un título interesante: *El arte de sanar con las manos. Adaptación al entorno bantú*, escrito por alguien con un nombre africano. Volví a depositarlo en su sitio y me propuse indagar más adelante sobre ese asunto con la ayuda de Amable. Había leído que numerosos pastores en las iglesias del Congo ofrecían sus servicios de sanación y que una gran parte de la gente creía en ellos.

—Bien, todo está listo —dijo el padre Joseph—. Ya podemos sentarnos a cenar.

Me dirigí a la mesa donde ya estaban colocados los otros cuatro comensales y, tras una breve oración, dimos la vuelta a nuestros respectivos platos y vasos, puestos boca abajo para que no se llenaran de polvo. Sobre la mesa había cuatro cazuelas cubiertas por un paño. Un seminarista lo retiró y abrió las tapas para que pudiésemos servirnos como si fuera un bufet. El menú era variado: sopa, chikwangue, maíz hervido, banana frita, pollo en salsa roja y unas verduras que no supe identificar. Me hubiera gustado comer un poco de pan pero ya me había concienciado de que no volvería a probarlo hasta que regresara a España.

Nos servimos la sopa, con mi plato lleno a rebosar, y empezamos a charlar. El padre Joseph y uno de los seminaristas se pusieron a discutir sobre qué plantación de palmeras producía un vino de mejor calidad. Yo seguía la conversación muy de cerca, intentando comprender el acento francés del cura polaco mientras removía lentamente mi sopa. Parecía que tenía tropezones. Como la luz de la bombilla era muy tenue saqué uno con la cuchara, me lo acerqué a los ojos y sentí una profunda arcada cuando vi que era el pellejo de un animal con pelos incluidos. El sacerdote polaco se volvió hacia mí y yo le devolví la mirada con una sonrisa para disimular mi repugnancia.

—Pruébalo. Te va a gustar. Es *moto ya ntaba*, cabeza de cabra. El cocinero ha preparado esta sopa especialmente para ti. Desde que estoy en el Congo, tú eres la primera periodista que nos visita, aunque vaya a ser sólo por una noche, y esto se merece celebrarlo.

Volví a mirar el plato no muy convencida de querer introducirme en la gastronomía local, pero aún así decidí probarlo. Con ayuda de un cuchillo empecé a cortar la piel del animal en trocitos pequeños para tragarlos mejor. El padre Joseph me acercó una cabeza de ajo y me propuso que lo introdujera en la sopa.

—Tiene muchas propiedades para la salud. Yo suelo aprovechar la hora de la cena para tomarlo, porque después no molesto a nadie con el aliento.

Yo ya había cortado la mayor parte del pellejo, pero como no sabía qué hacer con el ajo, Amable tomó la iniciativa y empezó a machacarlo sin preguntarme mi opinión.

—¡No, no, no!, por favor —le dije intentando no parecer brusca mientras cubría el plato con mis manos—. Está todo muy rico. —Y me metí una cucharada en la boca con un trocito de piel incluido. Al instante los pelos se me pegaron en la lengua y me provocó otra arcada.

Mastiqué con dificultad, pero conseguí tragar. Luego tomé una nueva cucharada y después otra, y otra, respirando apenas entre dos bocados para no sentir los tropezones. Comía con avidez, con la cara casi pegada al plato ante la mirada expectante del resto de los comensales. Cuando terminé, un calor intenso subió hacia mis mejillas mientras los demás estallaron en unas sonoras carcajadas.

Durante el resto de la cena, el padre Joseph llevó la voz cantante.

—Aquí la gente es tremendamente pobre —me explicó. El padre Joseph hablaba perfectamente lingala y parecía conocer al dedillo la cultura y las tradiciones del Congo. Con su larga barba blanca y su camisa de colores parecía el típico explorador que se había perdido durante años en una isla desierta y que había terminado mimetizándose con los nativos—. No hay trabajo, no hay dinero. Las niñas se quedan embarazadas con quince años de padres desconocidos. Proliferan las enfermedades. Los niños sufren malnutrición. La comida escasea o es de mala calidad.

Escuchando al misionero comprendí que si había venido a África no era solamente para adoctrinar a los infieles. Me pareció como si, para él, la Iglesia católica fuese sobre todo un medio para llevar a cabo una labor social. Se le veía un hombre deseoso de hacer el bien y aquel sitio perdido del África Central podía ser, sin duda, un lugar adecuado.

—Aquí los padres tienen que sudar la gota gorda para que los niños vayan a la escuela. Es muy cara para ellos. Conseguir un dólar supone un gran sufrimiento. Por eso hemos construido esa escuela que ves allí. —Y señaló con el dedo hacia más allá de la ventana, aunque no podía distinguir nada en la oscuridad del exterior—. Sólo la educación podrá sacar a este pueblo de la miseria.

Cogí mi cuaderno y empecé a anotar algunos comentarios que me parecieron muy interesantes. Apunté con grandes letras: «Educación», y después «Progreso». Sus argumentos tenían una gran coherencia, aunque, por las caras que ponían, me dio la sensación de que ni Amable ni los dos seminaristas estaban satisfechos con la visión poco optimista de la realidad congoleña que el misionero polaco estaba describiendo. No obstante, en sus intervenciones percibí un deseo de no querer polemizar con él.

Cuando uno de los jóvenes trajo la fruta, Amable me dijo que yo tenía que probar el vino de palma. Era la segunda vez que escuchaba hablar de esa bebida durante la cena. El mismo seminarista volvió con dos botellas blancas, tapadas por unas hierbas verdes que sobresalían por el cuello del recipiente. En su interior se veía un líquido blanquecino. Me sirvieron un poco y lo probé. Era muy poco denso, de sabor algo ácido y tenía alcohol, pero no era vino.

—Es la bebida tradicional de la zona —me explicó Amable—, como el vino en Europa. Se extrae de las muchas palmeras que has visto durante el viaje. Hay personas que escalan el árbol, hacen una incisión en la corteza y extraen la savia. Se puede beber directamente o se puede dejar fermentar, para conseguir que tenga alcohol. —Amable probó el vino—. Ves. Este vino ya tiene alcohol —dijo, sonriente.

—Sí, lo extrajeron hace dos días —explicó uno de los seminaristas—. Ya le ha dado tiempo a fermentar.

Volví a paladarlo. Aunque el sabor era extraño, si a ellos les gustaba, tal vez a mí también. Los otros tres comensales dieron buena cuenta del contenido de ambas botellas, hasta que al final no quedó nada más para beber.

Acabada la cena, los dos seminaristas dijeron que debían marcharse a un funeral, un «matanga», de la hija de un catequista que había muerto la víspera en circunstancias poco claras. Nos despedimos de ellos y después salimos de nuevo a la terraza. El aire era pesado y húmedo. El polaco salió para apagar el grupo electrógeno y, a la vuelta, encendió una vela que metió en un candil. Un grupo de polillas comenzaron a revolotear alrededor de la luz y volvimos a sentarnos en los sofás de madera. Pero esta vez sí, el cansancio me pudo. Habría preferido marcharme a dormir, pero intenté ser respetuosa con el anfitrión y aguanté un rato más. A Amable también se le notaba cansado. Tenía los ojos rojos y el ánimo apagado. De fondo, se oía un concierto de ranas. La noche previa había llovido y los batracios se habían metido en los numerosos charcos que habían surgido por todas partes. Medio adormilada, oí un manotazo. Luego vi que el padre Joseph se limpiaba un poco de sangre en su brazo desnudo.

—Espero no volver a coger la malaria —comentó—. Es una enfermedad terrible que mata a mucha gente por aquí.

Tras escuchar su comentario, me ajusté la camisa al cuello y me eché Relec en las manos. Me habría puesto el gorro con red mosquitera que guardaba en el bolso, pero al final no lo hice. Me dio cierto apuro.

—Tendrás que acostumbrarte a los mosquitos. Aquí atacan como aviones y depositan su mortífera carga en insignificantes pinchazos. No hacen ruido. Si oyes el zumbido, no te preocupes, porque no es el anófeles. Pero cuando sientas el escozor del picotazo, ya será demasiado tarde y el plasmodium ya estará en la sangre, listo para hacer de las suyas.

Si lo que el padre Joseph pretendía era causarme miedo, lo estaba logrando. «¿Por qué no se calla?», pensé. Pero, muy al contrario, empezó a relatarme uno de sus primeros ataques de malaria, a los pocos meses de llegar al Congo, y lo mal que lo había pasado postrado durante días en la cama. Me estaba asustando y decidí cambiar de tema.

—¿Ve usted aquella planta de allí? —dije señalando una maceta sobre el suelo de la terraza—. Tiene una flor amarilla muy bonita. A mi vuelta, me gustaría llevarme alguna a casa.

—Esa flor mezclada con sal produce un veneno infalible contra las ratas.

—¡Las ratas! —exclamé mirando a un lado y a otro mientras levantaba de forma inconsciente los pies del suelo.

Desde que había llegado al Congo no había visto ni gatos ni perros, pero sí mucha basura desperdigada por las calles. Allí los roedores debían de ser más grandes que los conejos.

Mi intento por buscar un tema agradable de conversación había pinchado en hueso con aquel cura polaco. Después de unos minutos de charla sobre las consecuencias devastadoras de la mosca tsé-tsé en la zona, Amable se quedó dormido con la cabeza apoyada en la pared y el padre Joseph acercó su silla hacia mí pegando pequeños brincos, como si quisiera contarme un secreto. Empecé a darme cuenta de que los cuatro vasos de vino de palma le habían despertado la locuacidad.

—Aunque lo peor aquí no es la falta de desarrollo material —me dijo muy bajito. Los ojos le brillaban con tanta intensidad como el alcohol que exhalaba su aliento.

—¿A qué se refiere, padre? —le pregunté también bajando la voz haciéndome cómplice de su confidencia.

—Lo peor son las supersticiones.

—¿Cómo? —me inquieté—. ¿Qué quiere decir?

—Llevo muchos años viviendo en este país, pero me moriré sin entender a los congoleños. Nuestra lógica europea no es la suya. Esta es la tierra de los videntes, de los brujos, de los espíritus. Son ellos los que gobiernan el mundo en el que nos encontramos. No lo olvides.

Me entró un escalofrío por la espalda que me hizo tiritar. Mi cara debía de reflejar a la vez el interés, pero sobre todo el temor, porque el misionero dejó de hablar y se estableció un incómodo silencio entre nosotros. Las ranas redoblaron su canto con más vigor y los grillos parecían servirles de bajo continuo.

Había visto en internet algo sobre los mitos y las prácticas tradicionales en el África Central, pero era la primera vez que alguien me narraba en primera persona su experiencia. Aunque no se tratase de un congoleño, podría serme útil para el reportaje. Así que, intrigada, decidí romper el silencio y me animé a seguir preguntando.

—¿Por qué me habla usted de espíritus? ¿Qué me está contando, padre?

—¿Has visto cómo uno de los seminaristas ha derramado un poco de cerveza en el suelo antes de beberla? —Su voz era casi un susurro. Los cantos de las ranas apenas me dejaban escucharle.

—Sí —respondí. En realidad no me había fijado, pero asentí para que siguiese hablando.

—Lo hacen en honor a los espíritus de los ancestros —musitó—. Creen que están por todos lados. Lo peor es que yo también me he ido convenciendo de que algo debe de haber. He visto cosas inexplicables. Son muchos años con los congoleños para seguir siendo indiferente a sus creencias ancestrales.

El misionero continuó con su confesión, a pesar de que me estaba costando mucho entender el mensaje que quería transmitirme.

—Esos ancestros son los antepasados que han muerto. Pero cuando mueren no se van al cielo o al infierno. Están aquí, por todos lados. Detrás de la casa, paseando

por la selva, en la caza...

Al padre Joseph se le encendieron las mejillas y a mí me volvió a dar otro tembleque. Desde mi silla veía cómo la luz de la linterna provocaba en la pared unas sombras fantasmagóricas con nuestros cuerpos. Creo que el padre Joseph debió de notar que me estaba asustando de verdad, porque se reclinó en su asiento provocando un crujido en la madera y, dando un profundo suspiro, cambió de asunto. Me preguntó por mi trabajo en España y cuando le dije que era presentadora del Tiempo se le iluminó la cara y me dijo que era un trabajo muy bonito. Después rebuscó algo en su bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas.

—Creo que ésta es una de las pocas cosas que me siguen uniendo con el mundo del que vengo. Tal vez haya llegado el momento de desprenderse incluso de ellos.

Respondí con una mueca y él añadió elevando con fuerza el tono de su voz:

—Bueno, estaréis cansados y mañana tenéis que levantaros muy temprano. Lo mejor será que os vayáis a dormir, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y le di a Amable un zarandeo en los hombros para que se despertara. Soltó un ligero gruñido, entreabrió los ojos y repitió:

—Sí, sí. Vamos. Ya es muy tarde.

Esa noche no pude dormir. La lluvia hacía un ruido espantoso sobre el tejado de cinc. De vez en cuando el fulgor de un relámpago atravesaba los cristales de mi habitación, pero, salvo aquellos breves instantes, la oscuridad era total. Miré el reloj. Aún eran las tres de la mañana. Me acurruqué entre las sábanas para tratar de conservar el poco calor que me quedaba; sin embargo, sentía tanto frío que me levanté a cerrar la ventana y me puse una sudadera.

Las horas fueron pasando lentamente y la claridad del nuevo día empezó a entrar poco a poco en la habitación. Me desperté y me quedé un rato fijándome en el techo. Algunas láminas de contrachapado presentaban zonas abombadas y una estaba rota. En las paredes no había ningún adorno, salvo una cruz colgada justo enfrente de donde yo estaba tumbada. La mosquitera tenía un par de rotos, pero al menos me había protegido de los picotazos de los insectos.

La claridad era cada vez mayor, y empecé a oír voces del exterior que ganaban en intensidad conforme transcurrían los minutos. Me vestí a todo correr y de camino a la puerta observé que sobre el suelo había un ratón negro con alas. Me llevé tal susto que pegué un chillido terrorífico. Respiré hondo varias veces y luego, más tranquila, lo apunté con la linterna. No era un ratón sino una cría de murciélago con una multitud de bolitas marrones a su alrededor, como si fueran serrín. Miré hacia arriba y justo encima había un agujero en el techo. Horrorizada, pegué unas pataditas al bicho hasta que lo dejé en un rincón.

Salí al exterior y me fui al comedor para tomar el desayuno, pero a lo lejos vi a un grupo de gente arremolinada frente a la iglesia y a más personas que iban llegando. En medio de todos ellos distinguí al padre Amable. Parecía preocupado. En cuanto me vio, se acercó hacia mí.

—El pueblo está conmocionado.

—¿Por qué? —pregunté imaginando que algo serio tenía que haber ocurrido para que pusiera esa cara.

—Han encontrado al padre Joseph flotando sobre las aguas del Alima.

—¿Qué? —exclamé.

—Está muerto —confirmó Amable.

—Pero cómo. Si ayer estaba estupendamente —dije, anonadada. Me resultaba imposible de creer.

—La gente comenta que ha sido un acto de brujería, pero no lo creo. Posiblemente haya sido un accidente.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —pregunté cada vez más consternada.

Amable me contó que aquella mañana, después de que amainara la tormenta, el misionero se había bañado en el río en una zona donde se habrían formado remolinos, y todo apuntaba a que uno de ellos lo había arrastrado hasta el fondo. No supe qué decir ante una tragedia semejante, pero Amable me dio una palmadita en el hombro e intentó tranquilizarme. Me aconsejó que me fuera al comedor y que no me preocupara. Ya habían llamado al obispado y el mismísimo obispo de Brazzaville había anunciado su intención de personarse en el pueblo. Ahora el cadáver se encontraba en un dispensario local y el funeral iba a celebrarse esa misma tarde.

Pobre cura, y pensar que hacía unas horas que había estado cenando y charlando animadamente con él. Aunque de inmediato mi instinto de conservación me hizo darme cuenta de las repercusiones de aquel suceso. ¡Nosotros íbamos a navegar por ese río donde se formaban remolinos mortales! Aquello me hizo recordar que no había hecho dos gestiones importantísimas antes de viajar al Congo. Con las prisas se me había olvidado contratar un seguro de vida para que, en caso de accidente, viniera un helicóptero a sacarme de allí y me llevara a mi casa sana y salva. Y para colmo de males tampoco había avisado a la embajada de España para decirles que estaba de vacaciones en el Congo. Lo fui dejando para el último momento y, al final, también se me olvidó. Además, mi móvil seguía descargado y Amable me dijo que en cuanto abandonáramos Oyo no volveríamos a tener cobertura.

Entonces me di cuenta de lo dramático de la situación: en mitad de la selva del Congo había una presentadora de El Tiempo con una videocámara para rodar un reportaje, todavía no sabía muy bien de qué, acompañada de un cura ruandés al que apenas conocía y, por si fuera poco, de los dos blancos que estábamos ahí uno acababa de morir ahogado. Volví a pensar en el padre Joseph y me entró mucho miedo. ¿Qué sería lo próximo?

A lo largo del día fueron llegando numerosos religiosos y políticos de Brazzaville que habían venido hasta Oyo para dar su último adiós al misionero fallecido. Por la noche se celebró la misa y después se organizó una cena popular, aunque yo decliné la invitación y me fui a dormir. Al día siguiente íbamos a continuar el viaje a las seis de la mañana.

Amable vino a buscarme a mi habitación con las luces del alba recién estrenadas. Yo le esperaba en la puerta junto a mis maletas. Él las cogió y nos dirigimos al embarcadero donde se encontraba la lancha del ministro. Con cuidado bajé hasta la orilla, entré en la embarcación y me acomodé en uno de los dos asientos situados junto al volante. Amable subió después de un salto y luego entró un chico vestido con una camiseta verde que tenía dos desgarrones en la espalda.

—Es Hugues, el conductor —me explicó Amable mientras el chico se colocaba delante del volante.

Luego dirigió su mirada hacia mí y me hizo una señal para que estirara varias veces de un cable que se encontraba en la parte de atrás.

Impulsada por la enorme fuerza del motor, la lancha pegó un violento respingo, el morro se elevó y enseguida empezó a coger velocidad. Poco a poco, el pueblo de Oyo se fue perdiendo oculto entre la selva y el recuerdo del padre Joseph se fue difuminando. Estábamos sobre el Alima, un espejo de agua verdoso cuyo cauce se movía lentamente en dirección al río Congo. El paisaje era tan místico que me sentí como una novia atravesando el pasillo infinito de una catedral rodeada de ojos de animales que me observaban entre los árboles que crecían en las orillas de ambos lados. A nuestro paso, una estela blanca de espuma se tejía fugazmente como si fuese la cola del vestido, y las palmeras, altísimas, se inclinaban a nuestro paso como si nos estuvieran haciendo una solemne reverencia.

Miraba a todos lados, radiante de felicidad. Saqué la cámara y me puse a grabar. Raíces, hojas y cientos de plantas se precipitaban sobre el río, impidiendo en algunos momentos distinguir la propia orilla. Las garzas se movían en el interior de las copas de los árboles y, aunque asustadas por el ruido del motor, tomaban el vuelo y poblaban de manchas blancas el cielo hasta perderse en el follaje. Millones de insectos competían por llevarse el premio a la mejor interpretación musical en el concierto de aquella sinfonía. Las vistas eran soberbias.

—Mira esas lianas que descienden como serpientes por aquellos árboles —me gritaba Amable subiendo la voz por el ruido del motor—. Parece que tienen vida, ¿verdad?

Y yo me volvía ajustando el trípode mientras la lancha seguía avanzando a gran velocidad.

—Mira aquellos manglares y esos helechos arborescentes y aquellas sombras que parecen mágicas.

Y yo me volvía de nuevo hacia el otro lado para no perderme ni un detalle. Finalmente, lo que para mí no era más que un muro impenetrable empezó a cobrar tonos verdosos, matices y formas conocidas. Con sus sugerencias y explicaciones, Amable me estaba enseñando a ver la selva.

De ese modo, supe que aquellos árboles de raíces enormes como contrafuertes de una iglesia románica se llamaban «dabemas» y que una planta que parecía abanicarnos era un «parasol», un nombre muy apropiado, porque recordaba a una sombrilla con su largo y estrecho tallo blanco y las hojas verdes en forma de mano extendida balanceándose al viento. Pocas horas después ya era capaz de distinguir los irokos, los safutieros, las sabinas, los árboles caoba, las palmas de rafia, los bananos, los aguacateros y también los mangos repletos de flores anaranjadas en las puntas. Estaba fascinada por ese nuevo mundo de plantas, flores y frutos desconocidos y me sentía como en un cuento de hadas. O más bien como en un parque de atracciones, porque de vez en cuando movía la cabeza a derecha e izquierda para comprobar si aparecía algún hipopótamo soltando chorros de agua o algún cocodrilo tumbado bajo el sol, sobre la hierba.

—Detrás de esa naturaleza que ves ahí delante, hay chozas, poblados. La gente vive como en épocas primitivas. Y seguramente ahora nos estarán mirando —me decía Amable.

Escuchándole, recordé que el río Alima había aparecido en los mapas europeos hacía relativamente poco tiempo, poco más de cien años. Mi fantasía voló y me imaginé a los grandes exploradores del siglo XIX recorriendo África en una reñida competición por descubrir los ríos del interior del continente. Pensé en Mungo Park, que había explorado el Níger; y en David Livingstone, que había descubierto las cataratas Victoria y el Zambeze; y en Henri Morton Stanley, quizá el explorador africano más importante de todos los tiempos.

Al río Alima había llegado Savorgnan de Brazza. Amable me contó que cuando los niños le vieron aparecer, corrieron asustados a esconderse detrás de sus madres, asomando solamente sus cabecitas. En los poblados los hombres se mantuvieron a una respetable distancia de aquel extraterrestre de cara blanca, que vestía de un modo extrañísimo con calzones largos y un turbante en la cabeza. Brazza se acercó a ellos, les habló con afecto, les entregó regalos y les explicó que estaba buscando el río Congo, ya que por aquel entonces ningún europeo había sido capaz de ubicarlo en el mapa. El jefe de los batekes, complacido por las palabras y el gesto de aquel hombre, le dijo que si seguía navegando por el Alima se encontraría con otro río mucho más grande al que llamaban «El gran agua». Al joven explorador se le iluminaron los ojos. ¿Y si fuera el río Congo? El descubrimiento sería tan extraordinario que entraría en el libro de la historia con letras de oro.

Brazza se preparó para partir. Pero un anciano se le acercó, levantó la mirada y le dio una última advertencia:

—Aunque debes tener cuidado, porque hay una tribu de caníbales que controla el bajo Alima y tendréis que enfrentaros a ellos. Son los apfourus y no dudarán en mataros para comerse vuestra carne.

Amable describía con tanto realismo aquel episodio histórico que mi mente voló hacia el pasado y me imaginé a Savorgnan de Brazza haciendo caso omiso de las palabras del viejo. De repente oí un tambor que provenía del interior de la selva y que retumbó en el aire. Me entró temor. Quizá el mismo temor que debió de sentir el joven explorador cuando vio al jefe de los apfouru saliendo de las riberas boscosas acompañado de una legión de canoas de guerra. Las bajas entre los hombres de Brazza no tardaron en llegar, el río empezó a teñirse de rojo y el explorador francés, al ver la ferocidad de aquellos hombres semidesnudos con el cuerpo pintado con rayas blancas y rojas, decidió dar media vuelta. Se marchó a Gabón y después a Francia dejando su misión sin concluir. Pero si hubiera seguido adelante habría resultado un éxito. Porque el Alima, efectivamente, le había llevado hasta el río Congo. Sin embargo, Brazza se marchó y los nativos celebraron su victoria. Esa noche ejecutaron sus danzas alrededor del fuego mientras comían la carne y la sangre de sus víctimas.

—Ya estamos en la tierra de los apfouru. ¿Oyes los tambores?

Amable me tocó el hombro y yo me di la vuelta sobresaltada.

—¿Los oyes? —me repitió.

Aquel sonido se oía cada vez más cerca, pero no pude responder. Me había quedado muda del susto viendo cómo la lancha se aproximaba a un claro. En la orilla un grupo de africanos bailaban alrededor de una hoguera. Se oían lamentos, gritos interminables y cantos salvajes que consiguieron que se me helara la sangre. Mi ideas me vinieron a la mente. Estábamos solos en aquella selva impenetrable con aquel conductor del que, por cierto, no teníamos ninguna referencia. ¿Quién era en realidad? ¿Pertencería a la tribu de los apfouru? ¿Nos estaba llevando a su aldea? Cuando atracamos, pensé que habíamos caído en una trampa.

—No te asustes —me tranquilizó Amable viendo mi inquietud—. Es sólo una ceremonia religiosa. Vamos a parar a comprar algo de pescado salado.

—¿Pescado? —dije algo confusa—. Pero ¿los apfouru no comen carne humana?

Amable rió y me contagié su risa.

—Eso ya no existe. Son cosas del pasado.

Hugues se acercó lentamente hacia la orilla. El embarcadero era una tabla inestable que descendía por una pendiente algo inclinada y sin vegetación. Nos detuvimos junto a ella y yo tuve que hacer una maniobra un poco arriesgada para asir con mi mano la mochila, saltar y mantener el equilibrio mientras ascendía, evitando al mismo tiempo resbalar por aquel trozo de madera. Una vez en tierra, Amable se sentó a mi lado y me ofreció una lata de carne de vacuno. Le agradecí el detalle. Tenía tanta hambre que me habría comido hasta una ración de hormigas fritas.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—No, nada. Es que son muchas emociones. Pero estoy bien. Gracias, Amable.

Después de dejar aquel poblado, Hugues aceleró. Durante el trayecto me habría gustado disfrutar de los sonidos de la selva, pero sólo se oía el monótono ruido del

motor de nuestra lancha. La modernidad pretendía abrirse paso en medio de aquel mundo salvaje cargado de misticismo en el que me sentía como un pez fuera del agua.

Aproveché la quietud para seguir grabando. Amable tenía la cabeza apoyada en la barandilla. Lo estuve contemplando unos instantes. A través de sus gestos lo iba conociendo mejor. Era un hombre con una mente original, audaz y divertida. Me senté tranquilamente en mi asiento, callada, escuchando los gritos de los monos que se balaceaban en las ramas de los árboles. Pero la magia del momento se rompió poco después, cuando el motor de la lancha empezó a toser, «og, og»; luego pegó un gruñido espeluznante, como si un cerdo se hubiera colado dentro, y finalmente se paró en seco. Dejé de grabar. A nuestro alrededor reinaba el silencio absoluto. Tan sólo se oía el batir de alas de una bandada de pájaros y el canto de los grillos. Nada más. Estábamos rodeados de selva y agua. ¿Y ahora qué íbamos a hacer? ¿A quién podríamos recurrir si no teníamos cobertura en el móvil? ¿Y si se echaba la noche encima? Apenas nos habíamos cruzado con barcas en el camino, y ninguna con motor fueraborda. Entonces ¿quién iba a sacarnos de allí?

El embrujo del paisaje empezaba a perder su encanto. En un abrir y cerrar de ojos nos habíamos convertido en vagabundos en medio de una selva que empezaba a parecerme cada vez más agobiante. El paraje de sublime belleza que nos rodeaba se transformó en un lugar opresivo y terriblemente amenazante.

Amable intentó recobrar la calma y se sentó.

—Hace unas semanas comenzó la estación de lluvias. Puede que las hélices se hayan enredado con las raíces o con las plantas que brotan con fuerza por debajo del agua.

Estábamos rodeados de un manto de nenúfares y jacintos que nos impedían avanzar. Necesitábamos un palo para desembarazarnos de toda aquella vegetación.

—¿Por qué no utilizas los remos de la barca? —le sugerí a Amable.

—Porque los dejamos en Oyo. Pensé que no nos harían falta.

—¿Le puedes pedir a Hugues que se meta en el agua y que quite las hojas con la mano?

—Este sitio es peligroso —me dijo Amable visiblemente molesto con mi comentario—. El agua está muy turbia. No se ve nada y puede haber todo tipo de culebras venenosas. No podemos poner en peligro su vida. Es mejor que esperemos.

¿Y qué es lo que teníamos que esperar? ¿A que la hélice se desenredara sola? Lo vi tan enfadado que no me atreví a contradecirle. Pero entonces, ¿qué pretendía? ¿Que nos quedáramos allí el resto del día?, porque a las seis de la tarde ya se hacía de noche. ¡Los mosquitos nos iban a acribillar! Pero lo peor era que aquellas aguas estaban infestadas de cocodrilos y, además, Amable había hablado de culebras.

—Amable. Podríamos usar mi cubo para quitar las hojas. —Lo saqué de la maleta y se lo enseñé.

Hugues se puso en pie, me lo quitó de la mano y sin pronunciar palabra se lo puso en la cabeza y se recostó en el suelo de la lancha.

—Amable, dile algo. ¿Qué hace con mi cubo?

—Ya te dije que en África es muy útil. Ahora sirve para evitar que el sol le moleste —me replicó con cierto retintín.

Él también se sentó. Sacó un trozo de tela de la mochila, lo plegó y se lo colocó en la cabeza. Tenía la vista fija en el río y parecía rehuir mi mirada. Yo hice lo mismo, aunque por dentro me estaba acelerando. Pensaba que los mosquitos me iban a chupar la sangre y cada vez que uno me tocaba la mano, me ponía más nerviosa. Tras dos horas sin que nada cambiase, terminé por resignarme: iba a morir allí.

No dejaba de corroerme por dentro, pensando qué iba a hacer Amable con mi cuerpo. ¿Tirarlo al río? ¿Decir que me había ahogado? Aún transcurrieron otras tres horas y media cuando, de forma milagrosa, de entre aquel muro de árboles, aparecieron dos jóvenes musculosos con el torso desnudo que avanzaban lentamente hacia nosotros en una piragua de madera. Detrás de ellos, venía también un anciano que se sostenía de pie sobre una pequeña canoa. Debía de ser el jefe, porque Amable se levantó y empezó a hablar con él, haciendo aspavientos con las manos ante la atenta mirada de los jóvenes. Parecía que estaban negociando. Cada vez hablaban más alto con aspavientos más marcados. Yo empecé a rezar todas las oraciones que sabía y me acordé de mi madre. Ahora le daba la razón cuando me decía que sólo una temeraria como yo podía marcharse al Congo, y que iba a terminar troceada dentro de alguna cazuela.

De repente, los dos jóvenes musculosos se arrojaron al agua y empezaron a bracear. Yo salté de mi asiento y me escondí detrás de los bultos, agarrada a mi maleta con el corazón latiendo a mil por hora. Si se atrevían a tocarme, se la tirarían a la cabeza. Vi que Amable se sorprendió por mi actitud, pero como los dos chicos estaban a punto de llegar a la lancha, se volvió de nuevo hacia ellos. Empecé a tiritar de miedo... Pero no subieron. Desaparecieron bajo el agua. ¿Se los habría tragado algún remolino? De pronto, la lancha empezó a levantarse y luego se precipitó violentamente contra el río. ¡Querían ahogarnos! ¡Íbamos a terminar como el padre Joseph! El terror recorrió mis venas como un relámpago y pegué un grito. Hasta que Amable me dijo:

—Pero ¿por qué te pones así? ¡Déjales trabajar!

No entendía nada.

Los dos chicos sacaron la cabeza del agua y se agarraron al borde de la lancha, aunque sin subir a ella. Hugues se dirigió hacia el motor, tiró del cable y lo arrancó a la primera.

Envuelta en sudor, se acumularon en mí todo tipo de emociones: sorpresa, miedo... Amable empezó a reír.

—¿Qué te creías? ¿Qué nos iban a comer? Sólo estaban quitando las ramas. Ahora ya podemos irnos.

Lancé una sonrisilla para quitar importancia a mi reacción. Quería ocultar el ridículo que acababa de hacer. Menos mal que sólo Amable parecía haberse percatado.

—No, es que estaba buscando un botellín de agua —mentí mientras sacaba una botella y luego volvía a sentarme en mi asiento.

Cuando comprendí que aquellos hombres habían venido en son de paz y que sólo tenían intención de ayudarnos, no pude ocultar mi alegría y les saludé con la mano uno a uno, repitiéndoles en francés lo mucho que les agradecía su ayuda. Después me dirigí hacia el anciano y le pregunté si podía hacerle unas preguntas para mi futuro reportaje. Él accedió sonriente y yo encuadré la cámara. Le faltaban todos los dientes de la parte de arriba de la boca, lo que daba a su cara una expresión entre inocente y divertida. No fue una entrevista en sí, porque no nos entendíamos. La grabación consistió en risas y gestos y terminamos con un apretón de manos y un beso que le planté en la mejilla para agradecerle que nos hubiera sacado de aquel atolladero. El hombre no paró de reírse y de hacer comentarios que, desafortunadamente, no podía comprender. Cuando Amable dijo que ya estaba todo en orden y que podíamos marcharnos, los forzudos y el anciano nos dijeron adiós con la mano y se fueron de nuevo. Les vi alejarse poco a poco navegando en sus piraguas hasta que finalmente la selva se los volvió a tragar.

—Gracias a esos pescadores hemos podido salir vivos de allí. Ha sido providencial, ¿verdad? —dijo Amable.

—Sí. Parece como si hubiera alguien que nos estuviera protegiendo —le respondí—. Por cierto, ¿nos falta mucho para llegar?

—Si vamos a este ritmo llegaremos inmediatamente después de la puesta del sol —me explicó.

Hugues introdujo de nuevo la hélice en el agua, volvió a su mutismo habitual y proseguimos con el viaje. Nos estábamos aproximando al final de nuestro recorrido por el río Alima.

—Prepárate, porque ahora viene lo mejor.

En pocos minutos, las orillas se ensancharon, el agua cambió de color y el río nos arrojó a un océano en el que se reflejaban cientos de nubes blancas que flotaban a pocos metros de la superficie mientras una luz espléndida envolvía aquel paisaje de ensueño. El Alima nos había depositado en el rey de los ríos: el Congo.

Hugues aceleró y la lancha avanzó hacia el norte arañando con sus hélices el espejo azulado por el que navegábamos. Parecía un sacrilegio romper su quietud. El horizonte se amplió a lo lejos fundiéndose cielo y agua en un beso interminable. Sentí una emoción indescriptible, como si mi cuerpo se elevara sobre la lancha y flotase junto a los grupos de aves que poblaban la orilla y, de manera diseminada, también el firmamento.

—Estamos en el lugar más hermoso del río Congo —me dijo Amable.

Le respondí con la mirada. El azul inmenso del agua me embriagaba en cada metro recorrido y deseaba fundirme y yo también en él. Me quité las gafas. Un momento así debía retenerlo en mi retina: limpio, puro, esplendoroso, desbordante de la luz del sol...

—Cada vez que hago el recorrido hacia Loukolela, siento la misma veneración al pasar por este cruce —añadió Amable con una voz muy suave—. Mi espíritu se esponja... encuentro una razón para vivir... y doy gracias a Dios por lo afortunado que soy estando aquí. Cuando llego a mi parroquia, estoy lleno de energía.

Amable me cogió la mano y yo se la apreté mientras contemplaba aquel prodigio de la naturaleza.

Seguimos avanzando. La proa de nuestra lancha provocaba una herida sin fin en el agua que no cicatrizaba, sino que se expandía todavía más, sangrando espuma a borbotones. Le solté la mano a Amable y metí las yemas de los dedos en el agua. Quería percibir el río, su esencia misma, y absorber esa energía de la que Amable me

había hablado.

—Ves allí, al otro lado, es la República Democrática del Congo. Hasta nuestro destino, la orilla de la derecha es siempre la RDC.

Era la segunda vez que veía el otro Congo. La primera fue desde Brazzaville y me emocioné al sentir que navegaba entre dos países. Me encontraba en el mismo corazón del África negra.

A medida que progresábamos por esa superficie lisa, surgían islas y más islas de arena cubiertas de selva, mientras que las orillas desaparecían en una línea desdibujada de tonos verdosos. Me fijé en Hugues. Durante todo el viaje se había mantenido alerta, mirando hacia adelante, como un perro de caza. Me explicó que en esa inmensa masa de agua era muy fácil perderse porque en el río se formaban constantemente bancos de arena que desaparecían pasados unos días.

A partir de ahí, empezamos a ver enormes troncos de madera unidos por cuerdas y también nos cruzamos con algunas canoas abarrotadas y con piraguas tradicionales que se agitaban peligrosamente sobre el agua cuando les adelantábamos a toda velocidad, aunque los pescadores, lejos de caerse, se mantenían en equilibrio y nos saludaban con la mano.

Amable se levantó de su asiento y permaneció quieto con la vista puesta hacia lo lejos.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—A ver si veo las sirenas —me dijo mientras un amago de sonrisa se formó en sus labios.

—¿Qué sirenas?

—Las que viven en el fondo del río Congo.

—¿Existen de verdad?

—Eso dicen, pero yo no lo creo.

El tiempo siguió pasando lentamente y, aunque ya había dejado de mirar al reloj, la posición del sol, cada vez más escorado hacia el oeste, me indicaba que o bien estábamos cerca de nuestro destino, o bien tendríamos que seguir navegando entre dos luces. Amable no dio importancia al retraso que llevábamos acumulado.

—Todavía quedan unas dos horas de luz. Tenemos tiempo de sobra para llegar justo cuando se ponga el sol. Ya verás qué brillo tan increíble desprenden las aguas del Congo en ese momento.

A estribor, una gigantesca barcaza se desplazaba en sentido contrario a nosotros.

—Mira, graba aquello —me dijo Amable, siempre pendiente de que no me perdiera ni una sola imagen.

Me volví hacia la derecha, asenté bien el trípode y cuadré la cámara. Cuando nos posicionamos en paralelo el plano resultó sorprendente. El barco era tan largo que tuve que realizar una panorámica para que entrara completo. Iba repleto de sacos, bolsas, bidones de todos los colores, sillas y lonas de plástico. Una multitud de personas rellenaba los huecos restantes hasta formar una masa compacta que recordaba a un poblado de chabolas. A lo lejos oí voces que provenían de aquella chatarra flotante. Sí, entre la ropa tendida dos mujeres me hacían señas con los brazos. Yo les respondí alzando mi mano pero no pudimos seguir comunicándonos. Nosotros íbamos hacia el norte y aquella ciudad en miniatura continuó su curso, lentamente, navegando a metro y medio de la superficie de las aguas camino de Brazzaville.

—Así viajamos en África, ¿qué te parece?

—¡Increíble!

—Como te puedes imaginar, aquí los peces son enormes —dijo Amable con la voz apagada.

La miseria que circulaba por el río contrastaba fuertemente con su inmensa belleza. El río Congo parecía una autopista de agua de varios carriles separados por las enormes islas que iban surgiendo en su interior. La inclinación del sol marcaba la inminente caída de la noche, pero era tan evocador contemplar esa maravilla que apenas me di cuenta de que estaba oscureciendo. Antes de morir, el padre Joseph nos había advertido de que si salíamos con retraso llegaríamos de noche a Loukolela, pero en aquel momento no me asusté. El río parecía inofensivo y, al divisar aquella luz plateada reflejarse sobre el agua, me embargó una inmensa sensación de libertad. Amable me anunció que pronto llegaríamos a nuestro destino. Efectivamente, tras algo menos de quince minutos, el río se ensanchó todavía más y a lo lejos vimos una avenida de palmeras y cientos de chozas diseminadas a lo largo de la selva. La oscuridad comenzaba a envolvernos con su manto. Habíamos llegado.

El viaje sobre la autovía acuática llegaba a su fin y con mucha suavidad Hugues comenzó a separarse del centro del río para dirigir la lancha hacia la izquierda. Detrás de nosotros la imagen del crepúsculo era de tarjeta postal. Un disco brillante se ocultaba lentamente en el horizonte, mientras sus últimos destellos transformaban la superficie del río en un lecho de mil tonalidades de rojos, amarillos y naranjas. Delante apareció una curva trazada por la silueta de las palmeras y una multitud de chozas de barro y paja. Amable sacó del fondo de la lancha un radiocasete destartado, ajustó el volumen al máximo y, de pronto, un hermoso canto comenzó a sonar en el aire. La melodía se oyó en aquel cuadro africano que empezó a cobrar vida y, al igual que en el cuento del flautista de Hamelin, decenas de personas salieron de sus chozas y vinieron a recibirnos a la orilla.

Hugues realizó las últimas maniobras hasta que arrimó la embarcación a una rudimentaria hilera de tablas enganchadas que flotaban en el borde. Amable bajó de la lancha y empezó a saludar a todo el mundo. Me fijé detenidamente en esa gente. Los hombres vestían con ropas desgastadas, como si fueran mendigos europeos, y las mujeres se cubrían con una camiseta y una tela de vivos colores que se anudaban en la cintura. Los niños se acercaban gritando *Sango, sango!* y una señora emitió un breve aullido en señal de bienvenida. Después oí mi nombre.

—Conchín, vamos.

Yo estaba sentada en la embarcación contemplando aquella aldea paupérrima, pero me puse de pie y entonces se hizo el silencio. Bajé de la embarcación agarrada a una de las barandillas de la lancha y un niño rompió a llorar asustado. Me di cuenta de que era el centro de atención de todas las miradas y me embargó un sentimiento de pudor.

Amable se acercó y me ofreció la mano. Recobré el aplomo y juntos empezamos a subir una pequeña cuesta seguidos de un nutrido grupo de gente hasta que llegamos a una explanada de tierra plagada de palmeras. A la derecha, se alzaba una iglesia rectangular con un campanario en forma de sombrero, y enfrente había un lúgubre barracón con techo de chapa ondulada. Amable me lo señaló con el dedo.

—Ven, vamos a entrar. Aquí vivo yo —me dijo.

Aquel barracón resultó ser la casa parroquial. Entramos para verla. Durante el viaje, Amable me había contado que él dormía en una habitación que tenía cama y baño incorporado, y así me la había imaginado yo. Pero cuando abrí la puerta sólo vi una tabla que se elevaba malamente sobre el suelo y un agujero que desprendía un olor nauseabundo a pescado putrefacto. Sentí que me mareaba y salí a la explanada para respirar aire fresco. Amable cerró la puerta detrás de mí.

—Ya sé que es modesto, pero aquí no nos podemos permitir lujos.

—Sí, la verdad es que muy lujoso no es —respondí con ironía dando gracias al cielo porque yo iba a hospedarme en la casa del ministro.

Luego Amable me indicó que le siguiera hasta la iglesia.

—Voy a presentarte a los vecinos del pueblo para que todo el mundo sepa quién eres. ¿Te parece bien?

—Sí, sí. Encantada.

Una multitud de personas entraron en el templo y en pocos minutos se llenaron los bancos. Amable y yo nos colocamos junto al altar. Yo, sentada en una silla, mientras que Amable se quedó de pie. De pronto, empezó a moverse de un lado para otro. Parecía que estaba dando un discurso. Hablaba en lingala y, aunque no le comprendía, advertí que su tono de voz se iba volviendo más apasionado y entusiasta, casi exaltado. El público le escuchaba atentamente. Muchos decían «amén» y otros me lanzaban unas inquietantes miradas. Delante de mí había ojos que me analizaban, cabezas que asientan, brazos que se movían de arriba para abajo y dedos que me señalaban. Entonces recordé lo que me había contado uno de los seminaristas de la misión de Oyo durante la cena. Por lo visto, antes de la llegada de los europeos al Congo, los propios congoleños ya compraban y vendían esclavos, sobre todo en Loukolela y en las regiones aledañas, y muchos de ellos terminaban siendo devorados por los canibales de Ubanguí, un río que se encontraba un poco más al norte. El sudor empezó a caer a chorros por mi frente: ¿Por qué esa gente me miraba de ese modo? ¿Acaso todavía quedaban canibales en la zona? Amable se volvió hacia mí y yo le miré como una gatita asustada.

—Ejem, ejem —carraspeó—. Esto... Estaba comentando que vienes de un país muy lejano llamado España para conocer nuestras costumbres y que vas a filmar un reportaje para la televisión nacional. Están todos muy contentos y te dan la bienvenida.

De nuevo me di cuenta de lo idiota que había sido. Respondí con un ligero movimiento de cabeza recriminándome a mí misma por dejarme llevar por mis prejuicios. Él prosiguió:

—Les he explicado que vas a vivir con nosotros unas semanas y que estarás alojada en la casa del ministro.

Yo miré al auditorio con una sonrisa y afirmé con la cabeza. Me habían contado que la casa del ministro era un palacete de dos plantas que había construido en la cima de una colina a las afueras del poblado. Era un lugar amurallado y muy aislado; para llegar hasta allí había que recorrer una larga avenida de palmeras junto al río. Entonces la voz de Amable se volvió más suave, hizo un barrido con la mirada por el interior de la iglesia hasta que fijó sus ojos en los míos.

—Aunque también te puedo ceder mi habitación en la casa parroquial.

Cuando escuché aquello el gesto de la cara se me cambió de golpe y sentí que se me nublaba la vista.

—Ahora debes elegir —me dijo Amable con la voz bien alta.

En la nave se hizo un silencio sepulcral, sólo roto por las risas de los niños y algunos bisbiseos, mientras yo hacía esfuerzos por analizar las dos opciones. Quería hospedarme en la casa del ministro. Además, estaba vacía. Amable me había contado que el ministro sólo viajaba a Loukolela una semana al año pero, cuando venía, los vecinos le hacían una recepción triunfal porque el poblado podía disfrutar de luz las veinticuatro horas del día. Sin embargo, cuando se marchaba, todo el mundo se ponía muy triste porque se llevaba el generador y la aldea se sumía de nuevo en la oscuridad. Por eso, en aquel momento en que la noche comenzaba a ser más densa, sólo distinguía una masa oscura y cientos de ojos brillantes que parpadeaban aguardando impacientes mi respuesta.

—¿Y? —me preguntó Amable.

El público contuvo el aliento y yo respiré hondo. Estuve a punto de echarme atrás, al fin y al cabo había sido el propio ministro quien me había cedido su casa. ¿A quién le podía sentar mal que yo me quedara en aquel palacete? Desde luego era lo que más me apetecía, aunque al final salieron mecánicamente de mi boca las siguientes palabras:

—Me quedaré en la casa parroquial.

Al instante, los allí congregados se levantaron de sus bancos y empezaron a batir las palmas y a cantar. Afuera sonaron los tambores mientras yo miraba aquella escena como si estuviera viendo una película en el cine. Me sentía completamente fuera de la realidad.

—¿Lo oyes? —me dijo Amable—. Esta noche el poblado recibe a una huésped de honor.

La multitud empezó a abandonar la iglesia y yo avancé junto a ellos. En medio de la explanada tres hombres de aspecto vigoroso tocaban los tam-tam mientras las jóvenes se contorsionaban alrededor de una hoguera encendida. Yo empecé a dar palmas tímidamente, pero las mujeres me rodearon enseguida y me invitaron a bailar. Al principio me encontraba incómoda, pero la alegría de la fiesta terminó por contagiarme y, al final, sintiéndome cada vez más a gusto, me uní a la danza intentando imitar los contoneos y los juegos de cintura de las congoleñas. Después, me senté en una silla que había frente a la casa parroquial y contemplé el jolgorio desde allí.

—Ya tendré tiempo de mejorar mi estilo —le dije al jefe del poblado, que se había acercado con un vaso repleto de vino de palma.

Estaba un poco ácido, pero lo bebí a pequeños sorbos. Otro anciano llegó después con una calabaza y vertió un poco más y luego otro poco más. A los pocos minutos ya veía doble. Amable me dijo que era el momento adecuado para que me fuera a descansar y delicadamente me quitó el vaso de la mano. Me encontraba vaporosa y con ganas de seguir la fiesta, pero le hice caso. Sin parar de reír e imitando los movimientos de cadera de aquellas mujeres, le seguí mientras mis ojos

oscilaban en sus órbitas por culpa del sueño y del vino de palma.

—Has elegido bien —me explicó Amable en el momento en que atravesábamos la puerta de la casa parroquial—. La gente ya te aprecia —añadió.

Y encendió un farolillo que me recordó a los que se usaban en la Edad Media. La luz de la vela era tan tenue que sólo me dejó distinguir unos desconchones en la pared y nuestras propias sombras proyectadas en el suelo. Me pareció como si, en lugar de caminar por un pasillo, estuviésemos penetrando en una gruta.

Cuando vi el dormitorio aumentó mi desazón. Cogí la mano de Amable y la apreté con fuerza.

—Amable, por favor, no me dejes aquí.

Tras un instante de duda, Amable se limitó a acariciarme la mejilla.

—No temas. Yo siempre duermo en esta habitación y aún sigo vivo. Ya verás como todo irá bien. Mañana por la mañana volveré a por ti. Te lo prometo.

Me soltó la mano y me quedé sin fuerzas para retenerlo.

—Hasta mañana —me dijo con una vocecilla, como si estuviera sintiendo en el alma dejarme allí sola.

El eco de sus pasos resonó en el pasillo mientras se alejaba, pero a los pocos segundos volvió de nuevo y mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Por cierto. Debo darte una última advertencia.

Su tono de voz sonó seco y cortante.

—¿Sí? —le respondí intentando parecer serena, aunque mi estómago era un nudo de nervios.

—Recógete el pelo porque los murciélagos revolotean por el techo y pueden enredarse en él.

A la mañana siguiente la cabeza me seguía dando vueltas y además tenía la espalda dolorida, pero la tabla era demasiado dura para remolonear en ella y la luz entraba a raudales en la habitación. Recordé las peripecias del viaje en lancha, la acogida de la gente, el baile, el vino de palma, Amable... Estuve un largo rato sumida entre el sueño y la vigilia. A través de la ventana unos rostros infantiles me miraban con unos ojos como platos. Levanté la mano para saludarles pero en lugar de responderme salieron despavoridos como si hubiesen visto al mismísimo diablo.

Me deshice de la mosquitera e intenté avanzar hacia el borde del camastro para ponerme de pie. La sábana dejó a la vista una espuma amarillenta, como si alguien la hubiera sacado de algún basurero y la hubiera colocado allí. Me vestí rápidamente y salí al porche a buscar a Amable, pero al abrir la puerta me encontré a decenas de personas en actitud de espera. Había ancianos en cuclillas, mujeres con palanganas sobre sus cabezas, bebés colgando del pecho de sus madres, niños que a esa hora deberían de estar en el colegio, y también jóvenes que simplemente permanecían de pie, mirándome, sin hacer nada.

—¿Por qué está todo el mundo aquí? ¿No vais a trabajar? —le pregunté en francés a un chico que vestía con una camiseta amarilla.

El joven tenía el semblante serio, los brazos cruzados y la cadera apoyada sobre su pierna derecha.

—Aquí no hay trabajo. No hay nada que hacer. Sólo hemos venido a saludarte.

La gente empezó a darme apretones de manos a los que respondí afectuosamente y después se dispersaron lentamente. ¿Adónde iban? ¿De qué vivían? Me dirigí de nuevo a la casa parroquial sin darme cuenta de que me seguía un hombre que no debía superar la cincuentena. Me dijo que buscaba al padre Amable. Le contesté que en esos momentos se encontraba en otra casa, no lejos de allí, y me entregó un trozo de papel con una larga lista de nombres escritos a mano para que se la entregara.

—Son veinte —me señaló—. Por favor, dígame al cura que necesito una copia de sus partidas de nacimiento. Tengo que regresar a mi aldea.

—¿Quién es esta gente? —le pregunté pensando que posiblemente fuesen sus vecinos.

Mostraba un aspecto regio, como si fuera algún jefe local. Pero él me respondió:

—Son mis hijos.

Levanté la vista y miré al hombre impresionada.

«¡Qué barbaridad!», pensé.

Él, en cambio, interpretó mi gesto de otro modo.

—¿Le parecen pocos?

Dejé el papel encima de una silla y me despedí del hombre. Después cogí la videocámara que había guardado dentro de mi mochila y me fui a la explanada. Amable estaba al lado de una ruinoso caseta de ladrillos y me hizo un gesto para que me acercara.

—Mira, esta es la escuela infantil —me explicó—. Aunque por la noche, como no tiene puerta, se meten los cerdos que andan deambulando por el pueblo.

Metí la cabeza por el hueco que hacía de puerta. Dentro de aquella construcción miserable unos sesenta niños se hacinaban en el suelo de tierra envueltos en una penumbra agobiante. Parecían muy alegres y repetían una y otra vez las canciones infantiles que les enseñaba con pasión un chico de unos treinta y pocos años. Amable me lo presentó. Se llamaba Bosco. Tenía rasgos muy finos, nariz alargada y orejas de soplillo, pero lo que más me llamó la atención fue que le faltaba una pierna. Sin embargo, a pesar de esa minusvalía, no dejaba de dar brincos con ayuda de un bastón. Saltaba de un lado para otro mientras daba palmas atrayendo así la atención de los pequeños.

Quise hacerle una entrevista. Quizá su testimonio pudiera ser interesante. Él aceptó. Ajusté el trípode y le saqué un primer plano.

—Bosco, ¿cuál es tu sueldo? —le pregunté.

Le había colocado un micro de corbata y se le oía bastante bien.

—Soy voluntario. No gano nada, sólo lo que Amable me puede dar.

—¿Y de qué vives? —volví a preguntar.

—Después de las clases voy a los campos a buscar leña y luego la vendo. No es gran cosa, pero al menos me llega para comer.

—¿Y por qué trabajas de voluntario? —insistí—. Podrías utilizar ese tiempo en ir al campo y traer más leña, por poner un ejemplo.

Bosco cambió de expresión, miró al objetivo de la cámara y dijo muy serio:

—Porque estos niños necesitan que alguien les haga pensar, que les planteen dudas, y que les ayuden a entender por qué las cosas son como son.

Le miré fuera del visor. Su respuesta me pareció de una gran generosidad. Él se humedeció los labios y siguió explicando:

—Verás, cuando era más joven alguien me salvó la vida. —Y lanzó una mirada a Amable—. Esa persona me enseñó a comprometerme con los más débiles, sobre todo con los niños. Con los mayores ya no se puede hacer nada, pero a través de los niños conseguiremos que se terminen las guerras en África.

Volví a contemplarlo intentando adivinar qué escondían aquellas palabras. ¿De qué guerras estaba hablando Bosco? ¿Acaso había vivido alguna? Me dio apuro hacerle más preguntas y apagué la cámara. Me despedí de él y Amable y yo salimos de aquel colegio en ruinas.

—Ufff. Vaya sitio —le comenté a Amable cuando ya estábamos en la explanada.

—Lo he construido yo —me respondió mientras yo le miraba pasmada.

—¿Tú?

—Sí. Ya sé que es muy pobre, pero es todo lo que he podido hacer con el poco dinero que me envían algunos amigos desde España. Ojalá estos niños tuvieran un colegio digno donde hubiera sillas, pizarras y cuadernos, un colegio que no tuviera goteras para que no se mojaran cuando llueve. Pero no sé cómo hacerlo.

Amable hablaba como si quisiera llevar el progreso a aquel rincón miserable del planeta. Le respondí con una sonrisa de compromiso y me fui hasta la mesa de plástico que Jolie, la señora del pueblo que se había ofrecido a hacer de cocinera durante mi estancia allí, había preparado frente a la casa parroquial. Me senté en una silla mirando al río Congo. Cogí la cámara y saqué una panorámica. Se veía interminable. Los rayos de sol se proyectaban en el agua y producían chispas y destellos de luz. El río parecía un gigantesco diamante que brillaba.

—Si alguien construyera aquí un hotel se haría millonario —le comenté a Amable mientras terminaba las galletas que habíamos traído de Brazzaville.

Pero él no me prestó atención. Sus ensoñaciones tenían un origen muy distinto.

—Aquí hay demasiados niños que mueren de hambre, de malaria o por una simple diarrea. La miseria es tan grande que a veces desearía estrujarme la cabeza para encontrar algún modo de conseguir dinero. Hacer algo, lo que sea, para que las madres sepan que sus hijos recibirán atención médica, o que podrán acudir a un buen colegio.

Mientras le escuchaba contemplaba dos canoas de pescadores que recogían las redes, aunque no era capaz de distinguir si habían pescado algo o no.

—El alma se me revuelve cada vez que alguien me dice que debo prepararme para un nuevo funeral. Por las noches, antes de irme a dormir, el cerebro me bulle de ideas y proyectos. ¡Hay que hacer algo! ¡Debo hacer algo!

Sus palabras resonaban en mis oídos como el estruendo de una tormenta en una noche de verano. Le observé. En ese momento, Amable apretujaba un pañuelo de papel en su mano derecha. Luego se volvió hacia mí.

—Por eso te invité a venir. Tú puedes cambiar esta realidad.

Un niño y una niña, ambos de unos cuatro años, me miraban detrás de un árbol. La pequeña llevaba un vestido rosa con un roto que dejaba su espalda al aire. El niño tenía unos mocos pegados en la nariz y el dedo índice metido en la boca. Los dos tenían unos ojos negros y redondos. Sentí vergüenza de estar ahí sentada. ¿Qué

expectativas estaba creando? Yo sólo era una presentadora de El Tiempo. Nunca había grabado un reportaje y no tenía influencias en la tele para que me lo emitieran.

—Amable, lo más probable es que lo que yo haga aquí no valga para nada —me sinceré.

Él, sin embargo, me respondió con una sonrisa cómplice.

—Si leyeras la Biblia de vez en cuando, descubrirías que aquellos que han recibido un encargo de Dios nunca se han sentido a la altura de su misión.

En el río, otra de aquellas chatarras flotantes, atiborrada de gente, navegaba hacia el sur. Insistí:

—Es que no sé qué puedo hacer. ¿Un reportaje? Cualquier cosa que hiciese sería tan minúscula como una gota de agua en medio del río Congo.

—Sí, es verdad —replicó Amable—. Pero recuerda que sin esa gota el río sería más pequeño.

Me quedé pensativa mirando al horizonte. Cuando terminamos de desayunar me fui con aquellas palabras repiqueteando en mi cerebro. Durante el resto del día les estuve dando vueltas y más vueltas. Algo debía de explicar aquella cadena de casualidades que me habían conducido a Loukolela. Me acordé de la hermana Ana y también del padre Joseph. Yo tenía en la maleta mi billete de avión y en pocas semanas regresaría a Madrid, pero, al igual que aquellos misioneros, Amable se quedaría allí viviendo en condiciones miserables. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué le movía a sacrificar su vida a cambio de nada? Para mí era un absoluto misterio. Sólo sabía que aquel cura estaba decidido a sacar a aquella población del pozo del subdesarrollo y que contaba conmigo para ello.

Por la noche le comenté a Amable que le ayudaría hasta el final. No sabía muy bien qué podría conseguir, probablemente poco o nada, pero le prometí que iba a poner todo de mi parte. Lo estuve meditando y pensé que lo mejor sería hacer un reportaje que mostrara el día a día de la gente del pueblo. Amable sabía castellano, así que podría ser el hilo conductor de los personajes que aparecieran en escena. Sin embargo, nos encontramos con un pequeño problema: había comprado mi videocámara por internet unos días antes de venir y mis conocimientos de rodaje se reducían a unos cursillos acelerados que me habían ofrecido mis compañeros de la tele. Si quería comprobar que las imágenes que fuese a ir grabando tenían calidad, necesitaría un aparato de televisión. Y en Loukolela no había televisores.

Amable se puso a pensar y, después de unos segundos, alzó la cabeza.

—Podemos estrenar el proyector que me regalaron mis amigos en Madrid, aunque tenemos que comprobar si es compatible con la cámara. ¿Has traído los cables de conexión? —Sí, los había traído—. ¿No tendrás además una sábana blanca? —Sí, tenía dos sacos-sábana que había comprado en una tienda de montaña en Madrid.

Amable me explicó que los colocaríamos frente a una tabla de madera y que allí proyectaríamos las imágenes. Me pareció una idea fantástica. Íbamos a montar el primer cine al aire libre de Loukolela. Pero surgió otro problema: no había electricidad.

—Utilizaremos el pequeño generador que he comprado en Brazzaville.

Durante las semanas siguientes los vecinos de Loukolela se fueron acostumbrando a verme captando imágenes del poblado: una mujer lavando a su bebé con una lata, un niño descalzo, un anciano sentado frente a un camino de tierra anaranjada. Al principio muchos eran reacios a aparecer ante las cámaras, pero, pasado un tiempo, ellos mismos iban a buscarme para que les filmara. *Mama* Pauline, por ejemplo, me agarró una mañana del brazo y me llevó a su casa, una choza en cuya puerta yacía un enorme cocodrilo que había comprado esa mañana a unos hombres que lo habían cazado en el río. También *madame* Kenaya me llamó a las afueras de la aldea para que grabara cómo se colocaba un gigantesco manojo de plátanos sobre la cabeza.

La primera vez que Amable anunció que iba a poner en marcha el proyector en Loukolela causó una gran expectación. La voz se fue corriendo por los poblados de los alrededores y por eso aquella noche no cabía ni un alfiler en la explanada de tierra reconvertida en cine de barrio. Con una tabla de madera y mis sacos blancos de dormir superpuestos, Amable había fabricado una pantalla que colocó frente a la casa parroquial.

Al principio se produjo un poco de caos porque las imágenes no se veían bien, pero Amable consiguió unir los cables adecuados y, después de unos momentos de confusión, el público empezó a gritar cuando *mama* Pauline apareció en la pantalla con un cocodrilo entre las manos. Las risas retumbaron en la selva cuando seguidamente explicó que había que darle un fuerte golpe en la cabeza y sacarle con cuidado la médula espinal. Varios niños de la primera fila empezaron a darse golpes en la cabeza imitando el gesto que acababan de ver. Amable intervino para poner orden amagando con finalizar el cine si no eran capaces de comportarse. Lo logró sólo durante unos segundos, pues la escena que vino a continuación volvió a encender el ambiente y niños y adultos se desternillaron de risa cuando vieron el cocodrilo despedazado y a *mama* Pauline probando un trozo mientras hacía un gesto de «ok» con la mano. El público empezó a corear su nombre y la mujer se levantó de su silla y se colocó junto a la pantalla, con un gran cucharón, como si acabara de ganar un Oscar.

Durante tres horas y media mostramos lo que había rodado en mi primer día de trabajo. A pesar del tiempo transcurrido, el público seguía sin moverse aplaudiendo alborozado, como si lo que acabaran de ver hubiera sido algo que no era de este mundo y cuando se marcharon pensé, si acaso aquel no habría sido el día más feliz de sus vidas. Me sentía ilusionada y ya estaba deseando que llegara la mañana siguiente para coger la videocámara.

Los días comenzaban muy temprano en Loukolela. Jolie, la cocinera, venía a buscarme a las seis de la mañana y juntas bajábamos a la orilla del río. El primer día que apareció ante mi puerta rechacé su invitación, y también el segundo, pero el tercero se presentó con una pastilla de jabón y me pidió que cogiera mi cubo y que la siguiera a lo largo de un sendero de hierbas altas. Al principio me negué. Bruce me había contado que en el río se escondían microbios pequeñísimos que si lograban penetrar en los poros de mi piel terminarían instalándose en el hígado y lo inflarían como un globo, y también me explicó que había unas larvas de mosca que se metían por los dedos de los pies y salían por los ojos y que podrían dejarme ciega. Antes de ir a Loukolela, estuve investigando en internet y comprobé que lo que decía Bruce era cierto. Pero al mismo tiempo sentía la necesidad de quitarme aquel sudor pegajoso que llevaba pegado al cuerpo.

En la orilla nos encontrábamos con otras mujeres que también bajaban al río para hacer su aseo íntimo. Se enjabonaban y luego se aclaraban echándose agua por encima con un pequeño cubo. Eran mujeres hermosas, de cuerpos fibrosos, los pechos tersos, la piel negra como el cuero reluciente y el pelo alborotado. Las más osadas se metían en el agua hasta la cintura y llevaban con ellas a sus hijos, a los que frotaban a conciencia con pastillas de jabón. Unos pocos metros río abajo, otro grupo de mujeres lavaba su ropa sobre unas piedras y la depositaba sobre las hierbas para que se secase. Tenía la sensación de haber retrocedido siglos en el tiempo y me resultaba difícil creer que en mi casa de Madrid me esperara una ducha con mampara, una lavadora con secadora y otras cosas parecidas que daba por supuesto que tenía todo el mundo.

Después del baño me dedicaba a grabar. Siempre empezaba a eso de las once, cuando el sol estaba en su cénit, para aprovechar mejor la luz natural. Le dije a Amable que estaba interesada en conocer los principales problemas del poblado y me explicó que los más graves eran la pésima educación y la malísima sanidad.

Una mañana cogí la cámara, abrí el encuadre y me encontré a decenas de niños harapientos arremolinándose en torno a Amable, quien señaló a uno de ellos al azar. No tendría más de diez años. Le pregunté cómo se llamaba. «Gäel», me respondió. Zoom de sus ojos y después plano general. A través de la pantalla distinguí una camisa rasgada que dejaba entrever un manojo de huesos adheridos a un pellejo. Amable entró en el encuadre y empezaron una conversación en lingala.

—Gäel, si pudieras pedir un deseo, ¿cuál sería? —le preguntó, y después me tradujo.

—Aprender a leer —respondió el niño sin vacilar.

—¿Todavía no sabes leer? —quiso saber Amable.

—No. Sólo sé la «i» y la «u».

En ese momento le hice una señal al niño para que me mirara.

—Dime, Gäel, ¿qué te gustaría hacer cuando seas mayor? —Amable tradujo la pregunta.

—Sacerdote —contestó.

Después sonrió de oreja a oreja, agachó su cabecita ruborizada e intentó ocultarse detrás de Amable.

Otro día visitamos el dispensario. Desde la entrada ya se percibía un olor nauseabundo. Entramos por el pasillo esquivando a las cucarachas que corrían por el suelo y a los murciélagos que revoloteaban en el techo. El responsable era un enfermero, Jean-Paul, el único de la región, y nos acompañó durante la visita. En una sala, dos niños de rostro consumido dormían en sendas camas sin colchones junto a una cacerola mugrienta cubierta de moscas. Dos mujeres sentadas en unas banquetas de madera les abanicaban con un cartón. Nos miraron con rostro de resignación y se limitaron a responder cuando Amable les saludó.

—Tienen cuatro o cinco años, no estoy seguro, y tienen sida. Sus padres también han muerto de lo mismo —nos explicó Jean-Paul.

Les miré afligida y le pregunté al enfermero si había mucho sida en la región.

—Sí, *mama* —me dijo en un tono afectivo con el que intentaba mostrar cordialidad—. Hay muchísimo. No puedo darle una estadística porque el 95 por ciento de la gente se niega a hacerse el test, pero cada vez que digo «éste tiene el sida», efectivamente así es.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque vienen con una neumonía y a los quince días van perdiendo peso y su estado empeora cada vez más. Pero aquí nadie dice que tiene el sida, porque queda marcado. Es un estigma muy fuerte. El problema es que la mayoría de la gente no sabe que está infectada y lo transmiten a sus parejas y las madres a sus hijos.

Observé el lento gotear de un bote de suero enganchado al brazo semiesquelético de uno de los niños. Un reloj de arena no hubiera traducido con mayor precisión el tiempo de vida que le quedaba. Me mordí los labios para no derramar una lágrima y seguí grabando. Amable me preguntó si quería que volviésemos a la casa parroquial.

—No —le respondí categórica.

Regresamos al pasillo y oí el eco de mis botas resonando en el cemento. El enfermero nos condujo hasta la sala de operaciones. En el centro sólo había una camilla de partos de la que caía un espeso chorro de sangre.

—No hay anestesia —dijo el enfermero señalando un armario de cristal, en el que apenas se veían algunos instrumentos de cirugía—. Ya se puede imaginar qué sucede cuando surge alguna complicación...

Apagué la cámara porque me temblaba la mano y durante un rato fui incapaz de seguir grabando. Cuando me repuse, nos fuimos a otra sala donde varias mujeres se hacinaban con sus recién nacidos. Todo estaba en penumbra. Unas telas de colores cubrían las ventanas y filtraban la luz del exterior. A pesar de que la puerta que daba al pasillo estaba abierta, un olor pestilente flotaba en el aire. Una de aquellas mujeres, tendida sobre la cama, mostraba un abultado vientre, pero las demás estaban sentadas o de pie. Ya habían dado a luz y sólo los bebés ocupaban los camastros. Me acerqué a uno de ellos. Quería saber si era niño o niña.

—*Mwasi*, niña —me dijo su madre, con evidentes muestras de felicidad en su rostro.

¡Era tan tierno verla, envuelta en una tela de colorines, con sus ojitos cerrados y la boquita medio abierta! Me habría gustado darle un beso, pero me contuve. Una niña de unos diez años se me acercó por detrás y me presentó a otro bebé, que debía de ser su hermanito.

—Quiere que lo conozcas y que lo sostengas en brazos —me dijo Amable, quien cogió al bebé y me lo ofreció.

Estaba despierto con los puñitos cerrados a la altura de sus carrillos. Esta vez sí le di un sonoro beso y oí un «Ehhh» de aprobación y alegría entre las madres. Me hice un hueco sobre una de las camas, apartando un hato de ropa y me senté con el bebé. Me dirigí a Amable para que me hiciera de traductor:

—Diles que voy a hacer lo imposible para que estos niños puedan crecer en mejores condiciones.

—Dicen que te lo agradecen de corazón.

Nos despedimos de las mujeres y nos encaminamos al pasillo hasta que llegamos a una puerta cerrada con llave.

—Aquí se encuentra la farmacia —dijo Amable—. Pero está casi vacía. Nos faltan vacunas y medicamentos, sobre todo para la malaria, y también para la diarrea o la gripe y antibióticos contra el tífus.

El enfermero me entregó un listado de medicinas básicas y yo le prometí que intentaría hacer lo posible para buscarlas en España y enviárselas. Una vez de vuelta a la casa parroquial le pregunté a Amable cuál de todos los medicamentos era el más necesario.

—Sin duda el de la malaria. ¿Sabes?, en esta zona del Congo muchos niños nacen con esa enfermedad. La semana pasada nació un bebé con la fiebre tan alta que murió a las veinticuatro horas. Otras veces los bebés tienen convulsiones y también terminan muriendo.

Me quedé consternada por todo lo que había visto y oído, historias de la cruda realidad que se repitieron día tras día durante las semanas siguientes. Historias descarnadas que hacían que fuera cada vez más consciente de lo importante que era que mi reportaje saliera adelante.

Terminaba de grabar a las seis de la tarde. A esa hora el paisaje tenía una belleza incomparable: el sol se volvía incandescente como una bola de fuego que rodaba lentamente entre las aguas. Algunas veces se resistía a dar su último suspiro y emitía un rayo, soberbio y potente, cuyo fulgor atravesaba el río como un camino de oro que bañaba el agua de un intenso color anaranjado. Poco después aparecía la luna y bajo su luz plateada Amable y yo solíamos caminar hacia el fondo del poblado, donde comenzaba la selva ecuatorial.

En medio de aquellos árboles enormes me sentía pequeña e indefensa. En ese entorno mágico habían vivido los congoleños durante generaciones. Recordaba mi conversación con el padre Joseph. Ahora comprendía por qué la brujería regía buena parte de la vida de esa gente. En nuestros paseos nocturnos, Amable y yo visitábamos a los vecinos en sus chozas y, bajo las palmeras, a la luz de los candiles, me fui enterando de algunas historias de la selva. Una familia me contó que una vecina se había caído al río y que desde entonces vagaba invisible por el pueblo. Otros me hablaban de los hombres que se transformaban en cocodrilos por las noches. Pero el tema que estaba en boca de todos durante aquellos días era el de las sirenas. Muchos las habían visto. Un pescador llamado Grégoire había desaparecido y se contaba que había sido seducido por los cantos de aquellas hermosas criaturas que salían a la superficie durante algunos meses del año. Nadie dudaba de que Grégoire había caminado hipnotizado bajo las aguas del río Congo y que las sirenas lo habían arrastrado hasta el fondo para devorarlo. A nadie se le ocurrió pensar que al pobre pescador se le hubiera volcado simplemente la canoa.

Las semanas fueron pasando sin darme cuenta. Una noche, casi hacia el final de mi estancia en Loukolela, me fui a la orilla del río caminando con Amable cuando nos cruzamos con un grupo de seis hombres que porteaban un ataúd de madera. Les preguntamos a dónde se dirigían y nos respondieron que llevaban dos horas dando vueltas entre las chozas porque el ataúd se negaba a marcharse al cementerio. Ante mi asombro, nos contaron que el difunto les estaba guiando hacia el culpable de su propia muerte.

Después de despedirnos Amable me explicó que el muerto estaba enfermo desde hacía mucho tiempo.

—Sufría convulsiones y se había quedado en los huesos. Pero aquí en el Congo nadie cree en la muerte natural. Si alguien muere, es porque otro le ha echado un mal de ojo y a ése hay que encontrarlo y matarlo. Es terrible. Te confieso que luchar contra esas creencias ancestrales de los congoleños es lo que más me cuesta.

Cuando llegamos al río nos sentamos sobre el borde de una piragua, en silencio, contemplando el atardecer. Se oían los insectos nocturnos y un ligero rumor del ir y venir de las olas en la orilla. Yo miraba el paisaje y de vez en cuando observaba a Amable. Era un hombre joven y con un gran carisma. Estaba segura de que, si hubiese trabajado en España o en cualquier otro país occidental, habría llegado a ser un alto ejecutivo. Sin embargo, se estaba dejando la vida en aquel pueblo.

—Amable, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no te marchas de este lugar? Esto es terrible.

En aquel momento Amable se volvió hacia mí. Después sonrió y bajó el tono de voz.

—¿Quieres saber por qué? —me preguntó.

Mi curiosidad iba en aumento por segundos, así que respondí:

—Sí, claro que quiero saberlo.

—Está bien —me respondió.

Luego me cogió de la mano, me llevó hasta una de las sillas que se balanceaban en el centro de la piragua y se sentó frente a mí.

—Entonces, escúchame bien porque te voy a contar una historia conmovedora.

—¿Qué historia, Amable? —volví a preguntarle cada vez más expectante.

—La mía.

—¿Has oído hablar del conflicto de Ruanda?

La luna nos iluminaba desde lo alto como un enorme foco y las estrellas se veían tan cercanas que, si hubiésemos tenido una escalera, habría sido fácil cogerlas con la mano. El murmullo del agua se oía cercano y se mezclaba con los sonidos de la selva que, a esas horas, todavía no resultaban demasiado tenebrosos, aunque sí llenos de intriga.

—Claro, Amable, ¿quién no ha oído hablar de aquello?

Lo recordaba perfectamente. Aquella masacre conmocionó al mundo entero. Había sido una de las páginas más negras de la historia de la humanidad: en menos de cien días ochocientos mil tutsis habían muerto a machetazos a manos de los hutus. Volví la mirada hacia Amable. ¡Claro! Él era ruandés. Ahora comprendía por qué me hacía esa pregunta.

—¿Tú estabas allí? —le pregunté algo confusa.

Su respuesta sonó grave, casi solemne, como si las palabras le pesaran como piedras.

—Sí, estaba allí. Y fue terrible.

Amable logró captar toda mi atención. En aquella época había seguido con gran interés las noticias de Ruanda. Los telediarios abrían cada día con imágenes que llegaban directamente desde la zona del conflicto: cadáveres tirados en las cunetas, niños que vagabundeaban desnudos por los caminos, tanques que se abrían paso entre las hierbas acribillando sin piedad a quienes corrían despavoridos y militares que sonreían ante las cámaras y mostraban unos dientes amarillos que daban auténtico pavor.

—¿Y qué pasó, Amable? ¿Qué sucedió para que ocurriera esa matanza?

Amable se puso más serio todavía. Tenía la mirada perdida en el infinito.

—Sólo sé lo que yo viví.

Observé que alzaba ligeramente la cabeza, como si estuviera recordando aquellos días. Yo aproveché para acercarme y sentarme a su lado en la piragua, dispuesta a escuchar a ese hombre por quien empezaba a sentir una profunda admiración.

—Nací en Liba, un poblado de chozas al sur de Ruanda.

Amable empezó su relato describiéndome la aldea donde había nacido y crecido. Me contó que era un lugar muy pintoresco. Por la mañana temprano pequeñas columnas de humo inundaban el paisaje y llenaban el ambiente de un aroma suave y acre, que resultaba muy agradable. A esas horas los niños aparecían sobre las colinas con sus cubos sobre la cabeza. Se dirigían entre risas y peleas hacia el manantial donde recogían el agua con la que sus madres lavarían los cacharros y darían de comer a las gallinas. Amable siempre iba acompañado de sus dos hermanos mayores y de su inseparable amigo Mathias.

Mathias vivía en la casa de al lado. Él no había nacido allí, pero las malas cosechas empobrecieron de tal modo a su familia que sus padres se vieron obligados a llevarlo a Liba desde su poblado natal. Fue la abuela quien se hizo cargo de él. Ella había enviudado hacía ya unos años y acogió con agrado a aquel niño menudo y risueño que, a partir de entonces, le ayudaría en las tareas de la casa y le haría compañía en sus largos ratos de soledad. Amable también se alegró de la llegada de Mathias. Los dos congeniaron nada más conocerse, eran de la misma edad, incluso habían nacido el mismo día, y enseguida se convirtieron en los mejores amigos. Ambos eran igual de alegres y se interesaban por las mismas cosas. Cazaban pájaros, subían a los árboles y cada mañana caminaban juntos a la escuela, la única que había en diez kilómetros a la redonda.

Amable era un buen estudiante. Sus padres albergaban la esperanza de que una vez que acabara los estudios buscaría una mujer y formaría una familia tan numerosa como la suya, con seis hijos y los que quedaran por llegar. Pero los sueños de aquel niño estaban muy lejos de los deseos de sus padres. Es cierto que a Amable le gustaban las chicas, pero apenas les prestaba atención. En cambio disfrutaba enormemente cuando acudía a misa con su madre. Desde pequeño, se sintió fascinado por aquellos misioneros polacos que regentaban la iglesia de Liba. De mayor se veía como ellos, vestido con una sotana blanca y conduciendo un todoterreno. Con el paso del tiempo su admiración hacia esos misioneros barbudos fue en aumento y a los dieciséis años les dijo a sus padres que había tomado la decisión de entrar en el seminario menor.

A *papa* Damien le costó aceptar la elección de Amable, pero viendo su férrea disposición acabó cediendo e incluso buscó un segundo trabajo para poder pagar la matrícula y los gastos académicos. Los ingresos que recibía del campo no eran suficientes y, después de llamar a numerosas puertas, encontró un puesto como vigilante nocturno en la escuela local. Amable también contribuyó. Durante varios meses estuvo cuidando las vacas de un vecino y crió conejos que luego vendía en el mercado. El día que ambos ahorraron lo suficiente compraron los libros de texto y pagaron la inscripción.

En el seminario el ambiente era muy agradable: un horario estricto, disciplina, sencillas pero aceptables condiciones de alojamiento y un buen nivel de estudio donde convivían sin problemas las dos etnias del país. Las rivalidades tribales del pasado entre hutus y tutsis, de las que Amable había oído hablar alguna vez a su madre, le parecían de un tiempo sumamente lejano. Él había nacido pocos años antes de que el presidente hutu Juvénal Habyarimana gobernara el país y, durante ese tiempo, Ruanda se había mantenido en una relativa calma.

Pero todo cambió a principios de los años noventa. Las emisoras de radio anunciaron que un ejército de unos diez mil tutsis procedentes de Uganda había entrado en Ruanda y se había apoderado de las regiones del norte del país. Las noticias de hutus masacrados por aquellos tutsis empezaron a llegar al seminario, al igual que las brutales represalias de los hutus. Era la primera vez que Amable escuchaba hablar de muertos por machetes, hoces y cadáveres encontrados en fosas comunes, y las tensiones comenzaron entre los estudiantes de ambas etnias. Aun así, Amable siguió pensando que la paz volvería en breve al norte y que la normalidad regresaría también al seminario. Sin embargo, los acontecimientos no se desarrollaron como él esperaba. De hecho, nadie podía imaginar la magnitud de la tragedia que se estaba gestando en Ruanda, menos aún un sencillo seminarista de origen campesino con nulos conocimientos de política.

Al año siguiente, después de haber estado varios meses internado, Amable volvió a su poblado aprovechando las fiestas de Semana Santa. Se encontraba en la cocina con su madre, preparando la única comida del día, cuando se desató el Apocalipsis.

—¡Ha estallado el avión del presidente Habyarimana!

El tío de Amable irrumpió en casa dando gritos como un poseso. Su madre se quedó petrificada. A su padre se le cayó el bastón al suelo.

—Ha muerto —exclamó.

El padre de Amable encendió la radio. Durante un rato fue cambiando de emisora, pero en ninguna había informativos. Sólo música y más música. Al final sintonizó la radio de las Mil Colinas, pero rápidamente la apagó. No podía creer lo que estaba escuchando. El locutor animaba a los hutus a exterminar a los tutsis como si fueran cucarachas.

Aquella noche, nadie fue capaz de dormir. A través de la ventana Amable empezó a ver vehículos militares de extremistas hutu armados hasta los dientes. A lo lejos observó cómo ardía la vivienda de un vecino tutsi. En cuestión de poco tiempo comenzaron a arder otras casas de forma dispersa. Cada vez que alguien pasaba por el exterior, Amable aguzaba los oídos para saber si se detendría ante la puerta o si la golpearía para entrar. El peor momento fue a las once de la noche, cuando alguien llamó insistentemente. Era Sébastien, el vecino de enfrente. Con la voz entrecortada dijo que a Claudine, una amiga común que estaba casada con un tutsi, acababan de cortarle la cabeza. De madrugada volvieron a llamar a la puerta. Era Mathías que llegaba con su abuela.

—Por favor, déjenos entrar —dijo la anciana maternal Mathias se aferraba a una pequeña maleta roja que había colocado entre sus piernas—. Tenemos miedo.

El padre de Amable dudó un instante, pero al final abrió la puerta y les dejó entrar. Mathias era el mejor amigo de Amable y tenía que ayudarles. Que Amable fuera hutu y Mathias tutsi nunca había significado nada para ellos. Hasta ese mes de abril en el que aquella diferencia podía suponer seguir viviendo o morir a machetazos.

La vivienda era muy pequeña y era necesario encontrar una solución de manera rápida. El padre de Amable se movía nervioso por la habitación.

—No os preocupéis. Aquí estaréis a salvo —dijo con la voz entrecortada—. Creo que... lo mejor será que os escondáis en el almacén. En cualquier momento los militares pueden venir a nuestra casa. Todos saben que sois tutsis... y no debéis salir de aquí.

El sudor cubría por completo el rostro de *papa* Damien, que intentaba manejar la situación lo mejor que podía, sabedor de que, en caso de que los hutus descubrieran que estaban escondiendo a unos tutsis en su casa, matarían a toda su familia.

—Esperemos que pronto vuelva la calma —exclamó con rabia contenida.

La abuela se puso a llorar y Mathias intentó consolarla. La madre de Amable apagó la vela que iluminaba la estancia. Su resplandor ponía al descubierto lo que sucedía en el interior. Mientras tanto, afuera los gritos habían disminuido de intensidad, y sólo se oían de vez en cuando, bastante lejos. Amable echó un vistazo al almacén. Un par de murciélagos revolotearon pero, por lo demás, todo estaba en orden. Primero ayudó a entrar a la abuela y después a Mathias. Una vez dentro, Amable les dejó una linterna, y después de darles un fuerte abrazo, salió y cerró la puerta. Su padre tenía los ojos fijos en él.

—Ahora no hay que hacer ningún ruido. No hay que atraer la atención de nadie —le dijo.

Durante las semanas siguientes Mathias y su abuela siguieron escondidos, como si fueran dos prisioneros, mientras en la calle continuaban las matanzas. Amable y su familia apenas salieron de casa. Sólo de vez en cuando se veían obligados a ir al campo a buscar agua y algo de comida. Pero no hablaban con nadie. Tampoco había nada que decir. Bastaba con echar un vistazo alrededor para ver la dimensión de la tragedia. Los cadáveres se extendían por los caminos, dispersos o amontonados, y el fétido olor a carne podrida hacía muy difícil respirar. Los insectos pululaban por encima de los muertos. El reino de las moscas lo invadía todo.

Tres meses después, un recadero llegó con una carta para Amable. Era del obispo. En la misiva le explicaba que el país estaba volviendo a la normalidad y le pedía que continuara sus estudios en el seminario. Sus padres no daban crédito a lo que escuchaban, e intentaron por todos los medios convencerle para que siguiese más tiempo en casa, pero Amable estaba convencido de que la paz estaba a punto de llegar y de que debía seguir cumpliendo con su obligación. Una semana más tarde se despidió de su familia y también de su amigo Mathias que seguía junto a su abuela escondido en el almacén. Por delante le esperaban varios días de camino.

En el trayecto Amable encontró escenas parecidas a las que había dejado en su aldea. Cuando llegó al seminario, se alegró de ver a sus viejos compañeros, aunque no todos habían acudido a la llamada del obispo y enseguida comprobó que nada volvería a ser como antes. Aparentemente los días se sucedían en una relativa calma, pero a la hora de dormir las pesadillas perseguían a Amable en un preludio de noches en vela y sueños con cuerpos desmembrados que le acompañarían para el resto de sus días.

Un mes después, antes de irse a dormir, Amable encendió la radio para escuchar las últimas noticias. Era la única distracción que tenía en el seminario y su único contacto con el mundo exterior. Pero lo que escuchó esa noche lo llenó de temor. Los rebeldes tutsis habían tomado la capital. Habían derrotado a los hutus que estaban en el poder y en esos momentos se dirigían hacia el sur. La noticia se extendió a todos los rincones del seminario, donde se oía el ir y venir nervioso de los curas. Amable se preguntó qué hacer, porque aunque él y otros miles de hutus como él no habían participado en las matanzas contra los tutsis, sino todo lo contrario, todos iban a ser considerados unos genocidas. Las represalias iban a ser inevitables.

Amable hizo una pausa en su relato. Me dio la impresión de que se emocionaba al recordar aquellos sucesos terroríficos. Vi que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Después me preguntó:

—Durante estas semanas en Loukolela, ¿no te ha resultado extraño ver a tantas personas mutiladas?

—La verdad es que sí, Amable —dije pensando inmediatamente en Bosco, el maestro que daba clase en la escuela infantil. A él le faltaba una pierna, pero había otros muchos a los que, o les faltaba una mano o un brazo, o varios miembros a la vez—. Supuse que sería por la dureza de la selva.

—Es cierto que la selva es dura —me dijo Amable—. Pero la mayoría de esas personas no son de Loukolela.

—¿Ah, no? —repuse, extrañada—. ¿Y de dónde son?

—De Ruanda —me aclaró Amable—. Son hutus ruandeses.

—¿Bosco no es congoleño? —le pregunté, incrédula. Yo era incapaz de distinguir entre ruandeses y congoleños. Sus rasgos físicos me parecían iguales. Al fin y al cabo todos eran africanos.

—No, Bosco es ruandés. Y también Jean-Paul, el enfermero, y Yombé y Obed y Pascaline y Nicosia y Juvénel y muchas de las personas que has conocido durante estas últimas semanas. Incluso mi amigo Athanase, con el que estuvimos en Brazzaville. También él ha venido desde mi país.

Que Amable fuera de Ruanda, no me sorprendía en absoluto. Él era sacerdote, y ya se sabe que los sacerdotes acuden allí donde les mandan. Pero ¿y los demás? ¿Qué hacían ahí? Ruanda estaba lejísimos. Para llegar a Loukolela había que cruzar nada menos que la República Democrática del Congo, lo que hacía pocos años se llamaba el Zaire, un país gigantesco con la segunda selva más extensa del mundo. Amable siguió con su relato.

Cuando Amable oyó por la radio que los rebeldes tutsis habían tomado el poder, supo que debía marcharse cuanto antes de Ruanda. Al día siguiente abandonó el seminario y se fue en dirección a Bukavu, la primera ciudad del Zaire, el país vecino. En los caminos, miles de hutus marchaban también en esa misma dirección. A medida que se iban acercando a la frontera la masa humana se hacía más compacta y resultaba muy difícil abrirse paso entre el gentío. Pero lo peor fue cuando tuvieron que atravesar el puente que unía Ruanda con el Zaire. La gente se atropellaba en aquellas tablas de madera extendidas sobre el río Ruzizi; se formaban montones y muchos morían asfixiados o aplastados. Amable recibía por todas partes empujones, golpes y codazos pero logró llegar al otro lado: a Bukavu. Allí respiró aliviado. En suelo zaireño los rebeldes tutsis no podrían atacarle, ni a él ni al resto de los hutus, aunque al mismo tiempo dejaban de ser ciudadanos ruandeses para convertirse en refugiados.

Desorientado, Amable empezó a vagar entre mansiones fabulosas erigidas por magnates de las sociedades estatales de minas y altos mandos enriquecidos a la sombra del poder de Mobutu. Bukavu era una ciudad paradisíaca que en esos momentos hervía de caos y desconcierto. Mientras miraba la inmensidad del lago Kivu pensó en su familia y se preguntó qué habría sido de ellos. Empezó a dar vueltas y más vueltas intentando encontrarlos, pero no tuvo éxito. Nadie sabía nada. Hasta que, por casualidad, se encontró con un anciano de su pueblo. El hombre tenía mala memoria pero logró recordar haber visto a sus padres saliendo de Liba con los niños.

—Aunque alguien me dijo que volvieron después. Imagino que regresaron pensando que preferían morir en la aldea. No sé nada más.

—¿Y sabe algo de mi amigo Mathias? —le volvió a preguntar Amable.

—No sé nada. Solo me dijeron que la abuela había muerto de malaria.

Con el corazón encogido Amable supo que su única opción era instalarse en uno de los múltiples campos de refugiados que las ONG internacionales habían levantado en los alrededores de Bukavu. Finalmente se fue al de Kashusa-Inera. Frente a él se extendían cientos de lonas de las que salían fumarolas donde las mujeres cocinaban en cacerolas ennegrecidas por el humo. Otros alojamientos eran simples chamizos de ramas, hierbas y plásticos, en los que el barro del suelo se mezclaba con el hollín. Los exiguos espacios vacíos presentaban canalizaciones en mal estado, de las que se desprendía un olor nauseabundo, y miles de pies, muchos de ellos desnudos, chapoteaban en el barro. A Amable se le revolieron las tripas y vaciló un instante en seguir adelante, pero al final se metió en aquel enjambre de tiendas confiando en que la situación se acabaría normalizando en Ruanda y que tarde o temprano terminarían todos regresando a su país.

Amable pasó los meses siguientes en el campo de refugiados viviendo en unas condiciones deplorables. Hasta que un día recibió una carta. El obispo de Bukavu, Christophe Munzehirwa, había intercedido por él y le acababan de aceptar para que terminara sus estudios de Teología en el seminario de Muresa, a pocos kilómetros de allí. Aquella misma mañana Amable cogió su pequeño hatillo y se dirigió hacia el que sería su nuevo hogar. En el seminario, el rector y los nuevos compañeros le recibieron con los brazos abiertos. Amable también se mostró muy contento con su nueva vida. De lunes a viernes acudía a clases y los fines de semana volvía al campo

de refugiados, aunque ahora para dar de comer a los enfermos y a los niños. Después, regresaba al seminario.

El 3 de noviembre de 1996, al igual que cada noche, Amable se fue pronto a dormir. La oscuridad y el silencio se habían apoderado del seminario de Muresa. Sólo se oía el rugido de los ventiladores junto a las ventanas. A las tres de la madrugada sonó un golpe en su puerta. Después otro. Sobresaltado, Amable se levantó y salió hacia el pasillo. A lo lejos vio al rector corriendo hacia las escaleras mientras aporreaba en su camino las puertas del resto de los cuartos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amable. Los otros seminaristas también habían salido de sus habitaciones.

—Los rebeldes tutsis han cruzado la frontera. Acaban de asesinar al obispo Christophe Munzihirwa y se están acercando.

De pronto una explosión se hizo sentir a unos cien metros del edificio.

—Pero ¿cómo han podido atravesar la frontera?

Un silbido resonó en el ambiente y el estruendo de una nueva explosión redujo a añicos los cristales.

—Parece que Kabila les ha dejado entrar. Dicen que se ha aliado con los tutsis para derrotar al presidente Mobutu. Deprisa. Hay que marcharse. Están arrasando todo a su paso.

Amable estaba aterrorizado, había que huir lo más rápidamente posible, de modo que cogió un saco de sal de la despensa, salió del seminario, y se puso a correr sin saber a dónde iba. Corrió tan rápido como se lo permitieron sus piernas, tanto que casi se queda sin aliento. Sofocado, al cabo de un rato se paró a respirar. Tenía la boca abierta y los pulmones se le hinchaban a un ritmo frenético. Pero reanudó la marcha y siguió corriendo hasta que unos kilómetros después llegó al campo de refugiados que tan bien conocía. Ahí estaría seguro. Los tutsis nunca se atreverían a entrar en ese lugar donde se hacinaban medio millón de hutus ruandeses. No podían atacar a tanta gente refugiada y al amparo de las organizaciones internacionales. Pero se equivocó.

Una bomba inesperada cayó muy cerca de donde se encontraba y su onda expansiva le sacudió como si fuera un muñeco de trapo. Junto a él se levantó una enorme bola de fuego y al momento se vio rodeado de cadáveres y de una marabunta que huía en estampida profiriendo gritos de pánico. Hombres, mujeres y niños. Sobre todo niños que corrían en desorden atizados por el miedo. Más explosiones y disparos de armas automáticas y otros miles de muertos. En su camino titubeante Amable tropezaba con cuerpos desmembrados y escuchaba gritos de heridos que le helaban el alma. Los niños chocaban con sus piernas, las tiendas de campaña ardían en inmensas columnas de humo y los cientos de objetos esparcidos por el suelo le hacían muy difícil avanzar. Saltaba sobre piernas y cabezas arrancadas al azar por los proyectiles de bazuca lanzados por los tutsis.

Una nueva explosión a su derecha le hizo perder el equilibrio, y se dio de bruces contra un charco. Unos gritos desgarradores de mujer surgieron al instante y alguien se desplomó a su lado. Volvió la cabeza y vio un rostro inerte, cubierto de sangre. Angustiado, se levantó como pudo envuelto en barro, y siguió el camino, hasta que dejó atrás el campo de refugiados. Eran las cinco y media de la mañana y el día estaba despuntando.

Los que sobrevivieron a esa matanza se pusieron a andar sin saber a dónde iban. En su camino bajaban empinadas colinas y atravesaban campos de maizales y mandioca. Amable tampoco sabía a dónde ir. No conocía el Zaire, aunque la gente decía que había que andar en dirección a Kisangani y hacia allí se dirigió. Pero antes había que atravesar la selva ecuatorial. Cuando Amable la vio por primera vez desde la cima de una montaña se asustó. La selva era densa e infinita, como un brócoli gigante, y pensó que nunca saldría vivo de allí. Sin embargo, los tutsis habían bloqueado el resto de caminos y aquella era la única salida que quedaba para huir.

Amable se adentró en el interior. La selva era muy oscura. A su alrededor se alzaban helechos colosales, y en medio de aquel mar de verdor oyó unos gritos. ¿Serían gorilas? Alguien le había dicho que aquella selva albergaba una de las mayores concentraciones de gorilas del mundo. Amable cogió un palo para ir tanteando el terreno. Era una selva impresionante, la gente caminaba en grupos pero era muy difícil avanzar. Muchos desaparecían sumergidos en las arenas movedizas; se oían unos gritos desgarradores de socorro y luego el silencio. Otras veces era imposible seguir por el suelo, había raíces gigantes que se cruzaban, y tenían que trepar a las copas de los árboles y andar entre las ramas como si fueran monos. En el camino se veían cientos de cadáveres. Primero morían los niños, después las mujeres... La gente desfallecía de cansancio y no se podía hacer nada. Solo seguir y seguir en ese camino de muerte sin saber a dónde iban, como si fueran conejos huyendo de cazadores furtivos.

Unos días después empezó a correr el rumor de que UNICEF había establecido un campo de refugiados en un lugar llamado Tingi-tingi. Amable se dirigió hacia allí donde ya se encaminaban otros miles de hutus. Dentro del campo de refugiados la gente se arremolinaba en un completo desorden en los puestos de Cáritas para recibir un paquete de galletas o un bote de leche en polvo. Al atardecer se encendieron las hogueras y Amable se acercó a uno de los fuegos donde un hombre menudo estaba dando vueltas a una cacerola.

—Buenas noches. Me gustaría hacer trueque. Tengo un poco de sal. —Y sacó de su bolsillo el pequeño saquito de sal que había cogido en la cocina del seminario antes de huir.

—La sal es tan preciada como el pescado —dijo aquel hombre—. Por favor. Siéntate con nosotros y comparte nuestra sopa.

Se presentaron.

—Me llamo Amable.

—Pues yo soy Athanase —le respondió el hombre—. Y ésta es mi pequeña familia.

Athanase señaló a la mujer y a los dos niños que estaban a su lado.

—Teníamos dos hijos más, pero han muerto en el camino —explicó Athanase.

—Lo siento mucho —acertó a articular Amable que no tenía palabras ante tanto horror.

Durante las semanas siguientes, Athanase y Amable se hicieron amigos. Pero la tranquilidad no duró mucho tiempo. Nuevos refugiados llegaron en masa y con ellos la esperanza dio paso al miedo. Unos habían visto a los tutsis merodeando en los alrededores. Otros decían que se habían infiltrado en el campo de refugiados. La tensión creció hasta volverse insostenible y los responsables de las ONG decidieron marcharse. Cuando Amable vio el avión de aquellos blancos desaparecer entre las nubes, se fue a buscar a Athanase y a su familia y de nuevo se pusieron en camino, pero esta vez en dirección a Congo Brazzaville. Sabían que aquel país era una ex colonia francesa y ningún tutsi se atrevería a poner sus pies allí. De modo que siguieron andando, atravesaron el peligroso puente de Lubutu y poco después llegaron a Ubundu, otro pueblo del interior del Zaire. Pero para su sorpresa allí el camino terminaba en un inmenso río con rápidos que soltaban espumarajos e inmensas columnas de vapor de agua. Era el Lualaba, el primer tramo del río Congo.

—¿Cómo vamos a cruzarlo? —preguntó Athanase.

En la orilla un hervidero de refugiados intentaba buscar una canoa, pero había pocas y los lugareños pedían cantidades desorbitadas por ellas, en una aplicación siniestra de la ley de la oferta y la demanda. El precio subía cada minuto que pasaba. Pero ellos no tenían dinero. ¿Qué hacer?

—Construiremos nuestra propia balsa —dijo Amable.

Con la ayuda de otros dos jóvenes que también habían tenido la misma idea, buscaron tallos de bambúes gigantes y lianas para entrelazarlos. Cuando la terminaron, empujaron la pequeña embarcación por la arena hacia el río y se montaron encima. Inmediatamente fueron presa de la corriente que les llevó inexorablemente hacia los rápidos. El estruendo de aquellos monstruos de agua se escuchaba cada vez más cerca. La tensión se acumulaba en las sienes de Amable que intuía que iban a morir ahogados.

—Tenemos que remar al mismo tiempo —gritó.

A lo lejos se veían los primeros rápidos y la hija de Athanase empezó a llorar amargamente.

—¡¡¡Vamos!!! Con fuerza —insistió. Era una lucha a muerte con el río. Las olas chocaban violentamente contra la frágil embarcación empapando a sus ocupantes que introducían los remos en el agua haciendo un esfuerzo físico sobrehumano. Pero al final lograron coordinarse. Los brazos de aquellos hombres se convirtieron en uno solo y empezaron a enderezar la barca. ¡Lo estaban logrando! ¡Estaban yendo a la otra orilla! Aunque avanzaban en diagonal, se mantenían a suficiente distancia de los espumarajos.

Cuando llegaron al otro lado abandonaron la balsa de un salto y se tiraron al suelo. Estaban empapados y extenuados y se quedaron dormidos bajo el sol.

Amable fue el primero en despertarse. Estaba confuso. No sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había dormido. Athanase también abrió los ojos, y después su mujer y sus dos hijos. Cuando se repusieron, tomaron la pista en dirección a Ikela, por donde ya caminaban, como espíritus vagando en una tierra desconocida, otros cientos de refugiados. A medida que se adentraban en el corazón del Zaire, las tribus se volvían más violentas y les recibían con lanzas y flechas envenenadas. Una tarde

Amable oyó unos gritos desgarradores que provenían del fondo de un profundo agujero. Era una de las típicas trampas que los nativos utilizaban para cazar animales. Amable miró hacia abajo y vio a un chico con una profunda herida en la pierna derecha de la que manaba un reguero de sangre. Intentó calmarle.

—No te preocupes, muchacho, vamos a sacarte de ahí —le dijo mientras penetraba en el hoyo. Cuando llegó abajo Amable se arrancó la pernera del pantalón y le hizo al chico un torniquete.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras le terminaba de hacer la cura.

—Bosco, señor, me llamo Bosco —le dijo el joven mostrando gestos que evidenciaban un terrible dolor. Amable le miró la herida más detenidamente. Tenía muy mal aspecto y temió que se le terminara gangrenando.

Con ayuda de Athanase y su mujer, Amable consiguió sacar al chico del hoyo. Athanase le había buscado una rama recia que le sirviera de bastón y Bosco pudo continuar, aunque tuvo que ir cojeando el resto del camino. De ahí siguieron por una pista que les llevó hasta Ikela, junto al río Tshuapa. Cuando llegaron a Ingende se empezaron a oír noticias de masacres de los tutsis contra los hutus en los pueblos de alrededor. Asustados, decidieron cambiar de ruta y se fueron hacia el sur, camino de Bikoro, junto al lago Tumba. Milagrosamente allí se encontraron con un barco que iba a zarpar hacia el norte de Congo Brazzaville.

Llegaron a Liranga en mayo de 1997, siete meses después de haber comenzado la huida en una marcha de más de dos mil kilómetros. Amable descendió del barco muy delgado, casi con veinte kilos menos. Tenía el aspecto de un anciano. Estaba demacrado, vestido con jirones, sin zapatos y, al igual que los demás, psicológicamente hundido. Pero por lo menos sabía que, en ese país, se iba a sentir seguro.

Una vez en tierra una monja congoleña les explicó que el ACNUR había montado un campo de refugiados en un pueblo llamado Loukolela. Athanase y su familia prefirieron irse en barco a Brazzaville, eran incapaces de dar un paso más, pero Amable y Bosco se dirigieron hacia aquel lugar. Durante los meses siguientes, y gracias a los cuidados de las monjas congoleñas, Amable logró recuperarse. Pero Bosco tuvo mala suerte. La pierna se le gangrenó y una ONG tuvo que gestionar su traslado a un hospital de Brazzaville, y allí, terminaron amputándose. Aún y todo, Bosco se sentía afortunado. Al igual que Amable. De los dos millones de hutus ruandeses que habían empezado la huida, ellos fueron de los pocos miles que consiguieron llegar a Congo Brazzaville. El resto murió o se perdió en la selva y hubo otros que fueron obligados a volver a Ruanda.

—Fue una experiencia muy dura, horrible. Un camino peor que el del Calvario.

Amable volvió a detener su relato y agachó los ojos. Cogió una ramita que había en el fondo de la piragua, exclamó algo en un idioma que me resultó ininteligible y la arrojó hacia el río, donde la oscuridad engulló toda la rabia que ese gesto contenía. Di por supuesto que ya habría concluido su relato y me aferré fuertemente a su brazo. Lo veía como un héroe de guerra que ha regresado del frente con un gran trauma psicológico y que se había liberado después de habérmelo contado.

—Amable, no es lo mismo leer lo que cuentas, o haberlo visto en la televisión, que escucharlo de alguien que lo ha vivido en primera persona. Pero dime, ¿nunca te has preguntado por qué sobreviviste precisamente tú en lugar de otros muchos que terminaron muriendo?

Amable permaneció inmóvil. Tal vez no debí formularle esa pregunta y le agarré de la mano unos instantes para darle ánimo. Pero él me respondió:

—Verás. Gracias a la huida he aprendido una cosa muy importante. En la selva me di cuenta de que, lo que realmente merece la pena en la existencia del hombre, es tener vida y entregarla a los demás. Las cosas materiales no importan. En el camino del exilio vi a ministros que huían en el interior de sus coches lujosos, pero cuando se acabó la gasolina, al no estar acostumbrados a caminar en condiciones tan adversas, enseguida desfallecían y morían. En mi caso tengo la convicción de que Dios ha querido mantenerme vivo para que yo ofrezca mi vida al servicio de los más pobres del planeta.

Los ojos se me pusieron vidriosos y la emoción me embargó por completo.

—¿Por eso volviste al Congo después de terminar tus estudios en España? —le pregunté.

—Exacto. El obispo me envió a estudiar a la Universidad de Comillas y, como sabes, allí estuve tres años. Pero siempre supe que mi sitio estaba en Loukolela, porque es aquí donde mi vida tiene sentido.

Cerré la maleta con sumo cuidado. Ahí dentro se encontraban las cuarenta cintas de vídeo que había rodado durante las semanas que había pasado en Loukolela, cuarenta horas que recogían la vida de aquel primigenio y aislado lugar de África y que aspiraban a cambiar su destino. Recorrí el pasillo de la casa parroquial sintiendo el peso de la maleta golpearme contra el muslo y la dejé en la entrada con el resto del equipaje. En la puerta me esperaba Amable. Me sonrió, cogió los bultos y los llevó a la escuela infantil. Volvió unos minutos después y me miró sin decir nada. Yo le sonreí intentando ocultar la inquietud que en los últimos días había empezado a asomar a medida que se acercaba el momento de mi partida. Salí a la explanada a contemplar el río Congo. A lo lejos seguía su camino, sereno y pausado, como si se encontrara fuera de cualquier coordenada de espacio y de tiempo.

Era mi último día en Loukolela y muchos vecinos vinieron a decirme adiós. Los árboles se habían vestido de un gris oscuro como nunca los había visto y el viento soplaba ligeramente silbando entre las hojas. Sin darme cuenta, los tambores empezaron a sonar y el coro de la parroquia salió de la iglesia en procesión y se colocó delante de mí. Me habían organizado una fiesta de despedida. Primero leyeron un discurso muy solemne: «Gracias de corazón por haber venido a conocernos», dijo el padre Amable en nombre de todos. Luego entonaron unas melodías religiosas en lingala y después alguien sacó el vino de palma y empezó la fiesta.

La gente comenzó a bailar al ritmo de la música. Al principio el movimiento de los cuerpos era tímido y suave, después más rápido, se movían caderas, se flexionaban espaldas, algunos realizaban piruetas que provocaron el aplauso entusiasmado de todos. Unas mujeres me trajeron cazuelas repletas de comida. Querían que las metiera en la motora para que no pasara hambre durante el viaje de vuelta. No quise aceptarlas. Sabía el sacrificio que aquello suponía para ellas; posiblemente no comieran para dármelo a mí. Sentí que las lágrimas caían por mis mejillas.

Y también las gotas de lluvia. Como si el sonido de los tambores hubiera despertado la fuerza oculta de la naturaleza, en poco menos de una hora el cielo se oscureció aún más y la claridad dio paso a unas siniestras tinieblas que acabaron por cubrir el pueblo entero. Un viento del norte racheado sacudió las copas de los árboles y el ulular entre las hojas fue de aumento progresivo. De repente un estruendo a mis espaldas me estremeció. Un rayo había caído a pocos metros y el sonido se propagó durante varios segundos como si fuese un eco prolongado en el tiempo.

—No podemos seguir aquí —me gritó Amable—. Puede ser peligroso.

La gente corrió hacia sus casas y nosotros nos dirigimos a la casa parroquial. De repente se hizo de noche. A través de la ventana contemplé un rayo zigzagueando en el horizonte acompañado de otro inmenso trueno. En ese instante se desató un diluvio. El viento empujaba en todas las direcciones la cortina de lluvia que caía desde el techo. El agua empezó a entrar por debajo de la puerta y estaba inundando el suelo. Nunca había visto nada semejante. Otro estallido sonoro hizo temblar las paredes de la casa parroquial y en aquel momento me acordé de algo. «¡Las cintas!», pensé. Amable las había dejado en el barracón que hacía de escuela infantil.

—Tengo que ir a cogerlas —le grité—. Las goteras las echarán a perder.

—No —respondió Amable, tajante—. No te muevas de aquí.

—No podemos perder todo ese material de trabajo.

—Déjalo. Es imposible salir con este tiempo.

Amable me miraba temeroso de que fuera a cometer una locura, pero yo esquivé su mirada y salí de la casa a todo correr. A lo lejos dos rayos llenaron el cielo de luz y una rama gigantesca cayó sobre la iglesia hundiéndose parte del techo. Amable salió al porche para gritarme que volviera. Dudé en hacerle caso, estaba completamente empapada, pero seguí avanzando hasta que conseguí llegar al barracón. La maleta se encontraba en un rincón de la pared en medio de un gran charco de agua que había empezado a cubrir las ruedas. A ciegas abrí la cremallera y rebusqué en el interior hasta que toqué la caja que contenía las cintas. Allí estaban. Sanas y salvas. Saqué la caja y la apreté contra mi pecho, aliviada, respirando profundamente mientras notaba cómo el agua me subía por los tobillos. Pocos minutos después apareció Amable por la puerta, chorreando y con un gesto de evidente enfado. Le agradecí que hubiera venido. Él se acercó y se quedó junto a mí, de pie, los dos quietos en aquella oscuridad, temblando de frío.

Los minutos se me hicieron eternos. Por el hueco de la ventana entraba el fulgor de los relámpagos seguidos de nuevos estruendos. La furia de la naturaleza parecía no tener fin. Aunque, con la misma rapidez con la que vino, la lluvia amainó. En cuestión de segundos los nubarrones se transformaron en inocentes nubecitas blancas y el sol volvió a iluminar la selva. La tormenta se había desplazado, y de camino a la casa parroquial vi el hermoso espectáculo de aquel aguacero tropical sobre el río Congo cuyas aguas pacíficas se habían convertido en un torbellino de olas.

Poco después la gente volvió a salir de sus chozas. Un grupo de mujeres se acercó a la casa parroquial y me entregaron un paquete envuelto en unas enormes hojas de palmera. Abrí con cuidado aquel regalo. Dentro había una tela de colores. La cogí y la enrollé en mi cintura para expresarles mi gratitud por el cariño que me habían demostrado durante mi estancia en Loukolela. Después de tantos días conviviendo con ellos todavía me asombraba la hospitalidad africana. Una anciana se agarró a mi brazo como si yo fuera un salvavidas y me dijo en un francés casi incomprensible:

—Por favor, no te olvides de nosotros.

—No lo haré —le respondí mientras leía el desamparo en su mirada. Había llevado mi responsabilidad demasiado lejos como para echar ahora la vista hacia otro lado.

La tierra empapada no daba abasto para absorber la cantidad de agua que había caído en poco tiempo y se veían numerosos charcos en la hierba. A lo lejos salió el arco iris. Un minuto después llegó Bosco. Estaba al borde de las lágrimas. Nos dimos un abrazo y nos fuimos juntos al embarcadero donde se encontraba la motora del ministro. La gente me observaba con atención, pero también miraba la maleta donde se encontraban las cintas.

Amable y yo entramos en la embarcación y nos pusimos en marcha. Rota de emoción, me habría gustado gritar el nombre de todas las personas que me decían adiós con la mano pero las ganas se me quedaron en la garganta. Mientras la lancha avanzaba por el río, miré largo rato hacia atrás hasta que ya no pude distinguir la torre de la iglesia. Loukolela desapareció en el horizonte mientras nosotros seguíamos hacia adelante.

Al mediodía el sol disipó todas las nubes y a medida que avanzamos se iba renovando mi optimismo. El viaje transcurrió en un suspiro. Durante el trayecto por el río Congo nos encontramos piraguas, barcas, mujeres en la orilla lavando la ropa, pescadores que levantaban la mano a nuestro paso y decían: «Adiós, hasta la próxima». Palmeras y más árboles y plantas que cubrían el río Alima hasta que llegamos al pueblo de Oyo. Dejamos la lancha del ministro en el embarcadero y nos fuimos hacia la misión Nuestra Señora de la Asunción, donde nos esperaban los dos seminaristas que conocimos la otra vez. Cenamos con ellos y, al día siguiente, cogimos el autobús. En el camino chozas y más chozas, extensiones infinitas de tierra y niños descalzos que salían a saludarnos cuando pasábamos por las aldeas. Por la noche vimos las primeras casitas de Brazzaville. La hermana Ana me había guardado la que había sido mi habitación. Había arreglado el mosquitero de la ventana y durante esa noche dormí tan profundamente que no oí los silbidos de los mosquitos. A la mañana siguiente me despedí de Amable con un fuerte abrazo, cogí el avión en el aeropuerto Maya Maya y volví a Madrid.

El vuelo duró casi once horas. Cuando llegué al aeropuerto de Barajas me sentí extraña. Una vez fuera, me pareció como si acabara de despertarme de un sueño.

Me costó varios días superar la resaca de mi embriaguez por el Congo, pero poco a poco fui recuperando la rutina normal de mi vida.

Pasado el fin de semana, me fui a Televisión Española cargada con la videocámara, las cintas y miles de aventuras que contar a mis compañeros de trabajo que se alegraron mucho de verme y me hicieron cientos de preguntas sobre el viaje. Querían saberlo todo. Yo les hablé de los niños desnutridos, del sida, del hambre, de la guerra, de los refugiados ruandeses, de los hospitales destartados y de la falta de medicinas. Pero también les expliqué que ese reverso de la moneda era insignificante al lado del esplendor del África que no aparecía en las noticias. Luego cogí las cintas y me dediqué a recorrer las distintas redacciones: sociedad, cultura, internacional...

pero no tuve suerte. Los responsables estaban demasiado ocupados para visionarlas. Los teléfonos sonaban constantemente. Había un escándalo de corrupción, un accidente grave, las lluvias torrenciales de esos días. No podían atenderme. Loukolela no era actualidad, había otros temas más urgentes, y no conseguí que entrara en los informativos.

Llegué a casa triste y decepcionada. Había hecho todo lo que había estado en mi mano, pero al final no pudo ser. ¿Qué le iba a contar a Amable? Le había dicho que confiara en mí, que iba a hacer un reportaje para dar a conocer las penurias y desgracias de la gente de Loukolela y le estaba fallando. Sentí un pinchazo de amargura. ¿Cómo me podía imaginar que, después de tanto esfuerzo, aquellas cintas de vídeo iban a terminar en el fondo de un cajón?

Me tiré en la cama abatida cuando oí el zumbido de mi móvil en el bolso. Era un número de Marruecos.

—Hola.

—Hola, Bruce.

—¿Ya has vuelto del Congo? ¿Qué tal te ha ido?

—Bien, bueno, ya te contaré. —Tenía el ánimo por los suelos y no me apetecía hablar—. ¿Qué pasa, Bruce? —le pregunté con cierta indiferencia.

—Verás. Quería saber si finalmente vas a venir este fin de semana a Rabat. Imagino que recuerdas que es el cumpleaños de Borja.

—¡Es verdad!

Me levanté de la cama y me di un ligero golpe en la frente con la mano. Borja era el hijo del embajador de España en Marruecos. Nos habíamos hecho íntimos amigos durante el tiempo que yo había trabajado en la oficina de cooperación en Rabat. Para mí era como un hermano mayor. No podía faltar a su fiesta de cumpleaños.

—Gracias por recordármelo, Bruce. Con todo el lío del viaje se me había olvidado por completo. Ahora mismo compro un billete por internet para ir a Rabat.

—Por cierto —continuó Bruce—, iré a buscarte a la estación porque tengo algo muy importante que decirte.

—¿El qué? —le pregunté, intrigada, pero él siguió manteniendo un aire de misterio.

—No te lo puedo decir por teléfono. Te lo contaré el sábado cuando te vea en persona.

—Espera, espera, no cuelgues. ¿Puedes darme alguna pista? —insistí.

No podía imaginar lo que Bruce quería decirme.

—Es algo que hacía mucho tiempo que estaba deseando preguntarte.

Llegué a Rabat el sábado a las once de la mañana. La estación de tren estaba a rebosar. Desde la ventanilla vi a Bruce buscándome con la mirada entre los pasajeros que iban saliendo atropelladamente bajando bultos y más bultos. Finalmente me vio. Cuando el pasillo se despejó bajé la escalerilla y le saludé con dos besos. Él me cogió la mochila y, juntos, nos dirigimos a la salida que conducía directamente al paseo Mohamed V. Todavía quedaban unas horas para la fiesta de cumpleaños de Borja y, como el día se había levantado con un sol resplandeciente, decidimos dar un paseo por el centro de la ciudad. Caminamos lentamente mientras él me contaba las últimas noticias de nuestro grupo de amigos. Bordeamos las murallas hasta la puerta de Bab El-Had y luego recorrimos las callejuelas de la Medina hasta la Kasbah, la antigua fortaleza que rodeaba la antigua Rabat. Bruce quería invitarme a tomar algo en una terraza construida sobre la roca, al aire libre. Acababa de conseguir un trabajo en una empresa de informática y se le notaba ilusionado. Yo, sin embargo, estaba algo deprimida.

—¿Qué te pasa? —me preguntó una vez que nos acomodamos.

El camarero se acercó con una bandeja en la que bailaban dos vasos de té y un platito de pastas tradicionales marroquíes.

—No voy a hacer ningún reportaje sobre Loukolela —le expliqué—. No es de actualidad.

Bruce se reclinó en su silla apoyando la espalda en el respaldo.

—¿Y qué esperabas? —me dijo sin darle ninguna importancia. Tomó un sorbo de té y dirigió su mirada hacia el océano Atlántico. Desde la altura donde nos encontrábamos se veía magnífico—. Ya te dije una y mil veces que no fueras al Congo. El mundo es injusto y tú no vas a cambiarlo y mucho menos con un reportaje.

Me quedé un rato en silencio. Bruce aprovechó esa pausa para levantarse, coger su silla en volandas y colocarla justo enfrente de la mía. Se volvió a sentar, pero esta vez inclinó su cuerpo hacia delante, acercando su cabeza hasta que sentí su aliento en mi nariz. Me cogió las manos delicadamente. Luego tomó aire y lo expulsó como si quisiera coger fuerzas. Había llegado el momento de contarme aquello tan importante que tenía que decirme.

—Verás. Lo he pasado muy mal pensando en todo lo que podría haberte pasado en mi país. —Bruce hablaba muy bajito. Las palabras le salían temblorosas de la boca—. Me he dado cuenta de lo importante que eres para mí, lo mucho que me has ayudado. Si soy lo que soy es gracias a ti. Y... pues... bueno, ahora que he conseguido un buen trabajo, creo que ya estoy en condiciones de poder decirte lo que siento.

Le miré expectante. No sabía a dónde quería llegar. Bruce se puso de rodillas, carraspeó ligeramente y después soltó la pregunta que llevaba conteniendo en la punta de la lengua.

—Quería preguntarte si querrías... —Volvió a coger aire—. Si querrías salir conmigo.

Parpadeé un par de veces y me quedé callada, sin saber qué decir. De repente me vinieron a la mente los muchos momentos que habíamos compartido a lo largo de nuestros años de amistad. Esa forma de mirarme, esa disposición a acompañarme a casa cuando nos despedíamos y yo me negaba en redondo porque vivía demasiado lejos... O sea, que yo también le gustaba. Cogí una pasta espolvoreada con azúcar glas que me dejó una mancha en los dedos. Bruce se apresuró a levantarse para coger una servilleta en la barra. Le seguí con la mirada: contemplé su espalda musculosa, su jersey atado a la cintura, sus brazos negros y fornidos, su andar ágil a pesar de su metro noventa.

—Toma, te he traído tres servilletas.

Permanecimos en silencio unos segundos más. La terraza se había quedado vacía y sólo se oía a los muecines llamar a la oración. Me sentí muy halagada, Bruce siempre me había parecido un chico tremendamente atractivo.

—Bruce, esta proposición me pilla de sorpresa, pero he de reconocer que es una sorpresa muy agradable.

—Entonces ¿qué me dices? —me preguntó visiblemente nervioso.

Volví a mirarle y me encontré con sus ojos, grandes, profundos; las lágrimas corrían por sus mejillas. Le contemplé de nuevo. Ahora esbozaba una leve sonrisa. Cogí su cara entre mis manos y le besé con ternura en la frente. Él levantó el rostro y me besó en los labios. Después lo miré de nuevo a los ojos.

—Bruce, debo confesar que tú también me has gustado siempre.

—¿En serio? —dijo, emocionado—. Entonces... ¿quieres decir que es un sí?

—Pues... sí, claro que sí.

Quizá para romper la tensión del momento Bruce se levantó de su silla y me dijo si quería dar una vuelta. Quedaban pocos minutos para las dos del mediodía y me sugirió que fuésemos a comer a la Medina. A mí me pareció muy bien, así que nos dirigimos hacia allí. Salimos de la Kasbah, cruzamos la calle, atravesamos la muralla almenada de Rabat y desembocamos en un laberinto infinito de callejuelas estrechas con una sucesión de arcos ojivales, muros de piedra de las casas que más bien parecían sólidas murallas, suelos de losetas y un trajín de personas y mercancías de lo más variopinto. Mientras caminábamos por la calle de los calzados, sentí que Bruce ponía su mano en mi cintura y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Bueno —le dije tímidamente—. Vamos a buscar un restaurante.

Nos dirigimos a la calle Suiqa, al comienzo de la Medina. Dejamos atrás la mezquita de Mulay Sliman y entramos en un restaurante en el que había estado ya un par de veces. Ojeamos la carta y pedimos una harira como primer plato y, de segundo, un tajín de ternera con ciruelas para mí, y unas bastelas de pollo para él. Empezamos la conversación con una charla divertida. A medida que avanzaba la comida me fijaba más en él; Bruce era realmente guapo. Él también se fijaba en mí y su voz aterciopelada y suave era un hermoso contrapunto a mi manera de hablar, tal vez rápida en exceso. Comía con delicadeza y lentitud, a la manera de sus intervenciones para apuntillar o hacer alguna broma sobre lo que yo decía. De pronto, bajó los ojos y se volvió en dirección al patio interior, donde proyectó su mirada, dejándola vagar perdida. Era evidente que algo estaba pasando en su interior, porque al cabo de unos segundos de reflexión volvió a mirarme, aunque esta vez la alegría se había esfumado por completo de sus ojos y una cortina de humedad los cubría, haciendo esfuerzos por no romper a llorar.

—Sólo quiero que sepas que cada día, cuando me levanto, pienso en mis padres muertos y en todo el sufrimiento que pasé en la guerra de mi país. Estoy solo en este mundo y la única razón que tengo para seguir viviendo eres tú.

Después siguieron un sinfín de halagos que sonaron como música celestial en mis oídos. Bruce sabía cómo adularme y, además, desde el mismo día en que le conocí, siempre había sentido compasión por él. Me parecía inconcebible que un chico tan joven, sólo un año menor que yo, pudiera albergar tantísimo dolor. Movida por un sentimiento de cariño, le acaricié lentamente la cara.

—No te preocupes, Bruce. A partir de ahora, todo irá bien, ya lo verás.

Un poco más tarde miré el reloj. Las horas habían pasado volando y se estaba haciendo tarde. Teníamos que ir yendo hacia la fiesta de cumpleaños de Borja. Nos levantamos de la mesa, pagamos la cuenta y salimos del restaurante. De nuevo oí el ruido de la Medina: el bullicio de la gente, los gritos de los tenderos, los mercaderes ambulantes que recorrían las callejuelas con montañas de objetos, el ir y venir de los dirhams que pasaban de mano en mano y el ritmo pausado de los orfebres tallando la plata con sus cinceles. Bruce me cogió otra vez de la cintura y yo me dejé llevar por aquel escenario de cuentos de alfombras voladoras, babuchas mágicas, princesas y sultanes con esa mezcla de fragancias que lo inundaba todo. Mientras íbamos caminando, sentía el perfume de las sales de baño, los distintos tipos de incienso, frutas maduras abiertas y jugosas tras las que se me iban los ojos y la boca, carne humeante a la brasa, sardinas asadas, o una merienda de café a la crema con pastelitos de frutos secos recién salidos del horno. El sol del atardecer se filtraba a través de las celosías y la brisa húmeda que de vez en cuando llegaba desde el mar jugueteaba entre las calles, camino del río Bu Regreg.

Llegamos al lujoso barrio de Souissi a las seis y media. La casa del embajador era una selecta residencia ligeramente iluminada. Nos abrió el vigilante y pasamos a un pequeño jardín con un camino de piedras por el que llegamos hasta el edificio. El mayordomo nos saludó con un gesto muy refinado y nos animó a adentrarnos hasta la

piscina, donde nos esperaba Borja y el resto de amigos, para ello recorrimos salones alfombrados con lámparas de araña y cortinas de terciopelo, con mil adornos marroquíes en las paredes.

Los invitados se encontraban alrededor de la piscina. Atravesamos una puerta de cristal y paseamos entre un oleaje de rostros sonrientes que cubrían el césped del amplio jardín. Empezamos a saludar aquí y allá. Ví a mi amiga Marta, charlando alegremente con unos conocidos marroquíes y a mi amiga Itziar, despampanante, intentando hacerse con una copa de champán. Borja nos recibió jovial y nos presentó a un par de diplomáticos franceses que acaban de llegar a Rabat y con los que Bruce se quedó charlando. Yo seguí desfilando por aquel grupo de gente, hasta que encontré a Nesrin. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y nos saludamos con un fuerte abrazo. Sin embargo, a pesar de mi aspecto alegre, ella enseguida se dio cuenta de que algo me ocurría. Me cogió de la mano y me llevó a una esquina del jardín, nos sentamos a una mesita y nos servimos un par de copas. Nesrin me dijo que era todo oídos y entonces yo le confesé mis sentimientos. Le expliqué las ganas que tenía de ayudar a Amable y a los vecinos de Loukolela y la enorme frustración que me provocaba no poder hacer el reportaje.

—Allí la gente se muere de cualquier cosa, Nesrin, hasta de una diarrea. ¿Y los niños? Pobrecitos. Cuando me fui, las mujeres me agarraban del brazo y me decían que no las olvidara.

Mi amiga me miraba comprensiva.

—Pero es que ya no puedes hacer nada más. Has ido, has grabado y ya está. Quédate con la conciencia tranquila. ¿Qué más querías hacer?

—No sé. Sólo sé que me siento fatal.

Nos quedamos en silencio, pensando en alguna solución, hasta que Nesrin pronunció aquellas palabras. En realidad sólo fue una pregunta, una sencilla e inocente pregunta. Sin embargo, lo que nunca habría podido imaginar era que aquellas seis palabras iban a cambiar el rumbo de los acontecimientos y, también, de mi propia vida.

—¿Has hablado con La 2 Noticias?

—Pues... no. La verdad es que no.

—¿Y por qué no lo intentas? Yo la veo por el Canal Internacional y ahí siempre emiten temas alternativos, que no son meramente de actualidad. Seguramente les interesará la historia del padre Amable.

—¿Lo crees de verdad?

—Por supuesto. Inténtalo. Ya verás como tienes suerte.

El lunes siguiente me despedí con mucha tristeza de mis amigos de Rabat. Bruce me acompañó al aeropuerto y prometimos vernos lo más pronto posible. Sin embargo, al mismo tiempo, me agradaba la idea de volver a Madrid. Tenía ganas de ir a la redacción de La 2 Noticias y preguntar si podría interesarles que hiciese un reportaje para ellos.

Aterricé en Madrid poco antes de las once. Esa misma tarde tenía que presentar El Tiempo, así que me fui directamente a la tele. Pero antes de bajar a la sala de maquillaje pasé por la redacción de La 2 Noticias. Encontré al director repasando los periódicos del día. Me lo había cruzado por los pasillos muchas veces, pero nunca antes había hablado con él.

—¿Tendría un minuto? —le pregunté mientras le mostraba la caja donde guardaba las cintas.

El hombre sonrió y asintió con la cabeza. Todavía quedaban unas horas para el informativo y me señaló una silla para que me sentara. Le conté la historia del viaje y luego le dije:

—Tal vez podría redactar alguna noticia o hacer un reportaje sobre Loukolela.

Él se mostró bastante interesado.

—A ver, echemos un vistazo —respondió al tiempo que cogía una cinta y la metía en la ranura del vídeo.

Le dio al «play» y una multitud de caritas oscuras, redonditas, casi idénticas llenaron la pantalla. El rostro del director no reveló ninguna emoción, pero al final de la cinta me pidió que pasásemos a la siguiente. Una mujer se bañaba con un cubo y eso le hizo reír. Al ver la tierra anaranjada de Loukolela y las nubes blancas de la estación de lluvias, me preguntaba qué ideas estarían pasando por su mente.

—¿Con qué equipo de reporteros te fuiste? —preguntó.

—Con ninguno. Me fui sola.

Por un momento, el director dejó de mirar las imágenes y me dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Te marchaste sola al Congo?

Sin esperar mi respuesta, volvió a concentrarse en la máquina de visionado. Los personajes con los que había convivido en las últimas semanas fueron haciendo su entrada en la pantalla: Bosco, Athanase, las palmeras, el cocodrilo de *mama* Pauline, la casa parroquial, el cine, el baobab. Cuando apareció Amable me dio un vuelco el corazón.

—¿Y éste quién es? —preguntó, intrigado.

—El padre Amable —le dije mientras los recuerdos volvían a mi mente.

¿Dónde estaría ahora? Eran las seis de la tarde. A esa misma hora, en Loukolela, estaría oyéndose el chapoteo de los niños en el río y el canto calmado de los pescadores echando las redes desde sus piraguas. Aquellos sonidos me parecían ahora distantes, perdidos en el fondo de mi memoria, casi irreales. Como si mi viaje al África negra no hubiera sido más que un sueño.

—Las imágenes están muy bien —dijo el director haciéndome volver de mis ensoñaciones—. ¿Quién las ha grabado?

—Yo.

De nuevo volvió la cabeza con expresión de asombro.

—¿Y con qué cámara rodaste?

—Con una videocámara que compré por internet.

—La calidad es buena —siguió diciendo—. Y las imágenes también. Sí. Para el informativo, ¿podrías hacerme una pieza de dos minutos sobre los niños ruandeses que viven en el Congo? Puede ser interesante.

«¡Dos minutos!», exclamé para mis adentros. Había grabado cuarenta horas y disponía de material suficiente para hacer un documental. Pero conseguir dos minutos en la parrilla de Televisión Española ya me parecía un gran triunfo.

—Por supuesto —asentí, encantada—. ¿Para cuándo lo quieres?

—¿Puede ser para el lunes?

—Por supuesto que sí. El lunes lo tendrás.

Cogí las cintas y, después de darle las gracias, bajé las escalerillas que me conducían a la sala de maquillaje. En sastrería elegí un vestido verde de vuelo a juego con unos impresionantes zapatos de tacón negro. Después, entré en peluquería. No había nadie a esas horas y aún disponía de tiempo suficiente. Paco lo sabía. Era la primera vez que me veía tras el viaje y no podía ocultar su curiosidad.

—Pero y esa gente ¿de qué vive? —me preguntó mirándome por el reflejo del espejo mientras me alisaba el pelo.

—Es difícil explicarlo —le respondí—, porque tienen ríos, selvas y otros recursos naturales y, sin embargo, se mueren de hambre. Como no producen nada, tienen que importar hasta los productos más básicos y la mayoría no puede pagarlos. Pero es que no poseen herramientas para cultivar la tierra, ni tampoco los conocimientos necesarios.

El ruido del secador me hizo subir el tono de voz para que Paco me escuchara con claridad.

—El caso es que la esperanza de vida no supera los cuarenta y cinco años y ¡quien vive más es considerado un viejo!

Como buen psicólogo, Paco me dejaba hablar. Luego apagó el secador, lo desenchufó y se colocó a mi lado.

—Y, sin embargo, allí la gente parece tan feliz... sobre todo los niños... —señaló él.

Dejé de mirarle porque recordé que esa misma mañana Amable me había llamado para decirme que Gaël, uno de los pequeños que había filmado, el que había aprendido la «i» y la «u», había muerto a causa de una desnutrición severa.

—No te creas —respondí con una media sonrisa.

Paco cogió un peine y prosiguió con los retoques. Una vez que estuve lista me despedí de él. Mientras cerraba la puerta caí en la cuenta de lo frívola que podría parecer. «¡Qué mundos tan distintos!», pensé.

La siguiente etapa era la sala de maquillaje. Asun me estaba esperando. Se alegró muchísimo de verme, después de tantos días de ausencia.

—Ven aquí y déjame que te eche un vistazo.

Los espejos en forma de tríptico, enmarcados por decenas de bombillas encendidas, reflejaban mi imagen mientras me acercaba al sillón. Una vez sentada, me giré y teniendo a Asun justo enfrente recobré un poco de ánimo. Aún seguía acordándome de la llamada de Amable, pero mi rostro tenía que estar radiante para poder aparecer ante las cámaras y la dejé hacer sin contarle los problemas que me nublaban el alma. Asun era una magnífica profesional.

—Chica, estás estupenda y, por lo que veo, no me traes manchas en la cara —me dijo mientras me colocaba un trapo para proteger el vestido verde—. Siéntate. Tienes que contarme todo lo que has hecho en ese sitio. ¿Dónde era? El Congo o algún país por ahí, ¿verdad?

—Sí, sí. Ahí —le respondí ofreciéndole una sonrisa de oreja a oreja.

Después cambié de tema y le conté que en La 2 Noticias querían que les hiciera una noticia de dos minutos con las imágenes que había traído.

—Qué bien —exclamó Asun mientras me pintaba la raya del ojo. Pero después añadió—: ¿Y para qué? ¿No es mucho trabajo para ti? ¿Tú qué ganas con todo esto?

Aquella pregunta me cogió desprevenida. No me lo había planteado. Me quedé con la mirada fija en la paleta de sombras que estaba encima de la mesa.

—Pues... —empecé dubitativa—. No es fácil decirlo, Asun. En principio... no gano nada.

A continuación pensé en Amable y en la hermana Ana. ¿Qué ganaban ellos?

—Quiero decir... —e intenté reordenar mis pensamientos—, no gano nada material. Aunque suene cursi, sólo quiero que mi trabajo, lo poco que sé hacer, pueda ayudar a otras personas que lo están pasando mal.

A Asun debió de gustarle mi respuesta, porque añadió:

—Así me gusta, mi niña, que seas generosa. —Y me plantó un beso en el pelo.

Nos despedimos con una mirada cómplice y me encaminé hacia las escaleras que conducían a mi despacho. En el camino me encontré con Luis Paco, uno de los montadores de vídeo del Canal 24 Horas.

—Se te ve feliz. ¿A qué se debe? —dijo acercándose a mí.

Le conté rápidamente mi viaje al Congo, la historia de Amable y la oportunidad que tenía de escribir una pieza para La 2 Noticias.

—Sólo hace falta que alguien me ayude a montar las imágenes y... —No me dejó terminar.

—Cuenta conmigo.

—¿Estás seguro? No hay remuneración de ningún tipo y...

—Me da igual. Me conformo con ayudar a esa gente.

—Gracias, Luis, parece mentira que haya personas como tú.

Quedamos en vernos esa noche después de nuestro hora-río laboral. Cuando apagué la luz de mi despacho, fui a buscarle.

—Gracias por quedarte, Luis. No sé cómo agradecértelo.

—No te preocupes. He llamado a mi chica y le he dicho que tenía trabajo. Venga, vamos. No hay tiempo que perder.

Salimos del comedor, cruzamos la pasarela y nos dirigimos al ascensor. En la cuarta planta se encontraban las cabinas de montaje. Entramos en una de ellas. Luis Paco fue metiendo las cintas pasando las imágenes a gran velocidad para hacerse una idea de todo el material que había traído. Después las vimos a velocidad normal.

—¡Para ahí! —dije.

En la imagen se veía a Amable frente a su parroquia, con una camisa de cuadros y esa mirada que revelaba su preocupación por la gente de aquel pueblo.

—Por favor, retrocede un poquitín y dale al «play».

De pronto se oyó la voz de Amable.

—He presentado proyectos a los europeos, a las ONG europeas, pero siempre me los niegan. Me dicen que no estamos trabajando allí. Me dicen que no tenemos medios suficientes. Tenemos otros proyectos. Entonces, no sé. Siempre presento proyectos, pero respuestas negativas siempre.

—Vaya —exclamó Luis Paco mientras escuchaba a Amable—. Hay que ayudarlo. ¿Verdad?

—Claro que sí.

Estuvimos trabajando hasta bien entrada la madrugada y también la noche del día siguiente. El lunes por la mañana me presenté en la redacción de La 2 Noticias con la noticia montada. Se emitió esa misma noche. Yo me quedé a ver el informativo desde uno de los televisores que colgaban de las paredes de la redacción. Casualmente, el subdirector del Canal 24 Horas pasaba por allí.

—¿Es la noticia que has hecho tú?

—Sí.

Se sentó a mi lado y la vimos juntos hasta el final. Cuando terminó me dijo:

—Me ha gustado mucho. —Y mientras se levantaba de la silla añadió—: ¿Podrías hacer otra noticia para el Canal 24 Horas? Todos jugamos en la misma casa...

Bueno, tal vez sería mejor un reportaje. Seguro que hay muchas cosas que contar. ¿Qué te parece entre siete y diez minutos?

Le respondí que sí en el acto. Después de tantas vueltas, ¡por fin iba a cumplir lo que le había prometido a Amable! ¡Por fin iba a hacer el reportaje!

Durante los días siguientes me puse a trabajar sin descanso. Por las tardes presentaba El Tiempo y por las noches, cuando las luces de Torrespaña comenzaban a apagarse, me encerraba en la sala de montaje para visionar las cuarenta horas de vídeo. Quería elegir las mejores imágenes: Amable en la escuela, Amable en el campo, en el mercado, con los pescadores, con el carpintero. Conseguí comprimir el material en un guión de siete minutos a lo largo de los cuales Amable explicaba la vida en Loukolela y los principales problemas de sus vecinos. Luis Paco volvió a montar el reportaje que se emitió una tarde de invierno por el Canal Internacional y el Canal 24 Horas con el título «La misión del padre Amable».

«En este pueblo la vida comienza a las cinco de la mañana. No hay electricidad. Tampoco agua potable. Sólo la morgue de este hospital funciona a pleno rendimiento», decía mi voz en off.

El reportaje se emitió varias veces. A partir de entonces, mucha gente empezó a interesarse por el trabajo de aquel cura que surgía de la pantalla como una luz en el corazón de las tinieblas. Personas anónimas comenzaron a escribirme correos electrónicos. Querían ayudarlo. Algunos le enviaron dinero; otras, medicinas. Pero tras la avalancha inicial, con el paso de los días, las llamadas empezaron a ser menos numerosas y los correos electrónicos más espaciados. El entusiasmo del principio se fue difuminando hasta desaparecer por completo. Tal y como había previsto, mi reportaje sólo iba a ser una gota de agua en el océano. No daba para más.

Sin embargo, pasados unos días ocurrió algo inesperado. Yo estaba en mi despacho preparando la previsión del tiempo cuando recibí una llamada de teléfono.

—Hola, mi nombre es Carmen y te llamo porque he visto tu reportaje. ¿Podríamos vernos para que me cuentes más cosas del padre Amable?

Era una voz dulce y sosegada. No perdía nada quedando con ella. Cualquier donativo para el Congo me parecía importante.

—Sí, por supuesto. Cuando usted quiera.

Nos citamos el sábado para comer en un restaurante del centro de Madrid. Llegué a las tres de la tarde. Entré y recorrí las mesas pero estaban todas ocupadas salvo una al fondo en la que una señora elegantísima leía tranquilamente la carta. Dudé unos segundos, pero al final me dirigí hacia ella. La mujer se levantó a saludarme. Era rubia, de ojos azules y llevaba unos pantalones amplios de color beige a juego con una chaqueta de Chanel.

—Soy Carmen.

Jamás me la habría imaginado así.

—Hola, encantada de conocerla.

Nos sentamos a la mesa y nos pusimos a hablar. Me contó que era médico, de Madrid, por su apariencia le calculaba unos sesenta años, pero cuando me explicó que hacía tiempo que se había jubilado, me imaginé que rondaría los setenta. Cuando nos trajeron el segundo plato, me dijo:

—El lunes voy a Loukolela.

—¿Cómo?

No podía ser. Aquella mujer tenía la piel pálida, la manicura perfecta, el peinado impecable.

—Perdone. ¿Qué ha dicho?

—Que el lunes voy a Loukolela —volvió a decir en un tono más firme.

—¿Quiere decir dentro de una semana?

—Efectivamente, ya he comprado el billete.

—Pero ¿usted conoce África? —le pregunté, atónita.

—No, qué va. Ni idea. Bueno, he estado en varios safaris de lujo, pero siempre en hoteles de cinco estrellas en viajes organizados.

—¿Y habla algo de francés? Ya sabe que allí hablan francés.

—No, ni una palabra.

Cuanto más hablaba con Carmen menos entendía lo que aquella mujer tan sofisticada quería hacer en Loukolela. Además, la veía demasiado delicada para un viaje tan arriesgado. Me confirmó que tenía setenta años y que no se encontraba bien de salud, le dolía mucho la cadera y tenían que operarla de los ojos. Intenté disuadirla, le expliqué que estaba cometiendo una imprudencia. Pero Carmen no era ninguna lunática. Al contrario. Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—Por favor, dile al padre Amable que venga a buscarme al aeropuerto. ¿Crees que podrá ir?

—Le llamaré por teléfono, pero espero que sí.

El lunes Carmen llegó a Brazzaville. Amable la distinguió enseguida porque era la única mujer blanca que bajaba del avión. Ella también le reconoció a él y, parafraseando a Stanley, le dijo:

—Padre Amable, supongo.

Amable se rió ante aquella ocurrencia y se saludaron afectuosamente. Después cogieron un taxi con destino a la misión de Javouhé, dejaron las maletas y se marcharon al centro de la ciudad. Durante el paseo Carmen no dejó de hacer preguntas. Quería saber qué conmemoraba el monumento que se encontraba en la plaza de la Libertad, se interesó por los detalles de la basílica de Santa Ana y preguntó quién era la persona que daba nombre al estadio Massamba-Débat, junto a la avenida de la Piscina. También se detuvo en varios tenderetes. Habló un rato con una señora que daba vueltas a una cacerola y se maravilló al contemplar a un atlético joven que, con la pericia de un equilibrista, sujetaba sobre su cabeza una gigantesca torre de cartones de huevos.

—¿Usted ya ha vivido en África? —le preguntó Amable queriendo saber más de ella.

—¿Quién? ¿Yo? Nooo. Jamás —respondió Carmen enfatizando su respuesta con un movimiento de cabeza.

Amable estaba extrañado. Hasta ese momento nadie sabía por qué, de la noche a la mañana, se había presentado en el Congo aquella mujer de apariencia aristocrática. Resultaba chocante en medio de aquel decorado en el que se respiraba un penetrante olor a tortilla que provenía de los numerosos puestos que llenaban las calles. De ese modo, Amable se decidió lanzarle la pregunta clave:

—Entonces, Carmen, ¿qué ha venido usted a hacer aquí... exactamente?

A ella no parecía molestarle aquel interrogatorio. Al contrario, saciaba la curiosidad de su interlocutor con la máxima naturalidad.

—Siempre he querido conocer el río Congo y, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, voy a visitar Loukolela.

Amable la miraba con incredulidad pero ella, ajena a la curiosidad que levantaba, siguió caminando por las callejuelas de Brazzaville mientras escudriñaba con ojo observador, como científico, lo que sucedía alrededor. Cuando llegaron a Poto Poto, con las calles llenas de lodo y charcos, sintió que había retrocedido en el tiempo tres o cuatro siglos. Las calles estaban abarrotadas. Se oían constantemente gritos infantiles y el rugido de los coches que quedaban atrapados en el barro. A Amable le hacía gracia aquella mujer que quería conocerlo todo. Le parecía increíble que llevara sólo unas horas en Brazzaville y que se moviera como si tuviera un plano de la ciudad en la cabeza.

—¿Está nerviosa? —le preguntó Amable.

Al día siguiente partían para Loukolela y el viaje iba a ser largo y complicado.

—¿Por qué iba a estarlo? —respondió Carmen.

Abandonaron Brazzaville antes de que saliera el sol y llegaron a Oyo al atardecer. Carmen salió del autobús vomitando y con la espalda destrozada por los numerosos baches que tuvieron que saltar a lo largo del camino. Amable sufría en silencio por aquella mujer de aspecto frágil que había aparecido de la nada y a la que todavía le quedaba por recorrer el último tramo del viaje; sin duda, el más duro y complicado. Sin embargo, en contra de todo pronóstico, Carmen se recuperó y se adaptó sin problemas al calor sofocante del Congo y a su gastronomía. Comió con ganas el pescado ahumado con fufú e incluso rebañó la salsa aderezada con un poco de picante pili pili que le prepararon las monjas de la misión de San José.

Durante la cena, una de esas misioneras congoleñas quiso disuadir a Carmen de su idea de viajar por los ríos Alima y Congo, y le contó que a ella, hacía unos meses, le había sorprendido una brutal tormenta que terminó ahogando a la mitad de los que ocupaban la embarcación. Pero Carmen ni se inmutó. Se había programado el objetivo de llegar a Loukolela y, cabezota, iba a cumplirlo costara lo que costase. Al día siguiente alquiló en el embarcadero una canoa de madera, de las que se construían a partir de un solo tronco, y pagó la gasolina de un motor de cuarenta caballos que Amable colocó en la parte de atrás. El viaje iba a durar, en teoría, unas doce horas.

Carmen disfrutó enormemente de la travesía por el río, sobre todo de la puesta de sol, la más bella que jamás había contemplado en su vida. Estaba tan extasiada mirando el cielo y escuchando los aleteos de los pájaros que no se dio cuenta de que la noche estaba cubriendo de negro el paisaje. Pero ella no sentía miedo. Al contrario, estaba viviendo una experiencia tan excitante que superaba con creces lo que había imaginado antes de montar en el avión. Unas horas después el motor se estropeó y la barca dejó de avanzar. Pero Carmen no lanzó ni una sola exclamación de queja. Se limitó a sacar una toalla de su maleta y con la furia de un titán empezó a dar bandazos a las columnas de mosquitos que en un segundo les rodearon y que impedían a Amable limpiar las bujías que se habían obstruido. Finalmente, la corriente acabó arrastrando la piragua. Deambularon a merced de las aguas hasta que se atascó cerca de la orilla. Amable sugirió desembarcar y seguir andando por las aguas pantanosas hasta llegar a Loukolela. Sin rechistar, Carmen empezó a caminar a través de aquel paisaje que era cada vez más lúgubre y misterioso. Hora y media después llegaron a su destino. Cuando Amable le enseñó su habitación en la casa parroquial, ella no puso ninguna pega. Simplemente se despidió y se fue a dormir.

A la mañana siguiente Amable fue a buscarla y le propuso dar una vuelta de reconocimiento por el pueblo. Carmen siguió en su línea: observando, analizando, pensando. Durante el paseo, Amable le enseñó los cimientos de un colegio que había comenzado a construir con los donativos que había recibido a raíz del reportaje, pero cuya construcción tuvo que parar porque no recibía más dinero. Carmen lo apuntó mentalmente. Luego observó que allí la tierra era arcillosa e incluso vio pastando tres vacas. Se acercó al pastor. Ella era médica especializada en estomatología y nunca había tenido contacto con el mundo agrícola ni ganadero. Por eso se sorprendió a sí misma cuando se vio discutiendo sobre vacas.

—¿Y éstas dan leche? —preguntó al sorprendido ganadero.

—No —respondió éste después de que Amable le tradujera la pregunta—. Pero hay unos pastores que vienen del Chad que tienen unas vacas que sí dan leche.

—¿Y por qué no compráis unas cuantas y las criáis aquí?

Después de un silencio el pastor le explicó:

—Señora, aunque trabajáramos tres vidas no podríamos pagar lo que cuesta un animal de ese tipo.

Carmen no se acomplejó por su ignorancia y siguió preguntando sobre las distintas clases de vacas, los precios, las enfermedades que podrían sufrir y otras cuantas preguntas de ese tipo ante la sorpresa del pastor y del propio Amable.

Pero a Carmen quienes más le impresionaron fueron los niños. Ella, que no había podido ser madre, se emocionó cuando los pequeños le tocaban la piel para asegurarse de que era un ser humano de verdad. Luego recaló en la mirada de la gente, una mirada de desesperanza que parecía decir: «Bien, ya nos has visto. ¿Y ahora qué?».

Al día siguiente Carmen y Amable abandonaron Loukolela y regresaron a Oyo y luego a Brazzaville, donde ella cogió el avión de vuelta a casa. Durante el viaje, mientras recordaba la luz de la luna bañando los tejados de las chozas, no dejaba de dar vueltas a su cabeza. Al final tomó una decisión y me la comunicó en cuanto llegó a Madrid.

El teléfono sonó cuando yo estaba en la redacción.

—Tengo algo que comunicarte —me dijo, enigmática.

—¿Ah, sí? —le pregunté, intrigada—. ¿Y qué es?

—Voy a conseguir que todos los niños de Loukolela vayan al colegio.

El nivel de confianza que aquella mujer mostraba en sí misma era sorprendente. Había estado dos días en Loukolela, ¿y ya se creía capaz de una hazaña semejante? Tuve que contener la risa.

—Me gustaría verte. ¿Puedes venir a mi casa? —me preguntó.

Acababa de grabar el pronóstico del tiempo y en una hora terminaría mi horario laboral.

—Sí, en hora y media estoy allí —calculé.

Esa misma tarde nos reunimos en su casa, un magnífico piso en la glorietta de Quevedo. Me contó que había llegado del Congo con fiebre y que había pasado la mañana postrada en la cama muy enferma. Al principio los síntomas parecían los de una malaria, pero al final resultó ser una gripe muy agresiva. Carmen me hizo sentar en el sofá del salón. Obedecí. Inseguida me di cuenta de que era una mujer acostumbrada a que nadie le llevara la contraria.

—Quiero construir un colegio. Esos niños necesitan estudiar —me dijo.

Observé sus dedos mientras me servía el té. Eran alargados y las uñas estaban cuidadosamente pintadas.

—Sí, Carmen. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Voy a terminar el colegio que ha empezado Amable y además voy a construir una escuela de hostelería y voy a hacer que los padres trabajen para que puedan pagar los estudios de sus hijos. Voy a crear un centro de formación profesional y voy a...

Las ideas salían a borbotones de su boca. Antes de que terminara una, ya estaba proponiendo la siguiente.

—Pero, Carmen, ¿tú conoces algo del mundo de la cooperación?

Yo había trabajado en la Cooperación Española en Marruecos y sabía lo complicado que podía ser montar un proyecto de esa envergadura.

—¿Yo? Jamás. Lo máximo que he hecho ha sido echar unos duros en la lucha de la Cruz Roja. ¡Y el día de la banderita!

Por aquel entonces yo dudaba de la capacidad de Carmen para llevar a cabo la gesta que tenía en mente. Pero dudaba porque todavía no conocía su extraordinaria personalidad.

—Carmen, ¿por qué no lo dejas? —le aconsejé.

Pensé que una mujer como ella, sola, sin ningún conocimiento sobre cómo montar proyectos y sin saber nada de África, sólo iba a perder dinero, tiempo y la poca salud que le quedaba.

—Verás —empezó a explicarme mientras movía con delicadeza sus manos de porcelana. Parecía que fueran a romperse—. Mi madre era una persona que significaba mucho para mí. Al mes siguiente de morir ella, dio la casualidad de que vi tu reportaje. ¡Y yo nunca veo la tele a esas horas!

Sus ojos eran de un azul intenso y brillaban como dos joyas.

—¿Pensaste que era una señal? —le pregunté.

—Bueno, sí, algo así. —Estaba claro que mi interrupción le había molestado—. Sólo sé que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Ese día, raro en mí, me fui a acostar más tarde de lo habitual. Me llamó la atención tu reportaje y me senté en el sofá a verlo. Ver al padre Amable pidiendo ayuda me impactó y me dije: «Tengo que hacer algo».

Seguimos charlando durante un buen rato. La apariencia modosa de Carmen contrastaba con el tono apasionado de su voz. Derrochaba energía, pero al tiempo era dulce, cortés y extremadamente educada. Me estaba ofreciendo unas deliciosas pastas de chocolate al mismo tiempo que me hablaba de las cucarachas gigantes que se habían colado en la canoa en medio del río Congo. Estaba claro que bajo esa apariencia de señorona se escondía un espíritu guerrero. Si hubiese nacido un siglo antes, habría sido una de esas damas que abandonaban las altas esferas de la burguesía británica para adentrarse en el corazón inhóspito y desconocido del África negra dejando boquiabiertas a sus familias. Habría sido la Mary Kinsley española.

—¿Lo que te propones no te parece demasiado ambicioso? —me atreví a preguntarle.

—Claro que sí —me respondió muy consciente de lo que se traía entre manos—. No he dicho que vaya a ser una tarea fácil. Pero no hay nada que sea imposible y yo no me resigno a que el mundo se quede tal y como está.

Carmen había esparcido las fotos del viaje encima de la mesa y cogió una de ellas para enseñármela.

—He visto los ojos de esa gente —dijo, melancólica—. Les falta esperanza. —Y subió la mirada hacia mí—. ¿Tú sabes lo que es la falta de esperanza?

A la mañana siguiente Carmen madrugó. Se puso su abrigo beige y los pendientes verdes que utilizaba en las ocasiones especiales y se fue directamente al Ministerio del Interior. Se acercó a la ventanilla y, con ese aura señorial que siempre la envolvía, saludó a la administrativa.

—¿Sí? —le respondió la chica con aire distraído. Estaba trajinando con unos papeles—. ¿Qué desea?

—Mire, he venido porque quiero construir un colegio en el Congo.

—Disculpe. ¿Cómo dice?

Carmen se lo repitió.

—Pues... —La chica intentó buscar alguna respuesta, pero no encontró ninguna—. La verdad... No sé. Espere un momento. Voy a preguntar.

Acto seguido, detrás del mostrador acudió una de sus compañeras y luego otra. Carmen les explicó a las tres el motivo de su visita, pero ninguna de ellas fue capaz de decirle cuáles eran los pasos que tenía que seguir. Carmen empezaba a impacientarse.

—Me han dicho que es aquí donde hay que crear una asociación para que yo pueda construir un colegio en el Congo. ¿Es así o no?

Al final salió del ministerio con un número de teléfono en el que le aseguraron que le resolverían todas sus dudas, pero Carmen llamó infinidad de veces y sólo respondía un buzón de voz. De ese modo durante los siguientes cinco meses recorrió una travesía del desierto, que la llevó de mostrador en mostrador y de despacho en despacho sin que nadie le resolviera el problema. Cansada de bucear en el océano de la administración y cuando ya estaba a punto de tirar la toalla, un amigo le sugirió que creara una fundación. Él sabía que en la calle Barquillo, en la oficina de fundaciones del Ministerio de Cultura, podrían orientarla. Carmen se plantó allí una mañana pero la enviaron al Ministerio de Sanidad y, de allí, al Ministerio de Fomento en cuyo interior, en unas oficinas, se encontraba el Protectorado de Fundaciones.

—Mire —le dijo al hombre que la recibió, un señor de unos sesenta años con barba blanca recortada—. Sólo desearía que me explicase cómo hacer para construir un colegio en el Congo.

Aquel hombre se sonrió. No tenía ninguna duda de que la persona que estaba ante él era una mujer fuera de lo común. La hizo sentar y le explicó paso por paso todos los trámites legales y económicos que debía seguir.

Carmen se fue de aquella oficina con los estatutos de la fundación y las ideas claras. Depositó en un banco treinta mil euros, reunió a un grupo de personas y se inscribió en el notario. De ese modo nació la Fundación Carmen Granda Rodríguez. Nuestra protagonista empezaba, a su avanzada edad, una aventura en África que iba a transformar la vida de cientos de personas.

Durante los meses siguientes, Carmen volvió a Loukolela tres veces más y empezó a adquirir un mayor conocimiento de la zona. Como no siempre había canoas disponibles, se vio obligada a navegar como una congoleña más en el interior de aquellas enormes barcasas de madera abarrotadas de gente que tardaban semanas en recorrer el río. Pasó noches enteras mal sentada, rodeada de bultos, gallinas, cabras, racimos de plátanos y hojas de mandioca; unos viajes durísimos que terminaban destrozando su maltrecha cadera. Pero aquellos viajes le sirvieron para tomar conciencia de las necesidades de la gente. Compartía la visión de Amable de que en Loukolela era necesario construir un colegio, pero echaba de menos una acción de futuro más amplia, que pensase en la continuidad. Es decir, una vez el edificio en pie, ¿cómo iban a pagar los padres los estudios de sus hijos?

En uno de sus viajes a Loukolela Carmen le dijo a Amable que había encontrado la solución a esa pregunta: ella compraría un terreno y los padres lo cultivarían. Con los beneficios que obtuviesen por la venta de los productos se pagarían las tasas del colegio. A Amable le pareció un plan extraordinario. Lo discutieron durante un buen rato y se fueron a buscar al subprefecto, quien se mostró dispuesto a enseñarles los terrenos disponibles. Durante los dos días siguientes vieron decenas de ellos, pero ninguno parecía convencer a Carmen.

—Qué pena que vayamos a destrozarnos la selva —repetía Carmen una y otra vez.

—No se preocupe, señora, si aquí lo que nos sobra es selva —le respondía el subprefecto mientras se abría paso a machetazos a través de la tupida vegetación.

Al final, Carmen se fijó en una tierra de aguas estancadas. Lo midieron: eran dieciséis hectáreas.

—Estupendo —exclamó—. Es el terreno con el que he soñado. Se ajusta exactamente a lo que quiero. Lo voy a comprar.

—No es tan fácil —le alertó el subprefecto.

—¿Por qué? —respondió Carmen.

—Porque esta tierra pertenece a muchas familias y sus ancestros están descansando aquí.

Carmen le miró con incredulidad. Le parecía una broma que aquel terreno de tan difícil acceso tuviese propietarios. Habían tenido que atravesar un arroyo, después una ciénaga y, por último, se habían abierto paso entre los árboles durante media hora. De modo que aquella selva infranqueable poseía un dueño. Bueno, muchos.

—¿Y quiénes son los propietarios? ¿Podemos entrar en contacto con ellos? —insistió Carmen, que no se desalentaba ante un inconveniente que le parecía de poca relevancia.

El subprefecto guardó silencio y, en lugar de responder, alzó su cabeza mirando al cielo con aire pensativo mientras movía los labios como si estuviera recitando una letanía, hasta que al final dijo:

—Pertenece a setenta y dos personas.

—¿Cómo? ¿Tantas? —exclamó Carmen.

—Sí. Cada pedazo de esta selva tiene un propietario —le explicó el subprefecto—. Si quiere adquirir el terreno, tendrá que pagar una cantidad a cada uno de ellos.

—¿Y no podemos ver una parcela que no tenga dueño? ¡Si este país es enorme!

—Aquí en el Congo eso no existe. Hasta el trozo más pequeño tiene un dueño.

Carmen no salía de su asombro. Puesto que se trataba de un terreno aparentemente abandonado, pensaba que esas dieciséis hectáreas se las iba a vender el Estado y además sin demasiados problemas administrativos. ¿A quién le iba a preocupar un pedazo de tierra que jamás había sido cultivado? Pero la realidad era diferente y Carmen empezaba a marearse ante la perspectiva de tener que negociar, y sobre todo regatear, con setenta y dos personas distintas. Se veía incapaz de llevarlo adelante, y se lo comunicó enfadada a Amable y al subprefecto.

Desconcertada por lo que estaba viendo y sin perspectivas de poder comprar la tierra regresó a Madrid.

Pasados unos días, Amable la llamó por teléfono desde Brazzaville e intentó animarla. Le dijo que él se encargaría de buscar a los propietarios de las tierras y que intentaría convencerlos. Pero entonces, a aquel problema se le unió otro en el que no habían reparado. ¿Cómo enviar dinero al Congo para pagar a esos propietarios y empezar a comprar los materiales para construir el colegio? Carmen volvió de nuevo al Ministerio de Fomento para plantear esa duda y allí le dijeron que tenía que crear en el Congo otra fundación que fuera independiente de la de Madrid. ¡Aquello supondría otros muchos meses de papeleo! Fue la gota que colmó el vaso. Con la angustia que le suponían tantas complicaciones con la administración española y con los congoleños Carmen sufrió una angina de pecho, que casi se transformó en un infarto, por lo que fue ingresada durante unos días y después tuvo que guardar reposo.

Los cuatro meses siguientes fueron muy duros para ella. Se encontraba sin fuerzas y con la moral muy baja. Su espíritu altruista se daba de bruces con una realidad que la estaba superando; llegó a decir que no quería saber nada más del colegio ni de Loukolela. Dos meses después, una tarde de domingo, sonó el teléfono. Era Amable.

—Hola, Carmen. ¿Cómo te encuentras?

—Ya estoy mucho mejor, Amable. Gracias por preocuparte por mí.

—Me alegro. Tienes mucha fortaleza y lo superarás. Mira, te llamo porque tengo algo importante que contarte. Ayer mismo, Athanase y yo terminamos los trámites legales para constituir la Fundación Granda Rodríguez en el Congo.

Carmen permaneció callada unos segundos, pero enseguida reaccionó.

—¿Es posible? —preguntó dudando—. No me estarás gastando una broma...

—No, Carmen. No es ninguna broma. La fundación está registrada y todos los propietarios del terreno están dispuestos a vender su trozo de tierra.

A Amable se le oía lejano en la línea y a Carmen le empezó a temblar la mano que sostenía el auricular.

—Amable, me das la alegría más grande de mi vida. Ahora sí vamos a construir el colegio.

—Por supuesto que sí.

Cuando Carmen colgó el teléfono, los ojos le brillaban con lágrimas de emoción. Por fin iba a cobrar cuerpo el proyecto que hasta ahora sólo había ideado en su mente.

Carmen volvió al Congo. Contrató a un capataz y a unos cuantos obreros en Brazzaville y alquiló una casa en Oyo, a la que se mudó Athanase para organizar la adquisición y el transporte de materiales. A lo largo de varios meses llegaron a Loukolela canoas enteras cargadas con cemento, varillas de hierro y arena que extraían a lo largo del río. Amable supervisaba sobre el terreno y Carmen iba y venía de España al Congo. Yo ayudaba desde España como presidenta de honor de la Fundación Granda Rodríguez. Pero, además, volví a viajar al Congo para realizar un segundo reportaje que titulé «Directo al Congo», que de nuevo se emitió en Televisión Española. Carmen y yo nos hicimos muy amigas y nos reuníamos frecuentemente en su casa para charlar y comentar el desarrollo de la obra. Se plantearon muchos problemas. Las lluvias provocaban corrimientos de tierra que se llevaban por delante muros enteros. Otras veces desaparecían materiales o eran los albañiles quienes no acudían a sus puestos de trabajo, lo cual provocaba grandes retrasos y desesperaban a Carmen, acostumbrada a un ritmo mucho más rápido que el lento ritmo africano.

Pero no todo fueron quebraderos de cabeza. La imagen de ver a mujeres llevando piedras en la cabeza o a niños arrastrando cubos de arena reconfortaba a Carmen y la convencia de que estaba invirtiendo en el lugar adecuado. Y ellos mismos, los habitantes de Loukolela, artífices de aquella obra, sabían que estaban construyendo su propio futuro. El colegio fue creciendo poco a poco hasta llegar a ser el más grande del norte del país. Se contrató a un director y a seis profesores que estaban encantados de impartir sus clases en condiciones óptimas y de ganar un sueldo. Un nuevo horizonte se perfilaba para toda una generación de niños congoleños. Carmen dijo que el colegio se iba a llamar San Ignacio, pero los congoleños ya habían bautizado el edificio con un nombre que desvelaba mejor el milagro que para ellos suponía: «El colegio de Dios».

Unos días después de su inauguración, Amable me llamó por teléfono para darme otra buena noticia. Los miembros de una ONG de Palma de Mallorca, Aikido por la Paz, se habían puesto en contacto con él. Habían visto mi último reportaje y querían financiar otro colegio, pero esta vez en otro pueblo de la selva del Congo, en una localidad llamada Owando.

Durante los dos años siguientes, mi relación con Bruce se fue afianzando. Yo solía viajar cada dos semanas a Rabat y, a medida que el tiempo avanzaba, era más consciente de que debíamos tomar una decisión sobre nuestro futuro. Él, a pesar de que trabajaba como ingeniero informático, no tenía todavía suficientes recursos económicos, y las embajadas le denegaban el visado una y otra vez cada vez que lo pedía, de modo que la única forma que tenía para salir de Marruecos era casándose conmigo. Pero a mí me parecía todavía un paso demasiado serio y, aunque él insistía, yo siempre le respondía que si el destino quería que estuviésemos juntos, ya arreglaría lo que tuviese que arreglar para que así fuera.

Por lo demás, movida por el ejemplo del padre Amable, sentí la necesidad de acercarme al mundo de la cooperación. Estudié un máster en Cooperación Internacional en Madrid y colaboré en la Fundación Granda Rodríguez desde mi puesto de presidenta honoraria. Muchos días Carmen y yo quedábamos para hablar sobre el colegio San Ignacio. Pasábamos horas y horas estudiando los problemas que iban surgiendo, analizando posibles soluciones y repasando presupuestos para una posible ampliación del edificio. Queríamos que el colegio San Ignacio fuera accesible a todos los niños de la zona y trabajábamos para conseguirlo. Por eso, cuando una tarde del mes de octubre llamé a Carmen, ella pensó que iba a pedirle que nos reuniéramos para comentar las últimas novedades. Sin embargo, yo quería verla por un motivo muy distinto.

Fui a buscarla a su casa y le propuse que fuéramos andando hasta el parque del Retiro. Durante el camino estuvimos repasando su último viaje al Congo. Había vuelto con la cadera rota y una fuerte insolación, pero rebosaba felicidad. Había conseguido que el Ministerio de Educación del Congo se hiciera cargo de una parte del sueldo de los profesores, lo que garantizaba la viabilidad del proyecto. Yo le conté que había recibido la llamada de varias personas que habían visto las fotos del colegio en mi blog y que querían colaborar con ella. Estábamos tan absortas en nuestra conversación que cuando llegamos al Retiro todavía no le había contado el asunto que me estaba preocupando. Nos sentamos en una terraza junto al lago. Carmen iba, como siempre, muy elegante vestida con una camisa de flores, unos pantalones color crema y el pelo impecablemente peinado hacia atrás. Yo, como salí con prisas del trabajo, llevaba la americana roja con la que había presentado El Tiempo y zapatos de tacón.

—Necesito pedirte consejo.

Carmen me miró extrañada. El camarero nos trajo un batido de fresa y una limonada.

—Verás, me han llamado del Ministerio de Asuntos Exteriores para ir a trabajar al Congo, pero no *al nuestro*. —E hice énfasis en esta palabra, para que se diera cuenta de que pretendía marcar la diferencia—. Sería para ir al Congo de enfrente, a Kinshasa.

Carmen se quedó boquiabierta y se echó hacia atrás en la silla. Después colocó sus manos sobre su barbilla y parpadeó varias veces.

—¿Y eso?

—La verdad es que ni yo me lo creo. Hace un año salieron unas plazas para trabajar con la Cooperación Española en distintos países africanos y me gustó la idea. Presenté mi solicitud y cuando hice la entrevista conté lo del colegio de Loukolela y lo de la fundación. Pero vamos, sin ninguna esperanza. Eché por echar.

—Y te han llamado.

—Sí, esta mañana.

—¿Y qué vas a hacer?

Cogí una servilleta de papel del dispensador que ocupaba el centro de la mesa y empecé a doblarla y desdoblarla. El destino me había puesto en una encrucijada y estaba en mi mano decidir si seguía con mi plácida vida en Madrid o le dejaba todo y me marchaba al país más pobre del planeta.

—Yo me iría —me aconsejó Carmen—. Además, tú estás capacitada de sobra para un puesto así.

Sonreí al escuchar su respuesta. En el fondo de mí sabía que ella me iba a dar el empujón que necesitaba para decidirme.

—Bueno, en realidad... nunca pensé que fuesen a llamarme y, justo ahora, estoy en mi mejor momento profesional y...

—Pues entonces di que no.

—Ya.

Cogí otra servilleta y volví a estrujarla.

—¿Cuándo tienes que responder?

—Como muy tarde el martes.

—¿Y qué harías con tu trabajo?

—Pues... intentaría pedir una excedencia.

—¿Y Bruce?

Carmen sabía hacer las preguntas precisas.

—Bueno. Verás. No podemos vivir eternamente separados y creo que ésta es la oportunidad que siempre habíamos esperado. Mañana voy a ir a Rabat a pasar el fin de semana y se lo explicaré. Pero no sé cómo reaccionará. Ya sabes cómo se pone cuando le hablo del Congo. Es un tema delicado. Aunque tengo la esperanza de que acepte. No estamos hablando de su país, sino del Congo que se encuentra enfrente. Al fin y al cabo es otro país.

—¿Y tus padres?

—Uf. —Volví la cabeza hacia el lago—. No quiero ni pensarlo. Ya veré lo que les digo.

Estaba absolutamente segura de la decisión que estaba tomando, aunque no sabía por qué. Sólo intuía que nada estaba sucediendo al azar. Si miraba hacia atrás veía claramente cómo, a lo largo de mi vida, se habían producido una serie de increíbles coincidencias que hacían que esa tarde me encontrara en una terraza del Retiro comentando con Carmen una oferta de trabajo inesperada.

—No tengas miedo y confía en tu instinto —me aconsejó ella—. Sólo así acertarás.

—De todos modos el primer mes es de prueba —le expliqué—. Si en el ministerio no les gusta mi trabajo pueden despedirme sin compromiso alguno.

Carmen me animó.

—Lo harás muy bien. Conoces el mundo de la cooperación y eres trabajadora. No tengas ningún miedo.

Nos despedimos con un par de besos. Quería terminar de hacer unas compras y al día siguiente debía coger el vuelo para ir a Rabat temprano por la mañana. Le había dicho a Bruce que tenía que contarle algo muy importante y que sólo podía decírselo en persona.

—¿Qué es? —me preguntó en cuanto me vio.

Había venido, como siempre, a recogerme al aeropuerto.

De camino hacia su casa le fui explicando lo que había sucedido, la llamada del ministerio y mi intención de marcharme a Kinshasa.

—Es una locura —me dijo—. Vas a destrozarte tu vida y... —De pronto empezó a bajar la voz como si se hubiese arrepentido de lo que acababa de decir. La transformó en un susurro—. Bueno, en realidad, ¿en qué consistiría tu trabajo?

—Sería la responsable de Proyectos, es decir, coordinaría los proyectos de cooperación que España tiene en la República Democrática del Congo.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente? —se interesó.

—Es un trabajo fascinante, Bruce —le dije—. Haría el seguimiento de los proyectos que están en marcha, escribiría los informes de evaluación, tendría que identificar y formular nuevos proyectos, participaría en los foros internacionales... es todo un reto porque es la primera vez en la historia que España abre una Oficina Técnica de Cooperación en el Congo.

El rostro de Bruce se distendió hasta que en él se formó una expresión conciliadora.

—Sí que es verdad que parece muy interesante —me respondió casi como si hablara sin ganas—. Además, es un trabajo que puedes hacer muy bien. A ti te gusta ayudar a la gente.

Llegamos a su casa. Bruce había conseguido un ascenso en su empresa y, con el aumento de sueldo, se había mudado a un pequeño pero muy coqueto apartamento en el centro de Rabat. Nos fuimos directamente al salón. Bruce se movía incómodo. No esperaba lo que acababa de decirle y, además, por sus gestos y el tono que estaba adquiriendo su voz, adiviné que no le estaba gustando en absoluto. La conversación derivó hacia un interrogatorio.

—¿Y qué tienes pensado hacer conmigo?

Me había preparado a conciencia para responder esa pregunta. Me acerqué a él intentando que mi paso sonara firme, llevaba las palabras preparadas.

—Mira, Bruce. Sólo se me ocurre que vengas conmigo a Kinshasa. Con tu título de ingeniero informático encontrarás un trabajo enseguida. Creo que ésta es la oportunidad que siempre habíamos esperado y...

—¿Quién? ¿Yo? ¿Ir a Kinshasa contigo? Ni hablar.

Su respuesta me dejó helada. Había estado meses pidiéndome matrimonio y ahora que teníamos la oportunidad de irnos a vivir juntos lo rechazaba. Se formó un silencio tenso hasta que Bruce se sentó en el sofá y hundió la cabeza entre sus manos. Él también tenía algo que decirme.

—Me han dado el visado para ir a Canadá.

—¿Cómo?

—Sí, me voy a Ottawa dentro de tres semanas.

—Vaya, Bruce, esto... ¿Qué? —No acertaba a pronunciar palabra—. ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—¿Por qué no me dijiste tú que te habías presentado a esas plazas del Ministerio de Asuntos Exteriores?

—Porque jamás pensé que me fueran a coger —dije sinceramente.

—Pues igual que yo.

—Está bien. ¿Me puedes explicar que ha ocurrido, por favor? ¿Cómo que te vas a Canadá?

—Verás. —Tomó aire y empezó a hablar posando su mirada en el mueble de la tele—. ¿Te acuerdas de Colette? ¿Esa amiga mía que trabaja en la ONU?

Bruce me había hablado tanto de aquella mujer que era como si la conociera aunque nunca la había visto. Sabía que tendría unos sesenta años, que estaba casada y que sentía un cariño especial por Bruce. Siempre que podía le ayudaba.

—Sí, sí. Ya sé, esa amiga tuya.

—Bueno, el caso es que hace tres meses vino un nuevo responsable del ACNUR a Marruecos y dio la casualidad de que era íntimo amigo de ella. Colette le explicó que durante la guerra me había quedado huérfano, que toda mi familia había sido masacrada, que tuve que huir a Marruecos...

—Bruce —le interrumpí—. Ve al grano, por favor.

—Bueno, el caso es que Colette y aquel hombre fueron a hablar con la embajada de Canadá, intercedieron por mí, me hicieron una entrevista y... ¡esta semana me han concedido el visado! Pero no sólo eso. Me voy como refugiado político, lo que quiere decir que en unos meses seré canadiense. Me van a dar la tarjeta de residencia permanente, además tendré piso, trabajo y un sueldo cada mes —dijo con expresión de satisfacción—. En Canadá tratan muy bien a los refugiados políticos.

Bruce nunca había puesto un pie en Canadá, pero, a medida que hablaba, se atribuía el título de «canadiense de origen congoleño», mientras se refería a mí como una «española». Utilizaba el «nosotros, los canadienses, somos... o hacemos...» y lo contraponía al «vosotros, los españoles, no sois... o no hacéis...». Yo permanecía en silencio, impaciente por saber a dónde quería llegar con aquella vomitona verbal que me estaba dejando perpleja.

—Nunca podrás comparar España con Canadá. —Bruce seguía apabullándose con las diferencias entre «ellos» y «nosotros». Porque nosotros somos el país más avanzado del mundo.

Y enfatizaba el «nosotros» como si se hubiera quitado el estigma de ser congoleño, como si ser canadiense le hubiese elevado varios puestos en el escalafón del reconocimiento social.

—Me alegro mucho por ti, Bruce, pero... —balbuceé—. No sé. Me habías dicho tantas veces que querías casarte conmigo que todo esto me sorprende.

—Tienes razón —afirmó con decisión—. Quería casarme contigo, pero tampoco puedo desperdiciar esta oportunidad.

No me lo podía creer. Bruce me estaba despidiendo de su vida. ¡Pero si la semana anterior me había jurado amor eterno! No le reconocía en absoluto. De repente aquel extraño se levantó del sofá y me cogió las manos.

—Escúchame. —Su voz sonó relajada—. Lo mejor será que vayamos a dar una vuelta. Seguramente por la noche lo veremos todo con mucha más claridad.

Bruce se marchó a su cuarto para cambiarse de ropa y yo me quedé esperándole en el salón. Me senté en el sofá y eché una ojeada a mi alrededor. El nuevo apartamento estaba bastante bien. Nada que ver con la casa en la que vivía antes. Las paredes acababan de ser pintadas y aunque el mobiliario era sencillo el conjunto resultaba acogedor. Enfrente de mí había un armario de estanterías y, dentro, un juego de té con sus tazas perfectamente colocadas encima de los platos. Después me fijé en el ordenador. Sobre el teclado había un libro. Me levanté para ojearlo y vi que era *Los diez negritos* de Agatha Christie. Llevaba meses buscando ese libro por todas partes y resulta que estaba allí. Ahora recordaba que se lo había prestado a Bruce hacía más de un año para que aprendiera algo de español, aunque no le sirvió de mucho porque no hablaba ni palabra. Lo cogí y lo metí en mi mochila. De todos modos, Bruce no iba a necesitarlo en Canadá. De pronto apareció por la puerta del salón.

—¿Sabes? —me dijo mientras yo volvía a sentarme en el sofá. Él se acomodó a mi lado—. Quiero que me perdones por mi actitud. Estaba muy nervioso y no sabía lo que decía. Me he expresado mal. Canadá sólo es un comienzo para mí. Déjame tres o cuatro meses para que haga el papeleo y, en cuanto tenga todo en regla, te prometo que iré a Kinshasa a reunirme contigo. No puedo soportar la idea de estar sin ti.

Luego añadió muy serio:

—¡Pero con pasaporte canadiense, eh! Si no, esos vándalos del Congo podrían hacerme cualquier cosa.

El lunes por la mañana me fui más tranquila a Madrid después de mi conversación con Bruce. Envié un e-mail al Ministerio de Asuntos Exteriores aceptando el trabajo en Kinshasa y ellos me respondieron que tenía quince días para incorporarme a mi nuevo puesto. Durante los días siguientes organicé algunas cenas para despedirme de todos mis amigos y de mis compañeros de trabajo. El último día que presenté *El Tiempo* lo hice como siempre, explicando los pormenores de la predicción de España y de Europa con la mejor de mis sonrisas. Durante seis años había estado delante de las cámaras. Por eso, cuando los focos se apagaron sentí una profunda nostalgia. En medio de la penumbra me quité el micrófono, saqué lentamente el cable que había ocultado con pericia detrás de la ropa y lo dejé encima de la mesa. Antes de salir me quedé un momento quieta contemplando el plató: era un cuarto de unos veinte metros cuadrados con una tela verde al fondo y dos pantallas de televisión a cada lado. Me acordé del primer día que pisé ese estudio. Me recibió José Antonio Maldonado, el jefe del departamento de Meteorología.

—Bueno, y éste es el plató —me dijo—. Aquí es donde tienes que hacer la prueba.

—Disculpe, ¿y dónde está el mapa? —le pregunté ingenuamente.

—¿El mapa? Aquí no hay mapa —me respondió mientras yo intentaba ocultar el rubor que me subía por las mejillas.

—¿Y el cue? El aparato donde se lee, ¿dónde está?

—No, no. Aquí no se lee nada —me contestó.

Poco después de terminar la carrera había presentado, durante dos años, el informativo *Navarra de Cerca* en el Centro Territorial de TVE en Navarra y también había presentado programas de entrevistas y magazines, pero nunca *El Tiempo*. Para estar al nivel que se exigía estuve, durante semanas, estudiando manuales enteros de meteorología, me aprendí de memoria los distintos tipos de nubes, los vientos locales que soplaban en España y todos los fenómenos meteorológicos, desde una gota de agua hasta por qué se formaban los ciclones en el océano, los mapas del cielo y la temperatura en las capas altas de la atmósfera. Al final ese esfuerzo se vio recompensado y a Maldonado le gustó mi prueba.

«Cuánto tiempo ha pasado desde entonces», pensé mientras bajaba por las escaleras hacia la sala de maquillaje. Abrí la puerta de mi camerino y me miré en el espejo. «No me estaré equivocando, ¿verdad?» Sin pensar en nada me quité rápidamente el vestido verde de tirantes y lo colgué con cuidado en la percha. Las estilistas lo enviarían al almacén al día siguiente y nunca más lo volvería a lucir. Me puse mis vaqueros, salí del edificio de Torrespaña en el que tantos buenos momentos había pasado y, sin mirar atrás, me fui directamente a casa.

Esa noche, unas horas antes de coger el avión, acudí como invitada a la presentación privada de una exposición en el museo Thyssen en Madrid. Mis padres habían llegado desde Pamplona y vinieron a buscarme de madrugada. Las maletas estaban ya en la parte trasera del coche. Permanecimos en silencio hasta llegar a la terminal. El momento de la despedida fue muy duro, especialmente para mi madre que no podía dejar de llorar.

—Tienes todo lo que cualquier persona en este mundo puede desear. ¿Por qué arriesgas tu vida de esta forma? —me dijo.

No pude responderle. Había dejado mi trabajo, me alejaba de mis seres queridos. Era demasiado tarde para echarme atrás. Le di un fuerte abrazo y, con lágrimas en los ojos, atravesé el control de pasaportes como quien cruza una puerta para lanzarse al vacío. Me marchaba a la República Democrática del Congo, también llamado Congo Kinshasa o Congo belga. Ese verano se habían desatado epidemias de cólera y polio, el sida era endémico, también la malaria, y cada pocos meses se producían brotes de ébola en las regiones del norte y del interior. Sólo unas pocas carreteras en todo el país estaban asfaltadas y la gran mayoría de la población carecía de agua y de luz eléctrica. La República Democrática del Congo era el país con la peor calidad de vida del mundo entero. Allí vivía la gente más pobre del planeta. Bien es cierto que yo ya contaba con la experiencia del Congo de enfrente, de Congo-Brazzaville, pero fueron estancias temporales durante mis vacaciones y, además, incluso aquel país era más moderno y avanzado. Yo ahora me marchaba a vivir a un lugar que el escritor Joseph Conrad había descrito como «El horror».

«Señoras y señores, llegaremos a Kinshasa en breves instantes. Comprueben que su cinturón de seguridad está bien atado.»

Estábamos sobrevolando Brazzaville a muy baja altura. Yo iba sentada junto a la ventanilla del ala izquierda, y observaba las calles rectilíneas, los tejados de cinc, los coches y las luces de la capital de la República del Congo, justo enfrente de Kinshasa, la capital de la República Democrática del Congo. Las dos capitales más próximas del mundo, sólo separadas por el río Congo. El avión volvió a girar otra vez a la derecha, sobrevolamos el río y descendimos con rapidez. Un cementerio de aviones con esqueletos oxidados de modelos antiquísimos, pero también nuevos, nos dio una inquietante bienvenida. Ya me habían advertido que en este Congo los aviones se caían como moscas.

De golpe las ruedas tocaron el asfalto y el avión empezó a dar botes por la pista hasta que se detuvo por completo. Después llegó el caos. La mayoría de los pasajeros se había puesto en pie y rebuscaban desordenadamente sus bultos en los portaequipajes. En un minuto el pasillo se cubrió de maletas, sacos y bolsones de múltiples colores. Me volvió a entrar una sensación de angustia. «¿Estoy haciendo bien?» Había dejado atrás un trabajo extraordinario, a mi familia y también a Bruce. ¡Bruce! De repente me acordé de él. Le quedaban dos días para volar a Canadá. ¡Y en qué condiciones! Como le habían concedido el estatuto de refugiado político, el gobierno canadiense iba a organizarle una calurosa bienvenida: se alojaría en un hotel durante varios días hasta que un encargado de inmigración le buscara una casa y luego recibiría todo tipo de facilidades para asentarse en aquel país. Después se reuniría conmigo en Kinshasa. Calculamos que tardaría en llegar unos tres o cuatro meses, es decir, el tiempo suficiente para que cumpliera con los formalismos y pudiera conseguir la tarjeta de residencia canadiense.

En el avión la gente fue saliendo desordenadamente entre voces, gritos y empujones. Yo permanecí sentada para ver en qué quedaba todo aquello. De todos modos, no tenía prisa. Sabía que el chófer de la embajada me estaba esperando y con mi pasaporte de servicio no tendría ningún problema en el control de aduanas. O eso esperaba. Al final me quedé sola. Delante de mí tenía un espectáculo digno de un graderío de fútbol. Mantas y cojines tirados sobre los asientos, periódicos, auriculares y cinturones colgando. Mientras avanzaba por el pasillo tuve que sortear latas de cerveza y restos de comida desparramados por el suelo.

Bajé por la escalerilla y una vez en la pista me dirigí andando hacia un edificio redondo iluminado con una luz amarilla y mortecina. Me encontraba en la capital del tercer país más grande de África, una megalópolis de unos diez millones de personas, pero su aeropuerto era tan pequeño como el de cualquier ciudad de provincias española. Sólo había una pista de aterrizaje y una terminal.

Entregué mis documentos en el control de pasaportes y luego me dirigí a la zona donde se encontraban las dos cintas mecánicas. La gente se arremolinó en torno a una de ellas y en cuanto las maletas empezaron a desfilar se adelantaron sin dejarme apenas hueco para poder aproximarme. Con el equipaje de mano me resultaba muy complicado deslizarme entre el marasmo que formaban los pasajeros, los carritos y los primeros bolsos y equipajes que la gente retiraba y depositaba en el suelo. Un mozo saltó por encima de la cinta y se colocó en el espacio central dando voces y preguntando a quién pertenecía tal o cual maleta. Otros dos chicos más le siguieron para hacer lo mismo desplazándose de un lado para otro. El lío que reinaba allí era surrealista. ¿Cómo era posible tal desorden si había aterrizado un solo avión?

A pesar del increíble jaleo conseguí coger mis dos maletas, las arrastré hasta que pude agarrar un carrito y las coloqué la una encima de la otra. Avancé en paralelo a la cinta, en la que aún circulaban algunos bultos, y pregunté dónde se hallaba la salida. Una joven me dijo que a la izquierda. No podía ser, eso suponía volver a la zona del control de pasaportes. Pero era cierto. El hall era tan pequeño que la salida se encontraba allí mismo. Sólo me separaban cinco metros de la puerta que daba al exterior.

—Por fin estoy en Kinshasa —me dije mientras bajaba las escaleras que me llevaron hasta el aparcamiento.

De pronto vi a un chico corriendo hacia mí. Por otro lado llegó otro. Al minuto estaba rodeada de un grupo de jóvenes que empezaron a tirar de mis maletas mientras se daban empujones entre ellos. Me pedían cincuenta euros por llevarme los bultos hasta el coche. Empecé a pedir auxilio. Me sentía como una estrella de rock acosada por sus fans. De repente oí mi nombre y miré hacia arriba. Un congoleño con unas Ray-Ban oscuras se acercaba abriéndose paso a empujones.

—Soy Pierre. El chófer de la embajada.

Pierre cogió mis maletas y me indicó que le siguiera hasta el coche. En el aparcamiento sólo había todoterrenos y Mercedes de modelos de los años noventa. Pasamos junto a una farola enorme y detrás de ella seguía habiendo más vehículos, pero no había más alumbrado.

—Tenga cuidado con las alcantarillas. No están cubiertas y se puede romper una pierna —me dijo en francés.

—¿La casa está muy lejos? —le pregunté.

—En esta ciudad nunca se sabe. Si no hay mucho tráfico, en una hora podemos llegar.

Un militar abrió la barrera y salimos del aparcamiento. La noche era tan densa que sólo se distinguían los focos de los vehículos que venían en sentido contrario y que nos cegaban de vez en cuando con sus luces largas. Quise iniciar una conversación con Pierre.

—¿Cómo puedes conducir con esta oscuridad? —le pregunté por decir algo.

—Me conozco el camino de memoria —dijo simplemente.

El chófer prosiguió callado e imperturbable. Tras una curva a la derecha, llegamos a un bulevar donde comenzaba a haber casas bajas, y con ellas algo de luz. Una barrera de hormigón de unos treinta centímetros de altura separaba las dos calzadas, y en el centro, desperdigadas, quedaban algunas farolas. No había arcones, ni una línea pintada en el asfalto, ni señales de tráfico, ni semáforos, ni pasos de cebra. Los coches y los camiones se mezclaban entre sí, en un caos absoluto, junto a los peatones que atravesaban la avenida por el lugar más insospechado sin que los unos se preocuparan por la presencia de los otros. Durante varios kilómetros, en una recta interminable con suaves subidas y bajadas, se iban sucediendo chabolas y tiendecitas de vivos colores.

Pasamos junto a una torre que ocupaba el centro de un distribuidor de carreteras y de ahí entramos en una recta inmensa, llena de polvo. El asfalto había desaparecido y una capa de tierra y grava llena de agujeros hacía rebotar el coche. Abandonamos esa avenida girando a la izquierda y pasamos junto a un estadio de fútbol perfectamente iluminado. Media hora después Pierre se detuvo ante un edificio colonial que parecía una fortaleza con muros altos terminados en alambres de espino enrollados. Aunque era de noche, se veía que la calle era muy amplia y el entorno me pareció hermoso.

—¿Es aquí?

—Sí. Ya hemos llegado.

Era la casa de un diplomático, el número dos de la embajada. Habíamos hablado por teléfono y me invitó a que me hospedara las cuatro semanas que él iba a estar fuera de vacaciones y que casualmente coincidían con mi primer mes en el Congo. Se lo agradecí y pensé que era tiempo más que suficiente para encontrar mi propia vivienda.

Un hombre bajito abrió la puerta metálica de la residencia y nos introdujimos con el coche a través de un jardín de hierba perfectamente recortada. Avanzamos unos metros hasta que llegamos a una casita con un soportal arqueado. Pierre paró el vehículo y sin mediar palabra llevó mis maletas hacia el interior. Yo me quedé fuera. Las hojas de los árboles caían sobre una piscina de aguas verdosas que se movían lentamente y, a la derecha, un baldaquino de madera guarecía una barbacoa y dos enormes butacas.

Pierre volvió a salir de la vivienda, me deseó que pasara una buena noche y se marchó de nuevo conduciendo el todoterreno. Yo aproveché la soledad para llamar primero a mis padres para decirles que había llegado bien, y después a Bruce, quien me dijo que ya tenía la maleta preparada para irse a Canadá. Cuando terminé de hablar con ellos me senté en una silla de bambú que había en medio del césped, me quité los zapatos cuidadosamente y cerré los ojos. Quería respirar ese aroma húmedo y suave que me trasladó de inmediato a la selva de Loukolela. ¡Por cierto! Se me había olvidado llamar a Amable. Miré el reloj. Las nueve y cuarto. Seguro que se encontraría junto al río Congo mirando el mismo cielo estrellado que estaba contemplando yo.

—¿Amable?

Marqué un par de veces su número hasta que me contestó. Me había dicho que iba a pasar tres meses en Brazzaville para hacer múltiples gestiones.

—Ya he llegado a Kinshasa —le expliqué—. Estoy en una casa impresionante. Creo que mi primera noche será algo mejor que la que sufrí en Brazzaville contigo con aquellas cucarachas.

—¡Ja, ja, ja! Eres una exagerada —repuso riendo con ese tono jovial tan típicamente suyo—. Yo estoy tomando una cerveza con Athanase que, por cierto, me pregunta que cuándo vas a venir.

Sólo nos separaba el río Congo. Pierre me había comentado que, en barco, se tardaba unos diez minutos en hacer el trayecto Kinshasa-Brazzaville.

—Dile que iré en cuanto pueda. Pero primero tengo que centrarme en el trabajo y organizarme. ¡Ah! y recuérdale que tenemos que hacer una reunión con los miembros de la Fundación Granda Rodríguez para hablar del colegio San Francisco Javier de Owando.

—¿Sabes que las obras están muy avanzadas? —me explicó Amable—. La gente del pueblo está muy contenta. Dentro de unas semanas vendrán Xisco y Dani, de la ONG Aikido por la Paz, para ver el trabajo que hemos hecho.

—Ya hablaremos de todo eso, Amable. Ahora tengo que centrarme en este país. Es muy complejo y...

Me callé por prudencia. Amable conocía muy bien este país. Lo había atravesado de punta a punta, caminando por la selva mientras huía de los tutsis, cuando la República Democrática del Congo se llamaba Zaire.

—¿Estás ahí? —se oyó por el otro lado de la línea. Mi silencio se había prolongado demasiado.

—Sí, Amable, lo siento —me disculpé—. Es que... estaba pensando en la historia tan dura que ha tenido este país, y verme aquí con capacidad de poder hacer algo, aunque sea poco, me emociona.

—Estoy convencido de que vas a hacer un buen trabajo.

—Sí, bueno, yo... voy a poner todo mi empeño. De eso puedes estar seguro.

Le prometí a Amable que iría a verle a Brazzaville en cuanto me hubiera instalado del todo en Kinshasa. Luego apagué el móvil y entré en la residencia. Pierre había dejado mis maletas en el comedor sobre una mesa de madera. Cogí los paquetes de jamón envasados al vacío que había traído desde España y los coloqué en el frigorífico. Después, como estaba agotada del viaje, me fui a dormir.

Al día siguiente me desperté sobresaltada. ¿Dónde estaba? No en mi casa de Madrid, desde luego. Cuando recobré totalmente la consciencia me vi en una cama gigantesca con cuatro palos de madera de la que colgaba una mosquitera. Me levanté, me duché y me vestí rápidamente. No quería llegar tarde a mi primer día de trabajo y, además, estaba oyendo a Pierre tocando el claxon desde fuera.

Nos encontrábamos en el mes más caluroso del año y el bochorno se sentía ya a las siete de la mañana, aunque la temperatura era agradable. Me monté en el coche y saludé a Pierre, quien se abalanzó sobre mí para echar el seguro de mi puerta. Click. Y luego subió las ventanillas del coche. Mi cara era un interrogante.

—Disculpe, madame, es por su seguridad. No quiero que los *shegue* le hagan daño —me explicó.

—¿Quiénes? —pregunté.

Pierre se volvió hacia mí con cierta desgana.

—Madame, tiene que entender algo muy importante. Para ustedes los blancos, esta es una ciudad muy peligrosa. —Me miraba tan fijamente que me sentí intimidada—. Escuche bien lo que voy a decirle. Por su seguridad nunca ande por la calle y jamás, nunca jamás, se le ocurra coger un taxi. —Se paró en seco y luego añadió—: A no ser...

—¿A no ser...? —repetí esperando que terminara la frase.

—A no ser que quiera que la secuestren, la violen o la maten.

Su rostro era tan serio y su voz tan firme que consiguió asustarme. Después seguimos en silencio, atravesando varias callejuelas hasta que desembocamos en la que debía de ser, por lo que había visto en el mapa, la arteria principal de la ciudad. Antiguamente se llamaba como uno de los reyes belgas, boulevard Albert I, pero los congoleños la rebautizaron con la fecha de la independencia del país, el 30 de junio de 1960, aunque popularmente se la conocía como «la 30 de Junio». Pierre me contó que poco tiempo atrás podían verse árboles centenarios y frondosos a lo largo de esa avenida, pero que acababan de talarlos para ensanchar la calzada.

—Aquí nadie piensa con la cabeza —se quejó. Y empezó a hacer una crítica furibunda del Gobierno, del presidente y de toda la clase política—. Sólo piensan en robar y llevarse el dinero al extranjero —decía mientras hacía vistosos aspavientos con las manos.

Lo cierto era que aquella faraónica avenida resultaba caótica y sin ningún edificio que llamara la atención por su belleza. Además, estaba abarrotada de vehículos tan viejos que parecían sacados de un desguace. Durante varios minutos apenas nos habíamos movido y empecé a desesperarme. Avanzábamos centímetro a centímetro, parachoques con parachoques. A ese ritmo podríamos tardar más de dos horas en recorrer los dos kilómetros que separaban la casa del diplomático de mi nueva oficina.

Cuando llegamos a uno de los edificios más altos del bulevar giramos a la derecha. Un poco más adelante se encontraba en perpendicular la oficina de cooperación. Yo estaba mareada y a punto de vomitar y, además, como Pierre había puesto el aire acondicionado a su máxima potencia, también me dolía la garganta. Empezamos a zarandearnos de izquierda a derecha. De vez en cuando nos quedábamos atascados en un hoyo y un grupo de niños se abalanzaba sobre la ventanilla para pedirme dinero. La primera vez que intenté sacar la cartera Pierre me lo impidió.

—Estos *shegue* son una panda de ladrones.

Me daba la impresión de que él se había acostumbrado a la imagen de aquellos niños medio desnudos y con la cara llena de polvo, pero a mí la escena me resultaba insoportable. A lo lejos vi la bandera de España ondeando en el segundo piso de un inmueble cuya arquitectura no dejaba lugar a dudas: se había construido bajo el régimen colonial. Era un edificio duro, frío, sin alma ni estética alguna. Pierre empezó a tocar el claxon frente a una enorme puerta enrejada, pero como no acudía nadie volvió a insistir. Los bocinazos me estaban dejando sorda. Al final llegó un hombre vestido con un mono azul y abrió la reja. Nos saludó llevándose la mano a la frente y se colocó junto a mi puerta.

—*Bonjour, madame. Bienvenue au Congo* —me dijo haciéndome una reverencia.

Aparcamos en el garaje, donde otros vehículos se encontraban estacionados en sus respectivas plazas, y subí a la oficina. Esa mañana tenía programada una reunión para discutir la hoja de ruta de las próximas semanas. En el despacho del fondo me esperaba mi jefe, un profesional de mediana edad, con una dilatada experiencia en el ámbito de la cooperación. Intercambiamos un amistoso saludo y me presentó a mi nuevo compañero, un joven muy alto, de trato agradable que enseguida mostró un extraordinario sentido del humor. Se llamaba Luis Rodríguez Mendizábal y, al igual que yo, también se encontraba por primera vez en la República Democrática del Congo. De inmediato me percaté del elevado nivel de exigencia que debíamos alcanzar en el trabajo y de que la clave del éxito en nuestra misión consistía en que llegáramos a formar un buen equipo. A lo largo de la reunión el coordinador nos explicó a ambos cuáles eran los objetivos que el Gobierno español se había planteado a la hora de abrir esa oficina de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo.

Yo estaba deseosa de ponernos manos a la obra. Mientras charlábamos observaba con detenimiento las intervenciones de cada uno de mis compañeros. Tomaba nota mentalmente de los pilares sobre los que sustentaban sus puntos de vista, a los que yo también añadía los míos propios. Mi trabajo previo de colaboración en la Fundación Granda Rodríguez en Brazzaville me ayudó mucho para hacerme una rápida composición de lugar de ese país. Mi jefe me asignó los proyectos relacionados con la salud y la educación, y esperaba que en un plazo razonable pudiese brindarle un informe detallado sobre la situación de ambos sectores.

—Llama a las secretarías de los ministros de Educación y Salud y pide una cita con ellos. Deberíamos tener una reunión en los próximos días para explicarles los puntos más destacados de nuestro plan director.

Los días fueron pasando y, como no tenía coche, a las dos semanas de mi llegada a Kinshasa sólo conocía el trayecto que unía mi oficina con la casa del diplomático donde me alojaba. Durante ese tiempo había seguido a rajatabla las advertencias de Pierre sobre mi seguridad. Sin embargo, los paquetes de jamón, y los otros alimentos que tenía, se estaban terminando. Y, además, no podía dilatar más tiempo la búsqueda de un piso. Pero ¿cómo iba a desplazarme por esa ciudad gigantesca si no podía andar por la calle y mucho menos coger un taxi? Me sentía como en una cárcel. ¿Y qué iba a comer durante los próximos días? No podía seguir así; de lo contrario, terminaría muriéndome de hambre. De modo que la tarde en la que me comí el último trozo de jamón, decidí que tenía que ir al supermercado más cercano a hacer la compra. Aunque eso implicara jugarme la vida.

Me levanté de la tumbona y me dirigí a la puerta de entrada. La casa estaba situada en la calle General Tchachi, una de las mejores de Kinshasa, frente al edificio del Banco Mundial. Era una zona de embajadas y residencias de dignatarios congoleños, diplomáticos y hombres de negocios que disponían de varios vehículos y casi siempre de chófer. Por eso, cuando le pedí al vigilante de mi casa que me buscara un taxi, me miró pasmado. Como no reaccionaba, le di un billete de cinco dólares y entonces se marchó corriendo hacia alguna de las calles adyacentes. Yo me quedé esperando junto a la puerta, por precaución. Sin duda, esta ciudad era mucho más agresiva y peligrosa que Brazzaville.

El vigilante volvió a los cinco minutos seguido de un coche abollado, con la chapa oxidada y el tubo de escape arrastrándose por el suelo. En Kinshasa los taxis eran así. En Brazzaville había taxis viejos, pero no destartados hasta ese punto. Me acerqué a la ventanilla y le pregunté al conductor cuánto podría cobrarme por una carrera al supermercado más cercano.

—Madame, por ser usted... —Me miró desde su asiento y puso cara seria—. Veinte dólares ida y veinte vuelta.

—¿Cuarenta dólares? ¡No exagere! —le dije aparentando una gran indignación—. Le doy cinco dólares. ¿Qué le parece?

—De acuerdo. Diez y no se hable más.

Me seguía pareciendo demasiado, pero acepté. Me habían contado que los taxistas eran peligrosísimos, capaces de cualquier cosa. Había escuchado historias de extranjeros a los que habían raptado para robarles lo poco que llevaban, y de mujeres a las que habían violado. Aquel hombre tenía el rostro ajado y los brazos huesudos. Parecía inofensivo y me dio seguridad. Me monté en el asiento del copiloto, tiré de la puerta para cerrarla y, ante mi asombro, se cayó al suelo. El taxista puso cara de fastidio.

—Otra vez la puerta, no hay manera de que se quede en su sitio.

Alargó el brazo por detrás de mi asiento y con una cuerda y unas pequeñas maniobras consiguió fijarla.

—¿Ve? No hay de qué preocuparse —me tranquilizó.

Arrancó y el coche se caló. Intentó arrancar varias veces más hasta que un chirrido estridente se escapó del motor y nos pusimos en marcha. Me despedí del vigilante con la mano e iniciamos el recorrido avanzando a trompicones. Me sentía como en un auto de choque; parecía que íbamos a golpear con todos los vehículos que venían de frente. Después de varios sustos llegamos a la avenida del 30 de Junio. En el cruce se salió la palanca de cambios, pero el taxista volvió a colocarla en su sitio con gran pericia.

—Por favor, madame, póngase el cinturón —me dijo mientras me daba una especie de cinta roída y mugrienta completamente deshilachada por los bordes—. Si no, los policías pueden multarla. Aquí son muy estrictos con la seguridad.

Por fin llegamos al supermercado. No había aceras y el taxista aparcó en una cuesta de tierra frente a la puerta de acceso. Dentro del establecimiento había pocos clientes, la mayoría blancos. «Claro —pensé—, como todos los productos que hay aquí.» Habían transcurrido cincuenta años desde la independencia y la antigua colonia belga seguía siendo un mercado cautivo de los europeos. Por cierto, un yogur natural de Danone costaba ¡cuatro euros! Me pareció un escándalo.

Salí del supermercado cargada de bolsas, y Livingstone, que así se llamaba el taxista, me ayudó a colocarlas en el maletero del coche. Durante el trayecto de vuelta a casa me explicó que el barrio en el que yo vivía recibía el nombre de la Gombe y que era el centro financiero de la ciudad. A través de la ventanilla veía discotecas, restaurantes, un centro deportivo, un campo de golf, heladerías italianas, panaderías francesas y un hospital en el que, me dijo el taxista, sólo trabajaban médicos europeos y por lo tanto los precios eran desorbitados. Kinshasa daba la impresión de ser una ciudad próspera en la que se construían rascacielos y hoteles de cinco estrellas. Livingstone me contó que en ese barrio se concentraba la inmensa mayoría de los blancos. Sin embargo, me dio un dato que me llamó poderosamente la atención: me dijo que, en Kinshasa, los blancos y los negros no se mezclaban.

—¿Ah, no? —le pregunté, extrañadísima—. ¿Y por qué?

—Es una reminiscencia de la época colonial —me explicó—. Hasta la independencia los negros teníamos prohibido vivir en este barrio. Había una barrera de control y sólo podíamos entrar para realizar las tareas domésticas y administrativas de la colonia. Al atardecer, teníamos que abandonar la zona.

Livingstone hablaba como si lo que me estaba contando le pareciera lo más normal del mundo.

—Y esa estructura se ha mantenido a lo largo del tiempo —prosiguió—. Mire. Esta ciudad es como un embudo. Aquí estamos en el barrio de la Gombe y el resto de Kinshasa se llama La Cité, que es donde vivimos los congoleños y que son barrios que se extienden a lo largo de decenas de kilómetros. Pero todos nosotros venimos aquí a ganarnos la vida como podemos. Aunque no se crea que es fácil. Apenas hay carreteras asfaltadas y se producen muchos atascos en la ciudad y, además, la mayoría de la gente no tiene coche y cuando llueve tardamos horas y horas en llegar. ¿Ya ha estado usted en los barrios de Selembao, N'Djili o Masina?

—No. La verdad es que no. Llevo un mes aquí y todavía no he salido de la Gombe —le respondí mientras seguía mirando por la ventanilla.

Cuando llegamos a casa, Livingstone aparcó su cafetera rodante enfrente del portón metálico y el vigilante me ayudó a introducir las bolsas de la compra dentro de la casa. De repente el móvil empezó a pitar en el bolsillo. Bip, bip. Un mensaje del diplomático. Estaría de vuelta en tres días. Y, además, esperaba que ya hubiese encontrado mi propia vivienda. Me entró una gran angustia. El tiempo había pasado tan rápido que no había tenido oportunidad de buscar nada. Con el sofoco en el cuerpo salí corriendo por el jardín en busca de Livingstone que seguía en la calle hablando con el vigilante.

—Livingstone. Disculpe, necesito contratarle —le dije atropelladamente—, pero, por favor, tiene que bajarme el precio.

La expresión alegre de su cara se transformó en avinagrada cuando escuchó la última frase. Insistí. Aquel hombre parecía una buena persona y me había sentido segura con él.

—Le llamaré todas las tardes —le prometí—. Le necesito para moverme de un sitio para otro. Tengo que buscar una casa de alquiler. Es urgente.

Creo que le gustó escuchar que tendría un cliente asegurado porque bajó del coche y, en un par de minutos, llegamos a un acuerdo.

—Madame, tengo el resto de la tarde para usted.

Pregunté en la embajada si alguien conocía alguna vivienda en alquiler que estuviera a buen precio, pero nadie sabía de ninguna. A cambio, la secretaria del embajador me dio el teléfono de una agencia inmobiliaria, con la que me puse en contacto de inmediato. Llamé y al día siguiente, después del horario laboral, apareció en la oficina una mujer belga de unos cincuenta años dispuesta a enseñarme una amplísima gama de pisos en Kinshasa. Le dije que me gustaba la zona donde estaba alojada en esos momentos.

—¡Oh!, esa es una zona maravillosa. La mejor. Tenemos varios chalets y algunos apartamentos. ¡¡¡Tiene usted un gusto exquisito!!!

Dos calles detrás de la casa del diplomático las vistas sobre el río Congo eran de ensueño, con Brazzaville justo al otro lado. La mujer de la agencia me explicó que aquel paisaje era único en Kinshasa. Por lo visto, salvo aquel pequeño reducto, la ciudad vivía de espaldas al río. A lo largo de la orilla se extendían, como una horrenda fortaleza, enormes muros de fábricas y depósitos. De hecho, muchísimos «kinois» ni siquiera sospechaban que vivían junto a uno de los ríos más largos y caudalosos del mundo.

La señora de la inmobiliaria me fue enseñando pisos y chalets en esa zona, todos de súper lujo con piscina, jardín y gimnasio. Cada uno me gustaba más que el anterior.

—¿Y qué cuestan? —le pregunté a la mujer.

Me respondió que entre cinco mil y quince mil euros al mes. Fue cuando volví a la realidad.

—¿Qué? Pero si esto es más caro que Manhattan —exclamé sin poder ocultar mi desaliento.

—Ah, guapa —me respondió la señora con un gesto de resignación—. Es que aquí venís muchos extranjeros y apenas quedan casas libres. Es la ley de la oferta y la demanda. Desde que llegaron los cascos azules los precios de los pisos han subido muchísimo.

—Pero ¿alguien puede pagarlos? —pregunté inocentemente.

—Por supuesto. Los de esta zona están todos ocupados y los que te he enseñado lo estarán, como mucho, en tres o cuatro semanas.

Mi moral se hundió, al mismo ritmo que veía alejarse la posibilidad de vivir en una de esas casas a las que me condujo la señora belga durante tres tardes. Pero mi bolsillo no se lo podía permitir. Y, además, reflexioné, aunque mis condiciones económicas hubiesen sido más boyantes, me parecía obscuro venir al Congo y llevar un tren de vida tan ostentoso.

Le pedí a la señora que me buscara algo más modesto. Pero, por lo visto, no había.

—Aquí o eres rico o eres pobre —me explicó—. Pero entre medias... bueno, hay un barrio, Ma Campagne, que es algo más asequible, pero está bastante lejos. Y si usted no tiene coche... no creo que pueda ir allí.

—Pero entonces ¿a los congoleños cuánto les cuesta el alquiler de sus casas? —le pregunté.

—Ufff... Los congoleños... —Luego me miró sin disimulo—. Usted no puede vivir en esos barrios. Bueno, ni usted ni nadie. Sus casas cuestan treinta, cuarenta, como mucho cien o doscientos dólares. Pero son cuchitriles, sucios, llenos de ratas y cucarachas, sin agua ni luz. Ellos están acostumbrados a vivir así pero, obviamente, usted no.

Comprendí de inmediato por qué los blancos y los negros no se mezclaban en esta ciudad. Era sorprendente lo cerca y, al mismo tiempo, lo lejos que estábamos los unos de los otros. En Brazzaville yo me mezclaba con los africanos con la más absoluta naturalidad, pero esa señora de la agencia era belga, descendiente de antiguos colonos y había vivido toda su vida en Kinshasa. De modo que debía de saber de lo que hablaba.

—Querida. —Me cogió del brazo tratándome como si nos conociéramos de toda la vida—. Te voy a dar un consejo porque te veo buena chica. No te mezcles nunca con los congoleños. A nosotros, los blancos, nos ven como unos ricachones sólo por el hecho de ser blancos y sólo quieren sacarnos el dinero. Si te ven débil, te quitarán hasta los ojos. —Y tras unos segundos de pausa añadió—: Te lo advierto. Ten cuidado con ellos porque se aprovecharán de ti con sus mentiras.

No sé por qué de repente me acordé del libro de Agatha Christie que le había prestado a Bruce y que me encontré de casualidad en su casa de Rabat. Cuando volví a España lo vi dentro de la mochila y lo cogí para echarle una ojeada. Dentro me encontré un papel perfectamente doblado. Lo cogí y lo abrí. Era una lista de cincuenta nombres escritos a mano junto a sus respectivos números de teléfono. Eran números de Marruecos y de Congo-Brazzaville y aquella era, sin duda, la letra de Bruce. Me extrañó porque él no conocía a nadie en su país. Me había repetido hasta la saciedad que después de la muerte de su familia se había quedado solo en el mundo, que yo era el único motivo que tenía para seguir viviendo. Entonces ¿quién era aquella gente? De todos modos, ahora no era el momento de pensar en eso. Lo único que me preocupaba era encontrar una casa, y ninguna de las viviendas que la señora de la agencia me estaba mostrando se adaptaba, ni de lejos, a mi presupuesto.

Afortunadamente, todo se arregló el lunes cuando fui a la oficina y mi jefe me dijo que se alquilaba un apartamento en el último piso del edificio donde trabajábamos. Era la única planta destinada a viviendas y ¡por fin el precio era razonable! La única pega era la zona donde se encontraba: la peor de la Gombe. El lugar estaba tan deteriorado que parecía como si alguien hubiera tirado una bomba y la vida hubiese surgido de forma espontánea de entre los escombros. Alrededor de mi bloque apenas quedaban trozos asfaltados. Los edificios circundantes eran en su mayoría almacenes de aspecto ruinoso, descoloridos por la humedad, y también había algunos bloques de edificios fantasmagóricos, en los que la única señal de vida provenía de la ropa colgada. En raras ocasiones vi a alguien asomado a las ventanas. Por la noche la calle parecía el escenario de una película de zombis. Pequeñas hogueras espectrales procedentes de montones de basura daban el toque siniestro. Nadie pasaba por allí. Sólo personas que se arrastraban por el suelo y que aparecían cuando las llamas les iluminaban en la oscuridad.

—Son los *handicapés* —me explicó al día siguiente el casero, un belga barrigudo, cuando quise regatear el precio—. Pero no le van a hacer nada. ¡Si no tienen piernas! Son enfermos de polio o accidentados y viven tirados en las calles. Pero tranquilícese. Sólo salen por las noches.

A pesar de mis recelos no tenía tiempo de mirar más pisos, por lo que esa misma tarde firmé el contrato. Eso sí, viendo el ambiente de mi calle, pensé que sería razonable presentarme ante mis vecinos por si tuviera que recurrir a ellos en caso de emergencia. Como, salvo mi planta, el edificio estaba destinado a oficinas sólo tenía tres. Llamé a la puerta de mi vecino de al lado. Resultó ser el directivo de una de las decenas de agencias de la ONU que pululaban por todos los rincones del país. Estuve un rato charlando con él hasta que me preguntó:

—¿Y cómo se llama tu *papa*?

—¿Mi *papa*?

Me explicó que se trataba del apelativo cariñoso con el que, en Kinshasa, se llamaba a la persona que venía a casa a hacer las labores domésticas. Si era hombre se le decía *papa* y si era mujer, *mama*.

—Pues no tengo. La verdad es que no necesito a nadie que venga a mi casa. Yo misma puedo limpiar y cocinar. Lo he hecho toda mi vida.

—Aquí no puedes —me respondió mi vecino en un tono paternal, quizá por la diferencia de edad entre ambos—. Estás en el Congo y eres blanca.

—Gracias por el consejo, pero de momento no lo necesito.

Muy pronto me vi forzada a admitir que tenía razón. Mi trabajo me absorbía la mayor parte de las horas, y si pretendía disponer de un poco de tiempo libre y de vida social por las tardes, no podía dedicarme a las labores del hogar que eran muchísimo más costosas de lo que me había imaginado en un principio. Sólo el hecho de beber un vaso de agua suponía un laborioso proceso que podía llevarme un día entero y que incluía hervir el agua del grifo en tres enormes cacerolas y filtrarla poco a poco —salía de color marrón— para eliminar las impurezas. De ese modo, rendida a la evidencia, llamé a una misionera española que había ido a la oficina el día anterior, y que llevaba cincuenta años en el Congo, y le pregunté si conocía a alguna señora que pudiese ayudarme con la casa. Me respondió que le pedía algo extremadamente difícil porque la mayoría de las congoleñas no habían visto en su vida una lavadora, mucho menos sabían lo que era un horno y posiblemente mi nivel de exigencia en

cuanto a higiene estuviera muy por encima de lo que pudieran ofrecerme.

Entonces comencé a fijarme en el *papa* de mi vecino. Lo vi un día impecablemente vestido con su uniforme verde y decidí observarle situada estratégicamente detrás de mi ventana. Era una gozada verle. ¡Con qué primor colgaba la ropa en el tendedero! ¡Cómo barría el descansillo! Comprobé entusiasmada que esa misma manera de trabajar se repitió a lo largo de los tres días en que le hice un minucioso seguimiento. Al cuarto día ya tenía tomada la decisión: debía conseguir como fuera que ese hombre trabajara para mí y por eso le llamé.

—Oiga, ¿usted sabe cocinar? —le susurré detrás de mi puerta.

—Sí —me respondió muy educadamente.

Resultó que *papa* Emmanuel, que así se llamaba, había trabajado en varias embajadas y residencias de diplomáticos europeos. Aquel día me cocinó una sopa de verduras, un pescado al horno con patatas panaderas y unos profiteroles de chocolate que estaban para chuparse los dedos. Se me caían las lágrimas al probar aquellos sabores, que me recordaron a los domingos en mi casa de Pamplona, cuando mi madre se esforzaba en preparar la comida para toda la familia. Negocié con mi vecino y, aunque al principio se mostró muy reticente, luego cedió.

—Hasta que encuentres a alguien —me avisó.

Así se lo prometí. Pero cuando veía trabajar a aquel *papa* con esa meticulosidad, tensando cada uno de los pliegues de las sábanas de mi cama, barriendo en cada esquina, cocinando como si fuera un chef francés o cortando los mangos y otras frutas tropicales en cuadraditos de tamaño idéntico, para luego mezclarlos en una deliciosa ensalada de frutas, pensé que tardaría mucho tiempo en encontrar a alguien. El día que *papa* Emmanuel me preparó una paella y un gazpacho andaluz, supe que haría lo imposible para que se quedase conmigo para siempre.

Durante los dos meses siguientes fui transformando el frío apartamento en un hogar acogedor y también me fui acostumbrando al ritmo de la oficina. Como trabajaba en la embajada, empecé a recibir en mi despacho decenas de invitaciones para asistir a todo tipo de eventos: una fiesta en la embajada de Estados Unidos, una recepción en la residencia del embajador de Bélgica, una fiesta con motivo del día nacional de tal o cual país, la despedida de un cooperante, un concierto en la Hale de la Gombe; una exposición en el Centro Cultural belga... En pocas semanas conocí gente de múltiples nacionalidades, que trabajaban en los puestos más variopintos para alguno de los cientos de organismos internacionales de cooperación que estaban asentados en Kinshasa. Las sedes de casi todas las agencias de Naciones Unidas se encontraban instaladas en esos pocos kilómetros cuadrados del barrio de la Gombe. Había muchos extranjeros. Sólo la MONUSCO, la misión de los cascos azules en la República Democrática del Congo, disponía de un contingente de unas diecinueve mil personas distribuidas por todo el país. En los distintos eventos a los que acudía, siempre veía el mismo tipo de personas: el embajador de tal o cual país, el experto de la ONU, el becario de UNICEF, el jefe de la Cruz Roja, el especialista de la Unión Europea... Las conversaciones, si bien al principio me producían curiosidad, terminaron por resultarme aburridas y fastidiosas.

—¿Y qué te trae por Kinshasa? —me preguntó en una de aquellas fiestas un joven con acento argentino.

—Trabajo para la cooperación española. Me dedico a los proyectos de Salud y Educación. ¿Y tú?

—Yo trabajo en la MONUSCO, con los cascos azules.

—¿Y de dónde eres?

—De Uruguay.

—Vaya. ¡Qué lejos! —respondí mientras me preguntaba qué hacía un chico como aquél en un sitio como el Congo.

—Es un sacrificio pero aquí gano diez veces más que en mi país. Y tengo mujer y dos hijos.

En el ambiente colonial de aquel tipo de reuniones siempre había alguien que hablaba de los congoleños como si fueran seres de otro planeta a los que estuviéramos examinando. Generalmente sacaban conclusiones de su carácter a partir de las únicas personas del país con las que estaban en contacto: el personal de servicio.

—¿Sabes que he descubierto a mi *mama* robándome la sal? —me dijo la mujer de un diplomático ante mi atónita mirada mientras disfrutábamos del bufet que los viernes nos servían en la embajada británica.

Un hombre regordete que estaba a nuestro lado y que dijo trabajar en una agencia de la ONU afirmaba con la cabeza.

—Son todos unos ladrones —repetía al tiempo que engullía un trozo de pudín de chocolate—. Mi chófer se queda con una parte del dinero que le doy para la gasolina. Hace tiempo que me di cuenta.

Luego las conversaciones derivaban en las comparaciones sobre sueldos. Oía cifras que me parecían astronómicas. Se miraba con envidia a los funcionarios de la Unión Europea, a los de las agencias de la ONU y a los del Banco Mundial, los mejor pagados. Como éste era un país peligrosísimo, el plus era más elevado que en cualquier otra parte del mundo. Un día, de vuelta a casa, se lo comenté a Livingstone.

—¿Qué quiere que le diga? —me dijo mirándome con sus ojos amarillentos—. Yo llevo quince años en el taxi y no veo ninguna mejoría en la población. Cada año vienen más blancos, más ONG, más organismos internacionales. Pero nosotros seguimos enfermos, sin comida, y sin dinero para pagar el hospital.

Me quedé muda. Esquivé su mirada y la dirigí hacia sus manos agrietadas, sus uñas ennegrecidas, su piel que más bien era un pellejo pegado a los huesos. Me pregunté cuántos años tendría. Posiblemente no muchos más que yo, pero el hambre y las enfermedades lo habían marchitado de tal modo que parecía diez años más viejo. Le faltaban varios dientes en la boca.

Livingstone tenía razón. A pesar de los miles de millones de dólares invertidos en cooperación, la República Democrática del Congo se mantenía invariablemente, año tras año, en el último puesto de todos los índices de desarrollo humano. Aquí vivían las personas más pobres del mundo. Estábamos peor que en Zimbabue, Sudán o Afganistán; peor que en Malawi o Haití. Peor incluso que en Somalia. Sin duda la corrupción y una mala gestión del país explicaban por qué nos encontrábamos en lo más hondo del pozo del subdesarrollo, pero también la sucesión de guerras, que en los últimos años habían dejado el país en un estado ruinoso.

Sin embargo, al mismo tiempo, también veía iniciativas para intentar salir adelante. Por ejemplo, el Ministerio de Educación había empezado a elaborar una estrategia para reformar el sistema educativo y, según leía en los informes estaba bastante avanzada. Las guerras habían destrozado la gran mayoría de los colegios del país y el Gobierno del Congo no tenía dinero para repararlos ni para construir colegios nuevos. En los últimos cinco años no se había levantado ni uno solo. Pero el ministro de Educación quería terminar con esa situación y, por eso, un viernes nos citó a todas las cooperaciones internacionales para explicarnos las líneas básicas de la Estrategia y pedirnos nuestro apoyo.

La reunión era a las ocho de la mañana. En el orden del día había visto que iban a tratarse múltiples asuntos, por lo que calculé que terminaría en torno a la hora de comer, es decir, contaba con el tiempo suficiente para coger el último barco que saliera hacia Brazzaville. Llamé a Amable para decirle que viniera a buscarme al puerto a las cinco de la tarde y luego a la hermana Ana para que me guardara una habitación en el albergue. Después le pedí a *papa* Emmanuel que preparara mi maleta con ropa suficiente para pasar el fin de semana.

Una vez que terminé con mis asuntos personales bajé las escaleras hasta llegar a la oficina. En mi despacho respondí los e-mails que había recibido desde la sede en Madrid y luego descendí al garaje. Pierre ya me estaba esperando dentro del Suzuki con el motor encendido para ir al ministerio. Llegamos en media hora. En la sala de reuniones un cartel colocado encima de la mesa indicaba cuál era mi asiento: Cooperación Española. Después fueron llegando los representantes de la Cooperación Británica, UNESCO, Cooperación Americana, Cooperación Francesa, Banco Mundial, UNICEF, Cooperación Belga, los representantes de los sindicatos de profesores y otros expertos internacionales, consultores y altos cargos del ministerio, con el ministro a la cabeza. La sala estaba a rebosar.

—Buenos días a todos. Gracias por haber respondido con su presencia a nuestra convocatoria.

Un congoleño alto y de mediana edad tomó la palabra. Esbelto, de nariz ancha, iba elegantemente vestido con un traje azul marino y una corbata a juego. Su voz era profunda y su pronunciación en francés, perfecta. Dijo que iba a dirigir la reunión.

—Como sin duda ya sabréis, el Ministerio de Educación está comprometido en reformar el sistema educativo de la República Democrática del Congo. Señores, tenemos por delante un enorme desafío.

En voz baja le pregunté a mi compañera de asiento quién era aquel hombre.

—Valère Munsya —me respondió—. El responsable de coordinar la estrategia educativa.

Enseguida caí en la cuenta. Había oído hablar de él. Decían que era una mente brillante, un hombre que había jugado un papel importantísimo en la búsqueda de sinergias entre el ministerio y los organismos internacionales para mejorar la educación en el Congo.

—En este país hay siete millones de niños que no van al colegio por culpa de la pobreza —prosiguió el profesor Munsya—. Tenemos la renta per cápita más baja del mundo, con menos de un dólar al día. Conseguir que los niños vayan al colegio es una odisea para la inmensa mayoría de las familias.

Aquel hombre desbordaba entusiasmo y sabía contagiarlo. Parecía un Robin Hood africano defendiendo con pasión los derechos de los niños.

—Nos encontramos en el mismo barco, remando en la misma dirección. El trabajo es arduo y puede parecer inabarcable, pero con la ayuda de todos ustedes pronto conseguiremos recoger los frutos, y los niños de este país y las generaciones futuras se lo agradecerán.

El profesor Munsya continuó su conferencia durante más de una hora ofreciendo datos y mostrando power points que explicaban la situación tan degradante en la que se encontraba la educación en el Congo. Todo estaba por hacer. Con la nueva estrategia, se pretendía establecer las bases de un nuevo modelo educativo sólido y eficaz para el futuro.

—Gracias por su explicación, profesor Valère —dijo la representante de UNICEF cuando comenzó el debate—. Somos conscientes del reto que tenemos por delante y agradecemos la colaboración del ministerio. Pero, seamos realistas, los padres no tienen dinero para pagar el colegio de sus hijos. Entonces ¿qué solución proponen? ¿Habría que suprimir las tasas escolares?

—Eso no es suficiente —respondió una mujer rubia, con el pelo recogido en una coleta, que estaba detrás del letrero donde se leía DFID, Cooperación Británica—. Porque las tasas escolares sirven para hacer funcionar los colegios y completan el salario de los profesores. Me gustaría recordar que el noventa y cinco por ciento del presupuesto destinado a educación alcanza únicamente para pagar a los profesores, y aun así con sueldos que oscilan entre los treinta y los cien dólares de media.

Se organizó una pequeña discusión en la sala. Todos querían participar y dar su opinión. El micrófono pasaba de mano en mano. Se escucharon comentarios, sesudos análisis y observaciones. Al final el profesor Munhya tomó la palabra.

—Gracias a todos por sus aportaciones. Tendremos tiempo de seguir analizando éste y otros problemas y de discutir las soluciones en las distintas reuniones que se celebrarán a lo largo de esta semana y durante todo el año. Por mi parte, diré que el Estado debe comprometerse a aumentar el presupuesto para la educación y conseguir bajar las tasas. Nosotros los congoleños somos los primeros que debemos dar ejemplo ante la comunidad internacional para que quede claro que nos importan nuestros niños.

Yo escuchaba con gran interés todos los comentarios sentada en un rincón al final de la mesa. Era la primera vez que participaba en una reunión de tal envergadura y me sentía intimidada, incapaz de pronunciar una palabra. Pero quería decir algo y al final me decidí a intervenir.

—Buenos días a todos, yo quería hacer hincapié en...

Empecé en un tono dubitativo y algo torpe. Me sentía muy nerviosa e insegura ante un auditorio de tal nivel. Además, tenía la impresión de que nadie se había percatado de mi presencia y, para colmo de males, el micrófono había dejado de funcionar. Si quería que alguien me escuchara no tenía más remedio que ponerme de pie. Y eso hice.

—Disculpe, señorita, ¿tiene algo que añadir?

Fue la primera vez que nuestras miradas se cruzaron. Los ojos del profesor Munhya eran grandes, negros, inteligentes y profundos.

—Sí. Esto. Yo... quería destacar la calidad de la enseñanza. De nada sirve que los niños vayan al colegio si los profesores no están cualificados.

Había empezado algo asustadiza, pero fui ganando confianza.

—Tiene usted razón —dijo el profesor Munhya haciendo que me sintiera más segura de mí misma—: Pero disculpe que la interrumpa. Creo que es la primera vez que viene al ministerio, si no me equivoco.

—Sí, sí, efectivamente —respondí, en un tono firme y tranquilo—. Represento a la Cooperación Española. Acabamos de abrir la oficina hace mes y medio. Todavía no he tenido ocasión de presentarme formalmente ante usted y el ministro. En cualquier caso aprovecho este foro para comunicarles que el Gobierno español quiere apoyar al Gobierno congoleño en la puesta en marcha de la estrategia de educación que usted dirige. Estamos convencidos de que el desarrollo de un país pasa por un sistema educativo eficaz.

—Muchas gracias, señorita.

—Dicho esto, quisiera añadir que la cooperación española se centrará principalmente en proyectos relacionados con la formación de los profesores, tanto la formación inicial como la formación continua. La calidad de la enseñanza nos parece indispensable en un país de dimensiones tan enormes como la RDC que tiene escuelas dispersas y de difícil acceso repartidas por todo el territorio.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —exclamó el profesor Munhya—. Habría que hacer un estudio para revisar la formación inicial y continua de los profesores y ver cuáles son las iniciativas que se están llevando a cabo y cuál de ellas ha dado resultado.

—Creo que nosotros estaríamos en disposición de financiar ese estudio —respondí—. Aunque antes tengo que consultarlo con mi jefe y con la sede en Madrid.

—Si lo consiguiera —continuó el profesor—, le aseguro que habría hecho algo muy importante por este país.

—Haré todo lo que esté en mi mano —respondí, satisfecha.

La reunión se prolongó durante varias horas más, justo hasta después de la hora de comer. Quedaba poco tiempo para que saliera el último barco a Brazzaville. Sin embargo, en lugar de marcharme me quedé en la sala debatiendo con el resto de mis colegas. Estaba aprendiendo mucho de ellos y quería escuchar sus opiniones y sugerencias. En ese momento el profesor Munhya se acercó al corrillo en el que me encontraba. Su presencia era imponente.

—Su intervención ha sido muy acertada. La felicito. —Y me tendió la mano en señal de saludo—. ¿Conocía ya el Congo? —me preguntó. De cerca parecía más alto.

—No. Acabo de llegar, pero he leído montañas de informes y además tengo experiencia en el ámbito de la educación en el otro Congo.

—¡Ah! Pero no es comparable —me respondió sin apartar sus ojos de los míos—. Aunque ambos países tienen un nombre parecido, son muy distintos. El Congo en el que se encuentra usted ahora es mucho más complejo. Fíjese, ¡tenemos fronteras nada menos que con nueve países! Es gigantesco... ¡y muy rico! El subsuelo contiene abundantes reservas de cobre, uranio, diamantes y otros muchos recursos estratégicos. Además, contamos con la segunda selva más grande del mundo, tras el Amazonas, y ¡el río Congo!

Su manera de hablar dejaba claro el orgullo que sentía de ser congoleño y no se mostraba en absoluto acomplejado ante personas que representaban a algunos de los países más poderosos de la tierra.

—Tiene usted razón —le dije mientras le entregaba mi tarjeta con mi nombre y la dirección de mi oficina, que era la misma que la de mi casa.

El profesor Munhya la cogió, la guardó en el bolsillo de su americana y, apartando por primera vez la mirada de mis ojos, cogió el móvil para consultar la hora. Se le veía nervioso.

—Disculpe. Debo marcharme. El ministro me está esperando. Una delegación del Banco Mundial acaba de llegar de Washington y tenemos otra reunión con ellos. No puedo llegar tarde.

—Sí, sí. Comprendo —le dije mientras recogía mi chaqueta de la silla y me colocaba el bolso dispuesta a marcharme y yo también.

—Por cierto... —Estábamos cruzando la puerta de la sala cuando paró el paso y se volvió hacia mí—. ¿Tiene algún plan para esta noche?

Miré el reloj. Quedaban cuarenta minutos para las cinco de la tarde. El tiempo había pasado tan deprisa que era imposible que llegara al último barco. En fin. Intenté tranquilizarme. «Ya me iré el fin de semana que viene a ver a Amable.»

—Pues... no —dije—. Había previsto pasar el fin de semana en Brazzaville, pero se me ha hecho muy tarde. ¿Por qué lo dice?

—Yo también tenía un plan que se ha anulado. ¿Le apetecería que fuésemos a cenar?

Aquella propuesta me pilló desprevenida.

—La verdad es que... —respondí, dubitativa.

Pero él interpretó mi indecisión como un sí.

—¡Es viernes por la tarde, no se puede quedar en casa! —exclamó mientras se alejaba de mí. Mi cara era de absoluto asombro—. A las siete en punto me paso a buscarla. Me voy corriendo. No puedo llegar tarde.

—Vale —mascullé entre dientes, mientras le saludaba de lejos.

Él hizo lo mismo con la mano.

Al llegar a casa llamé al padre Amable y le conté que la reunión se había extendido más de la cuenta. Él, siempre comprensivo, aceptó mi explicación y quedamos en vernos en otro momento. Mis planes iniciales se habían truncado, pero lo que nunca habría imaginado era que esa noche iba a cenar nada menos que con el profesor Munhya.

El profesor Munsya vino a buscarme a las siete en punto, y hago hincapié en la hora porque, como era africano, yo daba por descontado que llegaría tarde. Pero no fue así y por eso tuvo que esperarme en el aparcamiento de mi casa unos quince minutos. Terminé arreglarme y luego bajé a todo correr las escaleras, me despedí del vigilante y entré en su todoterreno. Él me saludó con tres besos en la mejilla siguiendo el protocolo del Congo y luego me dijo que por favor, a partir de entonces, le llamara Valère.

—Me hubiera gustado invitarte al Inzia. ¡No sabes qué cocodrilo a la brasa más exquisito preparan en ese restaurante! —dijo mientras yo me acomodaba en mi asiento—. Pero acaba de incendiarse.

—¿Cómo? —exclamé, incrédula—. Pero ¿qué ha pasado?

Me coloqué el cinturón de seguridad y salimos a la calle hacia la 30 de Junio. Valère me fue contando que, una vez terminada la reunión con el equipo del Banco Mundial, acudió al restaurante para reservar una mesa y allí se encontró con una densa columna de humo y decenas de personas arremolinadas. Afortunadamente, los bomberos ya habían llegado. Valère vio cómo bajaron del camión y se dirigían a apagar el fuego, pero debía de haber algún problema con la cisterna porque no salía el agua. Al rato apareció un segundo camión. Los bomberos volvieron a desenrollar la manguera, pero estaba muy deteriorada y el agua salía por todos lados. Cuando llegó el tercer camión el restaurante se había convertido en un amasijo de hierros, leños en llamas y cenizas.

—La verdad es que no me sorprende —dijo Valère—. Hace unos años el parque de bomberos también quedó reducido a cenizas.

—¿Me estás diciendo que el parque de bomberos está quemado? —pregunté imaginándome la escena que me parecía un sketch de humor absurdo.

—Sí. No sé si te has fijado. Es un edificio en ruinas con las paredes ennegrecidas que está en la avenida de la Justicia, enfrente del Collège Boboto —me indicó Valère—.

—En esta ciudad suceden cosas increíbles.

Luego se puso a pensar en un plan alternativo.

—Ya sé —dijo chasqueando los dedos—. Iremos a Chez Maman Colonel. Allí preparan el mejor pollo a la brasa de la ciudad. Pero está en La Cité. ¿Puedes salir de la Gombe?

Me lo preguntaba porque muchas embajadas y organismos internacionales prohibían expresamente a sus trabajadores abandonar el mejor barrio de la ciudad. Pero no era mi caso.

—Claro que puedo salir de la Gombe —le respondí mostrándome quizá demasiado audaz—. Además, estoy deseando conocer la verdadera Kinshasa.

Desde mi llegada al Congo había estado encerrada en aquel barrio y, para colmo de males, la mitad de mi tiempo libre lo pasaba en aburridísimas fiestas de las que ya empezaba a estar harta. Me apetecía ir a La Cité y nada mejor que hacerlo de la mano de un congoleño.

—Estupendo. Iremos al restaurante que tienen en Bandal. Pero quería preguntarte si no te importa que pasemos primero por N'Djili. Tengo que hacer una gestión urgente.

—¿N'Djili? —le respondí, inquieta. Me habían comentado que era una de las zonas más pobres e inseguras de Kinshasa—. Escucha. ¿No será demasiado peligroso?

Valère frunció el ceño y arqueó una ceja suspirando al mismo tiempo.

—Quédate tranquila. No te va a pasar nada. En las embajadas dicen que ésta es una ciudad peligrosísima pero no es para tanto. De todos modos, sólo será un segundo. —Y siguió conduciendo. Se le veía contento, con ganas de hablar—. Verás, es que he comprado un terreno junto al río Congo.

—¿Ah, sí? —dije, entusiasmada—. Vaya suerte.

—Sí, tenía unos ahorros y se ha presentado una oferta que no podía rechazar. Es el terreno de un jefe tradicional que se marcha al interior del Congo y quiere deshacerse de él. Es una ocasión única y el sitio es precioso. Ya lo verás.

—Estoy segura. He viajado por todo el mundo y nunca he visto nada más bonito que el río Congo. Me encanta navegar por él.

Valère volvió su mirada hacia mí y me inspeccionó de arriba abajo. Me había puesto un vestido de tirantes ajustado y unas sandalias rojas de tacón de aguja y me había soltado el pelo.

—¿Tú has navegado por el río Congo? —preguntó, extrañado.

—Pues sí —dije, sin más—. Hice un reportaje en Loukolela, un pueblo que está en el otro Congo, y me encantó.

—¿En Loukolela? —repitió Valère, poniendo cara de sorpresa—. Mi hermana vivía allí.

—Vaya casualidad. Desde luego el mundo es un pañuelo. ¿Y cómo se llamaba? Seguro que la conozco.

Durante unos segundos, mi pregunta quedó en el aire. Valère dejó de mirarme para concentrarse de nuevo en la calle. Era obvio que un nubarrón oscuro estaba atravesando su mente. La alegría se había esfumado de su rostro y percibí un quiebro en su voz.

—Murió hace poco.

—¡Oh! Vaya. Lo siento mucho —dije, compungida—. ¿Qué le pasó?

Me di cuenta de que Valère se sentía incómodo hablando del asunto, lo cual no hizo sino avivar mi curiosidad.

—Verás. Ya sabes que aquí todo el mundo cree en los espíritus. Supongo que no te enseñé nada nuevo.

—Lo sé, lo sé. En Brazzaville, un cura amigo mío me contó muchas historias sobre creencias tradicionales. Puedes hablar de ello sin problema.

Valère volvió a guardar silencio, sopesando si merecía la pena seguir adelante, pero al final me lo contó.

—Mi hermana veía espíritus por todas partes. A veces se despertaba en medio de la noche, cogía un machete y empezaba a dar machetazos en el aire. Decía que los espíritus habían entrado en su cama y se volvía medio loca. Hasta que le dio un ataque al corazón. Fue una pena. Yo la quería mucho.

Valère se emocionó y yo no quise atosigarle con más preguntas. Me puse a mirar por la ventanilla. La noche había caído sobre Kinshasa y apenas se veía nada. Sólo unas pocas farolas funcionaban. El resto era una sucesión de postes abollados, inclinados o con los focos suspendidos colgando de los cables. Además, el gran mercado de Kinshasa acababa de cerrar y, como si estuviésemos a la salida de un estadio de fútbol, miles de hombres y mujeres abarrotaban los arcenes de la calle. Junto a ellos volví a ver los *pousse-pousse* repletos de sacos, maderas o bidones empujados por uno, dos o más hombres y se me encogió el corazón. En uno de ellos transportaban la carrocería entera de un coche. Me pareció increíble. Valère redujo la marcha hasta casi pararnos, porque las furgonetas, los coches y la gente colapsaban la calle.

—No abras la ventanilla —me dijo mientras se aseguraba de que todas las puertas estaban cerradas—. Nadie te hará nada, pero nunca se sabe. Es mejor ser prudentes.

En esos momentos, al otro lado del cristal, veía que muchas personas llevaban sobre sus cabezas fardos tan inmensos que parecía que fuesen a aplastarles. De repente, un relámpago iluminó la calle y, según volvíamos a avanzar, se oyó el sonido de un trueno. Empezó a llover. Primero fueron cuatro gotas que impactaron sobre el parabrisas, pero en pocos segundos el ruido de la lluvia golpeando la carrocería se volvió ensordecedor. Los focos del vehículo eran insuficientes para atravesar la manta de agua que caía sobre la ciudad. La prudencia nos aconsejó ir a la orilla y pararnos. Sin embargo, las sombras de la gente caminando pululaban a nuestro lado. Una riada de personas seguían andando bajo el aguacero completamente empapadas.

—¿Cuántos kilómetros les quedan para llegar a casa? —pregunté a Valère.

—A algunos cinco, a otros diez, a otros veinte kilómetros —me respondió con la voz apagada.

La tromba de agua no daba tregua y un golpe en el capó me sobresaltó. Valère puso de nuevo el coche en marcha. Por la ventanilla vi una sucesión de casuchas y parcelas rodeadas de muros bajos, algunos incluso derrumbados, en cuyo interior se podía distinguir a gente chapoteando con el agua hasta las rodillas.

—¿Has visto eso? —dije señalando a una mujer que estaba ayudando a un niño a subir al tejado de una de aquellas chabolas.

El resto de la familia se encontraba encima y todos se protegían de la lluvia con unas cacerolas que se habían puesto en la cabeza.

—Siempre que llueve sucede lo mismo —me explicó Valère, apesadumbrado—. Las casas se inundan y tienen que poner sus cosas a cubierto.

No supe reaccionar. ¡Qué diferencia con el barrio de la Gombe! Incluso mi casa, que era un sencillo apartamento, podría considerarse un palacio en comparación con aquellas construcciones de hojalata donde se hacinaban decenas de personas. Seguimos avanzando, pero el asfalto se había terminado. La calle estaba en obras y la gente caminaba descalza, chorreando agua, y con las piernas llenas de barro. Se veía resignación en sus rostros mojados.

—Esto es tremendamente duro —dije en voz alta, mientras observaba cómo se caía una señora en medio de una balsa de agua. El barreño repleto de panes y cubierto por un plástico, que llevaba en la cabeza, terminó en el suelo junto a ella.

—Es muy difícil —me contestó Valère observando él también por la ventanilla.

Cientos de personas caminaban penosamente a nuestro lado. Más allá, un grupo de gente se peleaba por subir a la única furgoneta de pasajeros que había en la parada. Los hombres se abrían paso a empujones sin mostrar ningún respeto hacia los mayores o hacia las mujeres para cederles el paso. Valère parecía indignado.

—La gente recorre la ciudad de un extremo a otro, vendiendo cosas bajo la lluvia, para ganar... ¿cuánto? ¿Dos o tres dólares al día? Y lo peor es que si no venden, no comen. Y no te digo nada si alguien se pone enfermo. Es imposible pagar el hospital o las medicinas. Es todo muy caro. Parece como si este país se hubiese diseñado para desmoralizar al ser humano.

—No sé cómo los congoleños pueden soportarlo —le dije.

Valère volvió a mirarme.

—No te creas. Hay muchas personas que no pueden más y un buen día aparecen ahorcadas en sus casas. Pero, en cambio, otras muchas encuentran sentido a la vida incluso en medio de este sufrimiento.

—Pero ¿cómo pueden encontrar aquí sentido a la vida? —volví a preguntarle—. ¡Si esto es el infierno!

—Verás —siguió explicándome Valère—. Todo depende de la actitud que tomemos ante el sufrimiento. Aunque parezca increíble la gente tiene esperanzas en un futuro mejor. Saben que con ese dólar que ganan con mucho esfuerzo pueden enviar a uno de sus hijos al colegio, y eso hace que sigan levantándose cada mañana a pesar de todo. Los congoleños tienen una dignidad asombrosa.

—Valère —le dije en un tono serio, acorde con la conversación que estábamos teniendo—. ¿Y a ti te compensa vivir aquí?

Durante el trayecto, me había contado que había estudiado en la Universidad Católica de Lovaina, en Bruselas, y que era doctor en Filosofía. Había vivido varios años en Bélgica e incluso parte de su familia seguía viviendo allí. Escapar de aquel lugar parecía muy fácil para él. Pero su respuesta fue tajante.

—Yo no quiero irme de mi país.

No lo comprendía. Me acordaba de Bruce y de su afán por marcharse a España o a Canadá, cualquier lugar le parecía bien con tal de conseguir un pasaporte que no fuera el congoleño. ¿Por qué Valère no quería marcharse?

—Es como una madre que tiene un hijo enfermo —prosiguió—. Al fin y al cabo es tu hijo y harás todo lo posible para que tenga una vida mejor.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté.

—Pues que tienes razón. Es verdad que en Europa o en Estados Unidos viviría mucho mejor, más tranquilo y ganaría mucho más dinero. Pero ¿sabes una cosa? No puedo. ¡Observa a esa gente! —De nuevo apuntó hacia el exterior. A pesar de que seguía lloviendo con fuerza, nadie detenía su marcha—. Quiero hacer algo para acabar con esta miseria. No hay derecho a que los congoleños vivan así. La gente pasa mucha hambre. ¿Sabes que hay familias en las que un día comen los padres y otro día los hijos porque no tienen dinero para más? Y no hablo de grandes manjares. Desayunan un poco de agua con té y a la tarde un trozo de chicharro con mandioca para engañar el estómago. Yo, al menos, he podido estudiar y, por eso mismo, creo que tengo el deber de contribuir al desarrollo de mi país.

Me sorprendió la altura de miras de aquel hombre y, sobre todo, su afán quijotesco por mejorar las condiciones de vida de sus compatriotas.

—Pero ¿qué puedes hacer tú? —insistí—. Ya hay cientos de organismos internacionales, de ONG, de embajadas como la mía y de misioneros que vienen... bueno, que venimos de todas las partes del mundo para sacar este país adelante.

Percibí que Valère se había sentido molesto con mi observación.

—Ningún país del mundo se ha desarrollado con la ayuda del exterior. Únicamente nosotros, los congoleños, podemos cambiar el rumbo de nuestro pueblo. Vuestro dinero no es más que un punto de apoyo, un impulso, pero tan sólo eso. Yo siento que tengo una responsabilidad con mi gente y, además, saber que estoy contribuyendo a mejorar las condiciones de vida de otros seres humanos hace que me sienta feliz.

De nuevo no supe qué responder. Valère era el tipo de persona extraordinaria que sólo podía encontrar en un contexto tan extraordinario como aquel. Me recordó al padre Amable. Además, me gustaba su humildad. Él, que tenía la enorme responsabilidad de coordinar la estrategia nacional que permitiría ir al colegio a todos los niños del Congo, era un hombre sencillo que conducía un todoterreno prestado y que iba invitarme a cenar un pollo a la brasa en un restaurante en La Cité.

Cuando llegamos a Chez Maman Colonel la lluvia había amainado hasta casi desaparecer, así que pude bajar del coche sin ensuciarme demasiado las sandalias. El restaurante era moderno y acogedor, con numerosos toques tradicionales africanos en los cuadros que jalonaban las paredes. Aunque el ambiente era agradable había muy pocos clientes, posiblemente por la lluvia. Nos sentamos a una mesa al fondo y empezamos a charlar. Deseaba indagar algo más acerca de su vida y al poco de entablar conversación me di cuenta de que la curiosidad era mutua.

—He viajado mucho por Europa —me contó—, pero aún me falta por conocer España. ¿De dónde eres exactamente?

—De Pamplona, ¿la conoces? —le pregunté.

—No, la verdad es que no.

—Igual conoces nuestras fiestas. Se llaman los Sanfermines. Nos vestimos de blanco y rojo y...

—Ah, sí, sí —me interrumpió Valère—. ¿Es donde los toros corren por las calles? Lo he visto por la tele. Sí.

—Efectivamente. Aunque antes de venir a Kinshasa trabajaba en Madrid. Era presentadora de El Tiempo en la Televisión Nacional de España.

—¡En la tele! —exclamó poniendo cara de incredulidad—. ¡Qué interesante!

Estábamos tan concentrados el uno en el otro que ni siquiera nos dimos cuenta de que el camarero se hallaba junto a la mesa con su bloc de notas. Pedimos un pollo para dos y patatas fritas con mahonesa, una reminiscencia de la época belga que seguía causando furor en Kinshasa. Luego continuamos la conversación.

—¿No me estarás diciendo que dejaste un trabajo tan bonito para venir a esta ciudad tan dura?

Me detuve un segundo con la mirada puesta en una mesa al otro lado del pasillo. Un señor que debía rondar la cincuentena susurraba algo al oído de una chica, tras lo cual ambos se rieron estruendosamente.

—Pues... sí. Vi una oferta de trabajo en la agencia de cooperación y no me lo pensé dos veces.

—¿Y por qué? —me preguntó, extrañado.

—¿Sabes? Antes ni yo misma sabía por qué —le dije—. Lo hice movida por una intuición. Pero después de escucharte, creo que ya tengo la respuesta a esa pregunta.

Verás, la tele estaba muy bien. La gente me reconocía por la calle, siempre iba arreglada con vestidos preciosos, me invitaban a fiestas estupidas... Pero cuando se apagaban los focos y me quitaba el maquillaje, sentía... no sabía cómo explicarlo. Era como si... como si nada tuviera sentido.

—Sí, sé muy bien de qué me hablas —apostilló Valère.

Creo que al describir mi experiencia activé el recuerdo de la suya, y le regalé una sonrisa cómplice antes de proseguir.

—Después me surgió la oportunidad de viajar a Loukolela. Allí viví de un modo sencillo, en una especie de choza y, entonces, ocurrió algo. Escuché la historia del padre Amable. Fue una historia desgarradora que me hizo entender que merecía la pena luchar por otra gente. En aquel pueblo estuve grabando un reportaje y cuando volví a Madrid... ya no era la misma persona. Aquella experiencia supuso un cambio para mí. Ya no podía seguir como si no hubiera visto nada. Porque había visto y tenía que contarlo. Entonces me pregunté: ¿yo que he ido a los mejores colegios, que he estudiado en la mejor universidad de España, que estoy trabajando en el mejor lugar, ¿para qué? ¿Para ganar más dinero? ¿Para ser más popular, más famosa? ¿De qué sirve todo eso? Amable me enseñó que lo importante era cambiar el mundo y yo quería hacer algo, poner mis conocimientos al servicio de los demás, sentirme útil. Y ahora sé que estoy donde debo estar.

Valère me contemplaba anonadado y yo también a él. Estaba asombrada de la cantidad de cosas que teníamos en común, muchas más de las que podían parecer a

simple vista y que a floraban sin esfuerzo.

—¿Y tú de dónde eres? —pregunté.

Ahora llegaba mi turno de descubrir cosas de él.

—De Bonkense, un poblado de la selva, cerca de Bomongo, en el noroeste del Congo.

Jamás lo habría imaginado. Con ese porte de jefe y el aura de autoridad que desprendía hubiera dicho que pertenecía a una familia acomodada de la capital. Lo compartí con él y le hizo gracia.

—¡Ja, ja, ja! Bueno, en la selva tampoco se vivía mal. En casa no éramos ricos, pero no nos moríamos de hambre.

Pasamos el resto de la cena charlando sin parar; Valère era divertido y muy ingenioso. En un momento dado miré alrededor y me di cuenta de que ya no quedaba nadie más en el local.

—Bueno, Valère, creo que se nos ha hecho tarde. Quizá sea mejor que me lleves a mi casa.

En realidad, hubiera preferido seguir conversando con él ahí o en cualquier otro lugar. Me lo estaba pasando muy bien. Me había reído como no lo había hecho en años, pero Valère tampoco dijo nada de prolongar la velada y no quise insistir. Pedimos la cuenta y nos marchamos. En la calle apenas había gente. Era como si Kinshasa entera se hubiera vaciado y nos hubiera dejado solos.

El bulevar del 30 de Junio también estaba desierto y por eso llegamos a mi casa enseguida. El vigilante nos abrió la puerta y entramos en el aparcamiento. Valère apagó el motor del coche. Me di cuenta de que eran... ¡las cinco de la mañana! Era increíble lo rápido que había pasado el tiempo. Puse la mano en el pestillo para abrir la puerta y Valère volvió a encender el motor. En ese momento me sentí acongojada. No quería que se marchase. Me sentía bien a su lado y deseaba conocer más detalles de su vida... Pero no era posible. No. Bruce llegaba dentro de dos semanas. Tenía que mantener la cabeza fría.

Con gran pesar giré el pestillo y cuando la puerta se abrió, nuestros asientos se vieron iluminados de repente. Parecía que, con la luz del techo, la intimidad de la velada se hubiera esfumado en un abrir y cerrar de ojos. Recobré las fuerzas y le di a Valère un profundo apretón de manos. Él me soltó y bajé del coche. Cerré la puerta y esperé a que se marchara. Tenía el corazón en un puño cuando le vi saludarme de nuevo a través del cristal. En mí, aún tenía la esperanza de que parara el coche y diese media vuelta. Cuando el vehículo desapareció tras la puerta de rejillas, me fui hacia mi casa pensativa. Mi cabeza era un marasmo de confusión. Había estado tan increíblemente a gusto con Valère que mientras iba subiendo las escaleras me preguntaba si aquella noche no me habría enamorado de él y, lo que me pareció más inquietante, mientras abría la puerta de mi casa me dije a mí misma que por qué nunca había sentido aquello mismo por Bruce.

El resto del fin de semana me quedé en casa terminando unos informes. Inconscientemente esperé la llamada de Valère, pero el teléfono no sonó en ningún momento. «Quizá sea lo mejor», pensé. En ese momento no podía complicarme la vida. Desde que llegó a Canadá, Bruce me había enviado cientos de fotos de Ottawa y me hablaba con entusiasmo de lo bonita que era la ciudad y de lo bien que lo habían acogido los canadienses. Se notaba por sus palabras que estaba feliz. Sin duda se lo merecía después de todo lo que había sufrido por culpa de la guerra. Miré por la ventana. A lo lejos, al otro lado del río, se veía el skyline de Brazzaville. Habían pasado muchos años desde que Bruce perdiera a su familia, es cierto, pero él seguía con miedo de volver a su país por temor a sufrir una posible represalia.

A veces me sentía culpable y le decía que se quedara en Canadá, que allí tendría un futuro mejor, pero él me interrumpía y me recordaba el tiempo que llevábamos juntos, las dificultades que habíamos superado y lo mucho que yo había hecho por él. «Entre Canadá o tú, ¿qué crees que voy a elegir?», me repetía por teléfono una y otra vez. Debo admitir que Bruce estaba siendo muy generoso conmigo. Kinshasa era lo más cerca que podía estar de Brazzaville. Quizá demasiado cerca. Por eso, que él abandonara su nueva vida de ensueño para venir aquí era, sin duda, una muestra infinita de su amor hacia mí. No podía dudar ahora de mis sentimientos y, además, si lo pensaba fríamente, sólo había salido a cenar un día con Valère. ¡Si apenas lo conocía! Lo mejor era no volver a pensar en él y que las aguas regresaran a su cauce. De modo que intenté concentrarme en los informes.

El lunes me levanté temprano, saludé a *papa* Emmanuel que ya estaba trajinando en la cocina preparando alguno de sus deliciosos guisos, y bajé las tres plantas que me separaban de la oficina. Aquella semana tenía una agenda repleta de reuniones con los técnicos internacionales de salud y con distintos miembros del Ministerio de Salud y quería prepararlas minuciosamente. Pero, además, después de mi primera incursión en La Cité, me propuse conocer Kinshasa más a fondo y pensé que el mejor modo de hacerlo era yendo a ver a las misioneras españolas que estaban trabajando en los barrios más pobres de la ciudad. Esa misma mañana solicité en la embajada la lista de las religiosas registradas en Kinshasa y las fui llamando una tras otra para concertar una cita con ellas. Quería ver los proyectos que llevaban a cabo. Mi trabajo actual era mucho más burocrático de lo que me había imaginado y me obligaba a pasar mucho tiempo en la oficina. Pero tenía claro que, si había venido al Congo, no era para quedarme encerrada redactando informes en un despacho con aire acondicionado del barrio de la Gombe. Había llegado el momento de investigar sobre el terreno, de palpar la realidad, aunque fuera al terminar mi horario laboral y tuviese que pagarme el taxi.

Esa misma tarde quedé con Charo Pagola, una misionera dominica que dirigía un pequeño hospital en Pumbu, uno de los barrios más miserables de Kinshasa. Fue la primera monja que llamé porque vi en su ficha que era de Pamplona, como yo. Me atendió por teléfono con mucha cordialidad. Se entusiasmó al escuchar mi propuesta de ir a visitarla y quedamos a las seis de la tarde. Después llamé a Livingstone y le pedí que viniera a buscarme a las cinco.

—Pero, madame. ¿Sabe dónde está eso? —preguntó extrañado por el otro lado del auricular cuando le conté a dónde íbamos.

—Sí. He visto en el mapa que está casi a las afueras. ¿Cuánto podemos tardar en llegar hasta allí?

—Nunca se sabe. Quizá una hora, quizá dos.

—Perfecto. Pues entonces tendremos que salir puntuales.

A las cinco Livingstone ya estaba esperándome en el aparcamiento. Bajé de la oficina por las escaleras y me monté en el taxi. Me coloqué el cinturón de seguridad y nos fuimos, renqueando, por el bulevar Lubumba camino de La Cité.

—Livingstone, debería usted comprarse otro coche —le comenté mientras sujetaba la tela del techo que se estaba cayendo y se desparramaba sobre mi cabeza—. Éste nos puede dejar tirados en cualquier momento.

—¡Pero si es nuevo! —respondió, molesto—. Tiene el motor de un Mercedes, que compré hace unos meses. Si hubiera visto el otro que tenía antes. —Y se echó a reír—. Era un Mitsubishi y tuve que revenderlo porque consumía demasiado.

Salíamos del bulevar cuando un camión se colocó delante de nosotros y un taxi-bus nos impidió el paso por la izquierda. El camión aceleró y una nube de humo negro impactó en nuestro parabrisas. El conductor, un jovencuelo, siguió conduciendo por medio de la calzada.

—Qué loco —exclamé.

—Sí. Pero esto es el Congo —me dijo Livingstone—. Aquí no seguimos normas.

Me volví a ajustar el cinturón de seguridad. Los modernos edificios de la Gombe iban quedando atrás. Pasamos una montaña de basura con decenas de personas, poco más que esqueletos humanos, rebuscando en su interior. Nos metimos en unas callejuelas de arena. A uno y a otro lado de la calle se veían muchos toldos de color rosa y gente llorando alrededor.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Livingstone.

—¡Ah! Eso —me respondió sin inmutarse—. Son funerales. Aquí en Kinshasa la gente se muere mucho. Hay funerales a todas horas. ¿Sabe? Aquí siempre estamos enfermos. Mi hermana, por ejemplo, se murió el sábado.

—Vaya, Livingstone —dije realmente afligida—. No lo sabía. Lo siento mucho. ¿Qué... qué le pasó?

—Nada en especial. Los médicos dijeron que murió de vieja.

—Ah, bueno —respiré, aliviada—. O sea, que era muy mayor. ¿Y qué años tenía?

—Cincuenta y uno.

No nos costó mucho llegar a Lisungi. A pesar de que el hospital se encontraba dentro de una parcela escondida a un lado del camino, la gente del barrio lo conocía muy bien y, además, no había ni una sola persona que no supiera quién era la hermana Charo.

«Sssaro», pronunciaban los congoleños con un acento de lo más exótico. La última mujer a la que preguntamos la dirección, una señora que vendía telas en un mercadillo, nos señaló una puerta de la que entraban y salían numerosos congoleños.

—Sssaro. Ahí está, trabajando todo el día.

Más que un hospital, Lisungi parecía un dispensario. Livingstone aparcó el coche junto al muro, le dije que me esperara fuera y yo entré por aquella puerta. Multitud de enfermos se apelotonaban en el patio. Había madres y niños famélicos tirados en el suelo con la mirada vacía; se les veía apagados, sin fuerzas ni para llorar. Intenté sortear a los enfermos con todo el cariño que pude, aunque no era fácil, y al final no me quedó más remedio que saltar sobre los cuerpos para llegar al despacho de Charo. Sin darme cuenta pisé la mano de una madre medio moribunda. ¡Qué sensación más terrorífica!

Una vez en su despacho, me encontré a Charo enfadadísima, con los ojos enrojecidos, se notaba que había estado llorando y me conmovió. Sin que apenas le salieran las palabras me saludó, me cogió de la mano y me invitó a que mirara a través del cristal de la puerta. Una madre caminaba por el patio con la mirada perdida mientras la gente se apartaba a su paso en medio de un silencio sepulcral. En sus brazos una niña de unos dos años, peinada con unas coletitas, yacía con la cabeza ladeada hacia atrás. Me quedé conmocionada. Estaba muerta.

—Es que vienen cuando ya no hay nada que hacer —me explicaba Charo entre lágrimas. Estaba tan emocionada que no podía articular palabra—. Primero van a los brujos. Es gente muy pobre, ya lo ves, no tienen ni para comer. No sé qué hacer.

Intenté consolarla.

—Charo, tarde o temprano la pobreza acabará. Ya están aquí la ONU y otros organismos internacionales.

—No te engañes —me respondió—. ¿Tú te imaginas un Congo sin pobres? No interesa que esta gente salga de la pobreza. ¿Para qué? Se les acabaría el chollo. ¿Y de qué vivirían todos esos funcionarios internacionales? A mi hospital me llegan todos los días decenas de niños desnutridos, muchos al borde de la muerte. Ya lo has visto. Las madres vienen aquí en el último momento, porque no tienen cómo pagar y muchas veces sólo puedo confirmar la muerte del pequeño. ¿Y a quién le importa? ¿Dónde están las manifestaciones? ¿Por qué no se oye ni una voz por estos niños de tres años que se me mueren en los brazos?

No supe qué decir ni sabía cómo consolar a Charo. Allí estaba, ella sola, en su pequeño despacho de Lisungi aportando su granito de arena y a punto de derrumbarse.

—A veces estoy desbordada —continuó mientras me señalaba una silla para que me sentara—. Ya sé que no voy a acabar con la pobreza en el mundo, eso es algo inimaginable, pero quiero intentar transformar mi entorno, que la gente de este barrio tenga por lo menos una sanidad de cierta calidad.

—Charo, ¿y cómo hemos llegado a esto? —le pregunté con un nudo en la garganta.

—La culpa es de todos, mía, tuya, de todos. Hablamos de Primer y Tercer Mundo, pero el mundo es sólo uno. Y al Congo sólo vienen las grandes potencias para expliar. Al final, si hay ricos es porque todos permitimos que haya pobres.

Lo que decía Charo tenía mucho sentido. La República Democrática del Congo debería ser el país más rico del mundo y, sin embargo, su población era la más pobre. Las arcas estatales estaban casi vacías, con un presupuesto similar al de la Comunidad de Madrid. Por eso Lisungi no recibía ningún tipo de ayuda del Gobierno.

—Sí, claro que el hospital tiene déficit. ¿Y qué hago? ¿No atiendo a un paciente porque no puede pagar? ¿Dejo morir a un niño por treinta o cuarenta dólares? —me preguntaba con rabia.

—¿Y al final quién paga? —le pregunté.

—Pues ¡quién va a pagar! —exclamó—. Gente como mi hermano, que está en Pamplona. Si no, ya habríamos desaparecido.

Charo me estuvo explicando que Lisungi lo había construido su congregación. Al principio, con algunas donaciones lograron levantar un pequeño dispensario que poco a poco se fue ampliando. La cooperación española financió un quirófano y una sala de partos. Ése era el «hospital».

—Aquí nacen cada mes más de ciento cincuenta niños —me contó ya más tranquila—. El médico practica cuatro cesáreas cada día y, de momento, crucemos los dedos, nadie ha muerto en el parto.

Lo que a simple vista, y viendo el panorama, me pareció un milagro.

Estuve tan a gusto hablando con Charo que llegué a mi casa a las once y media de la noche. Me quité los zapatos y me senté en el sofá pensando en todo lo que había visto y oído esa tarde. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, tenía una reunión con la plana mayor del Ministerio de Salud. Así que me puse el pijama y me fui a dormir.

A la mañana siguiente me despertaron unos disparos que me asustaron enormemente. El móvil estaba sonando. Lo había puesto en silencio y no había oído las casi diez llamadas de la embajada. En ese momento volvió a sonar. Lo cogí pero esta vez era Valère.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Se le notaba preocupado y me preocupó a mí también.

—Sí. ¿Qué ocurre? —le respondí, alarmada.

De pronto se oyeron más disparos y ruido de sirenas.

—Ha habido un golpe de Estado.

—¿Cómo? ¿Qué ha ocurrido?

—Parece que unos miliares han intentado asesinar al presidente en el palacio presidencial. Ha habido siete muertos en la Gombe y en la zona de la Universidad.

—Vaya.

—¿Tienes agua y latas de conserva? —me preguntó Valère dándome a entender que la situación podía complicarse.

—Sí, creo que *papa* Emmanuel hizo ayer la compra.

—Estupendo. Pues quédate en casa por lo menos hoy y mañana. ¿Te han llamado de la embajada para avisarte?

—Sí. Tengo varias llamadas perdidas. Imagino que para decirme lo mismo. Valère, y tú, ¿cómo te encuentras? ¿Dónde estás?

—Estoy en el despacho.

—¿Y qué haces ahí? —le pregunté, sorprendida.

Su despacho se encontraba muy cerca de donde se estaban produciendo los tiroteos.

—He venido a trabajar. Ya sabes que hay que presentar la propuesta al Programa Mundial de Educación.

—Sí, ya lo sé, Valère, pero ¿no tienes miedo?

—Sí, he pasado mucho miedo viniendo hacia aquí, pero no podía quedarme en casa. Nos estamos jugando que nos den cien millones de dólares para construir escuelas. Y vamos muy mal de tiempo.

—Está bien. Pero, por favor, cuídate.

—Sí, tú también. Te llamo a la noche a ver qué tal estás.

—De acuerdo, espero tu llamada.

La reunión que iba a tener esa mañana en el Ministerio de Salud se suspendió y, según me informaron en un e-mail, se trasladó a la semana siguiente. De todos modos, como mi oficina se encontraba en el mismo edificio que mi casa, cogí el ascensor y bajé a trabajar. En mi despacho busqué los periódicos del día anterior y empecé a leerlos. Recibíamos el *Pili-Pili* y *La Tempête des Tropiques*, dos rotativos con ideologías diferentes, aunque ese día sus portadas coincidieron:

«Las elecciones presidenciales serán a finales de este año», decían.

Eran las segundas elecciones democráticas en la República Democrática del Congo después de las de 2006, pero todavía quedaba por concretar la fecha. Ahora entendía lo del golpe de Estado. El ambiente se estaba caldeando.

Sintonicé la radio local. Según decía el locutor, la situación se iba normalizando. Habían detenido a unos cuantos militares y la gente había empezado a salir a la calle a cuentagotas, pero la tensión se mantenía. *Papa* Emmanuel no había venido a trabajar y todas las oficinas seguían cerradas. El aparcamiento se había quedado vacío y, de los vigilantes, sólo *papa* Victor estaba aquella mañana en el edificio. De nuevo sonó el teléfono. Era un número de Canadá.

—Hola, Bruce.

—¿Estás bien? Me acaban de decir que ha habido un golpe de Estado en Kinshasa. He puesto la tele y las imágenes son espeluznantes. Deberías irte ahora mismo de ese país. Ya te dije que es peligrosísimo.

—Tranquilo, Bruce, estoy en la oficina trabajando. La situación está controlada. No ha sido para tanto —intenté explicarle.

—¿Estás segura? Allí en Kinshasa te matan por cualquier cosa. —Bruce estaba muy alterado y se le atropellaban las palabras—. Recuerdas que te lo dije, ¿verdad? Espero que ahora sí me creas. Nunca tendrías que haber ido allí. Si en mi país son unos bárbaros, en ese Congo aún lo son más. En cambio, aquí en Canadá se está muy bien, hay muchísima seguridad. —Bruce siguió con un tono de falso desapego—. Me da muchísimo miedo revivir el calvario que sufrí en la guerra.

No debía de ser fácil para él. Intenté animarle. Le dije que aquí iba a estar muy bien e incluso me atreví a proponerle que, una vez que llegara al Congo, fuésemos a Brazzaville a buscar la tumba de su padre y a comprar una lápida para que, por fin, pudiese descansar en paz. Pero Bruce se negó en redondo.

—No, no, y no. Soy refugiado político y si pongo un pie en mi país pueden matarme en cualquier momento.

—Bruce, y esos amigos tan importantes, los que te ayudaron a salir del país y te pagaron el billete para ir a Marruecos, ¿seguirán en Brazzaville? Podrías llamarlos. Seguro que se alegrarán de verte.

—No me obligues a ir. Bastante sacrificio estoy haciendo con irme a Kinshasa. ¿Sabes la casa que me han dado aquí en Canadá?

Sí, lo sabía. Me lo había explicado cien mil veces. Era una casa de dos plantas, con unas escaleras que daban a la calle en medio de un bonito vecindario que ahora, como era invierno, estaba nevado y parecía una estampa de Navidad. Debía de hacer un frío que yo era incapaz de imaginar desde el calor húmedo del Congo. Pero, según Bruce, los canadienses eran muy inteligentes y estaban perfectamente preparados para soportar las bajas temperaturas. Y él se mostraba encantado de ser canadiense. Ya le habían entregado su permiso de residencia, quedaba poco tiempo para adquirir la nacionalidad y estaba deseando tirar para siempre su pasaporte congoleño a la basura.

—Sabes que ya faltan menos de dos semanas para que te vea, ¿no?

—Sí, sí —le respondí.

—¿Tienes ganas de verme?

—Bueno, sí, claro.

Al día siguiente Kinshasa recuperó su ritmo normal y la gente salió a trabajar como si nada hubiera pasado aunque, para mi decepción, Valère no me había llamado.

Además, me levanté con un tremendo dolor de ojos. Los tenía muy rojos y no paraban de llorar. Posiblemente fuese alguna infección provocada por el polvo o la suciedad del ambiente. Pregunté a mis compañeros del trabajo si sabían de algún oculista en Kinshasa pero no conocían a nadie. Durante la hora de comer, y como el dolor persistía hasta volverse insoportable, llamé a la hermana Charo.

—Hola, Charo, perdona que te moleste. ¿No conocerás a algún oculista? Tengo los ojos que me van a estallar.

—Sí, conozco uno. Vete a Saint Joseph y pregunta por el doctor Kilangalanga.

Debía de conocerlo muy bien porque me lo recomendó con mucho entusiasmo.

—Pero ¿es belga? —le pregunté, extrañada.

—No. Es congoleño.

Pensé que Charo se había vuelto loca. Me estaba enviando al hospital donde acudían los más pobres de entre los pobres de Kinshasa. Desde la cooperación española estábamos financiado allí un proyecto de gran envergadura. Íbamos a construir, entre otras cosas, una sala de operaciones para cesáreas, un edificio que albergaría el banco de sangre y una sala de reanimación y, además íbamos a completar la formación de más de cincuenta médicos de distintas especialidades.

—¿Cómo voy a ir yo a ese sitio? —le dije algo asustada ante aquella idea.

—Sólo vete y ten fe —me respondió Charo.

Le hice caso y me marché después del trabajo. Pagué los seis dólares que costaba la consulta y me puse a la cola, como todo el mundo, sentada en un banco de madera. El hospital era grande, con muchos barracones, a años luz de los estándares europeos a los que estaba acostumbrada. Me parecía destartado, dignamente limpio, aunque mejorable, y tirados en el suelo decenas de hombres y mujeres retorciéndose de dolor.

Había mucho bullicio de personas que iban y venían, entraban y salían, pero no se veían blancos, ni congoleños acomodados, sino todo lo contrario. Una mujer envuelta en un paño africano y con las arrugas muy marcadas en el rostro se me acercó para pedirme dinero para un medicamento. Me enseñó la factura: «*S'il vous plaît*». Le di cuatro dólares.

Estaba a punto de largarme de allí cuando oí mi nombre desde el interior de la caseta que hacía de consultorio.

—Madame, por favor, entre —me dijo la enfermera.

No sabía si salir corriendo. ¿Quién me iba a ver?, y lo que era peor, ¿qué infecciones podría coger en aquel lugar?

—No tenga miedo, aquí la vamos a atender bien —me tranquilizó el médico una vez dentro.

Era un hombre regordete que parecía muy amable. Me indicó que me sentara en un taburete y, con gran celo profesional, me miró el ojo, me puso unas gotas, me midió las dioptrías, el fondo de ojo, la tensión, analizó el estado de la retina y me recetó un colirio. Me pareció un hombre muy preparado y me dio confianza.

—No tiene nada, sólo un poco de polvo. Puede marcharse tranquila.

Cogí la receta y eché una ojeada a mi alrededor. En las paredes, enmarcados de forma austera, colgaban los diplomas del doctor Kilangalanga. Había estudiado en el Congo, la India, Estados Unidos, Alemania e Israel. Había recibido premios por sus estudios oftalmológicos. Había participado en congresos en todo el mundo. Formaba parte de seis organismos internacionales, entre ellos el Consejo Internacional de Oftalmología y la Academia Americana de Oftalmología. Había dado múltiples conferencias en los foros más importantes del mundo y había sido nombrado por la Organización Mundial de la Salud líder formador. ¡Vaya currículo! Y, sin embargo, allí estaba, trabajando para la población más frágil del Congo.

El doctor Kilangalanga se dio cuenta de que estaba leyendo sus diplomas. A pesar de que Charo le había avisado, a él también le sorprendía ver allí a una blanca.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué hace esto?

—Porque tengo una responsabilidad con esta gente que sufre —me respondió comprendiendo perfectamente a lo que me estaba refiriendo.

Luego me explicó que había sido tentado por varios hospitales estadounidenses pero que había rechazado todas las ofertas para quedarse en su tierra.

El doctor Kilangalanga era de los pocos oculistas que había en el país, y eso que el Congo era tan grande como España, Italia, Grecia, Suiza, Francia, Bélgica, Dinamarca, Inglaterra y Alemania juntos. Para ser más exactos, había menos de cien oculistas y él los había formado a casi todos y los había enviado a lo largo y ancho del país, de modo que había un oculista por cada millón de habitantes. Pero, además, estaba consiguiendo erradicar un cáncer que sufrían los niños congoleños y que los dejaba ciegos. Operaba todos los días, a veces hasta veinte operaciones corrigiendo cataratas, malformaciones y parálisis de los párpados, glaucoma congénito, estrabismo y malformaciones conjuntivas. El doctor Kilangalanga acudía dos o tres veces al año a congresos internacionales y estaba al tanto de las técnicas más avanzadas sobre todo en cataratas, una de sus especialidades. Me contó que, detrás de ese milagro, se encontraba la ONG alemana Misión Cristiana para los Ciegos y la Universidad de Rostock, también en Alemania. Ambos apoyaban a aquel médico en la formación de los oftalmólogos congoleños, en su sueldo y en la adquisición del material para que él pudiera realizar su espléndido trabajo al servicio de los más necesitados. Desde entonces, aquel hechicero de bata blanca, aquel mago de la oftalmología que hacía ver a los ciegos en el corazón de África, se convirtió en mi oculista y se lo recomendaba a todo el mundo.

De vuelta a casa le dije a Livingstone que cada vez me gustaba más Kinshasa.

—¿Lo dice de verdad?

Me lo preguntó en un tono... como si le hubiese tocado el corazón.

—Sí, Livingstone. Estoy descubriendo a personas que sería imposible encontrar en cualquier otro lugar del mundo. Esta ciudad es espantosa, quizá el peor lugar de la tierra, pero está llena de ángeles y eso la convierte en un lugar diferente y hace que me sienta feliz.

La semana transcurrió muy rápido y también la época de los escarabajos voladores. Desde hacía unos días había observado que unos bichos gordos con una especie de cuernos y unas alas pequeñas habían inundado la ciudad, pero desaparecieron de pronto, dando paso a unos insectos alargados de un color verde muy intenso. Al principio, me parecieron saltamontes, pero cuando vi que sus patas se pegaban a las ventanas como si tuvieran ventosas supe que me encontraba ante algo completamente desconocido para mí.

A los pocos días de llegar a mi apartamento le pedí al casero que lo fumigara, por si acaso. Él me había asegurado que no encontraría ni un solo bicho, que estaba limpiecillo, pero que para que yo me quedara más tranquila iba a llamar a los fumigadores. Una tarde llegaron dos congoleños vestidos con una especie de escafandra y una máquina rectangular colgada del pecho de la que salía una manguera. Parecían dos cazafantasmas africanos.

—Buenos días, madame. Nos han mandado a limpiar el piso. Debería irse durante dos días porque el humo es muy tóxico. Vamos a terminar con cualquier resquicio de vida.

Esa noche me fui a un hotel y, como habíamos convenido, regresé dos días después. Cuando abrí la puerta de mi apartamento me encontré esparcidos por el suelo un reguero de cadáveres de cucarachas de todos los tamaños. El olor era nauseabundo, por lo que decidí quedarme fuera dos días más hasta que el apartamento se ventilara bien. Pero el sacrificio merecía la pena. Al menos me aseguraba de que no iba a convivir con ningún insecto.

¡Qué equivocada estaba! A la semana unas cucarachas pequeñas aparecieron en el cajón de los cubiertos. Al principio, cuando lo abría y se sabían descubiertas, corrían a esconderse detrás de las cucharas o de los tenedores. Con el paso de los días se fueron haciendo más grandes y aparecieron por todas partes. Salían del grifo, se asomaban por debajo de la lavadora, se metían en la caja de galletas. Luego se unieron las hormigas. Eran de dos tipos, rojas y negras, unas más grandes que las otras, y nunca me tuvieron miedo. El primer día ya se metieron en la bolsa de los cereales con chocolate que guardaba como oro en paño en el armario. No importaba las veces que *papa* Emmanuel limpiara los cajones y la cantidad de lejía que echáramos en el suelo. Les daba igual. Siempre aparecían. Así que, rendida a la evidencia, terminé haciendo mi vida y ellas, la suya.

Al zoo que tenía en casa se sumó una especie de insecto rarísimo que parecía una araña gigante con alas y unos enormes ojos saltones que, además, eran de color azul. El bicho en cuestión se movía como Pedro por su casa volando a un ritmo lento por todas las habitaciones sin inmutarse lo más mínimo por mi presencia. Y por la noche, aparecían los mosquitos. Eran enormes, con unas patas larguísimas. A veces me quedaba dormida en el sofá, o leyendo un libro, y cuando levantaba la vista veía que tres o cuatro se estaban pegando un festín a costa de mis piernas. En Loukolela ya me había entrenado en la matanza de mosquitos pero en Kinshasa perfeccioné la técnica. Los pillaba desprevenidos espachurrándolos con la mano. A veces eran tan gordos que no podían levantar el vuelo y cuando los aplastaba soltaban unos chorros de sangre que me dejaban el suelo perdido.

El caso es que la época de los bichos verdes había empezado cuatro días después del golpe de Estado. Es decir, el viernes. Como llevaba mucho trabajo adelantado le prometí a Amable que ese fin de semana iría a visitarlo a Brazzaville. Además, Carmen iba a viajar desde Madrid en unas semanas y quería reunirme con los miembros de la Fundación Granda Rodríguez para estudiar con ellos los presupuestos del colegio de Loukolela y del nuevo colegio que la ONG Aikido por la Paz estaba construyendo en Owando.

Me levanté a las seis de la mañana, metí en un bolso las cuatro cosas que iba a necesitar en Brazzaville y llamé a Livingstone para que, al final del día, viniera a buscarme a casa para llevarme al puerto. Mi intención era coger el último barco. Después bajé a la oficina. Quedaba media hora para las ocho, pero todos mis compañeros ya estaban delante de su ordenador. Yo, antes de sentarme, cogí los periódicos y eché un vistazo a los titulares. De nuevo las portadas volvieron a coincidir: «Ciento cuarenta muertos en el río Kasai». Según explicaba la agencia de noticias que firmaba el texto, el barco iba abarrotado de gente y de mercancías. Las circunstancias del suceso no estaban claras, pero parece ser que la barcaza chocó contra un banco de arena y se hundió en medio del río. En la foto se podía ver uno de aquellos barcos, atestado con cientos de personas. Pasé la página. Me llamó la atención una noticia que informaba sobre un concierto en la catedral Notre Dame du Congo. «No se pierda la Orquesta Kinbanguista», decía. Y añadía: «La única del mundo formada sólo por africanos». Me pareció tan interesante que rodeé la información en rojo y me apunté la fecha en la agenda para poder ir.

El resto de la mañana estudié dos propuestas de proyectos y redacté un par de informes que me había mandado mi jefe. Al mediodía, recibí a las representantes de Cáritas España que estaban de visita en Kinshasa y después a la hermana Rosa, que me invitó a ir a su misión, en el interior del Congo, para visitar el hospital y las escuelas que las Hermanas de la Caridad de Santa Ana habían construido con fondos españoles. Quedamos que las visitaría en cuanto tuviera vacaciones.

El día pasó rápido. Quedaba una hora para cerrar la oficina cuando un nuevo correo apareció en mi buzón de entrada: «Reunión de Educación para analizar la formación continua de los profesores en la RDC». Lo abrí. Era del Ministerio de Educación. Lo leí detenidamente. ¡Pero si era esa misma tarde! Llamé a la secretaria que me pidió mil perdones. La reunión se había convocado unos días antes pero había escrito mal mi dirección de correo electrónico y acababa de darse cuenta. Estaban invitadas todas las cooperaciones internacionales y no podía faltar. «Adiós a mi fin de semana en Brazzaville», pensé. De nuevo llamé a Amable que lo sintió mucho aunque comprendía que lo primero era el trabajo.

—No te preocupes —me dijo riendo, lo cual hizo que me sintiese mejor—. Algún día conseguiremos vernos.

En el correo la secretaria explicaba el orden del día. La reunión la iba a moderar un consultor internacional que había sido contratado por la cooperación francesa, pero cuando llegué al ministerio y vi a Valère organizando los power points sentí que se me paraba el corazón. Aun con todo guardé la compostura, le saludé amablemente y me dirigí a mi silla.

—Buenas tardes —empezó Valère—. Christian no ha podido venir porque le ha surgido un problema familiar, así que esta vez dirigiré yo la reunión.

Las reuniones eran cada vez más sesudas y complejas, pero se iba avanzando en el texto de la estrategia. Terminamos dos horas y media después. Valère se quedó en la sala analizando la propuesta de una ONG estadounidense que había ideado una radio solar para las escuelas del interior del país y yo me marché con el resto de mis colegas. Todavía seguimos el debate en el pasillo hasta que alguien dijo que eran las ocho de la tarde y que deberíamos irnos a casa. Bajamos las escaleras y cada uno se montó en su coche y se fue. Yo intenté buscar al chófer de la embajada pero no le vi por ningún lado. Le llamé por teléfono.

—Pierre, ¿dónde estás?

—En casa.

—Vaya —respondí aturdida, pero rápidamente entendí que Pierre había terminado su jornada laboral y que había regresado al garaje de la cooperación para dejar el vehículo. No lo había previsto.

—Disculpe, madame, pensé que alguien la llevaría de vuelta.

—No te preocupes, Pierre. Ya me las apañaré. Gracias de todos modos. Te veo el lunes, que tengas un buen fin de semana.

Llamé a Livingstone para que viniera a recogerme. Las luces del ministerio ya se habían apagado y la calle estaba muy oscura. No me atrevía a salir de la parcela.

—Tuuu, tuuuu. —No lo cogía. Volví a insistir. De nuevo la misma respuesta—. Tuuu, tuuuu. —Volví a llamar por última vez—. «El móvil está apagado o fuera de cobertura.»

—¡Por Dios, Livingstone, por qué no me lo coges! —Estaba perdiendo la paciencia—. ¿Y ahora cómo voy a casa?

Entonces oí su voz.

—¿Todavía por aquí?

Valère salía del edificio cargado de papeles. Se le veía risueño y muy sonriente.

—Sí, es que no tengo coche y el chófer se ha ido —le respondí, nerviosa.

—¿Te acerco a algún sitio? —me preguntó.

Dudé un instante. No quería que Valère me acompañara a casa. Era mejor guardar las distancias. Bruce me había llamado el día anterior para decirme que ya había comprado el billete. Llegaba a Kinshasa dentro de una semana y media.

—Tengo el coche aquí. Es mejor que te acerque. Es de noche.

Lo cierto es que no tenía alternativa y, viendo el panorama, no tuve más remedio que aceptar. Me monté en el asiento del copiloto y me puse el cinturón. No sabía de qué hablarle. Me sentía incómoda. Él tampoco decía nada. Arrancó y el ruido del motor amortiguó un poco la tensión que se respiraba en el ambiente. Después encendió la radio.

—Ha sido una reunión muy intensa, pero al final hemos sacado cosas positivas, ¿verdad? —dijo rompiendo el hielo—. Ha estado muy bien. Y a ti se nota que te interesa el tema.

—Sí, intento prepararme las reuniones lo mejor posible —respondí en un tono cordial pero distante.

—En la cooperación española estáis haciendo las cosas muy bien —añadió, mientras mantenía fija la mirada hacia delante.

—Sí. Quizá no dispongamos de tanto presupuesto como las demás cooperaciones, pero intentamos que nuestros proyectos tengan el mayor impacto posible en la población más vulnerable.

Pasamos por la avenida Pumbu, donde se encontraba la embajada de Canadá. Era un edificio blanco, muy coqueto, con un banco de madera en la puerta y una enorme bandera ondeando en el interior. De nuevo el recuerdo de Bruce me vino a la cabeza. Tragué saliva. Quería preguntarle a Valère por qué no me había llamado en toda la semana, pero Bruce estaba a punto de llegar a Kinshasa. Estaba hecha un lío y en esos instantes era incapaz de poner orden en mis sentimientos.

—¿Te apetece tomar algo? —me preguntó Valère, nada más acceder al bulevar del 30 de Junio.

—Esto... no, no. Lo siento, Valère, no puedo. De verdad, me gustaría pero no puedo.

—Has dicho que te gustaría. —Y me miró.

—Sí, pero no puedo.

—¿Tienes planes? —volvió a insistir.

—Pues no, la verdad es que no. ¿Y tú?

—No. Tampoco. Esta semana he estado en Kisantu y allí no tenía cobertura. Siento mucho no haberte llamado. Luego han pasado los días y... me pareció un poco violento. No quería molestar.

—No. No. ¡Qué va! No te preocupes. No tenías por qué llamarme. Ya lo hiciste cuando sucedió el golpe de Estado y te lo agradezco mucho. Es más de lo que esperaba.

Noté que Valère se estaba poniendo nervioso y redujo la velocidad. Llevábamos las ventanas abiertas y el calor de la noche creó el ambiente propicio para las confesiones.

—En realidad tenía muchas ganas de llamarte. Sabes, desde que te vi entrar esta tarde en la sala, llevo pensando que... si no llega a ser por el golpe de Estado no te habría llamado. Ésa fue una excusa perfecta. Pero, si te soy sincero, no me he atrevido a llamarte de nuevo. Lo siento.

La respiración se me estaba acelerando, pero no dije nada. Valère señaló a la derecha y se detuvo en el arcén. Antes de seguir hablando, se liberó del volante y agachó la cabeza. A nuestro lado los coches pasaban con mucha velocidad, casi tanto como el torbellino de emociones que se atropellaban en mi cerebro.

—Valère, lo mejor es que me lleves a casa. Otro día podemos quedar, con más tiempo y entonces tomamos algo. Ahora deberíamos ir a descansar. Es viernes y estoy agotada de toda la semana.

—Como quieras.

Arrancó el motor y seguimos el camino.

—Esto... —Valère echó una ojeada hacia mi asiento y enseguida volvió a mirar al frente.

—¿Sí?

—Quería preguntarte si te apetecería navegar este fin de semana por el río Congo. Voy a ir mañana al terreno que he comprado.

Valère acababa de tocar mi punto más débil. No había nada en el mundo que me gustara más que navegar por el río Congo.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —me preguntó cuando llegamos a casa.

El vigilante ya había abierto la reja de la puerta de entrada.

—No. Pero no sé si es una buena idea —le respondí con el deseo a flor de piel para que siguiera insistiendo.

—Entonces, paso a buscarte a las seis de la mañana. Te va a encantar.

—Todavía no he dicho que sí.

—Sé lo mucho que te gusta el río. Igual que a mí. Me lo dijiste en la cena. Además, voy con un grupo de gente. Lo vas a pasar muy bien, y te prometo que el domingo por la tarde te traeré de vuelta a casa, sana y salva, y el lunes estarás en la oficina. Confía en mí.

Esa noche apenas pude dormir. Bruce me llamó por Skype y estuvimos hablando durante más de dos horas. Cada vez estaba más contento en Canadá; era un país agradable y tranquilo y, sobre todo, lleno de oportunidades, aunque su título de ingeniero informático no era válido y tenía que completarlo con algunos cursos en una escuela técnica de Ottawa. En Kinshasa, sin embargo, el Estado sí reconocía su título marroquí, y estaba convencida de que no tendría problema en encontrar trabajo en cuanto llegara. Ya me había puesto en contacto con dos compañías de telefonía móvil que estaban intentando ampliar su negocio en el Congo y a las dos les interesó su currículo.

Después de mi charla con Bruce me fui a dormir, pero antes metí en el bolso una linterna, una toalla y un cuchillo. Valère me había explicado que íbamos a alojarnos en una pequeña choza que alguien había construido en medio de la selva, pero que no había ni agua ni luz, así que tomé precauciones. A las seis en punto de la madrugada bajé al aparcamiento. Valère ya estaba allí.

—Tan puntual como siempre —le dije.

—Buenos días. No podía hacerte esperar —me contestó—. Ahora tenemos que ir a buscar a los demás. Espero que ya estén preparados. —Y arrancó el coche.

Entramos en la 30 de Junio y nos dirigimos hacia el sur. Era tan temprano que apenas había gente por la calle. Sólo unos cuantos congoleños haciendo footing y una moto que se acercaba de frente. De pronto un todoterreno nos adelantó. Iba por medio de la calzada a una velocidad endiablada. Cuando quise darme cuenta vi al conductor de la moto volando por los aires hasta que se estrelló de cabeza a unos diez metros de donde nos encontrábamos. Me quedé impactada. El coche que lo había embestido se dio a la fuga. Le grité a Valère que parara el coche y lo hicimos bastante más adelante. Quería salir en ayuda de aquel hombre que estaba tendido en el suelo chorreando sangre, pero Valère me retuvo.

—Ni se te ocurra.

Le miré con los ojos llenos de lágrimas. Me sentía impotente. A través del cristal vi que aquel hombre se incorporaba un momento y luego volvía a desplomarse.

—Si te acercas, te van a acusar a ti y te matarán a pedradas.

—¡Pero se está muriendo! —dije, desesperada.

Valère siguió conduciendo con el gesto serio.

—Aquí es así. Lo siento mucho, de verdad que lo siento. A veces el Congo puede resultar cruel, pero tienes que entender que ésta es una cultura diferente de la tuya.

Tú misma, si algún día te ves involucrada en un accidente, abandona el coche y huye de allí. De lo contrario, la gente te linchará.

—Pero ¿por qué hacen eso? —pregunté, horrorizada.

—Porque estás en el Congo, Conchín. Aquí no se siguen los parámetros europeos.

Durante todo el trayecto, no dejé de pensar en aquel motorista malherido. Quise imaginar que algún alma caritativa lo habría llevado al hospital y recé para que hubiera salvado la vida. Nosotros seguimos en dirección a Maluku, un pueblo a unos cuarenta kilómetros al este de Kinshasa. Por el camino recogimos a varios hombres: un carpintero, un obrero, un electricista y uno más a quien llamaban «el ingeniero». En el todoterreno no cabía ni un alfiler.

—¿Y toda esta gente? —le pregunté a Valère disimuladamente.

Entonces sacó de su bolsillo trasero una servilleta doblada por la mitad y me la dio. La vez que estuvimos cenando juntos en Chez Mama Colonel, Valère me dijo que le dibujara la casa de mis sueños. Yo cogí una servilleta y diseñé una casa colonial, de una sola planta, techos muy altos, grandes voladizos, columnas en el pórtico y muchas ventanas. Estaba rodeada de árboles frutales, con un camino que llegaba hasta un río muy grande. En ese momento, Valère me estaba entregando aquella misma servilleta.

—¿Y esto? —le pregunté mientras observaba mi propio dibujo.

—Es el plano de mi nueva casa.

No reaccioné. Simplemente me quedé contemplando a Valère que lucía una cara de satisfacción. Enseguida comprendí que aquel no era un hombre de palabras, sino de acción. De todos modos, no quise darme por enterada.

—Pero, Valère, esto no es más que un garabato.

—Garabato o no lo has dibujado tú y así voy a construir esa casa.

Media hora después llegamos a Maluku, un pintoresco pueblo de pescadores junto al río Congo. Mujeres vestidas con paños de colores freían plátanos con carbón vegetal sobre unos hornillos viejísimos. Valère detuvo el coche frente a uno de los tenderetes y me explicó que estaban cocinando *liboke*.

—Es pescado crudo al que se le añade picante. ¿Ves? —Cogió un paquete y me lo mostró—. Lo meten en hojas de banano y lo envuelven. Con el calor del fuego el pescado se cuece al vapor en su propia salsa. Es muy rico.

Valère pidió seis *mabokes* y los guardó en una pequeña nevera que tenía en el maletero y en la que ya había tres barras de pan y un tupper con carne de gacela. Vólvimos a arrancar y nos dirigimos a una fábrica de madera, dentro de cuya parcela aparcamos el coche. A la salida nos esperaba un militar: alto, cuadrado, estaba masticando el tallo de una planta. Llevaba un Kalashnikov en una mano y una porra que usó para apuntarme.

—Tú, mondele. —Me vi reflejada en sus gafas de cristal de espejo—. ¿Sabes que esto es la frontera?

Me pareció una escena que había vivido antes. Por suerte no había sacado ni una foto del paisaje pero, por si acaso, guardé la cámara en el bolso. Detrás de mí salió Valère y el militar se cuadró.

—*Bonjour, professeur.*

—Qué tal, teniente. A partir de ahora me va a ver mucho por aquí. Le he comprado el terreno al jefe Moussabe.

El semblante del militar pareció dulcificarse.

—Me alegro mucho. Era una buena oportunidad y el sitio no puede ser mejor. —Luego se dio media vuelta y de nuevo se dirigió hacia mí—. ¿Y esta mondele? —Se refería a mí—. Mondele, blanca.

—Viene con nosotros —le respondió Valère.

El militar no replicó.

—¿Quiere que llame a monsieur Volaille? —preguntó.

—Sí, por favor.

El teniente se fue corriendo y al rato apareció un joven vestido con bermudas y una camiseta roja llena de sietes en la espalda.

—Buenos días, profesor.

—Buenos días, monsieur Volaille. Necesitamos una canoa grande. Hoy vamos muchos a Maipembe.

El chico se marchó corriendo y regresó en menos de diez minutos.

—Ya está, profesor. Le he preparado la mejor piragua. Si le parece bien la conduciré yo mismo.

Nos dirigimos hacia el río que se extendía enfrente de nosotros como un cristal azulado. En la orilla decenas de niños chapoteaban en el agua bajo la atenta mirada de sus madres. Valère dijo que tenía que volver al coche, se había olvidado la nevera, y se fue un momento, mientras yo me quedé con los obreros esperando junto a la piragua. A mi lado estaba «el ingeniero», quien se rascó la cabeza y estiró los brazos hacia atrás dejando a la vista una enorme panza redonda que apenas cubría una camiseta blanca. Sin venir a cuento empezó a contarme que su mujer se había marchado de casa y que le había abandonado con cuatro hijos.

—Estas fulanas, en cuanto hay vacas flacas, se largan con otros.

—Pero si usted es ingeniero —le interrumpí—. Precisamente a usted deberían irle bien las cosas.

—Bueno, bueno —me contestó acercándose a mi oído—. Todos me llaman ingeniero. —Y se echó a reír—. Pero en realidad soy arquitecto.

—¿Ah, sí?

—Hombre. —De nuevo volvió a reír—. En realidad, quien dice arquitecto dice decorador.

Se colocó la mano en la boca, como si fuera a contarme un secreto, y se acercó todavía más a mí.

—Es que aquí, en el Congo, no puedo decir la verdad porque si se enteran de que soy un simple obrero nadie me respetaría. ¿Entiende?

—Pero ¿usted ya entiende de construcción? —le pregunté también muy bajito. Aquel hombre iba a construir la casa de Maipembe...

—Sí, hombre. He construido cientos de casas. ¿No ve que aquí no hay terremotos?

Mientras esperábamos a Valère una mujer salió de entre unos árboles nos saludó y se metió muy decidida en la piragua. Después llegó un hombre con una caja gigantesca en su cabeza e hizo lo mismo. Aún apareció un tercero: un joven cargado con dos cubos en una mano, dos gallinas en la otra y con expresión de sofoco que se transformó en alivio cuando comprobó que la embarcación seguía en la orilla. Más tarde llegó otro joven e incluso otro más que, al igual que los anteriores, entraron en la piragua aplastando sin piedad mi bolso y acomodándose como podían, unos sobre las tablas que servían de asiento y otros en el suelo o en los bordes. Ya no quedaba ni un hueco libre pero la piragua seguía llenándose de gente ante mi desesperación. Cuando llegó Valère intentó calmarme.

—Tranquila, que no se va a hundir. Aquí es así. Al lado de nuestro terreno hay un poblado y, cuando voy, la gente aprovecha el transporte.

Valère me ayudó a entrar en la canoa y él subió detrás. Nos habían reservado los mejores sitios: dos sillas de plástico en el centro.

Monsieur Volaille tiró del cable del motor y la barca cobró vida en las tranquilas aguas del Congo. Navegábamos hacia el norte, en contra de la corriente, pero a favor del viento que siempre soplaban en la misma dirección. Metí los dedos en el río y me pareció que estaba tocando las nubes que se reflejaban en aquel espejo de agua. Saqué la cabeza para verlas más de cerca y de pronto vi la imagen del padre Joseph. Pegué un brinco sobresaltada. Valère me miró sonriendo y yo le hice una mueca. Debía de ser el sol que me estaba trastornando pero habría jurado que el padre Joseph se estaba diluyendo entre las olas.

Interpreté aquella visión como un aviso del río. Aquí y allá se veían remolinos y me prometí a mí misma no moverme de la silla en lo que quedara de trayecto. No quería que la canoa se desestabilizara y termináramos todos en el fondo del río.

—¡Mirad, un *mbenga*! —gritó uno de los obreros.

¡Un *mbenga*! Un murmullo fue en aumento entre mis compañeros de viaje. Monsieur Volaille detuvo el motor y Valère se puso de pie. Una canoa se estaba acercando. Dentro, un pescador vestido con harapos sujetaba un pez gigantesco que seguía dando coletazos en el río.

—Es un tiburón —me explicó Valère—. Fíjate qué dientes.

El animal se escurrió y cayó al río. Yo pegué un grito de pavor. El pescador tiró de la cuerda y el pez se revolvió en el agua. Nos estaba empapando con cada golpe. Valère y el ingeniero fueron a ayudar al pescador, mientras monsieur Volaille hacía maniobras para que nuestra piragua no volcara. Los tres tiraron de la cuerda, pero la fuerza de aquel bicho era descomunal. Tras unos forcejeos el pescador logró cogerlo del cuello y el ingeniero aprovechó para agarrarlo de la cola. Valère les ayudó a meterlo en nuestra canoa y el animal cayó junto a mis pies, retorciéndose como una boa enfurecida. Dos de los obreros lo cogieron y lo pasaron en volandas hasta el fondo donde se quedó, como un bolso más, moviendo su cola roja y abriendo y cerrando la boca. Cuando regresó la calma Valère entregó veinte dólares al pescador.

—Qué suerte —dijo uno de los obreros—. Ya tiene para todo el mes.

Me acomodé en mi asiento y vi que el resto de la gente hacía lo mismo. El calor era agobiante. En la orilla veía pasar poblados y selva y, en el centro del río, más piraguas y barcasas. Me quedé dormida. No sé durante cuánto tiempo. Cuando me desperté, monsieur Volaille había apagado el motor y la canoa estaba flotando en el agua como si fuera un azucarillo en una taza de té. Valère me señaló un terreno ondulado con un bosque que se perdía en el horizonte.

—Ya hemos llegado a Maipembe. Es allí.

La corriente nos arrastró lentamente hacia la orilla. Cuatro obreros saltaron al agua y atracaron la canoa a unos palos de madera. La gente bajó y empezó a colocarse los bultos sobre la cabeza. Se despidieron de nosotros y se marcharon en fila india por un estrecho sendero de hierbas altas que se perdía en el interior de la selva. Valère me cogió de la mano y ordenó al ingeniero y a sus hombres que nos siguieran. Nos dirigimos hacia la derecha, en paralelo a la orilla, pasamos un riachuelo y luego una larga avenida de palmeras hasta que llegamos a una zona donde el terreno se elevaba. Desde arriba, podía observarse una de las vistas más maravillosas que jamás había contemplado: el curso majestuoso del río Congo desplazándose hacia el más allá.

Valère me cogió la mochila y se metió dentro de una choza deshabitada que alguien había construido en ese promontorio y yo fui detrás de él. El interior estaba muy oscuro, pero al fondo distinguí una cama hecha de palos y dos banquetas de madera sobre el suelo arcilloso.

—Aquí dormirás tú.

—¿Y tú, Valère? ¿Y los obreros?

—No te preocupes. Nosotros estamos acostumbrados a dormir al raso —me dijo señalando el entorno con la mano.

Enfrente de la choza había un mango con ramas repletas de hojas que tenían forma de paraguas. El cielo se veía radiante y la luz, magnífica, envolvía el paisaje y le daba un aire de ensueño.

Un grupo de mujeres vinieron a nuestro encuentro. Dos de ellas me entregaron varios paquetes de chikwangu y un manojo de plátanos. Detrás, llegaron más mujeres y un grupo de hombres que se colocaron frente a mí y empezaron a saludarme con la mano, muy solemnes, como si yo fuera una princesa o una autoridad importante que venía a visitarles. Valère hizo las presentaciones. Eran los ancianos de una aldea cercana que me daban la bienvenida. Después, multitud de niños se abalanzaron sobre las piernas de Valère y le tiraron del pantalón. Él cogió a uno de ellos y lo lanzó al aire entre las risas infantiles de los demás.

La mañana transcurrió en un suspiro y dedicamos la tarde a dar un paseo. Cuanto más caminábamos, más me daba cuenta de lo grande que era el terreno, con estrechos senderos y plantas que nos cubrían la cabeza. Las copas de los árboles rozaban el cielo y el viento soplaban y movía las hierbas como si fueran olas azotadas por el mar. Desde cualquier punto se podía divisar el río Congo. Era un paisaje de una grandeza casi divina.

A las seis de la tarde el sol empezó a bajar y una hora después el río se inundó de colores plateados hasta que la noche nos cubrió con su manto oscuro y sólo me dejaba distinguir los ojos de Valère y sus dientes cuando sonreía. Desde la selva nos llegaban ruidos extraños y susurros que procedían de los matorrales.

—Volvamos —me dijo Valère algo inquieto y le seguí.

Cuando llegamos a la choza los obreros nos estaban esperando. Valère encendió una hoguera y sacó de la nevera la carne de gacela, el pan, unas cervezas y un manojo de plátanos y los repartió entre todos. Después, los obreros se marcharon y nos dejaron solos. Valère cogió una silla y se sentó a mi lado mientras mirábamos el fuego que cada vez era más vivo. Abrió una lata de cerveza y seguidamente me rodeó con el brazo.

—¿Sabes una cosa?

—Qué —respondí intentando aparentar cierta frialdad, aunque no hice ningún esfuerzo por escabullirme y me acurruqué en su hombro.

—Quiero construir nuestra casa justo aquí.

Le miré y fruncí el ceño. Aquel «nuestra casa» me produjo inquietud.

—Pero, Valère, si apenas nos conocemos.

—¿Y qué quieres saber de mí? —me preguntó, divertido, mientras se acercaba todavía más y apoyaba su cabeza en la mía.

—Pues no sé. —Me quedé contemplando las luciérnagas que flotaban en el aire como estrellas solitarias—. Por ejemplo —dije en tono de broma—, me gustaría saber qué hacía tu padre cuando era joven. ¿Trabajaba?

En ese momento Valère retiró su brazo de mi espalda y su tono se volvió rudo, casi descortés.

—Mi padre era un hombre excelente —dijo.

De pronto me acordé de que acababa de morir. Me lo había contado esa misma tarde mientras paseábamos pero se me había olvidado por completo. Me dolió mi

falta de tacto, pero él se mostró comprensivo.

—No te preocupes. Mi padre era cazador; de hecho, fue uno de los mejores cazadores de mi pueblo. Pero con los años fue perdiendo agilidad y tuvo que buscarse varios empleos. Hacía de todo, cazaba en la selva, arreglaba cacerolas, reparaba bicicletas, elaboraba aceite de palma y confeccionaba camisas que luego vendía mi madre en el mercado. Era un hombre muy inteligente y estaba dotado de una energía casi sobrehumana.

—Valère, disculpa que vuelva a preguntarte, pero no me dijiste de qué murió.

Estaba siendo demasiado indiscreta pero deseaba conocer más detalles de su vida. Él se dio cuenta y, lejos de molestarse, sonrió.

—Se cayó de una palmera cuando recogía vino de palma. Se partió la columna vertebral y murió a los pocos meses.

—Oh. Vaya. ¡Qué horror! Lo siento mucho. ¿Y tu madre? ¿Sigue viva?

Valère se quedó serio, reflexivo, quizá repasando la película de su vida.

—No. Murió poco después de una malaria cerebral.

—Yo nací el año que los belgas abandonaron el país, justo cuando el Congo dejó de ser el Congo belga para convertirse en la República del Congo.

A la luz de la hoguera veía el rostro de Valère, su expresión serena, su mirada inteligente.

—Y, además, ese día sucedió algo increíble —añadió.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasó? —le pregunté.

La sombra que proyectaba su cuerpo pareció agrandarse y, con una sonrisa de orgullo, respondió:

—Que mi padre mató un leopardo.

Valère estaba a gusto contándome su vida. No quise interrumpirle, y mi imaginación se trasladó hasta su pueblo, en el norte del Congo.

—Ese día mi madre se fue al campo para terminar de preparar la cosecha de maíz y de mandioca —siguió relatando—. Era su último mes de embarazo. La pobre mujer estaba recogiendo las hojas de bitekuteku y fumbwa cuando notó las primeras contracciones. Pensó que el parto sería al día siguiente, pero se equivocó. Rompió aguas allí mismo. Estaba lejos de la aldea, así que se tumbó debajo de un baobab y rezó para que alguien pasara por allí, quizá alguna vecina rezagada. Pero no hubo suerte.

Me acomodé en mi silla y tomé un trago de cerveza. El cielo se había plagado de estrellas y a la luna la rodeaba un manto de nubes.

—Madre mía, Valère. Qué valiente. Dio a luz ella sola —le dije.

—Sí. Aquí en África es así, sobre todo en el campo.

Por mi mente pasó la imagen de su madre cogiendo el machete que llevaría atado al haz de leñas y cortando el cordón umbilical. Luego envolvería a su bebé en unas hojas de banano, sin más testigos que los pájaros que revoloteaban en las ramas y las salamanquesas que la observarían desde las piedras polvorientas. Me la imaginé regresando a su aldea dejando a su paso un reguero de gotas de sangre que se irían mezclando con la tierra roja del camino.

—Es impresionante. Qué coraje el de tu madre.

—Y encima me llevaba en brazos —añadió Valère—. En cuanto las mujeres de la aldea la vieron llegar, salieron corriendo a socorrerla. Pegaban gritos de júbilo y no sólo porque yo había nacido. También porque ese mismo día, como te dije, mi padre había cazado un leopardo y el pueblo entero lo estaba celebrando.

Imaginé las hogueras encendidas y los tambores resonando en medio de la selva.

—Menuda casualidad.

—Eso mismo pensó el jefe del poblado, que vio en aquella coincidencia una prueba de que los ancestros me habían bendecido y, en medio de la fiesta, se ajustó su gorro de leopardo y convocó a los ancianos del clan.

—¿Los ancianos del clan? ¡Como en las películas! —exclamé, emocionada.

Ya estaba viendo a aquellos ancianos llegar desde todos los rincones de la selva buscando acomodo bajo las ramas de una ceiba. Seguro que las mujeres les llevaron frutos de safú cocidos y vino de palma para que el tiempo se les hiciera más llevadero. Me quité las botas y crucé las piernas encima de la silla. No quería perderme ni un detalle de la historia de Valère.

—¿Y qué pasó después?

—Pues que los ancianos estuvieron debatiendo horas y horas. Al final concluyeron que yo tendría las mismas cualidades que el animal que mi padre había matado.

—Ya veo. —Busqué a Valère con la mirada—. Los leopardos son astutos, valientes...

—Mi padre me explicó —continuó él— que lo que pretendían decirme los ancianos era que, si alguna vez llegaba a ser un hombre poderoso, nunca debería abusar de ese poder sino que tendría que usarlo en beneficio de los demás. Y precisamente para que nunca olvidara esa enseñanza empezaron a buscar un nombre para mí.

—Y te pusieron Valère —le interrumpí.

—No, no. Ese nombre me lo puso mi abuelo porque era el nombre cristiano que estaba de moda en aquella época. No. Fue un debate muy arduo. Los ancianos rebuscaron entre los nombres de mis antepasados; repasaron el linaje de mi familia, los nombres de los padres de mis padres que habían sido los mejores cazadores de la región. Y al día siguiente, fruto de aquella deliberación, decidieron llamarme Molombe, que en el idioma local de mi pueblo, que es un dialecto del lingala, quiere decir «el héroe». Claro que mi madre, que me quería mucho, añadió Ebebe que significa «el hermoso» o «guapo».

Valère Molombe Ebebe Munsya creció bajo la sombra tupida de los árboles del Congo ecuatorial, escuchando el ulular cadencioso de los búhos y el murmullo sosegado e incesante del río Ngiri. A los cuatro años acompañaba a su abuela en la canoa a pescar protópteros y siluros. A los cinco, trabajaba en el campo con su madre plantando matembele y cacahuetes. Y a los seis, su padre le introdujo en el mundo de la caza.

—Quería que siguiera la tradición familiar. Y de verdad, era bastante bueno. ¿Sabes que con doce años cacé una gacela? Fue una proeza, te lo aseguro, porque es uno de los animales más difíciles de cazar.

Sentí que a Valère le temblaba la voz de la emoción. A la luz de la hoguera me pareció que su rostro se rejuvenecía hasta convertirse en el de aquel niño que era él mismo en su recuerdo.

—En cuanto vi esa gacela supe que era mía. La seguí hasta lo más profundo de la selva. Corrí sin parar, salté arroyos, sorteé las lianas que colgaban de los árboles, me corté con las hojas silvestres que me provocaron unas heridas terribles en las piernas, me resbalé con las hojas húmedas que tapizaban el suelo. Me caí una y otra vez. Pero siempre volvía a levantarme. Hasta que la tuve frente a mí. Todavía me acuerdo de su mirada. La gacela se quedó quieta en el interior de un claro. Yo arrojé mi lanza y cayó abatida en el acto. Me sentí muy satisfecho y me fui al pueblo a contárselo a mi madre. ¿Y sabes lo que me dijo?

A nuestro alrededor no se oía ningún ruido. La naturaleza entera estaba pendiente de su respuesta.

—No. ¿Qué te dijo?

—Que debía elegir el mejor trozo del venado, pero que el resto tenía que compartirlo con la gente del pueblo, que esa era la ley en mi tierra de origen. Sin embargo, lo que más ilusión me hizo fue que mi padre decidió que ya estaba preparado para cazar hipopótamos.

—¿Había hipopótamos en tu pueblo? —le pregunté, fascinada.

—Oh, sí. Había muchísimos. Ahora han desaparecido a causa de los cazadores furtivos que han acabado con todo, pero cuando yo era niño comíamos mucha carne de hipopótamo. ¿Por qué crees que los congoleños somos tan fuertes? —Se subió la manga y me mostró unos bíceps grandes como montañas—. Porque nos hemos alimentado con las frutas de los árboles, el pescado del río y los monos de la selva. ¡Y todo fresco!

—¿Qué historia, Valère! Jamás te habría imaginado cazando hipopótamos.

—Pues sí. En mi pueblo era lo normal —recalcó con cierta nostalgia.

—¿Y no ibas al colegio?

—Sí.

—¿Y a qué años empezaste?

Supongo que hice esa pregunta por deformación profesional. Durante esos meses había estado leyendo cientos de informes sobre la educación en el Congo.

—A los seis años y medio empecé la escuela primaria.

—Te lo pregunto porque no sabía que en esa época hubiera colegios en la selva.

—Sí. Verás. En aquellos años, aunque la administración colonial belga ya había abandonado el país, los misioneros seguían manteniendo todavía una importante

presencia. A unos veinte kilómetros de mi aldea había una misión y los curas dirigían la única escuela de toda la región.

—¿Y todos los niños iban a la escuela?

—No, qué va. Casi ninguno. Era rarísimo ir al colegio. De mi familia sólo fui yo.

—Vaya, ¿y por qué sólo tú? —pregunté ingenuamente.

Valère me miró de soslayo.

—Porque mis padres no tenían medios y en la cultura africana se elige al que tiene más posibilidades de salir adelante. Mis padres pensaron que yo era el más inteligente de mis hermanos y, con mucho esfuerzo y sacrificio, me enviaron a estudiar, pero con la condición de que, una vez terminara los estudios, ayudara al resto de la familia.

—¿Y cómo fue?

—Estuve cinco años internado y fue la mejor experiencia de mi vida. Fue como estar en un oasis de razón en un mundo sin lógica alguna. Porque, en mi pueblo, a nadie le extrañaba que hubiera hombres-cocodrilos o que los espíritus habitaran en la selva o que las sirenas se comieran de un bocado a los pescadores.

—También es bonito vivir en un mundo sin lógica. ¿No crees, Valère? —le susurré al oído.

—Pues sí. Yo de hecho, al principio, estaba muy confundido y no sabía qué creer, si en mis tradiciones ancestrales, si en lo que me contaban los curas sobre el Espíritu Santo. Hasta que mi profesor, el padre Jan, me introdujo en el mundo de la filosofía. Leí a Kant, a Sartre, a Platón... Y al final decidí que quería ser filósofo para entender el sentido de la vida.

Valère terminó primaria siendo el primero de su clase. Hablaba y escribía perfectamente francés y su nivel de latín era excelente. El último día de colegio el padre Jan le entregó su título y Valère se marchó alegre y ufano a su pueblo. Cuando llegó, las mujeres le despojaron de todo rastro de vestimenta occidental y le pusieron una rafia y collares y le embadurnaron la cabeza con caolin. Después, le hicieron dibujos en el pecho con colores ocres y el jefe tribal le invitó a beber vino de palma en su choza y a comer el pescado que esa misma mañana le habían preparado junto a unas hierbas amargas.

—Estaba en una nube. Por la noche regresé a la choza de mis padres y les conté que me habían dado una beca para continuar estudiando secundaria con los misioneros de Scheut en la misión de Bangabola.

—Debían de estar muy orgullosos de ti.

—Pues mi padre sólo dijo un lacónico: «¿Tan lejos?». Que él recordara, nunca nadie en la aldea había llegado hasta allí. Mi madre pensó que me iba a morir por el camino. Fíjate. Sólo tenía catorce años.

—¿Y qué ocurrió? —le pregunté atrapada en su relato.

—Los días siguientes fueron muy duros para mí. Recibí una presión continua por parte de mi familia. Mi padre quería quitarme de la cabeza la idea de ir a estudiar, pero yo seguía firme en mi decisión de ser filósofo y, al final, accedió. Incluso me fabricó una piragua para que fuera navegando por el río. El día que me marché fue muy triste.

—Dios mío. Puedo imaginármelo. Me estoy emocionando yo también —le comenté—. Pero perdona, Valère, que te estoy interrumpiendo.

—Fue una mañana de septiembre. Mi madre me despidió en la orilla con un nudo en la garganta. Mi padre me abrazó con lágrimas en los ojos, y después mis siete hermanos, mis tíos, mis primos y los amigos del poblado. Mi tío me preguntó cuándo volverían a verme y no supe qué responder. Aquel colegio estaba lejos, muy lejos. Más allá del río Ngiri, del Ubangui y del río Congo. De hecho, no estaba seguro de cómo llegar hasta allí. Jamás había hecho un viaje tan largo. Antes de que la piragua desapareciera en el horizonte vi a mi madre por última vez. Se arrojó al suelo y comenzó a llorar desconsoladamente. Oí sus gritos de dolor durante unos momentos, hasta que sus llantos dieron paso a los trinos de los pájaros. Miré al cielo, cubierto de nubes grises. Entonces me di cuenta de que estaba completamente solo, remando a contracorriente, en medio de una inmensa masa de agua.

—Valère, qué valiente eres. No tengo palabras. ¿Y cómo llegaste hasta allí? ¿Conocías el camino?

—No. No tenía ni idea. Pregunté a los pescadores que me fui encontrando a lo largo del trayecto. Unos me decían que tenía que avanzar hasta Mbandaka. Otros, que debía atravesar el río Congo. Otros me aconsejaban que volviera a casa, porque nunca sería capaz de llegar hasta allí. Me perdí varias veces. Por las noches me acercaba a la orilla y dormía junto a la piragua, sobre el suelo, bajo una mosquitera. Si hacía frío, encendía una hoguera. Si tenía hambre, fabricaba un tirachinas y mataba dos o tres pájaros que luego comía fritos o a veces crudos. También tenía mi lanza y en el río abundaban los peces. El viaje fue largo y penoso. Me dolían los brazos y me salieron llagas en las manos. Pero varios días después, agotado y con varios kilos de menos, llegué a Bangabola. Allí me quedé otros dos años. ¿Y sabes? De nuevo volví a ser el primero de la clase.

En aquel momento pensé que, si Valère hubiera estudiado secundaria cerca de algún centro de investigación de la NASA, es muy probable que se hubiera inclinado por el estudio de la astrofísica. Pero en aquel rincón de la selva congoleña, a finales de los setenta, en un medio eclesiástico, la única puerta que se le abría a la investigación era proseguir con aquello que ya había iniciado: la filosofía.

—Los misioneros vieron mis buenas notas y me preguntaron por qué no me dedicaba a la vida religiosa, pero yo estaba convencido de que quería ser filósofo, así que terminé mis estudios en otra misión que se encontraba en Bolongo y de ahí pedí la inscripción en la facultad de filosofía en la Universidad de Lubumbashi y, como me concedieron la beca, me fui a estudiar allí.

—Qué bien. Finalmente conseguiste tu sueño, Valère. ¿Y qué pasó después?

—Tras obtener el título me fui a trabajar a Kinshasa. El Zaire gozaba por entonces de una relativa calma. Trabajé seis meses dando clases de filosofía en un instituto del barrio de N'Djili hasta que una tarde recibí una llamada: era un antiguo profesor de la universidad que acababa de ser nombrado ministro de Educación. Conocía mi currículo y quería ficharme para trabajar en su equipo.

—¿Y aceptaste el trabajo?

—Sí. Lo acepté. Tenía veinticinco años, y me convertí en el consejero ministerial más joven del Zaire. Pero dio la casualidad de que unos meses después recibí una carta de la Universidad Católica de Lovaina en Bruselas. Mucho antes de empezar a trabajar había solicitado una beca para comenzar el doctorado. Pero había pasado tanto tiempo que ya lo había olvidado. Sin embargo, justo en ese momento, decidieron concedérmela. Entonces me encontré ante un terrible dilema: o seguía en el Congo, en un trabajo que estaba muy bien remunerado, o me marchaba a estudiar filosofía a una de las universidades más prestigiosas de Europa.

—¿Y qué hiciste?

—Fue una decisión muy difícil. Consulté a mis amigos e incluso viajé a mi pueblo natal para conocer la opinión de mis padres. Estuve reflexionando durante noches enteras. Al final decidí marcharme, con la idea de volver a los cinco años, cuando hubiese defendido la tesis doctoral.

Según las fechas que estaba oyendo, calculé que Valère había viajado a Europa pocos meses antes de la caída del muro de Berlín. Recordé que en aquel momento proliferaban las concertaciones nacionales en numerosos países africanos.

—En Bruselas yo me dediqué en cuerpo y alma a preparar la tesis. Pero, por las tardes, veía la televisión, y las noticias que llegaban desde el Zaire me dejaban de piedra. Los índices económicos caían en picado; a los funcionarios se les debían no sólo meses atrasados, sino años enteros, también a los militares, y la hiperinflación estaba arruinando a todas las capas de la población. Mis amigos me escribían con frecuencia y yo leía una y otra vez esas cartas sin poder dar crédito al nivel de descomposición que estaba alcanzando mi país. Era el final del mobutismo y el régimen se estaba desmoronando. Luego llegaron los pillajes. La gente saqueó todo lo que pudo. En los edificios sólo quedaron estructuras humeantes semiderruidas. Y cadáveres por las calles. Kinshasa era una ciudad sumida en el caos. Por si fuera poco, dos años después volvieron a repetirse las mismas escenas de saqueo. Kinshasa quedó totalmente destruida.

—¿Y qué hiciste tú?

—Como no podía volver a mi país, después de defender la tesis tuve que prolongar mi estancia en Bruselas. Me sentía desanimado, pero no sólo yo. ¡Toda la colonia zaireña en Bélgica! El Zaire estaba dejando prácticamente de existir.

Valère me contó que acudía a reuniones en el barrio de Matonge, en el extrarradio de Bruselas. Allí, los jóvenes e intelectuales zaireños intentaban encontrar una salida al desorden de su país. Pero todas las propuestas chocaban una y otra vez con el muro de la realidad. Nada podían hacer a miles de kilómetros de distancia, salvo ser testigos mudos del desastre. Cada año que pasaba el Zaire se iba hundiendo cada vez más en el abismo. Luego llegó el genocidio de Ruanda, la posterior huida de dos

millones de hutus hacia el Zaire, la ofensiva de Kabila para derrocar a Mobutu, el cambio de nombre de Zaire a República Democrática del Congo y el asesinato de Kabila en 2001 que dio paso a que su hijo, Joseph, ocupase la presidencia de la república.

—Valère, ¿y tú qué hiciste durante esos años en Bélgica?

—Trabajé en un instituto como profesor de francés y filosofía.

Me imaginaba a Valère a la salida de sus clases yendo a las cafeterías de comida tradicional congoleña para poder sentirse como en casa y sofocar así sus ansias de regresar a su tierra con su gente.

—Mi cabeza era un hervidero de ideas. Pensaba en cómo podría contribuir para hacer resurgir al Congo de sus cenizas. Todas las semanas me reunía con un grupo de congoleños con los que comentaba los cambios bruscos que se iban sucediendo. Y al final decidimos fundar un nuevo partido político, al que llamamos mire, que quiere decir Movimiento Independiente para la Reforma. Votamos y salí elegido presidente. Así que, con la vista puesta en las primeras elecciones democráticas, me despedí de mi trabajo, vendí mi coche, dejé mi casa y cogí un avión rumbo al Congo para preparar la campaña electoral.

—Pero ¿por qué complicarte la vida? Tú estabas bien en Bruselas. ¿Por qué no adquiriste la nacionalidad belga y te quedaste allí tranquilamente?

Valère reflexionó un segundo antes de contestarme.

—Porque yo soy congoleño. No quiero cambiar de nacionalidad.

—Está bien, lo comprendo —le dije—. Bueno, y qué pasó después. De repente lo dejas todo y te plantas en el Congo.

—Sí, bueno, como te iba contando, con el dinero que había ahorrado en Bruselas me compré un micrófono y unos altavoces de sonorización, y me lancé a las calles de Kinshasa a explicar nuestro programa electoral. Estaba ilusionado porque la gente parecía entender el mensaje, me aplaudían en cada mitin, se ponían las camisetas del partido y coreaban nuestro eslogan: «Hacer la política de otro modo». Yo estaba muy contento porque la gente me gritaba: «¡Te vamos a votar!». Les hablaba de honradez, de trabajo duro, de acabar con la corrupción y de poner las riquezas del país al servicio de la población. Pero cuando llegó el día de las elecciones no salí elegido.

—Oh, cuánto lo siento —le dije con un profundo pesar.

—Mi decepción fue inmensa. Enseguida comprendí que mi país no estaba preparado para la democracia. La gente no votaba un programa político, sino en función de los regalos que recibían de los partidos y de la tribu a la que pertenecían los candidatos.

Pude sentir el desánimo en sus palabras. Me fijé en las pequeñas arruguitas que se formaron debajo de sus ojos. Intentaba sonreír, pero la sonrisa se le borró rápidamente de la cara y se sumió en sus pensamientos. Le contemplé durante unos segundos más. Él, al menos, lo había intentado con todas sus fuerzas, como cuando cazaba gacelas en su pueblo y recorría la selva hasta conseguir las. Pero, al contrario que entonces, cuando presentaba la presa con orgullo a su familia, ahora lo había perdido todo: su trabajo, su coche, su casa, el futuro que tenía asegurado en Bruselas... En el fondo, seguía siendo aquel niño que deseaba mejorar la vida de los hombres tal y como le habían dicho los ancianos de su aldea. Pero la gente en la que creía, por la que lo había dado todo, su propia gente congoleña, le había dado la espalda.

—¿Y qué ocurrió después?

Valère levantó la mirada y bebió un poco de agua. Apenas había probado la carne. Cogió la lata de cerveza y tomó un trago. Después se limpió la espuma con la mano.

—Los meses que siguieron a la decepción electoral fueron tremendamente duros para mí. Empecé a caminar por las calles de Kinshasa pensando en mi futuro, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Unos meses después me enteré de una oferta de trabajo en una agencia de la ONU, me presenté y fui contratado como especialista en la evaluación de proyectos relacionados con la prevención del sida. Poco después salió otro puesto más acorde con mi perfil: era un trabajo de consultor en el Ministerio de Educación con financiación del Banco Mundial. El ministro de Educación quería mejorar el sistema educativo, que quedó destrozado después de la guerra, y necesitaban a alguien capaz de liderar un equipo de expertos en educación. Presenté el currículo, me hicieron una entrevista y a los pocos días me contrataron.

—Y hasta hoy.

—Exacto. Aquí estamos intentando poner en marcha la Estrategia para la Reforma del Sistema Educativo Nacional.

—Sí, esta parte de tu vida la conozco, Valère. ¿Y sabes lo que pienso? Que desde tu puesto estás haciendo mucho por tu pueblo. Mejorar la educación es la mejor forma de ayudar al desarrollo de un país.

—Lo sé. Por eso me vuelco en cuerpo y alma en mi trabajo. Al principio, como el ministerio no tenía suficiente dinero para llevar a cabo la Estrategia, necesitábamos el apoyo de los organismos y las cooperaciones internacionales. Muchos desconfiaron de aquella iniciativa gubernamental, pero pronto empezaron a verse los resultados. La estrategia comenzó a tomar forma y los técnicos internacionales enseguida comprobaron que no estábamos vendiendo humo, sino una propuesta seria. La financiación empezó a llegar, y ahora, como bien sabes, vamos a poder construir miles de escuelas, formar a los profesores, imprimir manuales escolares y, lo más importante, vamos a intentar bajar las tasas para que todos los niños del Congo tengan la oportunidad de ir a estudiar. Espero de verdad que los resultados puedan verse en pocos años.

El fuego de la hoguera estaba a punto de extinguirse, pero yo seguía hipnotizada escuchando a Valère. Él dejó de hablar y de nuevo se hizo el silencio. Se suponía que ahora vendría el turno de contarle yo algo de mi vida, pero me hallaba bloqueada pensando en la historia que acababa de escuchar. Valère era un hombre inteligente, con una absoluta pasión por la dignidad, un hombre capaz de reponerse a sus propias derrotas y que, salido de la selva, había sabido elevarse por encima del destino que le aguardaba en su aldea. Se había convertido en un gran intelectual y, con su trabajo, había conseguido estar a la altura del nombre que le habían puesto los ancianos el día que nació: M'olombe, el héroe.

A la mañana siguiente me desperté con el trino de los pájaros. El aire de la mañana olía a flores y enormes mariposas revoloteaban juguetonas a través de la ventana de la choza. Me levanté de la cama y salí de la mosquitera mientras veía los lagartos subir y bajar por las paredes. Me vestí rápidamente, cogí la mochila y salí afuera. Valère me estaba esperando en la puerta.

—¿No quieres ducharte? —me dijo mientras me entregaba una toalla.

—No sabía que había agua.

—Sí, allí hay un manantial. Es agua que sale directamente de la tierra. Es buena. Por eso este lugar se llama Maipembe. En lingala quiere decir «agua clara».

Cogí la toalla y me fui al lugar había señalado Valère, detrás de unos arbustos. Me metí en el estanque y me bañé en aquella agua cristalina. Después me vestí, cogí mi mochila y me dirigí hacia la orilla. El río Congo se extendía como una plancha de aluminio agitada por el viento. Valère y los obreros me estaban esperando en la canoa. Subí y me senté en mi silla de plástico. El viaje de vuelta transcurrió sin contratiempos y al mediodía ya estábamos en Maluku. Fuimos andando hasta la concesión maderera donde habíamos guardado el coche, saludamos a los militares, comimos unos *mabokes* que compramos en un tenderete y nos dirigimos a Kinshasa. Había poco tráfico en la ciudad y enseguida llegamos al edificio de mi casa. *Papa Victor* nos abrió la puerta de rejas y entramos en el aparcamiento. Eran casi las tres de la tarde. Valère tenía que dejar al «ingeniero» y al resto de los obreros en distintos puntos de la ciudad. Por eso la despedida fue rápida.

—Te llamo esta semana —me dijo mientras me bajaba del coche.

—Genial. Muchas gracias por todo.

Cerré la puerta del vehículo y las imágenes del fin de semana vinieron a mi mente. Me lo había pasado estupendamente con Valère. Veíamos la vida del mismo modo, nos reíamos de las mismas cosas y teníamos gustos similares. La vida a su lado parecía de color de rosa.

Subí las escaleras porque habían cortado la luz y el ascensor no funcionaba. Pero me daba igual. Saqué la linterna del bolso y enfoqué hacia la escalera. Delante de mí vi corretear a un par de cucarachas gordas. En otro momento las hubiera aplastado con el pie, pero me sentía feliz y dejé que siguieran su camino. Yo subía los escalones como una adolescente enamorada. Cuando llegué a mi apartamento me costó abrir la puerta; era difícil ver entre aquella oscuridad pero al final conseguí meter la llave dentro de la cerradura. En el salón se oía el sonido de mi móvil y una lucecilla me indicaba que lo había olvidado encima de la mesa. Fui rápidamente a cogerlo. Era Bruce.

Preferí no responder y dejé que el móvil siguiera sonando unos segundos más. Me había olvidado por completo de Bruce. El aire acondicionado había dejado de funcionar y en cuestión de segundos sentí un calor tan asfixiante como el silencio que reinaba en el salón. Cogí la linterna y me fui hasta el armario de madera que estaba al fondo. En el último de los cajones debía de estar el sobre amarillo. Empecé a buscar entre los papeles. Parecía una asmática en pleno ataque de asfixia buscando un Ventolín. Cuando encontré el sobre lo abrí con las manos temblorosas. Sí. Dentro estaban las fotos. Las enfoqué con la linterna y empecé a mirarlas detenidamente. Bruce y yo en la Medina de Casablanca. Bruce y yo en la plaza Jemaa el Fna en Marrakech. Bruce y yo sentados en la terraza de la Kasbah de Rabat... Las miré una y otra vez para intentar recuperar ese sentimiento de amor que, estaba segura, alguna vez había tenido hacia él.

De pronto volvió a sonar el teléfono.

—¡Bruce! —respondí.

—Pero ¿dónde has estado? Ha sido imposible localizarte en todo el fin de semana.

—Disculpa. Es que... —De pronto me di cuenta de que había olvidado decirle que iba a estar fuera—. He estado en el río con unos amigos y como allí no hay cobertura me dejé el móvil en casa. Acabo de llegar.

—¡Ah! Bueno. Menos mal. Me tenías preocupado.

—Dime, qué quieres —dije sin más.

—Verás —respondió sin percatarse de mi indiferencia—, te llamo porque es que estoy muy nervioso. Sólo queda una semana y dos días para que vaya a Kinshasa y a medida que se aproxima la fecha me pongo a temblar. He acudido al psicólogo, porque aquí todo el mundo va al psicólogo, ¿sabes? Y me ha dicho que, después de los traumas que sufrí durante la guerra, lo mejor es que me quede en Canadá. Todavía no estoy recuperado y necesitaría seguir un tratamiento. Sólo te lo cuento para que sepas el sacrificio que estoy haciendo.

Cuando colgué pensé que me iba a estallar la cabeza. Bruce estaba a punto de abandonar su vida de ensueño para venir conmigo al infierno de Kinshasa. Las cosas iban a desarrollarse tal y como lo habíamos planeado cuando nos despedimos en Marruecos. Entonces ¿qué me pasaba? ¿Por qué no me alegraba? Hubo un momento en que creí que me ahogaba.

Debía pensar alguna solución. Pero ahora no. Ahora no tenía tiempo. Debía centrarme en mi trabajo. Al día siguiente me esperaba la plana mayor del Ministerio de Salud y no podía distraerme con futilidades. Se iban a tratar temas muy serios y debía tener la mente despejada. Bruce tenía que pasar, obligatoriamente, a un segundo plano.

El ruido del generador anunció la llegada de la luz, así que encendí el interruptor y el salón se iluminó.

—Bien. Así puedo repasar los apuntes —me dije. Cogí el cuaderno que tenía encima del sofá y empecé a leer:

«El Gobierno congoleño sólo aporta el cinco por ciento de su presupuesto a salud.

»Consecuencias: han reaparecido enfermedades que deberían estar erradicadas como la polio y el cólera.

»Sigue habiendo tifus, lepra, tripanosomiasis y oncocercosis.

»El sida es endémico y el paludismo, la principal causa de mortalidad.»

Durante dos horas estuve estudiando los datos y repasando los power points que había preparado la semana anterior hasta que, al final, el sueño me empezó a vencer. Cené un poco de pescado que tenía guardado en la nevera, preparé la documentación que iba a necesitar al día siguiente y me fui a la cama pensando únicamente en la reunión.

A la mañana siguiente, en el Ministerio de Salud, ya me esperaba el secretario general en la sala de reuniones. Nos saludamos y me presentó a los directores de los tres hospitales más importantes de Kinshasa que, al igual que nosotros, también habían llegado un poco antes de la hora. Después fueron entrando los directores de los distintos programas de salud, el médico inspector jefe y los directores de los programas de medicamentos.

—Buenos días —comenzó diciendo el secretario general una vez que todo el mundo se hubo colocado en su sitio—. Hace unas semanas que la Cooperación Española abrió sus puertas en Kinshasa y, aunque han solicitado varias veces una reunión con nosotros, hasta hoy ha sido imposible coordinar las agendas de todos. Disculpe, señorita, pero más vale tarde que nunca.

Después me cedió la palabra. Los ojos de aquellos hombres me miraban con curiosidad. Era la única mujer de la sala y también la única blanca.

—No se preocupe, señor secretario general. Lo comprendo perfectamente —le respondí—. De todos modos, gracias por recibirme y por organizar esta reunión que para la Cooperación Española es de suma importancia. Todos sabemos que el sector salud es uno de los más débiles del país, a pesar de las grandes inversiones realizadas para financiar la reconstrucción posbélica. Por ese motivo, hemos decidido apoyar al Gobierno del Congo para mejorar la salud de los ciudadanos congoleños, especialmente la salud de las personas más débiles y vulnerables.

El reto era inmenso. En la República Democrática del Congo todos los indicadores de salud se encontraban entre los peores del mundo. Durante la reunión expliqué

brevemente el Plan Director de la Cooperación Española y después pasé a desgarnar los distintos proyectos que estábamos financiando y el impacto que estaban teniendo en la población. Sólo Monkole, un hospital financiado en buena parte por fondos españoles, atendía a más de un millón de personas, la mitad de ellas menores de quince años. Pero además estábamos subvencionando varias construcciones en el hospital Saint Joseph, íbamos a restaurar varios centros de salud situados en los barrios más pobres de la ciudad y habíamos concedido dinero a las Hermanas Hospitalarias que dirigían Telema, el único hospital de Kinshasa donde se atendía a los enfermos mentales. En el este del país, la Cooperación Española había apoyado la construcción del hospital de referencia de Jomba-Bugusa logrando reducir en un porcentaje considerable las espeluznantes cifras de mortalidad materno-infantil que se producían en aquella zona y habíamos financiado una parte importante del Centro de Reeducción para Discapacitados Físicos que se había convertido en el hospital de traumatología más importante del Congo gracias a la buena gestión de las misioneras españolas del Sagrado Corazón.

Durante la hora siguiente estuve explicando los proyectos que la Cooperación Española había financiado en el pasado y los planes que teníamos para el futuro. Dos horas y media más tarde, y después de haber respondido a las preguntas de aquellos expertos en salud, dimos por concluida la reunión. A la salida intercambiamos nuestras tarjetas y elaboramos un calendario para poder reunirme con cada uno de ellos durante las semanas posteriores.

Ya en el coche empecé a repasar la agenda de esa tarde. A las seis, había apuntado «Orquesta Kimbanguista». Era aquella noticia que había recortado del periódico, la única orquesta de África Central compuesta sólo por africanos. Me puse a escribir un mensaje a Livingstone para que viniera a buscarme a la oficina a las cinco. Cuando le di al botón de «enviar» levanté la vista y de repente me fijé en algo extrañísimo: en el arcén dos hombres salían de un taxi destartado. Estaban sacando, envuelto en una sábana, lo que parecía... ¡un ser humano!

—Pierre, ¿has visto eso? —exclamé, horrorizada—. ¡Están sacando un muerto del taxi!

—Sí, madame —me respondió—. Es que la morgue está ahí—. Y me señaló un edificio blanco.

Era el Mama Yemo, el hospital público más grande de Kinshasa y de toda la República Democrática del Congo. Le pedí a Pierre que parara el coche. A través de la ventanilla vi que aquellos hombres arrastraban el bulto por la calle. Luego entraron por la puerta del hospital.

—Pierre, para el coche. Quiero ir a ver.

—Pero, madame, no la van a dejar entrar —me advirtió.

—¿Por qué? —le pregunté, extrañada.

—Porque no ha pedido cita con nadie para que le enseñen el hospital.

—Precisamente por eso. Quiero verlo un día normal, sin protocolos.

Le dije a Pierre que me esperara en la calle y entré en el hospital. Lo primero que me impactó fue el hedor que desprendía. Era nauseabundo y me obligó a contener la respiración desde la entrada. Después, la suciedad. Las paredes debieron de ser blancas algún día, pero ahora colgaban de ellas unas gigantescas telas de araña que habrían hecho las delicias de cualquier entomólogo. Empecé a vagar por los pabellones de las distintas especialidades. Tuve que sortear comida desparramada y saltar hilillos de líquidos, como pequeños riachuelos, que salían de las habitaciones. No se veía a nadie limpiando y daba la impresión de que en cualquier momento podría salir una rata. El hospital era muy grande. Cuando entré en urgencias, pensé que me había metido en la morgue por error. Los enfermos estaban solos, en camillas rotas, paralizados, imagino que por el dolor. Había un joven inmóvil, con la cara desfigurada mirando al techo. A su lado, otro chico, también joven, tumbado de medio lado, con el rostro hacia la pared y una pierna que tenía un aspecto terrible, tan hinchada que era imposible distinguir dónde estaban las rodillas. Nadie se ocupaba de ellos. Lo único que demostraba que seguían vivos eran unas cacerolas tiradas en el suelo.

El estado de decadencia era tan avanzado que nadie habría dicho que este hospital había sido una referencia mundial en medicina tropical durante sus años de bonanza. Y menos aún que hasta aquí acudían médicos procedentes de Bélgica o de Francia para trabajar o hacer sus prácticas. Ahora, la falta de dinero era evidente en la decrepitud del edificio. Uno de los médicos con los que me encontré me estuvo contando que los facultativos que podían emigraban principalmente a Sudáfrica. En los quirófanos no había vendas y en ocasiones faltaba incluso la electricidad. Los pacientes me explicaron que pagaban por todo, incluidas las tiritas.

El resto de la mañana y buena parte de la tarde transcurrió entre salas de espera, pasillos malolientes y testimonios escalofriantes. La historia que más me impactó fue la que me relató una religiosa que trabajaba en la zona de enfermos terminales. La semana anterior había llegado al hospital un hombre con su hijo de tres años enfermo, pero el niño estaba tan grave que murió al día siguiente. El padre no tenía dinero para pagar la factura del hospital así que se escapó de noche. Envolvió a su hijo en una sábana y se lo llevó escondido bajo el brazo. Estuvo caminando durante horas por las calles oscuras de Kinshasa disimulando para que nadie notara que aquel bulto era su hijo muerto.

El hospital no quedaba lejos de mi casa y me parecía increíble que allí al lado estuviesen sucediendo historias tan impresionantes como la que acababa de escuchar. La religiosa me preguntó si quería visitar la morgue. Sólo quedaba una hora antes de la caída de la tarde y debía darme prisa. Me llevó por un patio interno y nos sumergimos en un largo pasillo con paredes de celosías a uno de los lados. A medida que nos acercábamos el olor era cada vez más intenso. En los pasillos se hacían cadáveres de mendigos y de niños de la calle. Al final llegamos a un patio de tierra, en el que varias personas lloraban a sus difuntos. No había viento y el olor se había vuelto tan insoportable que tuve miedo de ponerme enferma si abría la boca para hablar. Sin embargo, minutos después entraron dos personas con varias mantas bajo el brazo y no pude evitar preguntarle a la religiosa:

—¿Se quedan a dormir en la morgue?

—No —me dijo muy seria—. Las mantas las utilizan para cubrir los cadáveres antes de depositarlos en los féretros. Así el cuerpo permanece inmovilizado, boca arriba, y es más fácil sacarle fotos.

—¿Cómo? ¿Sacan fotos a los muertos?

—Sí, como recuerdo. Por lo general, el féretro tiene un cristal en la parte superior y durante el duelo se sacan fotos del difunto.

Intenté hallar alguna explicación antropológica a aquella costumbre, y volví a preguntarle a la monja, pero no supo darme ninguna más allá que la de guardar un recuerdo. Miré el reloj y vi que ya eran más de las cuatro y media. De camino a la salida tuve tiempo de seguir conversando con ella.

—La gente es tan pobre que las familias vienen al hospital como última opción. Llegan con el muerto y, como pagan, exigen a los médicos que les devuelvan la vida, sobre todo si son jóvenes.

Después de haber visto la realidad sobre el terreno, me resultaba más fácil comprender los fríos datos de los informes. Si el Gobierno sólo destinaba el cinco por ciento de su presupuesto a la sanidad, significaba que los congoleños estaban abandonados a su propia suerte. La ayuda internacional apenas podía cubrir una mínima parte de las necesidades básicas de un país tan grande. Saqué disimuladamente unas fotos para dar constancia de lo que había visto y salí del hospital profundamente conmovida. Pierre me esperaba en la entrada para conducirme a casa. No pronunciamos palabra en todo el camino.

Una vez en mi apartamento comprobé con agrado que *papa* Emmanuel me había dejado en el horno pescado con patatas fritas y en la nevera sopa de zanahorias. Estaba hambrienta y comí a toda velocidad. Luego me quité el traje y me puse una falda y las zapatillas. Miré el móvil a ver si por casualidad me había llamado Valère pero para mi decepción no había recibido ninguna llamada. Me apetecía charlar con él y contarle lo que había visto en el hospital Mama Yemo. Valère siempre tenía un comentario original y veía la realidad desde prismas diferentes a los míos. Su doble cultura, africana y occidental, le daba un mayor campo de visión.

Marqué su número de teléfono y enseguida me lo cogió.

—Estoy en una reunión. Te llamo luego.

Colgué y me desplomé en el sofá. Estaba agotada y con la cabeza llena de extrañas sensaciones. La suciedad, la decadencia, los minusválidos, todas las imágenes que había visto durante los últimos meses me vinieron a la cabeza y estuve a punto de hundirme moralmente. Ya sabía que en Kinshasa iba a encontrarme con la pobreza, pero lo que estaba viendo superaba todos los límites imaginables. Los enfermos abandonados, los muertos, los niños esqueléticos. Sentí una gran tristeza. Yo era una auténtica afortunada al lado de la carrera de obstáculos y de la lucha contra el entorno que debían afrontar los congoleños cada día.

Llamé a Livingstone para decirle que iríamos a ver la orquesta Kimbanguista en otra ocasión. Ahora sólo quería echarme a llorar.

La semana pasó tan rápido que parecía que el tiempo se me escapara entre las manos, pero aún quería que corriera más. Deseaba arrancar las hojas del calendario y adelantar la llegada del martes para encontrarme con Bruce. Sólo quedaban tres días.

¡Ah, Valère! Aunque intenté no pensar en él, cada vez que me iba a dormir un torbellino de ideas sacudía mi cabeza y cuando me despertaba me sentía como una isla arrasada por un huracán. Afortunadamente, el ritmo de trabajo me mantuvo ocupada. Me llamó una vez, pero el ruido del tráfico camino de una reunión me impidió comprender nada de lo que decía. Al día siguiente le devolví la llamada, pero se limitó a responderme con un sms que estaba ocupado con el ministro de Educación. Después, no supe nada más de él. Me consolaba a mí misma con un escueto «mejor así» cada vez que su sonrisa intentaba salir del rincón de mi cerebro en el que le había confinado. Las dudas me estaban consumiendo.

Tan absorta estaba en mis pensamientos que no me di cuenta de que ese viernes *papa* Emmanuel había llegado a casa antes de lo habitual. Estaba en la cocina preparando un guiso. Cuando abrí la puerta para entrar él tosió ligeramente.

—Madame, tengo que darle algo —me dijo.

Supuse que eran los billetes del cambio de la compra, pero él me entregó un sobre con mi nombre escrito en grandes caracteres.

—Ábralo. Es para usted.

Sus ojos desprendían un brillo especial. Abrí el sobre y saqué una enorme tarjeta:

«Tenemos el honor de invitarla al enlace nupcial entre Emmanuel Izombo y Chantal Kitoko, que se celebrará en la iglesia de San Kizito, en el barrio de Kinkabwa...».

Volví a mirarle con ojos incrédulos.

—¿Se casa usted?

Papa Emmanuel soltó una sonrisilla y siguió cortando los tomates y colocando el ajo y los pimientos dentro de la cazuela. Se le veía pletórico.

—Sí. En unos meses.

Me hizo gracia. Calculaba que *papa* Emmanuel rondaría los sesenta y cinco años. Y, además, en una ocasión me contó que tenía siete hijos. Yo daba por descontado que estaba casado desde hacía muchos años, aunque poco más sabía de su vida. Era un hombre muy discreto y nunca hablábamos de temas personales.

—¿Quién es la afortunada? —le pregunté sin querer parecer demasiado entrometida.

Quizá había enviudado y volvía a casarse. Pero jamás habría esperado la respuesta que me dio.

—Es mi novia de toda la vida. Llevamos juntos más de cuarenta años.

Levanté las cejas perpleja. Me hubiera gustado seguir preguntando, saber por qué se casaba tan tarde, casi al final de su vida, con la familia ya formada, pero debía irme. Me esperaba una reunión y luego tenía que escribir varios informes y entregarlos a Madrid antes de coger el último barco a Brazzaville. Esta vez sí, le había prometido a Amable que iría a pasar el fin de semana con él y, además, necesitaba aclarar mis ideas. Me marché hacia el descansillo y *papa* Emmanuel me siguió con la escoba para barrer la entrada de la casa.

—¿Ha invitado a mi vecino? —le pregunté mientras esperaba el ascensor.

Como todavía no había buscado a nadie para que me ayudara a hacer las labores del hogar, *papa* Emmanuel seguía trabajando en casa de los dos.

—Sí, pero no puede ir a la boda porque trabaja en la ONU.

—Ah, claro, es verdad.

Había olvidado que los trabajadores de la ONU seguían un protocolo de seguridad muy estricto, quizá demasiado. Es cierto que había un conflicto en el Congo, pero en el Este, a mil seiscientos kilómetros. Aquí, en Kinshasa, yo nunca tuve la impresión de vivir en una zona peligrosa, salvo cuando hubo la intentona golpista... o cuando Pierre me cerraba las puertas del coche para protegerme de los niños de la calle.

Sin embargo, muchas embajadas y organismos internacionales se tomaban la seguridad muy en serio. Por ejemplo, la MONUSCO —la misión de la ONU para estabilización del Congo— disponía de numerosos edificios y terrenos estratégicamente repartidos por la capital. Uno de ellos se ubicaba en pleno centro. Visto desde el exterior, parecía una base militar de máxima seguridad, con muros blancos y puertas de color azul celeste con las inscripciones un en grandes caracteres. Resultaban muy llamativas las alambradas de pinchos, tanto en la parte superior del muro como, sobre todo, en el suelo, en forma de grandes rollos que impedían que nadie pudiese acercarse a varios metros. Todoterrenos entrando y saliendo continuamente, focos, cámaras de seguridad, garitas... Sin olvidar a los vigilantes ghaneses, indios o tunecinos, armados con ametralladoras y estratégicamente situados en el muro exterior apuntando a los «peligrosísimos delincuentes» que pululaban por la 30 de Junio, es decir, a los niños escuálidos, algunos intentando jugar al fútbol con improvisadas pelotas hechas de trapos, a las jovencitas que paseaban vestidas con sus paños africanos, a las señoras que balanceaban sobre sus cabezas palanganas repletas de pan y a los mendigos que se arrastraban por el suelo con sandalias en las manos, porque tenían las piernas atrofiadas por la polio.

A veces me sentía como en un plató de cine. La embajada de Estados Unidos era una especie de nave espacial parecida a las de *La guerra de las galaxias*. Cada vez que acudía a alguna reunión, un vigilante me esperaba en la entrada y luego me conducía por pasillos laberínticos. Atravesaba puertas y más puertas que sólo se abrían introduciendo códigos secretos. Si me hubieran abandonado allí, jamás habría encontrado la salida. La embajada de Francia parecía un búnker de Normandía durante la Segunda Guerra Mundial. Y en la embajada de Canadá, después de registrarme hasta los zapatos, me obligaban a dejar el móvil en la garita de la entrada. Intrigada, la primera vez le pregunté al vigilante el motivo:

—Por si explota, madame.

El caso es que mi vecino, como trabajaba en la ONU, tenía prohibido abandonar el barrio de la Gombe y, por lo tanto, se iba a perder la boda de *papa* Emmanuel. En cambio, en la embajada de España no estábamos sujetos a ningún protocolo de seguridad concreto, salvo las indicaciones propias del sentido común y las advertencias que Pierre daba a los recién llegados. De modo que yo sí podía acudir. Y no pensaba perderme una boda congoleña por nada del mundo, y mucho menos la de *papa* Emmanuel.

—Me hace muchísima ilusión que me invite —le expresé emocionada mientras abría la puerta del ascensor—. Muchísimas felicidades. ¿Dice que la boda será dentro de unos meses? Ahora mismo lo apunto en la agenda. Seguramente iré con Bruce... Ya sabe que está a punto de llegar. Puede ir, ¿verdad?

—Por supuesto. Usted puede ir con quien desee. Será todo un honor poder contar con su presencia.

La mañana transcurrió muy rápido y a las cuatro en punto de la tarde bajé al aparcamiento. Livingstone me estaba esperando en su taxi para conducirme al puerto. Tenía muchas ganas de ir una vez más a Brazzaville. Deseaba encontrarme con Amable, Athanase y el resto de amigos de la Fundación Granda Rodríguez. Y, además, necesitaba pasar un fin de semana tranquilo antes de la llegada de Bruce. Pero era la primera vez que iba a cruzar la frontera. Había escuchado historias truculentas de militares borrachos que aterrorizaban a los blancos metiéndolos en cuartos infectos y robándoles todo el dinero que llevaban. Según me contó un cooperante alemán, la primera vez que hizo el trayecto de Kinshasa a Brazzaville le impidieron la entrada al otro lado del río, porque se le había olvidado la carta de invitación. El chico intentó explicar a los policías que tenía que ir a evaluar un proyecto a las afueras, pero, como no entraban en razón, terminaron discutiendo y forcejeando. Al final, cogieron al cooperante entre cuatro y, pataleando, lo arrastraron por el suelo como un saco de patatas hasta meterlo a la fuerza en la lancha de vuelta a Kinshasa.

Temerosa de que me rechazaran por la misma razón, revisé cuatro veces todos los papeles y el visado del pasaporte. A priori, todo estaba en regla. Livingstone se dio

cuenta de mi cara inexpresiva y le conté lo que estaba pensando.

—Usted no se preocupe, madame. Voy a llamar a *papa* Freddy y ya verá cómo no le pasará nada.

—¿A quién?

Sin responderme, Livingstone cogió el móvil que guardaba junto a la palanca de cambios, arrugó la frente y marcó un botón.

—Freddy. Sí. Soy Livingstone.

El resto de la conversación transcurrió en lingala, así que sólo entendí «cooperación española» y «*sans problème*».

Entramos en el bulevar y llegamos a la plaza de la Gare Centrale, donde había un hotel en construcción, pero las obras no avanzaban porque, según me habían contado, uno de los promotores árabes se había fugado con el dinero. Nos adentramos por una callejuela que daba directamente hacia la entrada del puerto y a partir de allí ya era visible el bullicio. Los *pousse-pousse* entran y salen de la valla tirados por hombres fornidos empapados en sudor. El calor del final de la tarde era húmedo y pegajoso y se mezclaba con el humo de los tubos de escape creando una cortina grisácea a nuestro alrededor. Pedí a Livingstone que avanzara, pero resultaba difícil. Los bidones de un *pousse-pousse* estaban desparramados por la calle; también sacos llenos de comida y telas africanas. Alguien detrás de nosotros comenzó a hacer sonar el claxon y, como si estuvieran concertados, todos los coches de la fila hicieron lo mismo. Al final, sorteamos un par de bidones y con un certero volantazo y un acelerón nos plantamos en la puerta principal del puerto. Los militares me pidieron el pasaporte, lo enseñé, y nos permitieron el acceso al aparcamiento. Uno de ellos intercambió unas palabras con Livingstone.

—Me dice que no puedo seguir más —me explicó—. Tengo que marcharme. Pero no tenga miedo. Vaya hacia el embarcadero y llame a Freddy.

—De acuerdo. Muchas gracias por todo, Livingstone. Nos vemos el lunes. Que tengas un buen fin de semana.

Me bajé del taxi y me entró una sensación de congoja al verme sola con mi mochila entre los pies. Había mucha gente moviéndose hacia todos lados. Miré a mi alrededor y me pregunté dónde estaría la aduana. De repente un hombre me saludó por detrás ofreciéndose a llevar mi mochila.

—No, gracias. Puedo llevarla yo —le respondí.

No pareció haberme escuchado y me la arrancó de las manos. Se puso a andar y, como no tenía opción, me dejé guiar por él. Nos introdujimos en un edificio ruinoso con una ventanilla, en la que me vendieron el billete del barco. El calor me estaba agobiando y a través de mis gafas de sol pude ver a un niño limpiando los zapatos de un señor con traje. Intenté sacar mi abanico del bolso cuando el hombre que llevaba mi mochila me indicó que le siguiese. Nos abrimos paso entre la multitud y al final llegamos a la aduana. Siempre llevaba en el bolsillo billetes pequeños que daba como propina a las personas que me hacían algún servicio improvisado. Saqué uno de cinco dólares y se lo di a aquel hombre, pero me lo devolvió. En los meses que llevaba en Kinshasa era la primera vez que alguien me ayudaba sin más interés que el de socorrerme. Cogi el billete y le di las gracias por su acto caballeresco. Pero él me respondió enfadado y señalando mi bolsillo.

—Madame, que eso es muy poco. Los americanos me dan siempre veinte dólares —empezó a gritar en medio del gentío—. Cinco dólares es muy poco. ¡Tiene que darme veinte dólares!

¡Ah! Le había entendido mal. No es que quisiera ayudarme sino que le parecía poco la propina que le había dado por llevarme la mochila unos metros y haberme indicado donde estaba la aduana.

—Oiga. No tengo más —le respondí—. Además, cinco dólares está bien para el servicio que me has hecho.

—Pues los americanos siempre —enfaticó— me pagan veinte dólares. Y muchas veces más.

—Ya. Pues yo soy de España. La próxima vez te enteras mejor y le llevas la mochila a un americano.

Le metí los cinco dólares en el bolsillo de la camisa y le dejé vociferando en medio del tumulto. Aproveché para llamar a Freddy, que enseguida apareció. Llevaba una camisa de cuadros muy bien planchada y unos pantalones impecables. Las facciones de su cara eran muy dulces; se parecía mucho a Nelson Mandela.

—Deme el pasaporte que yo me encargo de todo. He llamado al capitán del puerto de Brazzaville que ya está pendiente de su llegada para ir a recogerla. Voy a buscarle sitio en el próximo barco.

—No sé si llego tarde —le dije. Eran casi las cinco.

—No se preocupe, para usted siempre habrá sitio.

Cogió mi pasaporte y me llevó hasta un pequeño edificio blanco en cuya puerta se podía leer VIP en letras doradas. Freddy me había contado por el camino que era funcionario del puerto y, lo más importante, primo de Livingstone.

—Me ha pedido que la trate como a una hermana, así que entre en la sala y espere hasta que vuelva. Voy a hacer las gestiones para que pueda cruzar la frontera sin que tenga ningún problema.

Le hice caso y me acomodé en uno de los dos sofás de cuero. En la tele estaba sintonizada France 24. La locutora daba las últimas noticias internacionales sobre la primavera árabe, protestas de agricultores franceses y el aumento del paro en España. A mi lado un hombre trajeado no dejaba de mirarme. Sus dedos regordetes lucían gruesos anillos de oro.

—¿Alemana?

—No, española —le respondí.

El hombre sacó del bolsillo un pañuelo cochambroso y se limpió las gotas de sudor que le caían por la frente.

—El paro está subiendo mucho en vuestro país —siguió hablando—. Es una pena. Una vez estuve en Málaga, y me gustó mucho.

—Esperemos que la situación se arregle —le dije—. No hay crisis que cien años dure.

Pensé que era un hombre de negocios, hasta que recibió una llamada y le oí discutir algo acerca de un concierto. Deduje que sería alguien relacionado con el mundo del espectáculo, quizá un cantante. Su conversación subió de tono y en un arrebato de enfado se movió bruscamente y pude distinguir una etiqueta que le colgaba de la chaqueta, cerca del cuello, con el precio bien visible: 800 euros. No pude contener la risa. Al oírme, el señor interrumpió su conversación, me observó por encima de sus gafas oscuras y guardé la compostura. Cuando dejó de hablar, se agachó para coger su maletín y la etiqueta se le desplazó hacia adelante. Ahora resultaba aún más evidente. La escena era tan ridícula que me vi en la obligación de advertírselo.

—Disculpe, señor. —Al oírme puso cara de circunstancias—. Sólo quería decirle que se le ha olvidado cortar la etiqueta. —Y señalé hacia la parte delantera del cuello.

Él hizo un aspavento y la etiqueta volvió a colgar hacia la espalda.

—No, no se me ha olvidado —me replicó malhumorado—. La dejo ahí para que la gente se entere de lo que me ha costado el traje.

¡Menuda metedura de pata! Me fijé que otros dos congolesos trajeados también llevaban la etiqueta colgando. Sonreí al cantante y me levanté abochornada hacia la puerta de salida. El silencio de la sala VIP contrastaba con el bullicio del puerto. A lo lejos varios jóvenes vestidos con andrajos tiraban de unos carros cargados de bultos. Entraban y salían de un buque de tres plantas. Otro *pousse-pousse* lleno de cartones intentaba abrirse paso hacia la rampa, pero la carga era demasiado pesada y en un falso movimiento uno de los cartones cayó y provocó el desmoronamiento del resto. Una mujer empezó a gritar y a golpear al porteador que recogía la carga del suelo. La gente se movía constantemente y en medio de aquel maremágnum distinguí a un muchacho alto rodeado de cuatro policías. Tenía pinta de ser americano o de algún país nórdico. Llevaba una camiseta y unos pantalones de safari repletos de bolsillos y de su pecho colgaba una cámara de fotos. Uno de los policías observaba su pasaporte y le entendí decir al chico:

—Ya se lo he dicho. Soy un turista. Nada más. TU-RIS-TA...

Por un instante cruzamos la mirada. Se le veía nervioso. Dudé unos segundos acerca de si debía acudir en su ayuda. No me había dado cuenta de que el cantante se había colocado a mi lado.

—Otro que luego se vuelve a su país y escribe un libro hablando del Congo como si esto fuera la selva prehistórica o como si estuviéramos siempre en guerra. — Hablaba para sí mismo, pero con la clara intención de que yo le escuchase—. Cuando voy al extranjero siempre tengo que decirle a alguien que aquí no nos comemos a la gente. Es triste... Es muy triste la imagen que los periodistas extranjeros dan de la RDC. Así no saldremos nunca adelante. —Y empezó a mover la cabeza en señal de desacuerdo.

—Pero en parte tienen razón —le repliqué—. ¿No lo ve? —Y señalé a mi alrededor, mirando hacia el embarcadero—. El caos que hay en el puerto es el reflejo del que existe en Kinshasa. Y, disculpe que se lo diga, pero el país está hecho un desastre. Usted, que ha viajado, no podrá negarme la evidencia.

—Bueno, bueno... Si sólo sacan el lado negativo, la imagen con la que se quedan en Europa o en América es que seguimos siendo unos salvajes. Pero, si prestaran más atención, verían que se está empezando a formar una clase media en el Congo. Son empresarios, comerciantes y gente que trabaja en las telecomunicaciones, en la banca o en organismos internacionales. Hay muchos trabajadores cualificados que están volviendo al Congo y de eso no se habla. ¿Por qué?

Pensé inmediatamente en Valère. Él era uno de aquellos congoleños de clase media que estaban intentando sacar adelante a su país, y me sentí orgullosa de él. Me hubiera gustado seguir con la conversación, pero *papa* Freddy vino a buscarme. Me devolvió el pasaporte y dijo que tenía que darme mucha prisa porque la lancha ya estaba preparada en el embarcadero. Me indicó que siguiera a la multitud para llegar hasta allí.

Intenté hacer lo que me decía pero una hilera de mozos de carga que transportaban bultos en sus cabezas me obstaculizaron el paso. Un barco acababa de atracar y estaban descargando. Oía a pescado rancio y a mandioca. Cuando los porteadores terminaron de pasar, me vi metida en un molinillo de brazos, espaldas, piernas, torsos musculosos y traseros enormes. Estábamos apiñados muy cerca de la reja que daba al embarcadero. La gente seguía llegando por detrás y empujaba hacia delante. Me estaban aplastando contra la reja y tuve que elevar la cabeza para buscar un poco de aire. Maniobré para meterme por la puerta, entré a presión y, después de unos segundos, conseguí salir al otro lado. Antes de alcanzar la rampa de acceso que conducía al barco un policía volvió a pedirme el pasaporte. Lo agarró y empezó a rebuscar entre las hojas hasta que encontró estampado el visado de múltiples entradas. Siguió pasando las hojas hasta que vio mi foto. Luego me miró a la cara:

—¿Española?

—Sí.

—Hoy no he comido —me dijo reteniendo el pasaporte.

Le di cinco dólares para librarme de él y avancé lo más rápido que pude hasta llegar al barco que aseguraba la conexión entre ambas orillas del río. En mis oídos retumbaba un griterío ensordecedor. Flotando sobre el agua, había barcasas enormes llenas de sacos y barcos oxidados. Niños desnudos me saludaban con la mano mientras sus madres alargaban los brazos y me pedían dinero: «*Mundele, pesa ngai mbongo*».

Enfrente de mí el río Congo relucía como un inmenso zafiro. Mientras esperaba mi turno para entrar en el barco alguien cogió mi mochila y la tiró al interior donde había y una montaña de maletas apiladas.

El viaje fue rápido. En aquel punto el río se ensanchaba de tal modo que parecía un mar interior con la isla Mbamu a nuestra derecha. Diez minutos después ya habíamos llegado a Brazzaville. El capitán hizo unas maniobras, pegó un par de bandazos y atracamos en el «Beach». Ni siquiera habíamos empezado a salir cuando oí mi nombre. Miré por si veía a Amable, pero el que gritaba era un hombre con un traje blanco.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—Soy el capitán del puerto, el amigo de *papa* Freddy, ya sabe, el primo de Livingstone.

Un grupo de hombres me abordó: «*Mundele, mundele, pesa ngai mbongo, pesa mbongo*», e intentó cogerme la mochila, pero el capitán se hizo paso entre ellos, me agarró del brazo y me ayudó a subir la escalera.

—Venga por aquí. Permítame hacer el control de rigor y podrá irse tranquilamente. Bienvenida a Congo-Brazzaville. Por cierto, ¿qué viene a hacer aquí?

—Nada. Sólo quiero descansar el fin de semana. Vivo en Kinshasa y el ritmo de vida es muy ajetreado.

—¿Cuándo regresa a Kinshasa?

—El lunes a las siete de la mañana, en el primer barco que salga.

—De acuerdo. Voy a reservarle una plaza ahora mismo. La esperaré el lunes para que no tenga ningún problema.

Fuimos al final del puerto, donde estaba su despacho. El capitán se sentó detrás de una mesa de madera y empezó a rellenar unos formularios. Después me devolvió el pasaporte y me indicó la salida. Al despedirnos quise darle una propina, pero la rechazó. «No tiene que darme nada, ha sido un placer.» Le di las gracias y me marché en dirección hacia la calle. Amable me estaba esperando junto a un taxi. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y nos dimos un caluroso abrazo.

—¿Qué tal estás? —me preguntó.

—Muy bien, Amable, tenía ganas de verte —le dije—. Y por aquí, ¿todo bien? ¿Athanas y los demás?

—Sí, todos están bien —me explicó—. Estamos trabajando muchísimo. No te puedes hacer una idea de cuántos niños van a tener la oportunidad de estudiar este año.

—Luego añadí: Y todo gracias a tu reportaje.

—Tienes razón Amable, parece mentira lo que pueden llegar a hacer las pequeñas acciones. La verdad es que estoy muy contenta con todo lo que ha ocurrido. Por cierto, se me ha olvidado llamar a la hermana Ana para reservar habitación. ¿No tendrás su teléfono? Podrías llamarla...

—Claro que sí.

Amable llamó a la misión de Javouhé y, como me temía, el albergue estaba lleno, así que llamamos a otras congregaciones, pero en ninguna había sitio para pasar la noche. Insistimos durante un buen rato llamando a otros conventos hasta que, por fin, las religiosas de Jerusalén nos dijeron que disponían de una habitación libre. Ya más tranquila, sabiendo que iba a tener un lugar donde dormir, seguí hablando con Amable sobre los proyectos, sobre la vida en Kinshasa, sobre Bruce... Enseguida se nos hizo de noche y, aunque no era demasiado tarde, quería irme a descansar. Amable me acompañó a casa de las religiosas de Jerusalén y nos despedimos hasta la mañana siguiente.

En cuanto me vieron, las monjas salieron a recibirme con gran alborozo. Cuando entramos en la casa eché una rápida ojeada al recibidor. La imagen de Jesucristo se encontraba por todos lados: en los pósters pegados a la pared, en cuadros diminutos que servían de pisapapeles y también en las telas de las faldas de las monjas. Me llamó la atención el retrato de una religiosa de pelo canoso que nos miraba desde una mesilla con una sonrisa angelical. Me explicaron que era la última misionera blanca de la congregación. En Europa ya no había vocaciones y las congoleñas habían tomado el relevo. Por eso mis cuatro anfitrionas eran negras y tenían sus ocho ojos clavados en mí.

—Me encanta tu cutis —me dijo la monja que parecía de mayor edad cuando nos sentamos en las sillas del recibidor.

—A mí, tus botas —añadió otra más joven que llevaba una enorme cruz de madera en el pecho.

Las miré desconcertada.

—¿Qué crema usas para la cara? —preguntó la otra religiosa mayor. Su traje era de un estampado de flores, con los hombros bombeados. El conjunto me recordó a los trajes de época del siglo XVIII—. Tengo un problema de piel y ya no sé qué más echarme.

—A mí, tus botas me irían muy bien para el colegio —volvió a insistir la más joven.

Empecé a sentirme molesta. Si necesitaban algo debían pedirselo a la superiora de la congregación y no a mí. Yo sólo había venido para alojarme un par de noches y así intenté explicárselo.

—Pero tú eres blanca... —La joven pronunció aquellas palabras completamente convencida.

Para ella, que yo le regalara mis botas era tan normal como que cada mañana saliera el sol.

—¿Sabes lo que me han costado? —le respondí, dando a entender que su comentario me había irritado—. Son el sueldo de varios días de trabajo, y he tenido que ahorrar mucho para comprármelas. Además, las necesito en Kinshasa, cuando regrese.

Las monjas mayores se excusaron y dijeron que debían marcharse a sus habitaciones. Me quedé sola con las dos jóvenes que, según me contaron, eran novicias. Se llamaban Ornélie y Merveille. Esta última vestía una falda que le llegaba hasta los pies, con dibujos de los personajes de la Última Cena. Me indicaron que debíamos ir al comedor a cenar. Los platos ya estaban colocados, pero antes las novicias quisieron rezar una breve oración. Las acompañé ahuecando mis manos, pero ellas se pusieron de pie y empezaron a bailar y a dar palmas. Yo hice lo mismo y mientras aplaudía eché una mirada de reojo a Merveille que se movía de izquierda a derecha mientras el pobre san Pedro se bamboleaba sobre su trasero.

Después nos sentamos y las jóvenes continuaron con su interrogatorio. Querían saber algo de mi vida y les conté que era periodista de Televisión Española pero que ahora trabajaba en la cooperación y que estaba en Brazzaville para evaluar unos proyectos de desarrollo.

—¿En serio? —exclamó Ornélie—. ¿Trabajabas en la tele? Yo siempre he querido ser presentadora de televisión. Esas mujeres son tan guapas...

Mi cara debía de ser un poema.

—¿Y por qué no estudias periodismo? —le comenté.

—Porque me encanta el ambiente del convento. Aquí nos tratan muy bien y podemos estudiar religión, que también me gusta —me explicó.

Terminada la cena, las novicias me enseñaron mi habitación. Una vez sola me tumbé sobre la cama. Una bombilla colgaba de un cable que salía directamente del techo. La luz era débil y amarillenta, y apenas iluminaba la estancia. La ventana estaba abierta pero no entraba aire y el calor empezaba a ser insoportable. Saqué una camiseta de la mochila y aplasté un mosquito que me estaba picando en el brazo. «Cualquier día cojo la malaria», pensé. Tenía muchas cosas sobre las que reflexionar pero no me apetecía pensar en ninguna. De nuevo me vino a la mente la imagen de Valère, así que, para quitármelo de encima, cogí el móvil y llamé a Bruce a Canadá.

—Hola, Bruce. ¿Qué haces? ¿Ya has preparado la maleta?

—Sí, ya tengo todo listo —me respondió con su voz aflautada. Pero enseguida empezó a quejarse—: Tengo mucho miedo de ir a Kinshasa, me ha dicho el psicólogo que aún me quedan secuelas por todo lo que viví. Aunque, por otro lado, también tengo unas ganas enormes de verte.

Asentí con la cabeza.

—Bruce, sé perfectamente el enorme esfuerzo que estás haciendo por mí.

—Sí, bueno. En cuanto llegue a Kinshasa, lo primero que tienes que hacer es acompañarme a la embajada de Canadá para que me registre. Si hubiera una guerra o un atentado, tendrían que evacuar me.

A veces Bruce me resultaba un poco pesado. ¿Por qué tenía que exagerar de ese modo?

—No te preocupes —le respondí—. Llevo aquí unos meses y no es para tanto. Te prometo que yo no percibo esa inseguridad de la que hablas.

—Tú no has vivido la guerra como yo —me interrumpió bruscamente—. Te lo he dicho mil veces y sigues sin comprenderme. Los congoleños no son lo que parecen.

En el fondo son auténticos diablos.

Bruce siempre hablaba de forma peyorativa de sus compatriotas, y a veces llegaba a molestarme. Sin embargo, la mayoría de los congoleños de mi círculo de relaciones era gente buena y trabajadora. Al menos conmigo se comportaban por lo general correctamente.

—No sé, Bruce. A veces pienso que tú y yo vemos la misma realidad de forma muy distinta.

Él prosiguió con su discurso:

—¿Y si me contagio el sida o si tengo una crisis de malaria cerebral? Vivir en Kinshasa es muy arriesgado. Me da miedo.

Intenté hacer un esfuerzo por comprenderle. Bruce siempre había vivido en una lujosa mansión, ubicada en uno de los barrios más refinados de Brazzaville. Me había contado que los vigilantes de su casa fumigaban los jardines cada noche mientras los sirvientes ayudaban a su madre a preparar la cena. Procuré tranquilizarlo.

—No te preocupes, Bruce. Compraremos insecticidas y pondremos la mosquitera por la noche. Confía en mí. Vas a estar muy bien.

—No sé, no sé.

—Que sí, ya verás.

Apagué el móvil y me fui a dormir.

Al día siguiente, temprano por la mañana, Amable vino a buscarme a casa de las monjas junto a Athanase, Bosco y el resto de los miembros de la Fundación Granda Rodríguez. Me alegré mucho de verlos y, después de saludarnos, nos fuimos al comedor a celebrar la reunión. Me contaron las últimas novedades. El colegio de Loukolela marchaba muy bien. Carmen seguía yendo y viniendo de Madrid al Congo, quería construir más aulas y dar cabida a más alumnos. El colegio de Owando estaba a punto de terminarse, las obras se habían alargado un poco más de lo previsto pero las madres ya estaban haciendo cola para apuntar a sus hijos, y los miembros de la ONG Aikido por la Paz tenían previsto llegar al Congo en pocas semanas para verlo.

—He pensado que Bosco sea el director del colegio de Owando —propuso Amable—. ¿Qué opináis?

Bosco estaba sentado a mi lado. Seguía siendo aquel jovencito risueño que conocí en Loukolela en aquel barracón donde daba clases a los niños en condiciones infrahumanas.

—A mí me parece muy bien —dije—. Bosco será un gran director. Siempre se ha mostrado muy preocupado por la educación de los niños. —Bosco sonreía tímidamente. Se le veía feliz—. ¿Aceptas, Bosco?

—Muchas gracias, agradezco mucho que penséis en mí, pero prefiero seguir siendo maestro y dar clase.

Amable sonrió.

—Está bien, Bosco. Ya buscaremos a otra persona, aunque será difícil encontrar a alguien como tú.

Continuamos charlando durante un par de horas más hasta que Athanase se excusó. Dijo que tenía que ir a buscar a su hija, que estaba en casa de unos amigos, y se fue. Poco a poco todos se fueron marchando para hacer sus recados, aunque quedamos en volver a vernos por la tarde. Me quedé sola con Amable.

—¿Qué te pasa? —me dijo.

Amable se conoca muy bien. Habíamos compartido juntos muchas horas y muchas confidencias. Se sabía mi vida al dedillo, pero no le había contado lo que me estaba inquietando desde hacía unas semanas. Le miré a los ojos y él comprendió que necesitaba decirle algo. Me cogió de las manos y nos fuimos al recibidor a sentarnos.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó, preocupado.

—No quiero que venga Bruce —me sinceré.

Amable puso cara de asombro, pero me dejó seguir hablando.

—Me he dado cuenta de que lo que siento por él no es más que cariño, compasión por la vida tan dura que le ha tocado vivir. Lo he pensado mucho durante estas últimas semanas, he luchado contra mis sentimientos, pero ahora estoy segura de que no siento nada más.

Amable se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Observó a través del cristal y desvió la vista hacia el retrato de Juan Pablo II.

—Esto es una locura —me respondió—. Bruce llega dentro de dos días.

—Ya lo sé. Y va a dejar su fantástica vida en Canadá para venir aquí. ¿Entiendes mi problema?

Amable volvió a sentarse junto a mí.

—Escucha. Puede que sólo sean dudas de última hora. No deberías precipitarte.

—No, Amable. Además, hay algo... no sé cómo explicarlo. A veces siento como si no le conociera. No quiero que me malinterpretes, pero es como si hubiera algo en él que no terminara de convencerme.

Amable se levantó de su silla, nervioso, se acercó a mí y me invitó a ponerme de pie.

—No sé qué decirte. Es una situación muy compleja. Sólo sé —dijo mirándome a los ojos— que Dios está protegiéndote, siempre lo ha hecho, de eso no tengo ninguna duda. Pero tú debes reflexionar muy bien sobre lo que vas a hacer. Bruce te ha dado suficientes muestras de que te quiere, pero si tú no sientes lo mismo... tampoco puedes vivir en una mentira.

¡Una mentira! Al instante me acordé de la señora de la agencia inmobiliaria de Kinshasa. Recordaba perfectamente sus palabras: «Los congoleños sólo te contarán mentiras para aprovecharse de ti».

—Amable, espera.

De repente me acordé del libro de Agatha Christie que había encontrado en casa de Bruce. El papel que había dentro lo había guardado en el bolsillo interior de la mochila. Me había olvidado por completo. Fui corriendo a mi habitación y empecé a rebuscar a ver si lo encontraba. ¡Sí! Ahí estaba.

—Amable, mira esto —le dije cuando ya estaba de vuelta en el pasillo.

Amable se acercó y yo le entregué un papel doblado.

—¿Qué es? —preguntó extrañado.

Lo desdobló y lo miró durante unos segundos, tras los cuales volvió a levantar la vista.

—Parecen números de teléfono. Algunos son del Congo, pero estos que corresponden a nombres árabes no sé de qué país son.

—Exacto. Unos son de Marruecos y los otros de este Congo.

—¿Y quién es esa gente? —me preguntó.

—No lo sé. Encontré esta hoja por casualidad en casa de Bruce, en Rabat. Estaba dentro de un libro que yo le había prestado desde hacía un año. Como él se iba a ir a Canadá, lo cogí y lo metí en mi mochila. Y fíjate en esto. —Le cogí el papel de la mano y le señalé dos nombres de la lista—: Estas dos chicas tienen los mismos nombres que las hermanas de Bruce: Leticia y July. ¿No es demasiada coincidencia?

—Por favor, no fantasees —me dijo Amable cogiendo el papel y dándome con él cariñosamente en la cabeza—. Eso es imposible. Me has contado que toda su familia murió en la guerra.

—Sí. Eso es lo que siempre me ha contado Bruce. Pero ¿y si no fuera así?

Amable se quedó pensativo.

—¿Sigues sin darte cuenta de que Bruce viene dentro de dos días? Yo he vivido la guerra y sé que puede llevarse por delante a familias enteras. —Amable empezaba a enfadarse—. Aunque... mira. Si quieres podemos llamar y ya está. Lo que quiero es que te quedes tranquila.

—Sí, Amable, aunque sólo sea por curiosidad, vamos a ver quién es esta gente.

Volví a entregarle el papel. Yo daba por sentado que él iba a llamar. Mi lingala era todavía muy básico. Amable respiró profundamente.

—Está bien. A ver, dime, ¿por dónde quieres que empiece?

Llamamos a los dos números que podrían haber pertenecido a las hermanas de Bruce, pero la operadora nos informó en ambos casos de que los números no existían.

—¿Te das cuenta? —dijo Amable con sorna, al mismo tiempo que hacía un gesto con el dedo en su cabeza, como si yo estuviese loca—. Seguro que algún amigo de Bruce colocó esta hoja dentro del libro. Tú siempre me has dicho que era un buen chico.

Yo seguía mirando los números de teléfono de la hoja. No me sonaba ningún nombre. Y eso que conocía a todos los amigos de Bruce.

—Amable, ¿y qué significa en lingala *ya maz*?

—¿Ya maz? Hermano mayor —me respondió—. ¿Por qué?

—No, por nada. Es el último nombre de la lista. ¿Ves? Pone *Ya maz*. Pero Bruce no tenía hermanos mayores.

—¿Quieres que llame? —me propuso Amable—. Aunque tú misma lo has dicho: Bruce no tenía hermanos mayores. Seguro que son números de una lista privada de otra persona.

Amable marcó el número en cuestión y volvió a repetir el gesto con el dedo en la cabeza, tildándome de chiflada. Quizá no le faltara razón. Seguro que me estaba volviendo paranoica.

—*Allô!* Buenos días —se oyó desde el otro lado del auricular.

Amable me hizo unas señas para que me acercara y me mantuviera quieta y en silencio.

—*Allô. Bonjour.* Mire, soy un amigo de Bruce que me ha dado este número... —Amable dudó, sin saber muy bien cómo proseguir la conversación—. Tengo algo importante que tratar con él. —Amable se estaba enredando—. Y necesito que usted me dé su nuevo número, porque cuando llamo al que tengo Bruce no responde. ¡Ah! ¿Podría decirme con quién tengo el placer de hablar?

—Soy el padre de Bruce.

Estuve a punto de desmayarme. Amable, sin embargo, se mostró frío, controlando la situación.

—¿El padre de Bruce? Verá, es que una amiga de Canadá ha venido a Brazzaville y Bruce le dijo que podría pasar a saludarle. Me ha pedido por e-mail que yo haga de intérprete porque la chica no sabe lingala. ¿Habla usted francés?

Amable activó la opción de manos libres del móvil para que pudiera escuchar más claramente la respuesta.

—Sí, sí, hablo francés. ¿Una amiga de Canadá? Bruce no me ha dicho nada. Pero, a ver, ¿con quién quería hablar usted, con Bruce o conmigo?

Temía que nos fuese a descubrir, pero al final Amable salió airoso del apuro.

—No, no, yo quería hablar con usted, de parte de Bruce... por la chica, claro... ya sabe. Seguro que no le ha dicho nada porque ella trae un paquete de regalo para usted. Claro, si usted es su padre, me imagino que Bruce quería darle una sorpresa. Me temo que con la llamada se la he estropeado. Por cierto, ¿en qué barrio se encuentra usted?... Estupendo. ¿No está en casa? Ya... ¿Cerca del mercado? Sí, lo conozco. ¿Le parece bien si quedamos en media hora?... Vale. ¿En la puerta de la iglesia? Ah, bien, pues ahora mismo vamos para allá.

Cuando colgó el teléfono, Amable y yo nos miramos fijamente, sin decir palabra. Yo me había quedado pálida, incapaz de reaccionar y Amable me ayudó a levantarme de la silla.

—Vamos, tenemos que darnos prisa antes de que se marche. Ya veremos qué sucede cuando lleguemos allí.

Nos montamos en un taxi y Amable le indicó la dirección al conductor. En el centro de la ciudad se había formado un gran atasco. Teníamos prisa y se lo hicimos saber al taxista que nos llevó por callejuelas de arena adyacentes a las avenidas asfaltadas. Conducía sorteando baches y pequeños puestos que ocupaban los bordes de las calles, haciendo sonar constantemente el claxon para que la gente se quitara de en medio. Cuando llegamos al gran mercado torcimos a la derecha y allí, tal y como nos había indicado, frente a la puerta de una iglesia nos esperaba el padre de Bruce. No había duda. Era un poco más delgado y quizá más bajito, pero por lo demás padre e hijo eran como dos gotas de agua. Amable se quedó dentro del taxi pero yo salí a saludarlo. En cuanto me vio, el hombre se acercó sonriendo y me dio la mano.

—¿Es usted la amiga de Bruce? —me preguntó.

—Sí. ¿Y usted es su padre?

—Así es —dijo hinchando el pecho—. Pero llámeme Gilbert. ¡Qué alegría ver a una amiga de Bruce de Canadá! ¡Qué lejos! Bruce no me había dicho nada.

—Sí, es que ha surgido así. De improviso. En realidad estaba en Kinshasa y me dije: «Voy a visitar a la familia de Bruce». Y aquí estoy.

—¡Ah! No se preocupe, mademoiselle. ¿Y qué tal está Bruce? Hablé con él hace un par de días, pero no me dijo nada de usted.

Sin duda, a pesar de sus dientes amarillos y del traje que llevaba, dos o tres tallas por encima de la suya, aquel hombre era el padre de Bruce. Pero nada tenía que ver con la imagen que Bruce me había vendido de él.

—¿Habla a menudo con su hijo? —le pregunté todavía bajo los efectos de la impresión.

Bruce era un chico de misa diaria y sólidos valores cristianos. No podía creerme que hubiera estado mintiéndome desde el mismo día en que le conocí, hacía muchos años ya.

—Sí, todas las semanas hablo con él, desde que se fue a Marruecos. A veces incluso dos veces por semana. Hace casi diez años que no le vemos, pero estamos muy en contacto.

—Ya veo —dije completamente desorientada—. Pero ¿no sabe si tenía intención de ir a Kinshasa? Creo que pensaba ir...

—¿Ir adónde? ¿A Kinshasa? Pero qué cosas dice. ¡Cómo va a ir allí! Él ahora es canadiense.

Y se echó a reír. La misma risa de Bruce. Miré hacia Amable, que había salido del taxi y me miraba con las manos hacia atrás, apoyadas en un muro. Le hice un gesto para que se marchara. Quería arreglar ese asunto yo sola, sin testigos. Amable me entendió y se perdió entre la gente.

—¿Quiere que le presente al resto de la familia? —me preguntó Gilbert sonriendo—. Estarán todos encantados de conocer a una amiga de Canadá. Y usted ¿conoce a Bruce desde hace mucho?

Me indignó tanto su pregunta que estuve a punto de contarle que su hijo era un estafador, pero me contuve.

—Por supuesto. Será un placer acompañarle a su casa. Bruce me ha dicho que son cuatro hermanos. Me ha hablado mucho de ellos y...

Nos encontrábamos en una calle de tierra muy transitada y al oírme decir esto último el hombre se me quedó mirando. Unos niños se habían acercado y también nos observaban.

—¿Le ha dicho cuatro? —Y se volvió a reír con ganas—. No, no, no. Son once hermanos de la misma madre, más otros dos que tuve por ahí. —Y soltó otra carcajada—. Bruce es el mayor... Por eso lo mandé a estudiar a Marruecos. Sabe usted, en nuestra familia hemos hecho muchos sacrificios por él, pero ahora veo que han merecido la pena. Hay un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar. Eso lo dice la Biblia. ¿Lee usted la Biblia?

Desví mi mirada hacia otro lado. Ya no había ninguna duda de que toda la historia que me había contado Bruce, y que había contado al ACNUR y a la embajada de Canadá, era una auténtica patraña.

—Disculpe, pero yo había entendido que, gracias a unos amigos suyos, Bruce consiguió escapar del Congo y con ello evitó que le mataran durante la guerra... ¿O tal vez lo entendí mal?

Intenté que mi pregunta sonara lo más inocente posible. El hombre volvió a soltar otra risotada.

—Qué graciosa eres, *ma fille*. Tienes mucha imaginación. No. No. Vendí unas tierras en el pueblo y le pagué el billete a Marruecos para que estudiara. Ahora mi hijo es profesor de inglés en Canadá.

¿De inglés? Pero ¿no era ingeniero informático? Si yo misma había pedido un crédito para que Bruce estudiara. Y, además, ¿cómo podía ser profesor de inglés? Era imposible. ¡Si apenas conocía cuatro frases mal compuestas en ese idioma! Durante unos instantes tuve la sensación de que hablábamos de dos personas diferentes. Pero no. Su padre había sacado la billetera y me mostraba unas fotos de Bruce. Estaba claro que mentía a todo el mundo.

—En casa le presentaré a su madre —prosiguió Gilbert.

—Claro. Encantada. —Por fin iba a conocer toda la verdad.

Paramos un taxi y nos sentamos en la parte de atrás. Por la ventanilla, la ciudad se movía velozmente como en una pantalla gigante. Llegamos a las afueras de Brazzaville, al barrio de Mpfilou. Los baches allí eran muy profundos, como cráteres de explosiones repletos de agua y barro. Por si fuera poco, el taxista se quedó atascado en una ocasión y tuvimos que salir del coche y empujar.

Media hora más tarde el taxi se detuvo frente a un muro semiderruido. Los bloques de cemento gris estaban enmohecidos y con pintadas. No había portón y accedimos directamente al patio. Dentro había una vivienda modestísima, de una planta y con techo de cinc oxidado y paredes medio destrozadas. Ninguna ventana disponía de rejas ni cristales y una de ellas había sido tapiada con ladrillos. Avanzamos por un suelo de tierra, barrido a la usanza local. Un montón de basura se apilaba junto al tronco de un árbol. No lejos de él, hojas y desperdicios llenaban un agujero cuadrado de grandes dimensiones, excavado en la tierra del que salía un olor

horrendo. ¿Era posible que Bruce hubiese vivido allí?

—Mademoiselle, ésta es nuestra residencia. Siéntese aquí, por favor.

Me acercó una silla de plástico mugrienta. Al sentarme tuve miedo de caerme y casi perdí el equilibrio. Vi que una de las patas se doblaba en la arena del suelo. Del interior de la casa salió a saludarme una señora de caderas prominentes, con una bata llena de manchas y dos coletas muy finas y largas, como dos cuernos.

—Soy la madre de Bruce.

Me dio tres besos y se sentó en una banqueta de madera que llevaba en la mano. El padre bostezó con la boca abierta de par en par. Luego colocó sus manos sobre el vientre, mientras me contemplaba sin decir nada. Entonces me llegó un olor fétido que ya había notado a la entrada. Creo que provenía del interior de la casa. Dos mujeres arrastraban sus chancletas por el suelo y llevaban cada una un niño en brazos.

—¿Son de la familia? —pregunté a Gilbert para dar pie a una conversación.

—No. Son chicas que vienen a casa a dar a luz. Mi mujer es partera y así nos ganamos la vida.

No había mucho más que decir. Me levanté de la silla y me excusé.

—Verán, ha sido un placer conocerles, pero debo irme.

Ambos se levantaron y me instaron a quedarme con ellos un poco más. Se lo agradecí.

—Muchísimas gracias. Les agradezco mucho la amabilidad que han tenido conmigo. —Y di varios pasos hacia atrás, que iban a suponer mi salida definitiva de todo lo que tuviese que ver con Bruce y su familia.

El taxi seguía aparcado fuera de la parcela y le dije que volviéramos al centro, a casa de las monjas. Le envié un sms a Amable para que fuese allí cuanto antes.

—Pero ¡¿qué te ha pasado?! —exclamó nada más verme.

Debía de tener la cara pálida.

—Nada. Simplemente que abrí la puerta de mi vida a Bruce y, sin saberlo, entró el mal.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—Amable, acabo de descubrir que Bruce no me ha dicho ni una sola verdad durante todos estos años. Nadie de su familia ha muerto. Al contrario. Están todos vivitos y coleando.

Amable me miraba atónito. Yo continué:

—Ahora entiendo por qué nunca quiso que viniera a Brazzaville —le dije—. Tenía miedo de que, por alguna casualidad, descubriera la verdad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Amable sin poder pronunciar más palabras.

Se le veía afectado. Yo seguí reflexionando:

—Lo que no entiendo es por qué ha hecho el paripé de que iba a venir a Kinshasa. Podía haber desaparecido y ya está.

—Seguramente quería asegurarse de conseguir todos los papeles por si acaso se te ocurría empezar a indagar. Ese chico no te ha querido nunca. Lo tenía todo planeado desde el principio.

Amable me vio cabizbaja y me llevó a una terraza donde nos sentamos y pedimos un par de Coca-Colas. Luego siguió hablando:

—Estoy pensando qué habría sucedido si no hubieses venido al Congo —me dijo e hizo una pausa—. Jamás habrías rodado el reportaje, la fundación no existiría, nunca se habrían construido los dos colegios, los niños no estarían estudiando, los profesores no tendrían trabajo.

Amable me levantó la cabeza, que tenía hundida en el pecho.

—¿Y tú? Probablemente te hubieses casado con Bruce. Él habría conseguido la nacionalidad española y ahora mismo te estaría haciendo la vida imposible. Te lo digo muy en serio. Dios te ha premiado. De no haber venido al Congo, jamás habrías conocido la verdad. Y, aun habiendo venido, era muy difícil descubrirla. ¡Menuda carambola con el papelito de los teléfonos! ¡Ha sido como un milagro!

Amable me cogió del brazo y nos levantamos. Empezamos a caminar sin rumbo fijo. Tenía la sensación de estar despertándome de una pesadilla. En ese momento sonó un bip en mi móvil. Bruce me había enviado un mensaje.

Hola. Siento mandarte este sms. Es que esta tarde el psicólogo me ha visto muy alterado y me ha dicho que no puedo ir a Kinshasa todavía. Por favor, entiéndelo. La muerte de mis padres fue algo muy duro para mí y tengo que superarlo. Te llamaré mañana. Adiós.

Apagué el móvil y seguí caminando junto a Amable cogida de su brazo. No sentía rencor, ni dolor, ni siquiera un poco de nostalgia. Sólo sentía un profundo alivio, como si acabara de quitarme un tremendo peso de encima.

—Amable.

—¿Sí?

—¿Sabes? tengo que decirte una cosa.

—¿El qué?

—Creo que he encontrado en Kinshasa al amor de mi vida.

Al día siguiente Amable vino a buscarme a casa de las monjas a las cinco y media de la mañana. Yo ya había recogido mi cuarto y estaba lista para marcharme, pero Ornélie y Merveille insistieron en que nos quedáramos a desayunar. Habían preparado tostadas, café con leche y un zumo natural con los mangos que habían recogido esa mañana del jardín. Después, Amable y yo salimos a la calle. Afuera el sol brillaba en todo su esplendor, como si después de una noche muy oscura alguien hubiera encendido la luz. La gente ya se había puesto en movimiento: una mujer vendía paquetes de jabón, una niña nos miraba con ojos hambrientos, un joven sostenía sobre su cabeza varias cajas de huevos, una señora daba vueltas a una cacerola humeante... Junto a ellos, un tumulto de personas deambulaba al lado de coches, portadores de *pousse-pousse* y rebaños de cabras. Nosotros también nos unimos a esa marea humana caminando a paso ligero hasta que llegamos al puerto.

Allí me estaba esperando el capitán que, en cuanto me vio, me dijo que corriéramos porque el barco a Kinshasa estaba a punto de partir. Me despedí de Amable con un beso fugaz en la mejilla y nos fuimos. El barco estaba amarrado al muelle, abarrotado a pesar de lo temprano de la hora y moviéndose tranquilamente entre la olas. Un joven me ayudó a bajar la escalerilla y me ordenó que me sentara delante, junto al conductor. Un minuto después, cuando ya estaba acomodada, nos pusimos en marcha. El ruido del motor me impedía escuchar al capitán que seguía en el muelle. Él alzó la voz y señaló el móvil.

—Tienes mi número. Llámame la próxima vez que vayas a cruzar la frontera —dijo gritando—. ¡Para que no tengas ningún problema!

Durante el trayecto, mientras miraba las primeras luces de la mañana reflejadas sobre el río, pensé en Valère. Me acordé de aquel billete que había comprado por azar en una agencia de viajes en Madrid y que me había traído al corazón del continente negro. Aquel billete me estaba dando la oportunidad de abrir un nuevo capítulo en el libro de mi vida. Bruce se había marchado para siempre y nunca más volví a saber de él. Ahora, las mejores páginas estaban aguardando impacientes para ser escritas.

Las semanas siguientes fueron pasando sin apenas darme cuenta. Una mañana, *papa* Emmanuel llegó un poco antes de lo habitual y nos pusimos a charlar. Me contó que estaba muy estresado con los preparativos de la boda. Todavía no se había comprado el traje y no encontraba un local adecuado para celebrar el banquete. Le agradecí que nunca me hubiera preguntado por Bruce y yo tampoco volví jamás a mencionarlo. Después le di las indicaciones del día y bajé por las escaleras hasta la segunda planta, donde estaba la oficina.

Aquella iba a ser una mañana complicada. Tenía que escribir unos informes sobre educación, los envié urgentemente a Madrid, y me puse a preparar la reunión sobre salud que teníamos todos los lunes por la tarde en la sede de la Unión Europea. Estaba tan absorta en mi trabajo que no me di cuenta de que la secretaria había entrado en mi despacho y que estaba enfrente de mi mesa.

—Ha venido un diputado congoleño —me dijo mientras yo alzaba la mirada. Y me entregó una tarjeta de visita—. Insiste en hablar contigo. ¿Qué le digo?

Examiné la tarjeta y después de dudar unos instantes le respondí que le hiciera pasar. Tenía curiosidad por saber qué quería de mí un diputado congoleño. La secretaria salió y al instante llegó acompañada de un cincuentón con un evidente problema de sobrepeso: los botones de su americana amenazaban con reventar en cualquier momento. Cuando me dio la mano sentí el sudor de sus dedos regordetes. El hombre se sentó en una silla al otro lado de la mesa y, con una educación exquisita, me preguntó por mi salud y la de mi familia. Después empezó a hablarme del asunto que le había llevado hasta mi despacho: me contó que hacía varios meses que había fundado un orfanato y quería que la cooperación española le ayudase a financiarlo. Sólo contaba con el apoyo de unas monjas congoleñas y había muchos niños que necesitaban nuestra ayuda. Le escuché atentamente, me pareció una historia interesante, una iniciativa promovida por gente local, y al final acepté su invitación.

—Ahora estoy desbordada —me disculpé—. Pero el miércoles es festivo y no tengo ningún compromiso. ¿Qué tal le vendría al mediodía?

El diputado rebuscó en su agenda.

—¿El miércoles al mediodía...? ¡Perfecto! —exclamó. Cogió un bolígrafo y empezó a hacer anotaciones—. La esperaré en la puerta del orfanato. Será un placer recibirla, mademoiselle.

—Igualmente. Tengo muchas ganas de ver lo que están haciendo.

Le había dicho a Livingstone que ese miércoles viniera a buscarme a las diez de la mañana y, como siempre, llegó a la hora. Según las indicaciones del diputado, debíamos dirigirnos al barrio de Kisenso, a las afueras de Kinshasa. Por la noche había llovido mucho y a esas horas mi calle era un torrente de fango en el que los coches, más que circular, avanzaban navegando. Entramos y salimos por un sinfín de charcos y nos quedamos embarrados varias veces. En la avenida del Flambeau nos encontramos un monumental atasco que nos retuvo más de veinte minutos. Cuando logramos salir, pasamos por el aeropuerto de N'dolo en pleno centro de la ciudad. La pista de aterrizaje se encontraba en perpendicular por la carretera en la que estábamos circulando.

—¿Sabe que en tiempos de Mobutu —me empezó a contar Livingstone— un avión con exceso de carga no fue capaz de despegar y siguió más allá de la pista, hasta un mercado que había enfrente repleto de gente y las hélices hicieron picadillo a...?

Le pedí que no siguiera. Ya me había contado en otra ocasión que el accidente se había convertido en la mayor tragedia aérea de la historia del Congo. El mercado ya no existía. Sin embargo, los aviones seguían despegando y aterrizando por esa pista y bastaba un pequeño fallo para que, otra vez, se llevaran por delante a vehículos y a cientos de personas.

Seguimos nuestro recorrido por las interminables obras del bulevar Lumumba y, una vez en el intercambiador, cogimos un desvío y, de ahí, llegamos a la rotonda de Ngaba, uno de los puntos más caóticos y con mayor acumulación de ladrones y carteristas por metro cuadrado de toda la ciudad. Tenía una gasolinera en medio y los vehículos la atravesaban para evitar rodear la rotonda. El resultado era un caos terrible. A cada metro aparecía un peatón que se ponía delante de nosotros o un taxi-bus atiborrado de gente que buscaba hacerse un hueco en el escaso espacio que quedaba libre entre los coches.

Tras superar ese punto negro, una cuesta empinada nos condujo directamente a la Unikin, la Universidad de Kinshasa. En la época colonial se la conocía con el nombre de Louvanium, en recuerdo de la Universidad de Lovaina en Bruselas. Había visto esos mismos edificios en videos antiguos colgados en internet, donde se les veía limpios y rodeados de una naturaleza exuberante, con estudiantes paseando por las aceras perfectamente pavimentadas. Ahora ya no quedaba nada de todo aquello. La universidad se hallaba en un estado lamentable y las zonas ajardinadas llenas de hierbajos y basuras. Por todos lados mujeres vestidas con paños estampados de flores vendían comida en puestecitos cochambrosos, con parasoles raídos. A la derecha, un enorme cartel publicitario advertía de los riesgos de contraer el sida y, a pocos metros, otro explicaba los síntomas para detectar la tuberculosis. Seguimos subiendo hasta que entramos en una carretera cubierta de arena y comenzamos a bajar. Cada vez había menos casas y apenas quedaban árboles. Livingstone me explicó que los vecinos los habían talado para fabricar carbón vegetal con el que preparaban la comida. El problema era que las raíces de los árboles ayudaban a sujetar la tierra y ahora, al haberlas arrancado, se estaban formando unas peligrosas erosiones. No hizo falta que Livingstone me explicara nada más porque enfrente de nosotros había un enorme socavón que se había tragado parte de la carretera. Lo sorteamos metiéndonos por el campo. Derrapamos varias veces por la tierra arenosa hasta que al final, un par de kilómetros más allá, vimos al diputado esperándonos junto al portón de una parcela que, a simple vista, parecía que estaba abandonada. Livingstone aparcó el coche frente al muro. Le dije que me esperara y yo me dirigí hacia el diputado que salió a mi encuentro muy amable.

—Bienvenida a nuestro orfanato, mademoiselle. Pase, pase. Es por aquí. No sabe qué ilusión me hace verla.

Se le notaba contentísimo con mi presencia y yo también le agradecí que me hubiera invitado para conocer su trabajo. Cruzamos la puerta de la entrada y accedimos a una especie de patio con cientos de socavones. En el centro había un grupo de unos cuarenta niños que se encogían y tiritaban de frío mientras una mujer los bañaba a manguerazos. Me quedé con la boca abierta. Los pequeños parecían sacados de un campo de concentración: estaban desnudos, colocados en fila india, todos con el vientre hinchado y las costillas perfectamente visibles asomando por debajo de la piel. Al ver mi cara de estupor, el diputado los hizo vestir rápidamente y le dije a una de las monjas que se los llevase a la parte trasera de la casa. Después se disculpó.

—Los traigo en avión desde el este, de la zona de la guerra —me explicó—. Si viera de donde vienen... esto le parecería un hotel de cinco estrellas. Hacemos lo que podemos.

—¿Y cómo sabe usted que son huérfanos? ¿Tiene algún documento que pueda demostrarlo?

Le noté incómodo ante mi pregunta, pero su respuesta resultó convincente.

—No existen documentos porque los padres de estos niños son víctimas de la guerra.

La monja volvió e interrumpió nuestra charla. Me saludó con mucha cordialidad. Al rato se le sumó otra monja y luego una tercera que también se deshizo en halagos hacia mí. Hablamos un rato hasta que el diputado me propuso visitar la vivienda. En el salón apenas había mobiliario. Sólo numerosas esterillas que se apilaban junto a la pared y que, según me explicaron, los niños colocaban en el suelo para dormir por la noche. Durante el recorrido, el diputado me fue contando que la casa era de su propiedad y que le costaba mucho mantenerla. Se estuvo lamentando de que gastaba casi todo su sueldo en agua y comida para los niños y quería que la cooperación española se ocupara de esos gastos, además de financiar la ampliación del edificio. En apenas un par de minutos me enseñó el resto de las habitaciones. Tampoco había gran cosa que ver, salvo más esterillas y algunos cubos.

Volvimos a salir al patio. El diputado seguía hablando, pero yo sólo tenía ojos para aquellos pequeños. Me los imaginaba asustados por la noche, acurrucados en sus esterillas, dándose calor los unos a los otros, y tragándose los sofocos y los llantos. Tenía ganas de preguntarles de dónde venían y si estaban contentos allí. Pero no hablaban francés, ni siquiera lingala, sólo swahili, la lengua del este del Congo. Cogí en brazos a uno que me miraba apoyado en una esquina. Se sacó el dedo de la boca y

empezó a jugar con los rizos de mi pelo. Le di un beso en su cabecita rapada y el niño sonrió. Quizá no supiera lo que era un beso de cariño, así que le di dos más. El diputado me observaba satisfecho y me animaba a seguir con el niño en brazos, sobre todo cuando vio que acariciaba las cabecitas de otros dos pequeños y que intentaba hacerles una broma. Luego me invitó a regresar al interior de la casa, donde una de las monjas había dispuesto un par de sillas de plástico, y me ofreció que me sentase.

—Le gustan los niños, ¿verdad?

El diputado estaba tan gordo que me dio la impresión de que su cuerpo se estaba desparramando por la silla. Las monjas congoleñas me miraban atentamente, de pie, vestidas con unas sencillas batas y unos pañuelos anudados en la cabeza.

—Sí, mucho —respondí lanzando una ojeada a aquellos pequeños que me miraban a través del cristal de la puerta.

Al diputado se le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Muy bien —dijo irguiéndose—. Si desea acordar, podemos llegar a un acuerdo. —Y susurrando añadió—: Elija el niño que más le guste, me da cinco mil dólares y en tres meses tiene los papeles listos para llevarse a España. Yo me encargo de todo.

Sacó un pañuelo y se secó la frente húmeda. En la camisa, a la altura de las axilas, se le veían dos aureolas en forma de media luna. Alcé la mirada y busqué sus ojos. Parecían dos botones hundidos en medio de una cara mofletuda.

—No, gracias —le respondí.

De pronto me sentí invadida por una incomodidad asfixiante y opté por marcharme. Me despedí con frialdad, agradecí a las monjas su amabilidad y salí de la casa. En el patio los niños lloraban sin consuelo para que les cogiera en brazos y casi se me parte el corazón cuando les dije adiós con la mano. Me monté en el taxi y le pedí a Livingstone que nos fuésemos de allí lo más rápido posible.

Durante el camino no pude quitarme a los niños de la cabeza. Cuando llegué a casa me fui directamente al armario del salón y busqué en la agenda el teléfono de Remi Mafu, el coordinador de una organización congoleña que agrupaba a unos ochocientos centros de niños y orfanatos de Kinshasa. Remi era congoleño y se había convertido en una referencia para los organismos internacionales que trabajaban con la infancia más desfavorecida. Por eso le llamé.

—Remi, ¿te suena un orfanato que se encuentra en Kisenso?

Él y yo habíamos coincidido en varias reuniones y teníamos confianza. Le di todos los datos, la dirección y la descripción del centro.

—Voy a consultar en los archivos. —Al otro lado del auricular oí el sonido de un ordenador que se estaba abriendo—. Tiene muy mala pinta, pero déjame ver. Te llamo en una hora.

Mientras esperaba su llamada aproveché para ver las fotos de los niños. Parecían esqueletos andantes: los huesos se les marcaban en la cara, en los brazos y en las piernas. Sus miradas eran inexpresivas. De pronto el teléfono sonó.

—No tengo registrado ningún orfanato en esa zona —me dijo Remi con la voz grave—. Espero que no sea otro caso de compraventa de órganos.

Al oírle se me encogió el corazón. Estaba tan aturdida que me resultaba difícil seguir con la conversación.

—Remi, gracias por todo. Seguimos hablando —le dije—. Ya te llamaré si me entero de algo más.

Al cabo de unos minutos, ya más serena, llamé a Mauricio, un joven cooperante, coordinador de la ONG italiana Amici di Bambini que se dedicaba a apoyar a algunos orfanatos de Kinshasa y le conté lo que había visto.

—¿Has llamado a Remi? —fue lo primero que me preguntó.

—Sí, pero no tiene registrado ese orfanato.

—Por la descripción que me das, a mí tampoco me suena de nada. Escucha. ¿Tienes apuntada la dirección? Se me ocurre que podemos regresar el viernes, pero sin avisar. ¿A qué hora puedo pasar a buscarte?

—Salgo de trabajar a las cuatro. ¿Te viene bien?

—Perfecto.

El viernes a las cuatro Mauricio vino a buscarme en su coche y de nuevo hicimos el camino hasta Kisenso. Y ¡oh, sorpresa! En el orfanato nos encontramos lo que nunca jamás me habría imaginado. Nada más cruzar el portón de entrada, vimos a tres parejas con aspecto europeo jugando alegremente en el patio con los niños. Mauricio se percató de que hablaban italiano y se acercó a charlar con uno de ellos. Sin embargo, cuando las simpáticas monjitas del otro día nos vieron aparecer, sus semblantes palidieron y, enfurecidas, nos cogieron del brazo y nos echaron a empujones por la puerta. Los italianos corrieron a esconderse en el interior de la casa y Mauricio intentó tranquilizar a las monjas, pidiéndoles que se calmaran. Les dijo que él pertenecía a una ONG dedicada a los niños de la calle y que sólo pretendía hablar con ellas y ayudarlas con los pequeños. De nada sirvieron sus explicaciones. Las monjas cerraron el portón gritando que aquella era una propiedad particular y que no me habían visto en su vida.

No tuvimos más remedio que marcharnos. En el camino de vuelta llamé a Remi y le expliqué lo que acababa de ocurrir. Le noté indignado.

—Esto tiene pinta de un negocio de compraventa ilegal de niños —dijo con la voz quebrada—. Por no hablar de algo peor.

Remi dijo que esa misma tarde lo iba a denunciar a la policía.

—Por favor —le dije antes de colgar—, ten cuidado. Esas tres mujeres... me parece a mí que de monjas tienen poco. Y el diputado... a saber quién es.

—No te preocupes —afirmó seguro de sí mismo—. Mi único miedo es no cumplir con mi deber.

Mauricio también intentó calmarme. Cuando me dejó en casa me explicó que pensaba acompañar a Remi a la comisaría.

—Yo también quiero ir —le dije.

—No, es mejor que te mantengas alejada —me aconsejó—. Puede ser muy peligroso. Aquí se mueve mucho dinero. Déjanos a nosotros.

Yo me resistía a salir del coche, pero comprendía que tenía que hacerle caso. Mauricio y Remi llevaban muchos años en Kinshasa y conocían ese mundo.

—Mauricio, ¿y cómo sabré que los niños están bien?

—Te doy mi palabra de que no les va a pasar nada. Sé lo que hago.

Me despedí de Mauricio con los tres besos protocolarios del Congo y me fui a mi apartamento. Mientras subía las escaleras seguía pensando en el orfanato, en el diputado, en los niños desnutridos... Cuando entré en casa cogí el móvil dispuesta a llamar a mis amigas de la embajada para desahogarme, pero comprobé con disgusto que había agotado todo el saldo. Rebusqué en mi bolso pero no encontré ninguna tarjeta de recarga y no tenía sentido bajar a la calle: a esas horas ya no había vendedores ambulantes en la Gombe. A través de la ventana no se veía ni un alma. Era noche cerrada y me fui a dormir, pero dejé el teléfono encendido por si se producía alguna novedad.

Al día siguiente me desperté muy inquieta. Miré el teléfono, pero no había ningún mensaje. Me arreglé y bajé a la calle a comprar unas tarjetas de recambio. Llamé varias veces tanto a Remi como a Mauricio, pero ninguno de los dos me contestó. Insistí tres veces más, pero el resultado fue el mismo. Cada vez me iba poniendo más nerviosa. ¿Por qué no me cogían? Media hora después escuché un «bip» y me lancé, como una leona, a coger el móvil.

Hola, buenas tardes. Igual es un poco precipitado, pero quisiera invitarte a cenar esta noche. Un abrazo.

Me quedé un rato mirando la pantalla. Lo último que me esperaba era un mensaje de Valère. Hacía tiempo que no le veía y, aunque reconozco que me moría de ganas de estar con él, no me sentía con ánimo para salir esa noche después de lo que había ocurrido en el orfanato el día anterior. Empecé a escribirle otro mensaje excusándome. Prefería quedarme en casa. Pero justo en ese momento volvió a sonar un «bip» en el teléfono. Era un mensaje de Remi.

Diputado falso detenido. Monjas falsas detenidas. Niños a salvo. Estamos con la policía pero todo bien. Llámame, que se me ha terminado el saldo.

Me dejé caer en el sofá. «¡Menos mal!», me dije aliviada. Estaba deseando que Remi me contara los detalles y le llamé enseguida.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté, impaciente.

—Nada, que les hemos pillado con las manos en la masa —me contó—. Ha sido mucho más fácil de lo que pensábamos. Llegamos al orfanato, les pedimos los papeles y no tenían nada en regla. Ahora están en comisaría y el orfanato precintado.

—¿Y los niños?

—No te preocupes, están bien. Hay una ONG que los está atendiendo. Van a intentar devolverlos a sus familias, si es que tienen. Si no, se quedarán con unas monjas.

—Remi, puedo ir a ayudarlos. Me gustaría hacer algo, no sé. Lo que sea.

—No, no. No quiero que vengas a La Cité tú sola y menos a la comisaría. Ya hablaremos mañana. Simplemente quédate tranquila. Lo que tenías que hacer ya lo has hecho. Deja que ahora se ocupen la policía y las ONG.

Me despedí de Remi dándole las gracias. Me sentí feliz con la noticia. Más que eso, me sentía pletórica. ¡Aquello había que celebrarlo! Decidí aceptar la invitación de Valère y cambié el mensaje que le estaba escribiendo:

¿Qué tal a las siete en mi casa?

Media hora después escuché otro «bip».

Muy bien. A las siete estoy allí.

Respiré satisfecha. El día había empezado muy mal, pero las cosas se habían ido enderezando y, además, como broche de oro, esa noche iba a tener una cita con Valère.

Me hubiera gustado ponerme guapa pero, para mi desazón, no tenía nada en el armario. Los trajes que llevaba en las reuniones eran demasiado formales para un sábado por la noche, y en las perchas sólo colgaban dos faldas de sport y un vestido que ya me había puesto la otra vez que quedé con Valère. Por lo demás, las estanterías estaban llenas de camisetas y vaqueros desgastados.

Al final decidí hacer un apaño con unos vaqueros, una blusa negra y unos tacones que guardaba para ocasiones especiales. Me solté el pelo y me maquillé con mucho esmero siguiendo las indicaciones que siempre me habían dado las maquilladoras de la tele. Valère llegó a las siete en punto y me propuso ir al Limoncello, un restaurante italiano que se había inaugurado recientemente cerca de mi casa. Ya había estado en casi todos los restaurantes de la Gombe, pero cuando llegamos a éste me pareció deslumbrante. Dentro sonaba música clásica y los camareros atendían las mesas perfectamente uniformados en blanco y negro. Un camarero de exquisitos modales nos recibió en la puerta y nos acompañó a través de un jardín hasta una mesa con una vela que iluminaba levemente la penumbra.

—Les dije que quería el mejor sitio —me explicó Valère mientras apartaba la silla para que me sentara—. Espero que te guste.

Nunca me había sentido más lejos del bullicio de Kinshasa que entre esas cuatro paredes amuralladas. Estaba tan a gusto que me parecía increíble que a unos pocos kilómetros unos niños hubieran estado a punto de ser vendidos a unos italianos. Mientras tomábamos los entrantes le fui contando la historia a Valère, quien se iba enfadando cada vez más a medida que me escuchaba.

—Esto no puede quedar impune —me dijo cuando terminé de narrarle lo que había sucedido. Sacó el móvil y empezó a marcar—. Voy a llamar a... —Le pedí que guardara el teléfono.

—No te preocupes. Ya está todo arreglado, Valère —le expliqué—. Remi ha ido a la policía esta tarde y los niños están bien.

—Remi, ¿el defensor de los niños? —quiso asegurarse Valère. Yo asentí con la cabeza. Remi era un hombre muy conocido en Kinshasa—. Entonces me quedo más tranquilo. Ese hombre sabe lo que hace.

El camarero llegó en aquel momento, nos retiró los platos, colocó unos nuevos y nos sirvió una ensalada de frutas tropicales y un risotto con carne. Valère esperó a que se marchara para seguir preguntando.

—Por cierto, ¿qué te hizo sospechar?

Pensé un momento antes de responder. Dos semanas atrás había visitado el orfanato de las Hermanas de Calcuta en el barrio de Limeté. Allí observé con qué delicadeza y atención trataban las religiosas a los niños. Jugaban con ellos, los bañaban y les daban de comer con paciencia y amor. Pero también había visitado otros orfanatos dirigidos por distintas ONG y otras congregaciones religiosas y, a pesar de los infinitos problemas que se encontraban, pude comprobar que los pequeños estaban bien atendidos.

—Lo que vi me repugnó desde el principio —le dije finalmente—. Y ese falso diputado... ¡me pedía dinero de la cooperación española y a la vez me estaba vendiendo un niño!

Valère frunció el ceño y me sirvió un vaso de vino tinto. Con voz serena me preguntó:

—¿Y en los demás orfanatos no quisieron venderte niños?

Noté una punzada en su orgullo. Leí en sus ojos cuánto debía de dolerle que los niños congoleños fueran adoptados por familias extranjeras. Intenté tranquilizarle.

—No, Valère. El protocolo siempre ha sido claro y las normas muy estrictas a la hora de adoptar.

Durante unos segundos coloqué los cubiertos en el plato y dejé de comer. Valère se sorprendió y también interrumpió su comida.

—¿Te sucede algo? —me dijo, preocupado.

Acababa de recordar mi conversación con las Hermanas de Calcuta. Me habían contado que en Kinshasa los padres no registraban a sus hijos por falta de dinero y que, si alguno desaparecía, tampoco tenían medios para buscarlo. Supuse que en el este del país, donde el Estado era casi inexistente, sería mucho más fácil robar niños. Me imaginé a aquel falso diputado arrebatándolos de sus familias y trayéndolos en avión hasta Kinshasa.

—¿Sabes? Después de lo que he visto en el Congo me pregunto para qué la gente sigue trayendo hijos al mundo.

Valère me miró con sus ojos grandes y negros y yo le sostuve la mirada.

—Después de todo, ¿qué les espera aquí? ¿Pasar hambre, sufrir enfermedades, morir en una guerra?

Valère me escuchaba en silencio hasta que terminé de hablar y entonces inclinó su cuerpo hacia mí y me acarició suavemente las manos.

—¿Y si fuera tu hijo el que acabara con el hambre, las enfermedades o las guerras? ¿No has pensado en eso?

Yo continué con mi razonamiento, absorta en mis pensamientos.

—No sé. Es que pienso en los niños de España que tienen de todo. Y, en cambio, los niños congoleños no tienen ni para comer y están expuestos a todo tipo de gentuza que se aprovecha de ellos.

—Escucha. —Valère me levantó la barbilla con su dedo y yo levanté la mirada—. A pesar de las injusticias, hay gente que lucha por un mundo mejor. Estoy convencido de que el día que tú tengas un hijo será uno de ellos.

Le contemplé durante un rato. Valère siempre tenía un punto de vista que conseguía dejarme sin saber qué decir. El camarero apareció con dos copas de helado y Valère aprovechó ese momento para cambiar radicalmente de tema. Su tono se volvió mucho más alegre.

—Por cierto, has dicho que hoy querías que fuese una noche de fiesta, ¿no? —dijo, misterioso—. Está bien —añadió mientras se levantaba de la mesa y me ayudaba a ponerme en pie—. Pues sus deseos son órdenes para mí, mademoiselle.

Salimos del Limoncello cogidos de la mano. En la puerta, nos esperaba un grupo de *handicapés* que nos acompañaron hasta el coche en sus sillas de ruedas. Dimos una propina a cada uno de ellos y, una vez con el motor en marcha, enfilamos hacia la 30 de Junio.

—Hoy te voy a enseñar algo que nunca has visto.

—¿El qué, Valère?

—¿Has oídos hablar de la noche congoleña? —me preguntó—. Porque quizá no lo sepas, pero estás en Kinshasa, la capital mundial de la rumba.

Valère puso una cinta de Koffi Olomide en el radiocasete.

—¿Lo conoces? —Señaló la carátula y luego añadió—: Es el rey de la rumba africana.

—Sí, sí, lo conozco —respondí—. Estuve en un concierto suyo en el Grand Hotel y me encantó.

Valère me miró con una media sonrisa y se volvió de nuevo hacia delante. Las calles de la Gombe estaban desiertas. Las luces de las embajadas y edificios oficiales se habían apagado y el ajetreo propio del día había dado paso a una especie de ciudad fantasma. Me sentí como en el Lejano Oeste. Sólo se oía el silbido del aire entrando por la ventanilla medio abierta. Pasamos frente al Ministerio de Educación y, como era habitual, allí estaba el vigilante sentado en una silla junto al portón de entrada. Aquel hombre siempre me había llamado la atención por su aspecto desastrado. Pero, sorprendentemente, aquella noche se le veía muy elegante.

—¿Te has fijado en el vigilante? —le dije a Valère mientras dejábamos atrás el edificio—. ¡Vaya traje se ha puesto! Pero si parece un coronel.

—Sí, ya lo sé —me respondió, risueño—. Se lo he comprado yo.

—¿Cómo?

Siempre había visto a Valère dirigiendo reuniones de alto nivel con los técnicos internacionales de las cooperaciones más importantes del mundo. O en debates en los que participaban distintas delegaciones procedentes de Washington. O trabajando codo con codo con consultores internacionales.

—No sabía que vestir al vigilante formara parte de tus obligaciones —le comenté.

—Y no es así —me respondió—. Pero el hombre iba hecho una pena. Ahora parece otro, ¿no crees?

Y se volvió hacia mí para valorar mi reacción. Yo le devolví una mirada de ternura. Cada cosa que descubría en él me gustaba más que la anterior.

Salimos de la 30 de Junio, tomamos la avenida de Huileries y enseguida los edificios modernos de la Gombe dieron paso a las casas y chabolas de hojalata de La Cité.

La calle estaba en obras. A nuestro paso dejábamos una polvareda rojiza que parecía fuego iluminada por las luces traseras. Giramos bruscamente y regresamos de nuevo a la mezcla de tierra y asfalto sobre la que circulábamos. La calle era una pista ancha y los coches conducían por el carril imaginario que consideraban oportuno.

Pasamos junto al estadio de los Mártires, tomamos el bulevar Triunfal y seguimos junto al palacio del Pueblo.

—Vamos a Bandal.

—¿Adónde?

—Déjate llevar.

Valère me explicó que estábamos pasando junto al mayor campo militar de Kinshasa. Rodeamos una rotonda y llegamos a una calle larga y oscura. Los faros de nuestro coche iluminaban terrazas al aire libre y más y más gente que iba surgiendo de entre las sombras. Circulábamos muy despacio. El ambiente era distendido, alegre y frenético. *Papa Wemba* atronaba desde los altavoces y la gente bailaba en la calle al compás de la rumba africana. Además, el clima tropical invitaba a disfrutar de ese aire de fiesta. Mujeres hermosas, cuyas formas harían palidecer la obra del mejor escultor, salían de chabolas inmundas y caminaban por encima de bolsas de plástico desperdigadas por el suelo. Algunas llevaban faldas muy cortas y otras envolvían sus cuerpos en telas de vivos colores. Nunca había visto a mujeres tan sensuales.

Seguimos muy lentamente. De algún lado oí unos gritos: «¡¡Aleluya!!!», y muchas palmas y gente que cantaba y bailaba.

—Son las iglesias del Despertar —me explicó Valère—. En los últimos años han aparecido como setas. Ahora son una plaga y ya lo ves tú misma. En lugar de despertar a los fieles, lo que hacen es despertar a todo el barrio.

Giró a la derecha y aceleró un poco, pero tuvo que reducir la marcha hasta parar completamente porque enfrente había un hervidero de gente mirando la pantalla de un pequeño televisor. Decenas de niños y adolescentes abarrotaban las primeras filas y detrás, de pie, se amontonaban los adultos. Una gran cantidad de vendedores ambulantes pululaban de aquí para allá e intentaban colarse entre la gente para poder, ellos también, acercarse al televisor.

—Está jugando el Todopoderoso Mazembe de Lubumbashi —me explicó Valère que me pidió que me apartara un segundo de la ventanilla para poder ver—. Es el mejor equipo de fútbol que tenemos en el Congo. Está jugando contra El Cairo. Es un partido vital.

Yo no entendía nada de fútbol pero los congoleños debieron de fallar alguna ocasión, porque los niños pegaron un brinco y se pusieron a chillar y los mayores agitaron los brazos y vociferaron enfadados. El griterío rayaba la histeria. Hubo uno que incluso rompió una botella en el suelo y se puso a dar vueltas moviendo la cabeza con los puños en alto.

De pronto se fue la luz y la tele se apagó de golpe. Un eco de decepción inundó el barrio pero nadie protestó. Los congoleños debían de estar tan habituados a los apagones que empezaron a dispersarse en la oscuridad de la calle sin soltar ni una sola queja. La única luz encendida era la de los faros de nuestro coche y... atrajeron como un imán a los vendedores ambulantes. Un hombre vino corriendo mostrando con la mano dos maracuyás. Detrás, otro me señalaba un surtido de corbatas. «Veinte dólares, madame. Veinte dólares.» Un niño colocó ante mí una cesta repleta de cacahuets y, por encima, otro hombre me señalaba una palangana con orugas vivas. Las caras de los vendedores ocupaban cada milímetro de mi ventanilla. «Cómprame algo, lo que sea —me decía un joven que aplastó un plátano contra el cristal—, necesito un dólar para el transporte.»

Compramos dos mangostanes y unos plátanos y después Valère puso en marcha el motor, aceleró unos metros y aparcamos en una callejuela. Al bajar del coche, percibí el olor a carne asada. Un hombre cortaba en canal un cabrito en medio de la calle. A su lado un chico vendía murciélagos.

—¿Quieres uno? —me dijo Valère ante mi cara de espanto—. Están buenísimos.

—Es un chiste, ¿no?

—¿Un chiste? Pero si los murciélagos son un gran manjar aquí en el Congo.

—¿Tú los has probado? —le pregunté volviendo la mirada hacia la jaula donde estaban aquellos bichos.

—Claro. Como todo el mundo.

Se oía el rugido de los generadores detrás de las terrazas y en las iglesias. Pasamos junto a otra con los mismos cánticos y el sonido de un tam-tam que alguien golpeaba insistentemente. Una moto pasó a mi lado y no me tiró a un charco porque Dios no lo quiso. Valère quiso decirme algo, pero la música era omnipresente y no le entendí. En un momento dado me cogió de la cintura y empezamos a bailar en medio de la calle. Sentí el aroma perfumado de su cuello.

—¿Qué te parece Kinshasa? —me preguntó hundiendo su mirada en mis ojos.

—Es increíble —le respondí—. Y, bueno, a pesar de todo, la gente se divierte y no pierde la sonrisa.

Habría seguido entre sus brazos, pero me cogió de la mano y continuos caminando en medio del calor. Creo que mis ojos se estaban acostumbrando a la pobreza porque ni las latas de refresco en el suelo ni los charcos de basura llamaban mi atención. Finalmente nos sentamos en una terraza y pedimos dos cervezas. Aprovechando la intimidad de la noche, Valère se volvió a inclinar hacia mí y me preguntó si podía hacerme una pregunta un poco personal.

—Adelante, no hay problema —le respondí.

—Verás, esta noche, con el tema del orfanato, he visto cómo te gustan los niños y me estaba preguntando si tú no habías pensado tener uno. ¿No te gustaría?

«¡Vaya!», me dije. Valère era congoleño y sabía que tarde o temprano me iba a hacer esa pregunta. La respondía una media de diez veces cada día. A los congoleños les interesaba tanto que a veces me daba la impresión de que, en aquel país, sólo si estabas casada y con hijos podías llegar a ser una mujer respetada.

—Verás. —Levanté los ojos como si levantara una pesada carga—. Ya sé que los hijos es algo de gran importancia en la cultura congoleña y entiendo que me lo preguntéis porque soy mujer, pero es que a veces pienso que sólo nos valoráis si tenemos hi...

Un estruendo brutal me dejó con la palabra en la boca. Fue un sonido terrorífico. Como una bomba.

¡¡Gooooooooooooooooooooo!!

La electricidad volvió en el último minuto del partido y justo en ese momento el equipo congoleño metió el gol de la victoria. Valère se levantó de la silla y se fue corriendo a coger sitio delante de la tele, donde ya se habían congregado miles de personas para ver la repetición de la jugada. Vendedores ambulantes, conductores de taxi-bus, niños de la calle, prostitutas, pastores y fieles habían abandonado lo que estaban haciendo para seguir los instantes finales del encuentro. Cuando sonó el pitido final todos se levantaron y empezaron a darse abrazos y a pegar saltos de alegría. Valère regresó a nuestra mesa con una sonrisa de absoluta felicidad.

—Vamos a la final.

Tomé un sorbo de cerveza y le devolví una amplia sonrisa.

—¡Qué bien! —le dije alegrándome todavía más por haber zanjado el tema de los niños.

Y volví a dar otro trago a la botella hasta que terminé la cerveza. Valère hizo lo mismo.

—Sí. Ojalá seamos campeones —dijo, eufórico.

Nos levantamos de la terraza y nos fuimos hacia el coche. En la calle se oía el estruendo de los cláxones unidos a los gritos de los jóvenes. De camino a casa me sentí reconfortada y muy feliz de haber ido a La Cité. Parecía que la gente había olvidado sus problemas y entonces supe que, al menos por esa noche, en Kinshasa todo iba bien.

El lunes al mediodía tenía un acto previsto en la sede de Cáritas. Como responsable de proyectos de la cooperación española iba a entregar las llaves de tres ambulancias que se distribuirían entre varios centros de salud de la periferia de Kinshasa. La dotación formaba parte de un macroproyecto que incluía la rehabilitación parcial de uno de los hospitales más grandes de la ciudad, el hospital Saint Joseph. Como se encontraba cerca, fuimos a visitarlo en cuanto acabó la ceremonia y, como apenas había tráfico, llegamos enseguida. Durante el recorrido por el hospital, los responsables de Cáritas me explicaron que las obras de la sala de operaciones de cesáreas iban bastante adelantadas, al igual que el banco de sangre y la sala de reanimación. En nuestro camino, los médicos se me acercaban y me daban las gracias. «Cuántos niños congoleños se están salvando gracias a la ayuda de España», me decían.

Acabada la visita, me despedí de los representantes de Cáritas y del director del hospital y me fui con Pierre a la oficina. Tenía prevista una reunión con Pablo, el delegado de la ONG Onay, para hablar del proyecto Monkole, el hospital general de referencia que la cooperación española estaba financiando en Mont-Ngafula. Iba a ser un encuentro largo en el que íbamos a tratar los avances en los cursos de formación del personal. Después, a las cuatro y media, tenía programada la última reunión del día en la sede de la Unión Europea con los responsables internacionales de salud para estudiar el problema de los medicamentos ilegales. En la República Democrática del Congo entraban medicinas por más de cien canales distintos que nadie controlaba, y las farmacias estaban invadidas de productos chinos que no ofrecían muchas garantías, aunque los congoleños los compraban por ser mucho más baratos. El Gobierno, con ayuda de las cooperaciones internacionales, estaba poniendo en marcha un Programa Nacional de Aprovisionamiento de Medicamentos para coordinar y hacer el seguimiento y control de los fármacos esenciales.

Llegué a casa muy tarde y sin ganas de hablar. Por eso me contrarió ver a *papa* Emmanuel en la cocina. Al principio no le reconocí vestido como iba con una camisa de colores y unos zapatos de punta. Él, que nunca se quitaba su uniforme verde ni las chanclas. Me dijo que se había quedado más allá de su horario laboral porque me había preparado una paella, lo cual le agradecí en el alma. Después nos despedimos hasta el día siguiente. *Papa* Emmanuel se dirigió hacia el ascensor tarareando una canción. Yo le observaba desde la puerta medio abierta.

—*Papa* Emmanuel —le llamé alzando la voz. Él se volvió cuando oyó su nombre—. ¿Qué le pasa? Le veo muy contento.

Él bajó tímidamente la mirada.

—Jeje. Es que ya tengo traje para la boda.

¡La boda! Había pasado tanto tiempo desde que me había entregado la invitación que ya no me acordaba.

—¡Qué bien! Cuánto me alegro —le dije guiñándole el ojo.

—Sí, y mi mujer también. Le he comprado un vestido blanco muy bonito. Parece una princesa.

Papa Emmanuel sonrió y su sonrisa dejó ver una dentadura vigorosa que irradiaba luz. Se le veía pletórico y me pareció muy tierno verlo ilusionado a sus sesenta y tantos años como si fuera un jovencuelo.

—Y usted, madame, ¿ya tiene vestido para mi boda? Ya queda poco y usted es una invitada muy especial.

—Pues... —*Papa* Emmanuel me miraba expectante—. Hummm, sí, sí. Claro, tengo un vestido precioso.

—Estupendo. No esperaba menos de usted.

Papa Emmanuel se fue con cara de satisfacción y yo me quedé pensando en mi propia mentira. La verdad era que no tenía ningún vestido elegante que ponerme. No se me había ocurrido meter ninguno cuando hice la maleta en Madrid para venir al Congo. ¿Cómo iba a imaginarme que aquí la gente era una auténtica enamorada de la moda! Me parecía increíble que en un escenario de casas medio derrumbadas como era Kinshasa las mujeres caminaran como levitando con sus vestidos largos hasta los tobillos, sorteando con increíble pericia los desperdicios. Y no mezclaban los colores de cualquier manera. No. A su lado, las europeas parecía que íbamos mal vestidas con nuestras camisetas y los vaqueros viejos. En la Gombe había alguna boutique, pocas, pero la ropa era importada y la misma prenda podía costar dos, tres y hasta cuatro veces más que en Europa, así que no conocía a nadie que comprara allí. Las congoleñas, en cambio, confeccionaban vestidos elegantísimos con sus telas africanas en las miles de casas de costura que se veían en cada rincón de La Cité.

Esa noche, aprovechando que había electricidad, me di una ducha rápida para quitarme el calor pegajoso del día y comí la paella que me había preparado *papa* Emmanuel. Era muy tarde, pero tenía ganas de despejarme, así que llamé a mis amigas y quedamos a tomar algo en la terraza del Grand Hotel. Después, llamé a Livingstone para que me llevara hasta allí y llegó a los diez minutos. Salimos al bulevar y pasamos por el edificio donde trabajaba Valère, junto al Ministerio de Educación. Estaba a oscuras, pero vi que de una de las ventanas salía luz.

—Livingstone, para aquí —le dije.

Livingstone frenó de golpe, retrocedió y aparcó al lado de la puerta. El vigilante estaba sentado en un taburete, pero cuando vio el coche se levantó y se dirigió hacia nosotros. Llevaba el traje de coronel que Valère le había comprado.

—Buenas noches, ¿todavía hay gente trabajando? —le pregunté mientras bajaba la ventanilla.

—Buenas noches. Sí, madame. El profesor Munsya. Siempre es el último en marcharse.

Noté que el corazón me daba un brinco. Abrí la puerta del taxi y salí.

—Perdone. ¿Podría entrar a buscarlo? Es tarde y... —me excusé.

El hombre ya me conocía y no puso ninguna pega.

—Claro, madame. Como usted quiera. Pase, pase.

Le di las gracias y entré en el edificio. Recorrí un estrecho pasillo y me dirigí hacia el despacho de donde procedía la luz. Llamé a la puerta, pero como nadie respondía la abrí lentamente. Valère estaba con la mirada fija en el ordenador. Sobre su mesa se amontonaban decenas de papeles diligentemente colocados y detrás, dentro de un sencillo armario de madera, se veía una caja de cereales y un trozo de pan. Terminé de abrir la puerta y me senté en la silla que había para las visitas. Valère me miró sorprendido. Estaba tan abstraído en su trabajo que no me había oído entrar.

—Son las nueve de la noche —le dije—. ¿No crees que es hora de ir a descansar?

Valère tenía los ojos enrojecidos y el rostro cansado, pero se levantó y me saludó con dos besos.

—¡Qué agradable sorpresa! Disculpame. Tengo tantas reuniones a lo largo del día y tantas visitas... sólo puedo redactar los informes cuando hay un poco de paz.

—¿Te parece bien si te rescato? —me atreví a preguntarle.

—Sí, sí. Ya estaba terminando por hoy.

Valère recogió unos papeles, cerró el despacho y salimos del edificio. Una vez afuera, llamé a mis amigas, me disculpé con ellas y quedamos en vernos otro día. También me despedí de Livingstone y del vigilante y me fui con Valère. Montamos en su coche, salimos de la parcela y seguimos por la carretera que llevaba al Grand Hotel y después a la orilla del Congo. Aparcamos bajo un árbol y después dimos un largo paseo hasta bien entrada la madrugada. Lo pasamos muy bien. De vuelta a casa, le conté a Valère que *papa* Emmanuel me había invitado a su boda y le pedí que viniera conmigo.

—Puedo ir acompañada de una persona y... bueno, pues... había pensado en ti. ¿Te apetecería acompañarme?

—Por supuesto —respondió él sin dudar—. ¿Cuándo es?

Sacó su agenda de la guantera y empezó a pasar las páginas.

—Exactamente dentro de dos meses.

—Vaya. —En su cara se dibujó un gesto de decepción—. Justo tengo el viaje a Washington para la propuesta del Programa Mundial de Educación. —Luego añadió

—: Lo siento mucho, me habría encantado acompañarte. Aunque tú no dejes de ir, te lo vas a pasar muy bien. Y sobre todo... si me dejas que te dé un consejo, ve muy elegante, que aquí la gente le da mucha importancia a la vestimenta.

Sí. Ya lo sabía y le confesé a Valère que no tenía nada apropiado que ponerme. Él me sugirió que me confeccionase un vestido con tela africana. «Estarías muy guapa», me dijo. Le agradecí el piropo pero por un momento me imaginé vestida con esas telas de colores y me sonreí ante una proposición tan disparatada.

—Gracias, Valère, pero prefiero buscar otra cosa.

Al día siguiente, después del trabajo, Valère me llamó para dar otro paseo y también el miércoles y el jueves y la semana siguiente y la otra. Quedábamos todos los días y cada vez estábamos más felices juntos. Un viernes, mientras dábamos una vuelta por la orilla del Congo, Valère se acercó a mí y, tras un momento de duda, levantó los ojos hasta alcanzar los míos.

—No sé si es demasiado precipitado, pero... me gustaría pedirte que salieras conmigo.

Aquella proposición era la secuencia lógica de lo que estábamos viviendo, pero no pude evitar sentir un hormigueo en el estómago y tuve que respirar varias veces antes de contestar.

—Valère, no sé, yo...

—Vaya, lo siento —me dijo al tiempo que me cogía y me envolvía entre sus brazos.

Sentí el ritmo frenético de su respiración. Valère acercó su cara a la mía y mi corazón empezó a latir a mil revoluciones por minuto.

—No he podido evitarlo. Disculpa. Es que no puedo aguantarme más. Necesitaba decirte... —Tragó saliva—. Necesitaba decirte que te quiero.

—Valère, yo... —murmuré. Luego intenté razonar la lógica de nuestra posible relación—. Venimos de culturas muy distintas y seguro que no va a salir como...

No me dejó acabar la frase. Había acercado tanto sus labios a los míos que me dio un beso.

—Si te estoy pidiendo que salgas conmigo es porque quiero que sea para siempre. Por favor, acéptame.

Valère colocó su mano en mi cintura y yo me agarré a su brazo musculoso mientras caminábamos hacia el Grand Hotel. Sin soltarme, le di un beso en la mejilla y después otro en los labios. Detrás de nosotros la luna brillaba resplandeciente sobre las aguas del río Congo. Se la veía muy grande y redonda, como si estuviera sonriendo.

—Entonces ¿qué me dices? —me preguntó mientras posaba su mirada en mis ojos.

Era una mirada serena, pero con una pincelada de inquietud que desapareció por completo cuando le respondí:

—Por supuesto, Valère. Claro que acepto.

Una semana después Valère me propuso pasar el fin de semana alejados de llamadas, e-mails y reuniones. Habíamos convenido que el sábado vendría a buscarme al mediodía y que luego iríamos a su casa. Sin embargo, poco antes de la hora a la que habíamos quedado, me llamó para disculparse. La reunión de esa mañana iba a prolongarse más de lo previsto. Una delegación del Programa Mundial para la Educación había viajado desde Estados Unidos y Valère les estaba explicando los avances que el Gobierno del Congo había realizado en la estrategia. Al final apareció a las seis de la tarde. Estaba cansado y ojoso, pero tenía una cara de enorme satisfacción; era el rostro de alguien que luchaba por un ideal a través del cual su vida cobraba sentido.

—Este ritmo de trabajo te va a matar —le dije mientras me subía a su coche.

Valère me lanzó una sonrisa.

—Sí, bueno. Ya sabes que hay que terminar la propuesta. Si conseguimos esos cien millones podremos construir cinco mil colegios en los próximos años y también dar formación a los profesores y ofrecer material escolar...

Sí. Lo sabía. Todas las cooperaciones internacionales estábamos apoyando al Ministerio de Educación para conseguir esa financiación. Valère trabajaba a contrarreloj.

Me puse el cinturón de seguridad y nos encaminamos hacia la 30 de Junio. En la antigua rotonda Socimat, convertida tras la reforma del bulevar en un peligroso cruce, se había formado un pequeño atasco. Era casi imposible salir de allí sin una abolladura, pero Valère encontró un resquicio por el que deslizó el coche. Un poco más adelante, a la altura de Kitambo, sorteamos un autobús amarillo que se había estrellado contra una casa. Pasamos el barrio de Delvaux sin problemas, pero a la altura de Bayadingi el paso de un cortejo fúnebre nos obligó a detenernos durante varios minutos.

Casi a las afueras de Kinshasa, en un desvío de la carretera de Matadi, entramos en una urbanización de casas blancas construidas en la ladera de una montaña. Bajamos una empinadísima cuesta y luego seguimos de frente por una pista estrecha por la que Valère aceleró. Parecía como si estuviéramos cogiendo carrerilla para ponernos a volar por encima de aquel paisaje de bosques y casitas que se veía a lo lejos pero, cuando el asfalto se acabó, dimos un volantazo hacia la derecha, donde la carretera continuaba, y después de unos metros paramos frente a un portón metálico. Yo me incorporé del asiento todavía con ojos de susto.

—¿Entramos?

Valère había bajado del coche y estaba abriendo la puerta del portón, así que le seguí.

Por fuera la casa parecía sencilla y austera. Había visitado otras casas en Kinshasa con adornos estafalorios en la fachada y en los muros exteriores, con columnas desproporcionadas y repletas de azulejos carentes por completo de estética. Por fortuna, nada de eso se encontraba en aquella vivienda y la sencillez del conjunto me brindó una fotografía del carácter de su propietario. Valère me ofreció su brazo y, agarrada a él, entramos por el portón. Yo llevaba puesto un vestido estampado de florecillas rojas muy parecidas a las que caían de los flamboyanes de la entrada y que alfombraban el umbral. Valère cogió una y me la entregó.

—Si no te conociera —me dijo—, diría que alguno de mis antepasados te inspiró para que vinieras a la ceremonia de iniciación.

—¿Qué ceremonia? —le pregunté con un tono entusiasta.

—La que te permitirá tomar posesión de mi humilde choza...

Subimos una pequeña cuesta asfaltada y llegamos al jardín. Percibí un olor dulzón y me di la vuelta. Provenía de las flores amarillas de una ceiba, cuyas gruesas ramas se extendían por encima del tejado de la casa. El jardín estaba sembrado de árboles frutales y de plantas exóticas, como aquella que parecía una mano verde con mil dedos moviéndose al compás del viento.

—Se echan de menos las risas de los niños, ¿verdad? —me dijo Valère mientras caminábamos.

Hice como que no le había oído, pero nada más entrar en la vivienda observé hasta qué punto estaba vacía. El sol acababa de ponerse y en el salón oscuro resonaron mis tacones. Valère encendió una vela y su piel negra brilló detrás de la tenue luz anaranjada.

—Gracias por haber venido —me dijo en un susurro y me dio un beso en la mejilla.

Después dejó la vela sobre una mesita. En las paredes brevemente iluminadas reconocí fotos enmarcadas de su estancia en Bélgica. Saqué un libro de la biblioteca que estaba junto a la mesa: *Le paradoxe comme fondement et horizon du politique chez Hannah Arendt*. En la contraportada vi su foto.

—¿Lo has escrito tú?

Valère afirmó con la cabeza. Cogió una silla y me invitó a sentarme, pero después cambió de opinión, dejó la silla y vino hacia donde estaba yo.

—¿Quieres que demos una vuelta por el barrio?

El aire era fresco y se respiraba un silencio roto de vez en cuando por el ruido de los generadores que encendían tubos fluorescentes en las fachadas de algunas parcelas. Árboles, casitas de una planta, muros y portones jalonaron nuestro paseo por aquellas calles que recorrían de un lado a otro la falda de la colina. En el camino nos encontramos con un vecino y charlamos con él. Justin era médico, se había formado en la Universidad de Toronto, en Canadá, pero había regresado a Kinshasa hacía un año y acababa de abrir una clínica en la Gombe. Nos contó que esa tarde había acudido a su consulta una niña con el cuerpo cubierto de llagas abiertas que habían invadido sus piernas, sus bracitos, las mejillas y sus ojos. Nos enseñó varias fotos y un vídeo que había grabado con su móvil. Me quedé muy impresionada. Dentro de esas costras verdosas se movían unas burbujas como si fuera agua hervida dentro de una olla. Daba la impresión de que la piel se le estaba deshaciendo.

—¿Lepra? —pregunté.

—No, es una alergia. Son millones de bacterias que se han extendido por su cuerpo. La pobre lleva así desde hace nueve meses.

—¡Nueve meses! —exclamé. No podía quitar la vista de aquella foto. La niña debía de haber padecido unos dolores insoportables—. Pero ¿cómo han tardado sus padres tanto en llevarla al médico?

El rostro del hombre se endureció. Sus ojos comenzaron a brillar y por un momento pensé que lloraba. El aire era tan húmedo que se deshacía en sus mejillas como diminutas gotas de lluvia.

—Tienen siete hijos más, lo normal en Kinshasa. No tenían dinero para ir al hospital, así que primero se fueron al brujo que agravó aún más el problema. Dijo que la niña estaba embrujada y se la llevaron a una iglesia del Despertar para que le hicieran un exorcismo. Al final, una misionera belga se enteró de lo que ocurría, cogió a la niña y me la trajo para que la examinara.

—¿Se curará? —pregunté.

—Espero que sí. Habrá que lavarle las llagas con cuidado y darle unos medicamentos, pero le haré un seguimiento personalmente.

No podía quitarme la imagen de aquella pobre niña, cuando otra idea empezó a rondarme la cabeza.

—No entiendo por qué las congoleñas se empeñan en tener tantos hijos si no tienen medios para cuidarlos.

Fue un pensamiento en voz alta, provocado por la indignación que me había causado ver a esa pequeña plagada de costras. Pero entonces ocurrió algo inesperado. El médico me lanzó una mirada dura y penetrante. Después avanzó hacia mí moviéndose como un león que defiende a sus cachorros. Aun así, su voz sonó suave y contenida.

—¿Y ustedes las europeas? Con todos mis respetos. Teniendo como tenéis todos los medios a vuestro alcance, ¿cómo es que apenas tenéis hijos? —Miró de reojo a Valère y luego se volvió hacia mí y me dijo en un tono de confidencia—: Usted, por ejemplo, madame, si no es indiscreción, ¿puedo preguntarle cuántos hijos tiene?

Nos quedamos quietos los dos. Él con sus pupilas fijas en las mías y yo sin poder parpadear. No contesté. Pensé en explicarle que tenía otras obligaciones. Cuando estaba en la tele un hijo habría sido un impedimento para llegar a ser presentadora y ahora tenía un trabajo que requería toda mi atención. Quise decirle que, con mi ritmo de vida, era imposible encajar un niño dentro de ella. Tenía otros proyectos y muchos planes y, sobre todo, no quería renunciar a mi libertad. Me habría gustado

explicarle esas y otras muchas cosas. Pero sólo dije:

—No tengo hijos.

—¿Lo ve? —exclamó dándose la razón—. Eso en el Congo es incomprensible. Aquí no concebimos la vida sin hijos. Los niños son la alegría de vivir, el sentido de nuestra existencia.

Pensé que el doctor Justin se iba a poner a darme un sermón allí en medio de la calle, pero, como si me acabara de leer el pensamiento, me agarró del brazo y, bajando todavía más la voz, me dijo en privado:

—Mire, el tiempo vuela. Y usted irá cumpliendo años. Si antepone el trabajo a la familia, le pesará toda la vida. Cuando sea mayor, nadie se acordará de usted ni de sus éxitos profesionales. Nadie la llamará por teléfono para preguntarle qué tal ha pasado el día o cómo se encuentra. Nadie se preocupará por usted y se sentirá profundamente sola. Hágame caso. En África decimos que no hay nadie más pobre que un hombre solo.

Me quedé como una estatua de mármol. Ante mi silencio, el doctor optó por seguir con su discurso.

—Cuando viví en Toronto conocí a muchas mujeres como usted. En el fondo todas deseaban tener hijos, pero les podía el miedo. Déjeme que le dé un consejo: no se haga preguntas. Si no, jamás será madre.

—¿Y por qué es tan importante que tengamos niños? Hay muchas mujeres que no quieren. Igual yo soy una de ellas —repliqué.

—No lo creo. He observado cómo miraba la foto de la niña y veo cómo me escucha cuando le hablo. Me ha contado que está en el Congo porque quiere mejorar la vida de otras personas. Eso es amor al prójimo. Pues le aseguro que no existe en el mundo amor más grande que el que puede sentir una madre por su hijo. El día que usted lo sea, rendirá mucho mejor en su trabajo.

Valère debió de ver mi cara de agobio porque vino a rescatarme, se excusó, dijo que se hacía tarde. Nos despedimos del doctor, pero antes le di las gracias por sus palabras. En el camino de vuelta Valère tuvo la delicadeza de no volver a hablar del tema. Poco después, nos encontramos con otros amigos suyos: un matrimonio joven acompañado de tres niñas. Él era economista en una ONG alemana y ella había estudiado Derecho Fiscal en Suiza y trabajaba en el Tribunal de Cuentas. Al igual que el doctor Justin, me contaron que hacía poco tiempo que habían regresado al Congo.

—Cada vez hay más gente como ellos —me explicó Valère—. A pesar de que aquí la vida es dura, vemos que está todo por hacer y nos sentimos útiles.

Abstraídos como estábamos en la conversación, llegamos a casa sin apenas darnos cuenta. Cuando abrimos la puerta nos encontramos el suelo inundado. Era frecuente que en el barrio se produjeran cortes de agua, incluso durante varios días, pero dio la casualidad de que el agua volvió durante el rato que estuvimos fuera y a Valère se le había olvidado cerrar el grifo. Intentamos limpiar el desaguisado con una fregona. En cuanto terminamos, sacamos de la nevera unas brochetas de pollo y un par de cervezas Primus y nos fuimos a cenar a la mesa del jardín. La vista desde allí era impresionante. A lo lejos, el sol estalló en mil colores y tiñó el cielo de un azul violeta que en pocos minutos viró completamente a negro. Las estrellas fugaces empezaron a recorrer el firmamento y caían detrás de las colinas, más allá del horizonte.

—¿Dónde está la Estrella Polar? —le pregunté a Valère.

Él se levantó de su silla y me ayudó a hacer lo mismo. Después me cogió de la cintura y señaló una estrella con el dedo.

—En el hemisferio sur nos guiamos por la Cruz del Sur. ¿La ves? —Era un rombo formado por cuatro estrellas brillantes—. Hay una quinta —me explicó mientras me indicaba hacia dónde debía mirar—, pero es menos luminosa. Por la hora que es, el conjunto aún está inclinado, pero a la medianoche la verás como una cruz vertical y las cuatro estrellas más visibles formarán los extremos de los postes.

Valère me condujo hacia el interior del jardín y nos sentamos bajo las frondosas hojas de un mango. Él se apoyó en el tronco y yo me acomodé a su lado con la mirada hacia el cielo. A través de las hojas se veía la luna blanca y redonda como una perla. Sentí la hierba húmeda bajo mis pies y el dedo de Valère acariciando mi brazo. Empezó a contarme historias de su pueblo y yo le escuchaba embelesada, como los niños cuando escuchan contar cuentos a sus padres.

—¿De qué tribu eres? —le pregunté dándole la vuelta y mirándole a los ojos.

—Soy bangala —respondió, orgulloso.

Me eché a reír y él también rió.

—¡Un bangala! Pero, Valère, si he leído en un libro de viajes que los bangala son una tribu de caníbales.

Valère exhibió una sonrisa socarrona.

—¿Sabes? Cuando estaba en mi pueblo, mi abuela me contaba que los blancos eran espíritus que venían de la tierra de los muertos. Yo tendría unos cuatro o cinco años la primera vez que vi uno. Estaba pescando en la piragua y él iba dentro de un gran barco que navegaba por el río Ngiri. De repente, sacó un palo largo y se oyó un gran estruendo. Los pájaros y los hipopótamos huyeron asustados. Yo también empecé a correr hasta que llegué a la choza de mis padres y me metí debajo de la cama. Estaba seguro de que aquel blanco era un fantasma que venía a comerse a los niños.

—¡Ja, ja, ja! Qué divertido Valère.

Durante las horas siguientes hablamos y nos reímos de todo perdiendo la conciencia del tiempo, como si estuviéramos dentro de un sueño. En un momento dado me quedé absorta contemplando las hojas del árbol moverse con la brisa y Valère aprovechó para canturrear una canción tradicional congoleña. Cerré los ojos. Estaba tan a gusto escuchando su voz grave que me habría quedado así toda la vida. Por eso, cuando oí el chirrido agudo de unos altavoces que se acoplaban, sentí como si alguien me hubiera lanzado de golpe a una ducha escocesa.

—¿Se oye, se oye? *Allô!! Allô!!* ¿Se oyeeeeeeeeee?

Me levanté sobresaltada. Se oía tan cerca que parecía que alguien hubiera entrado con un micro en el jardín.

—*Allô, allô! Nzambe akoya!*

—Pero ¿de dónde viene ese ruido? —pregunté levantándome, visiblemente molesta.

Valère apuntó hacia la parcela de al lado.

—Es una iglesia del Despertar —me dijo lacónicamente.

De nuevo el chirrido atronador me hizo protestar. Cuando se paró, comenzaron a sonar los tambores.

«Pum pum pum pum pum.»

Luego unas maracas de cadencia cansina, acompañadas de la voz de un hombre que, más que cantar, gritaba al micrófono.

—*Yezu azali awa, Yezu azali awa...*

Un grupo de voces desafinadas y sin ningún compás parecían hacerle el coro.

—...*Yezu azali awa na biso.*

Valère también se incorporó y suspiró profundamente, como invadido por un intenso desánimo.

—Van a acabar con mi paciencia. Se pasan toda la noche chillando y pataleando. ¿Puedes creerte que han puesto seis altavoces enormes? ¡Se les oye por todo el barrio!

Las iglesias del Despertar se habían extendido por todo Kinshasa y habían arraigado como una mala hierba. Valère me explicó que eran las herederas de las iglesias pentecostalistas norteamericanas a las que Mobutu había abierto sus puertas en los años setenta. Pero aquellas iglesias se mezclaron con las creencias tradicionales del Congo, la brujería, los exorcismos y la magia negra, y el resultado era un cóctel explosivo que adormecía a la gente con oraciones, ayunos y el deseo de ganar dinero. En otras palabras, aquellas sectas no eran sino el fruto de la miseria y de la superchería.

—Los de esta iglesia se han instalado hace dos meses —me explicó Valère.

—Pero el ruido es insoportable —le dije—. ¿Has hablado con el pastor?

—Claro que sí. Me explicó que sólo iban a estar una se-mana, que era algo provisional. Pero el grupo se ha ido haciendo cada vez más numeroso y las semanas han pasado a ser meses.

—Tienes que volver a hablar con él —le sugerí.

—Fui hace unos días, pero no sirvió de nada.

—Pero ¿qué te dijo? —le pregunté casi enfadada.

—Me dijo que no entendía por qué me molestaba, que si tenía algo en contra de Dios. Fue entonces cuando comprendí que tenía un problema.

Aquella conversación me pareció tan absurda que me entró la risa. Al momento volvió la luz y se encendieron las bombillas del jardín. Los gritos de nuestro vecino se agudizaron.

—*Nani Mokonzi? Yezu! Nani Mobikisi? Yezu!* (¿Quién es el señor? ¿Quién es el salvador? Jesús.)

—Vamos a echar un vistazo —le dije a Valère.

Sin darle tiempo a contestar le cogí de la mano y le arrastré hacia la calle. Grupos de mujeres caminaban vestidas con telas congoleñas y cuadernos y libros rojos en las manos que parecían biblias. Entramos en la parcela de al lado, donde estaba la iglesia, y nos colocamos en un lugar discreto. Encima de la puerta exterior, una pancarta pintada a mano sobre una sábana decía: «Campaña de evangelización: la brujería y la acción de Satán». En otra más pequeña se podía leer: «Iglesia del Monte Sion. Ministerio de las Curaciones». Dos lujosos todoterrenos se ubicaban a cada lado de las columnas de entrada.

—Pertenece a los dos pastores que dirigen la iglesia —me informó Valère—. No viven aquí. Sólo vienen por las tardes para sus predicaciones y exorcismos.

—¿Exorcismos? —le pregunté sin poder creerme lo que estaba oyendo.

—Sí —dijo, abatido—. Ya verás.

En el interior del patio la iluminación era muy pobre. Desde donde nos encontrábamos, pude calcular que habría unas cien personas sentadas en sillas de plástico y varias más de pie. La mayoría eran chicas jóvenes, junto a unos pocos varones de diversas edades. Todos se balanceaban al son de la música. Siguiéron unos gritos en lingala, hasta que el pastor comenzó a hablar en francés.

—Cantemos alto para que Dios nos oiga —decía desde el estrado como si estuviese indicando a sus fieles cuál era el camino al paraíso.

—¡¡¡Síiii!!! —respondió una multitud de voces al unísono.

Los tam-tam y las maracas redoblaron su intensidad. La gente empezó a dar tales berridos que parecían animales en celo.

«¡Amén! ¡¡¡Aleluya!!!»

El pastor continuó con su arenga:

—Esta noche tenemos entre nosotros a una hermana que está sufriendo mucho. Ven, hermana. —Una señora subió al estrado—. Desde hace un año el poder del Maligno se ha instalado en su casa y se resiste a abandonarla. Su marido perdió el trabajo, su hijo se ha quedado ciego y a su hermana mayor se le ha quemado la casa. —La mujer se puso de rodillas delante del pastor, quien le puso las manos sobre la cabeza—. Hermanas y hermanos, rezad conmigo para sacar al demonio de la vida de nuestra hermana. Tenemos que rezar con todas nuestras fuerzas.

Aquel iluminado gritaba cada vez más. Parecía que iba a desgañitarse.

—Sal, Satán, te lo conjuro, en el nombre del Todopoderoso. Sal. Bima, bima, bima.

La señora comenzó a gritar y a convulsionarse, y luego a dar vueltas por el suelo y a soltar alaridos. Los fieles gritaban enardecidos: «Sal, sal. Bima, bima».

—Vámonos —le dije a Valère—. Esto es superior a mis fuerzas.

—Espera —me dijo reteniéndome a su lado—. Que esto se está poniendo interesante.

El pastor cogió el micrófono y empezó a hablar de un modo muy raro, como si estuviera habitado por el Espíritu Santo.

—Que nadie venga a esta reunión si tiene el corazón duro y las manos vacías. Liberad vuestra codicia. ¿Tenéis los sobres preparados?

—¡¡¡Síiii!!!

Los tambores redoblaron su intensidad y el pastor comenzó una canción, invocando el nombre del Altísimo. Los fieles se acercaron a él y depositaron los sobres en una urna de cristal.

—Ya está. Ya podemos irnos —me dijo Valère.

Salimos de la iglesia. Eché un último vistazo a los dos cochazos de la entrada. Estaba claro que a los pastores el negocio les estaba yendo a las mil maravillas gracias a la ingenuidad de aquellos pobres infelices.

—¿Por qué no pones una denuncia a la policía? —le sugerí a Valère—. Con esa escandalera va a ser imposible descansar.

—¿Crees que nos harán caso? —me respondió irónicamente—. Kinshasa está plagada de estas sectas y nadie hace nada.

Pero yo le animé.

—Tenemos que intentarlo. No podemos estar así toda la noche. Vamos.

Valère se dejó llevar por mí a regañadientes. Salimos de casa y cogimos el coche rumbo a la comisaría más cercana. Allí nos recibió un policía medio adormilado que hacía guardia en una silla. Se puso de pie y se ajustó el cinturón y la boina. Muy atentamente me preguntó qué era lo que quería y yo le expliqué que la Iglesia del Monte de Sion había puesto unos altavoces gigantescos al lado de nuestra casa y que hacían un ruido infernal que retumbaba en todo el valle. Así era imposible dormir.

El policía me miró y, sin inmutarse, me dijo:

—¿Y cuál es su problema?

No lo entendía. ¿Cómo que cuál era mi problema? ¿Acaso él no lo veía con la misma nitidez que yo? Los gritos de aquellos locos se oían incluso desde allí.

—El ruido es infernal —le expliqué haciendo esfuerzos por no perder la calma.

—¿Es que usted no cree en Dios? —volvió a preguntarme con una tranquilidad pasmosa.

Yo le miraba con los ojos como platos, pero él prosiguió:

—Yo rezo en esa iglesia. Y mi mujer está allí ahora.

Entonces lo comprendí todo. Miré a Valère, que se encogió de hombros, y sin mucho protocolo nos despedimos del policía y nos montamos en el coche.

—Y ahora ¿qué hacemos? —le pregunté a Valère.

—Hablaré con el burgomaestre y escribiré una carta al ayuntamiento. No te preocupes. Dentro de poco se irán a otro sitio. Estas iglesias aparecen y desaparecen constantemente.

—Mientras tanto, ¿te parece si vamos a mi casa de la Gombe? —le propuse.

—Me parece una idea estúpida.

A la semana siguiente Valère se fue a Washington y yo quedé a comer con la hermana Camino, una misionera a la que consideraba como mi hada madrina, no sólo porque fuera de Pamplona, como yo, sino porque cada vez que iba a visitarla a su convento de Kitambo me inundaba con frutas y verduras de su huerto, aparte de un surtido de huevos de corral con la excusa de que en el Congo debía alimentarme bien para no atrapar la malaria.

Llamé a Livingstone para que me llevara hasta Kitambo, pero no me contestó. Después de varios intentos empecé a preocuparme. Pocos minutos después fue él quien llamó. Se disculpó. Se encontraba en un dispensario, aquejado de amebas. En su lugar, iba a enviarme a otro taxista, un sobrino suyo al que tuve que esperar más de media hora. Cuando llegó, se excusó diciendo que su tío no le había dado bien la dirección de mi casa. No me quedaba tiempo para polémicas aunque, como descubri después, él ya tenía sus propios planes para aquella tarde.

—Kadima, ¿estás seguro de que es por aquí? Juraría que el viernes pasado Livingstone fue por otras calles hasta el convento.

—Por supuesto, mademoiselle. Me conozco Kinshasa tan bien como cada pieza de este Mazda.

Yo no estaba tan convencida. Al revés, tenía la certeza de que íbamos hacia el sur, por la avenida Kasa-Vubu, en lugar de dirigirnos hacia el oeste. Mis sospechas se confirmaron cuando pasamos junto al estadio de los Mártires. Luego el taxista se metió por unas callejuelas.

—Kadima, este lugar no me suena de nada —le dije, indignada y con el teléfono en la mano, a punto de llamar a Livingstone—. ¿Me puedes decir dónde estamos?

—Estamos en la calle Bosobolo. Por favor, disculpe, es que tengo que hacer un recado.

Atravesamos una zona de baches y dimos varios tumbos.

—Al menos no vayas tan rápido, que la calle no está asfaltada.

Volvimos a girar y entramos en una calle más estrecha todavía. Un camión de reparto de bebidas se desplazaba con una gran lentitud, como si fuera una tortuga. Nos resultaba imposible adelantarle y Kadima se encará con el conductor.

—Dese prisa. Que tengo que llevar un paquete a mi hermana.

Kadima se puso muy nervioso. Llamó por teléfono y empezó a hablar en lingala. Por fin el camión aceleró y avanzamos unos metros. Sin embargo, al atravesar un bache, oímos el sonido de un reventón de neumático y nos detuvimos de nuevo. Esta vez Kadima se enfadó aún más y me dijo que su tía Sarah, que era medio bruja, le había echado un mal de ojo.

—Mademoiselle, tengo que arreglar la rueda —añadió cuando se calmó.

—¿No sería más fácil que la cambiases por la de repuesto? —le sugerí.

—No la llevo. Aquí nadie las lleva. Por eso hay «quados», o sea, reparadores de neumáticos, por todas partes. Pero me va a llevar un poco de tiempo.

Le di ánimos para que aceptara el incidente con buena cara y le dije que no pasaba nada.

—Mientras tú buscas un quado, voy a estirar un poco las piernas. Cuando acabes, me haces una llamada perdida. Ya tienes mi número.

Bajé del coche, me puse mi sombrero, mis gafas de sol y avancé a lo largo de la calle. Eché de menos no haber traído la cámara de fotos, porque vi a unos niños jugando a las damas en un tablero rústico con chapas de dos marcas de cerveza y a otro niño que tiraba de un tren fabricado con latas de sardinas. Di la vuelta a la esquina, compré unos cacahuets y me paré en un puestecito de comida congoleña que se encontraba al lado de un portón entreabierto. Me quedé mirando. Al instante, salió de allí una mujer con una sola pierna. Me llamó la atención su aspecto altivo y su mirada orgullosa. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil sobre el bloque de cemento que unía la puerta de la parcela con la calle, aunque en un arranque de valentía se puso a andar y desapareció entre la gente. De aquella misma puerta salió al poco rato otra mujer y después otra y otra y así hasta decenas de mujeres, unas cojeando y otras arrastrándose por el suelo.

No cabía en mí de asombro. Cogi el móvil y llamé a Kadima. El pinchazo aún no estaba arreglado, lo cual me otorgaba unos minutos extra. Decidí atravesar el umbral de aquel portón. Primero metí la cabeza para intentar fisgonear. En el patio, medio centenar de mujeres se afanaban en la costura, con la ayuda de máquinas de coser manuales. Me quedé pasmada: a unas les faltaban las piernas y a otras los brazos, pero trabajaban sin que ello les supusiera ningún impedimento. Me introduje entre las filas de costureras y me fijé en los objetos que confeccionaban: cojines, tapetes, centros de flores, faldas y vestidos de bellos colores. Auténticas obras de arte. Una mujer paralizada de medio cuerpo me vio y me sonrió con una especie de coquetería valiente y luego siguió hablando con sus amigas. Mostraban la misma alegría y ganas de vivir que el agua cantarina que brota en una fuente de pueblo. Les pregunté si me podía sentar con ellas. Una chica de pómulos salientes y ojos almendrados me señaló con una muleta una silla de plástico que estaba junto a la pared. Me senté y en aquel corrillo iniciamos una pequeña tertulia.

—¿Qué es todo esto? —les pregunté.

—Es el taller de Yelika Efinole. ¿No la conoces? —me dijo extrañada una señora de avanzada edad, que estaba cosiendo un mantel extendido sobre su regazo.

Me disculpé por mi ignorancia. Nunca había oído hablar de esa mujer.

—Es la fundadora de este taller. Nos da trabajo a quinientas mujeres.

—¡Quinientas! —exclamé.

Miré alrededor y comprobé que todas tenían minusvalías. Aquellas mujeres me explicaron que algunas habían sido víctimas de la guerra en el este del Congo mientras que otras estaban enfermas de polio o de sida. En la mayoría de los casos, les faltaban uno o varios miembros o los tenían inutilizados debido a accidentes. Casi todas habían sido abandonadas por sus maridos o por su familia. Incluso algunas soportaban el estigma de las acusaciones de brujería. Sin embargo, en ese taller habían recuperado su autoestima y todas hablaban de su fundadora con auténtica admiración y gratitud. De pronto el teléfono sonó y Kadima me comunicó que el vehículo estaba listo y que iríamos directamente a Kitambo. Ahora fui yo quien le pedí que me esperara media hora. En esos momentos, el testimonio de aquellas mujeres ocupaba toda mi atención.

—¿Sabe? Mi vida tiene valor gracias a *mama* Efinole —me explicó una mujer que se arrastró por el suelo para acercarse a mí—. Mi familia me acusó de ser bruja porque tenía la polio y me echó de casa. Pero gracias a este taller dispongo de un salario y puedo pagar el alquiler de la habitación donde vivo y también la comida.

Otra mujer que se apoyaba en una columna añadió:

—Ahora tenemos dignidad.

Se las veía contentas, a pesar del enorme esfuerzo que les suponía tener que venir en un taxi-bus hasta la parcela donde se ubicaba el taller. Algunas me contaron que vivían muy lejos, a unos veinte o treinta kilómetros de Kinshasa. Otras incluso más. Se levantaban a las cuatro de la mañana. Tardaban dos o tres horas en llegar pero ninguna de ellas faltaba ni un solo día.

—La razón es muy sencilla: aquí somos felices.

Seguí caminando por el patio. En una esquina oí un murmullo. «París es la capital de Francia», repetía una voz en coro. Destapé la cortina y vi una pequeña habitación donde un grupo de chicas aprendía a leer. La profesora me contó que eran madres adolescentes. En la parte de arriba había un piso medio derrumbado del que asomaban unas cabecitas. Me dijeron que allí vivían catorce mujeres, que habían sido abandonadas, con sus hijos. Todas discapacitadas. Todas a cargo de *mama* Efinole.

A medida que escuchaba sus relatos, deseaba conocer con más ahínco a la persona que había puesto en marcha aquella obra. ¿Quién había conseguido que esas mujeres, las más vulnerables entre las vulnerables, las más pobres de entre las pobres, se sintieran felices y sin complejos y con ganas de encarar la vida con la mejor de las sonrisas? Me daba la impresión de que, dentro de esos muros, estaba presenciando un milagro.

La profesora que había visto antes salió al patio y me dijo que había informado a la directora de mi presencia y que deseaba verme. Me condujo hacia la parte trasera de la casa, donde se encontraba la administración. Junto a la puerta que daba acceso a su despacho, *mama* Efinole nos estaba aguardando. Llevaba una peluca de rizos,

que le daba un aspecto de pelo a lo afro —nada usual en Kinshasa—, y una bata verde estampada. Caminó cojeando hacia mí, apoyada en un bastón. Su cara irradiaba bondad y modestia. Me habló en un francés bastante pobre, pero la entendí sin dificultad. En primer lugar me presenté y me disculpé por haberme adentrado en el edificio sin permiso, y ella se sintió muy halagada por mi presencia, ya que, según dijo, muy pocos extranjeros se habían interesado hasta ahora en las actividades del taller. Le informé que trabajaba en la cooperación española. Por casualidad, había visto salir a mujeres del portón de entrada y la curiosidad me había conducido hasta ella. Estaba sorprendida por lo que acababa de ver y escuchar. Nos sentamos en sendas butacas de madera y mandó que nos trajesen una botella de agua.

—Aquí cada día acuden decenas de mujeres a pedir trabajo —me explicó—. Saben que aceptamos a todas sin preguntarles nada, ni sobre ellas ni sobre su pasado. Todas son bienvenidas y disponen de un salario. ¿Cómo lo hacemos? Unas cosen y otras venden la mercancía en los mercados de Kinshasa. Cada fin de mes hacemos las cuentas y a cada una le damos una parte de los beneficios, sin discriminar a nadie.

Mama Efinole me relató que a ella también la habían echado de su casa siendo niña por sufrir de polio. Pero en lugar de hundirse pidió ayuda a unas misioneras belgas que le pagaron un curso de corte y confección. Cuando acabó los estudios, las monjas le compraron una máquina de coser. *Mama Efinole* tenía un don especial y enseguida empezó a tener clientas. Ganó lo suficiente para montar un pequeño taller. Pasaron los años y el taller fue creciendo. Cada vez más mujeres acudían a verla para solicitarle trabajo, hasta que decidió contratar a mujeres que, al igual que ella, también eran minusválidas.

El teléfono móvil volvió a sonar y recordé que el taxista me seguía esperando; Kadima me llamaba preocupado porque ya había transcurrido más de una hora desde la llamada anterior y porque se me había olvidado decirle dónde me encontraba. Me despedí, muy satisfecha de aquella visita, pero cuando empujaba la puerta para marcharme, *mama Efinole* me llamó.

—Disculpe. Ha dicho usted que trabaja en la cooperación española, ¿verdad?

Me di la vuelta.

—Sí, así es.

—Entonces, déjeme que le diga algo.

Se acercó con ayuda de la muleta. Cuando estuvo frente a mí me miró a los ojos y en un tono pausado me dijo:

—Mire, la ayuda que ustedes dan es importante, pero lo que realmente queremos es tener trabajo. Si usted desea que el Congo salga adelante, dé trabajo a sus mujeres.

Le di las gracias por la sugerencia y regresé al taxi lo más rápido que pude, aunque a punto estuve de equivocarme de calle porque todas me parecían iguales. Las palabras de la directora me comían por dentro.

—Kadima —le dije al taxista, nada más sentarme en el coche—, si no es una indiscreción, ¿podrías decirme en qué trabaja tu mujer?

—Bueno. Aún conserva la máquina de coser que tenía antes de casarnos y por las mañanas confecciona ropa de niños.

Su testimonio me pareció muy interesante. Se trataba de una simple muestra, pero representativa del modo en que muchas mujeres se ganaban la vida en Kinshasa, gracias a micronegocios.

A las tres de la tarde llegamos al convento que la Compañía Misionera del Sagrado Corazón tenía en Kitambo. Una figura menuda, con gafas oscuras y agarrada a una muleta me esperaba junto a la puerta entreabierta de la entrada. La hermana Camino dio un paso hacia mí, me cogió del brazo y me apretó sin forzar, como queriendo cerciorarse de que realmente era yo la que había llegado. El sol tropical y la quinina que había tomado en sus muchos años en el Congo para combatir la malaria habían desgastado sus ojos hasta dejarlos casi ciegos. Camino volvió a presionarme suavemente el brazo.

—Pasa, pasa al refectorio. La comida está preparada.

Kadima me dijo que volvería a buscarme en un par de horas y se fue con el taxi. Nosotras entramos en la casa, atravesamos un pequeño jardín minuciosamente cuidado, y nos dirigimos al salón. En el centro estaba dispuesta la mesa con un puchero humeante y una bandeja con pescado y mandioca dulce frita.

—Adelante. Siéntate. De postre te he preparado una macedonia, que sé que te encanta.

Rezamos una breve oración y empezamos a comer. Camino se mantenía risueña, con la espalda erguida en la silla y concentrada en el plato de sopa de verduras, poniendo atención para atinar con la cuchara sin derramar el caldo. Me preguntó por Valère. Le dije que se había marchado a Washington a presentar la estrategia de educación del Congo ante el Programa Mundial de Educación.

—¿Y cuándo vuelve? —se interesó.

—Dentro de una semana. El domingo por la noche. Tengo que ir a buscarlo al aeropuerto.

Pasamos a tomar el segundo plato. El pescado cocinado por las monjas estaba sensacional. Camino siguió hablando:

—Has tenido suerte con él, me gusta mucho ese hombre. Es discreto, trabajador y lo que más me gusta es lo buena persona que es. ¡Se os ve tan felices juntos!

Sonreí. Camino y yo éramos muy buenas amigas y entre nosotras no había secretos.

—Sí, hermana. He tenido que venir al Congo para conocer a un hombre así y, sí, soy muy feliz a su lado.

—¡Por cierto, antes de que se me olvide! —exclamó levantando la voz—. ¡Quiero que vengas a mi fiesta! —dijo mientras se arreglaba el lazo con el que se anudaba su bata de motivos africanos.

—Vaya, Camino. No sabía que organizabas una fiesta.

—¿Aún no te lo han dicho? Celebro las bodas de oro de mi llegada al Congo hace ¡cincuenta años! Y hay que celebrarlo. No sé cuánto tiempo más seguiré en esta bendita tierra de África y quiero agradecerle al Señor todo el bien que me ha otorgado.

La llegada del postre interrumpió la conversación. Una novicia congoleña apareció cargada con una bandeja de frutas tropicales. Yo cogí una papaya y Camino, un mango. Aproveché la pausa para observarla más detenidamente. Camino representaba a la perfección el ideal de misionera que siempre había imaginado de pequeña. Una mujer con pelo blanco, que en su juventud tuvo que ser claro, y con unos enormes ojos azules rodeados de profundas arrugas que se estiraban y alargaban cuando sonreía. La mayoría de las misioneras que quedaban en el Congo rondaban los setenta años, eran las últimas representantes de un estilo concreto de hacer misión. Se trataba de mujeres que habían entregado su vida a cambio de nada para servir a los más débiles. Pero muchas estaban enfermas y otras cansadas después de tantos años y se iban marchando en un penoso cuentagotas. Camino encarnaba el cierre de esa época y ella lo sabía.

—Cuando aquí en el Congo las cosas se ponían feas yo siempre me negaba a irme. Y los congoleños me decían: «Eres de los nuestros, hermana. Muchas gracias por estar a nuestro lado». ¿Sabes lo que es oír eso? Esas palabras me han dado siempre la vida.

Camino dejó de hablar y me dio la impresión de que sus ojos buscaban los míos a través de los cristales negros de sus gafas, aunque quizá estuviera dando marcha atrás a la moviola de sus recuerdos, trasladándose a un mundo de imágenes en blanco y negro, allá por 1960. Con sólo veinte años, Camino no dudó en abandonar su mundo tranquilo en un convento de Pamplona para marcharse a una misión en un país del África negra del que apenas había oído hablar: el Congo. Ese año los periódicos del mundo entero se hicieron eco del proceso de independencia de aquel país. Fue un nuevo nacimiento y, como suele ocurrir en todo parto, también hubo dolor... y muchos muertos. Los colonos belgas abandonaron bruscamente sus casas, escuelas, hospitales y el resto de infraestructuras que habían construido durante años y las dejaron en manos congoleñas. Sin embargo, la alegría por la libertad se impuso a los temores de un futuro incierto que se cernían sobre ese gigante que daba sus primeros pasos. El gozo fue mayor cuando los congoleños vieron que, por primera vez en la historia, el país iba a ser dirigido por un presidente negro: el general Joseph Kasa-Vubu. En el polo opuesto, las consecuencias no se hicieron esperar. Los blancos ya no eran bien recibidos y entre ellos se instaló el temor a las represalias. Había miedo. Mucho miedo. Y sin embargo, ahí estaba Camino, de escala en Senegal, aspirando el perfume de nuevas flores y oyendo el sonido de lenguas incomprensibles para sus oídos.

Tardó varias semanas en llegar a Léopoldville, la ciudad que años más tarde cambiaría su nombre por el de Kinshasa. Una vez allí, Camino se montó en un barco, acompañada por otras tres misioneras de la congregación, y recorrió el río Kasai, el afluente más importante del río Congo que le llevó a la provincia de Bandundu. Su misión, en medio de la selva, era un sitio muy austero, lejos de la opulencia de las misiones que se habían construido en la época colonial, y a las que el Estado belga había estado inyectando dinero durante años para construir y gestionar escuelas y hospitales. En aquel mundo primitivo de pequeñas chozas de adobe y fuegos al anochecer vivió Camino durante años, en los momentos buenos, y también en los malos. Como ocurrió en el año 64 con la revuelta de Mulele. Una mañana sonaron los tam-tam de guerra y los militares comenzaron a quemar aldeas.

—Venían hacia nuestra misión. Querían matarnos. Pero ¿qué crees que hicieron los congoleños? No se fueron. No. Rodearon nuestra casa. Para protegernos. Decían: «Hermanas, no temáis, daremos la vida por vosotras». ¿Y en los pillajes del 91? Los militares saquearon todas las casas. Los blancos salieron corriendo del país. Nosotras estábamos dentro del convento, aterrorizadas, pero oíamos a los militares que decían entre ellos: «A las hermanas, ni las toquéis». Jamás nos han hecho nada. Todo lo contrario. ¿No es bonito?

Sus recuerdos me emocionaron. Me imaginé lo huérfanos que deberían de sentirse los congoleños sin aquellos ángeles a su lado. Cuando terminamos de comer, Camino me pidió que la ayudara a levantarse. Fuimos andando hasta el jardín, le ofrecí mi brazo y ella se agarró con fuerza. Paseamos en silencio entre las papayas y los naranjos, con las gallinas que se movían libremente, cacareando a nuestro paso. Luego empezamos a charlar del futuro.

—¿Y qué pasará cuando os vayáis todas del Congo? —le pregunté.

Camino bajó la mirada hacia el suelo y se quedó en silencio. Como si estuviera intentando buscar las palabras exactas para que éstas expresaran de forma precisa lo que quería decir. Al final posó de nuevo su mirada en mis ojos y adiviné, tras los cristales de sus gafas, una chispa.

—Los propios congoleños tomarán las riendas de su destino. Sólo hace falta un poco de tiempo, porque aquí en África hemos pasado de la edad de piedra al siglo XXI en pocos años, y así es muy difícil, pero ellos son capaces porque son inteligentes.

La voz le salía de la garganta cargada de emoción. Para animarla, le conté que esa mañana había conocido a una congoleña coja que daba trabajo en un taller de La Cité a más de quinientas mujeres minusválidas. Camino me escuchaba sin pestañear. Yo seguí contándole:

—A la hora de despedirme madame Efinole me paró en la puerta y ¿sabes lo que me dijo? Que diera trabajo a las mujeres congoleñas.

Camino detuvo el paso y abrió los ojos como si aquella idea le hubiera parecido extraordinaria.

—¿Y por qué no lo haces? —me dijo de repente.

—Pero, Camino —me excusé intentando disimular el desconcierto que me estaba causando su reacción—, ¿qué trabajo puedo ofrecer yo?

Recuerdo el día anterior había leído en internet que en España las empresas no paraban de cerrar y el paro había aumentado hasta alcanzar al 22 por ciento de la población activa, lo que suponía que casi cinco millones de personas carecían de trabajo. Esas cifras daban vértigo y me causaban una gran inquietud de cara al futuro.

Aunque parecían de ensueño si las comparábamos con el 85 por ciento de desempleo en el Congo, cuatro veces más que en España. Dicho de otro modo, aquí no trabajaba casi nadie.

—A veces me pregunto de qué viven los congoleños —le comenté a Camino—. Cómo logran sobrevivir sin trabajo, sin dinero, sin colegios ni hospitales. Parece mentira.

—Hija mía —dijo ella soltando una larga y profunda exhalación—, aquí todo el mundo vive aplicando el artículo 15 de la constitución congoleña.

La miré, expectante.

—¿Y qué dice ese artículo?

Camino sonrió.

—Dice: «Apáñatelas como puedas».

Volvió a sonreír y luego me lo explicó para que lo entendiera mejor.

—Compran, venden, trapichean, trabajan por días, por horas, echan una mano allí donde les necesitan... Y todo a cambio de sueldos de miseria que apenas les permiten tirar para adelante unos días más. Hay millones de congoleños que se han visto abocados a la emigración, en busca de una existencia más digna. ¡Hay tantas chicas y chicos jóvenes que he conocido y que se han marchado...! Es muy triste.

No sé muy bien por qué pero en aquel momento pensé en Bruce. Me pregunté si sería feliz en Canadá. Para entonces, lo más probable era que ya supiera que había descubierto su secreto. Seguramente sus padres le habrían contado que una mujer blanca había ido a visitarles, y lo más prudente había sido poner tierra de por medio. Nunca más volví a saber de él. Su rostro se había ido difuminado de mi mente, lo mismo que su recuerdo y sólo deseaba que le fuese bien allí donde estuviese.

Camino también se había quedado pensativa, pero sus reflexiones iban por otro lado.

—Te habrás dado cuenta de que en esta ciudad a las mujeres les gusta ir guapas. Llevan la coquetería en la sangre. Da igual que sean ricas o pobres, que estemos a la sombra de un rascacielos de la Gombe o en un mercadillo de Nsele. Siempre verás que las telas que llevan lucen limpias y cuidadas, lo mejor que pueden, claro. Aunque realmente creo que la coquetería es inherente a todas las mujeres del mundo.

Camino me tenía desconcertada con esa charla sobre la belleza de las mujeres, pero al final me lo aclaró.

—Creo que deberías aprovechar ese punto débil que tenemos las mujeres para ofrecer un trabajo a las congoleñas.

—Pero, Camino... —Quería decirle que yo no era empresaria, pero ella seguía obstinada.

—Así las mujeres dispondrían de una fuente de ingresos segura. Por todas partes es posible encontrar a chicas que han hecho cursos de corte y confección. Yo conozco a algunas que son auténticas artistas. Habría que fomentar la moda congoleña.

¡La moda congoleña! De pronto me acordé de la boda de *papa* Emmanuel. Era el próximo sábado y todavía no me había comprado el vestido. La hermana Camino seguía con su charla. En esos momentos se había alejado unos pasos para que viera su bata africana.

—¿Te gusta?

—Mucho. Es realmente bonita.

—Me la ha hecho una señora que vive aquí cerca. Las hermanas hacemos encargos a las mujeres del barrio y así ganan algo de dinero. Tú podrías hacer lo mismo.

Ahora pensé en Valère y en su propuesta de hacerme un traje con esas telas de colores. En ese momento me pareció que aquella idea quizá no fuese tan mala.

—Veré lo que puedo hacer, hermana. Ya sabes que siempre sigo tus sabias indicaciones.

—Lo sé. Lo sé.

A las cinco de la tarde, Camino me acompañó hacia la puerta del convento para despedirse. Kadima estaba esperándome de pie junto al taxi.

—Por cierto, aquí tengo tu paquetito de huevos preparado y dos papayas recién cogidas del árbol. Ya sabes que tienes que alimentarte bien.

—Así lo haré. Gracias, Camino. Eres mi ángel de la guarda.

—¡Que Dios te guarde, hija mía!

—Adiós, hermana. Hasta pronto.

La semana siguiente tenía dos citas muy importantes que había apuntado en la agenda con letras mayúsculas. El sábado era la boda de *papa* Emmanuel y al día siguiente, el domingo por la noche, venía Valère de Washington. Además, había estado dándole vueltas a mi conversación con Camino, aunque no se me ocurría nada en concreto para ayudar a las mujeres congoleñas. Mientras desayunaba abrí el ordenador. En la bandeja de entrada tenía un mensaje de Valère. Lo leí detenidamente. Las reuniones estaban yendo bien, la estrategia de educación estaba gustando, la República Democrática del Congo estaba haciendo un trabajo excelente y la financiación para costear el plan de acción de la estrategia se veía cada vez más cerca. Le noté satisfecho. Al final del mensaje había escrito: «Por cierto, acuérdate de que llego a las nueve. ¿Vendrás a buscarme al aeropuerto?».

«Claro que sí», le respondí en otro mensaje.

Apagué el ordenador, salí de casa y bajé a la oficina. Nada más entrar en mi despacho me crucé con la secretaria. Llevaba un vestido de paño africano muy elegante de colores rojo y ocre. La había visto decenas de veces con ese y otros trajes, pero nunca hasta ese día me había fijado en ella con tanto interés. Aquella mañana acudió tres o cuatro veces a mi mesa y en cada ocasión aproveché para buscar detalles nuevos en la variedad de colores, pliegues, cortes y adornos del vestido. Durante la pausa, no pude contenerme más y le pedí que me dejara tocar la tela. La textura era recia, pero me gustó.

—¿Dónde la has comprado?

—En Bisou Bisou.

Le pregunté la dirección. Ella se afanó en explicarme el lugar exacto; hasta me dibujó un mapa y creí haberle entendido: en algún punto dentro del Gran Mercado de Kinshasa, cerca de la avenida del Comercio, no muy lejos de mi oficina. Pero la teoría nada tenía que ver con la realidad que me encontré esa tarde cuando fui hacia allí. De poco me servía un plano en aquel laberinto de tenderetes y mantas al aire libre que exhibían todo tipo de objetos, en el que se movían miles de cuerpos de un lado para otro. Pregunté por la tienda a un joven que caminaba con tres libros apilados sobre la cabeza y me dijo que le siguiera. Avanzamos entre innumerables empujones y codazos. A pesar de eso, los libros de aquel joven no rodaron por el suelo sino que se mantuvieron milagrosamente en posición vertical hasta que llegamos a nuestro destino.

—Es ahí.

El chico me señaló la acera de enfrente.

—Gracias —le respondí.

Él se fue hacia la izquierda y yo atravesé la calle con cuidado de no caerme en el hueco de una alcantarilla sin tapa.

La tienda tenía dos enormes puertas abiertas. Subí dos escalones y entré en aquel local que más bien parecía un templo de la moda con las paredes perfectamente forradas con mosaicos de telas de todos los colores imaginables. Eran tan bonitas que si me hubiera dejado llevar por los ojos, las habría comprado todas. Las mujeres entraban y salían continuamente. Yo seguí caminando hasta el fondo del local, donde se exponían las telas con motivos religiosos. Los dibujos eran de lo más variado, con cálices, cruces, referencias a parroquias, a santos o incluso nombres de los pastores y los profetas que pululaban por Kinshasa, junto a sus caras impresas.

Pasé a otra sección donde abundaban las flores y los dibujos vegetales. De nuevo, todo tipo de colores en combinaciones de lo más sugerentes. Un dependiente muy atento se ofreció a ayudarme y le expliqué que deseaba una tela sencilla para confeccionarme un vestido para una boda. El empleado desplegó toda su profesionalidad y procedió a contarme con detalle las características de los tejidos. Me condujo por diversas secciones, sin que terminara de decidirme. Todo me encantaba.

Subimos a la primera planta, más exclusiva, donde sólo había tres clientas. Me asomé a la cristallera que daba a la calle. Se veía la circulación, los coches atascados, el ir y venir de los vendedores ambulantes, el ajetreo de la gente. Me quedé un momento contemplando a los congoleños, cómo andaban, cómo vestían. Miraba al exterior y pensaba en el interior, en las telas alegres que adornaban esos cuerpos. De pronto, me fijé en una mujer que intentaba abrirse paso entre la multitud. Me fijé en ella porque, a diferencia de los demás, su aspecto era de lo más sofisticado. Tendría unos treinta y cinco años, iba vestida con un traje ajustado con tiras cruzadas que formaban un cut-out en el escote, zapatos de tacón y una peluca lisa y pelirroja que le llegaba por los hombros. Me dio la impresión de que alzaba la mirada hacia la ventana donde yo me encontraba, sí, me estaba mirando a mí. Pero no. En realidad estaba leyendo el letrero de la tienda que se encontraba junto a esa altura de la ventana. Subió los dos peldaños y la perdí de vista. Yo me volví hacia el interior. El dependiente me estaba ofreciendo una tela con semicírculos alineados, parecidos a las dunas del desierto con colores verdes y azulados muy brillantes. La cogí y me acerqué a un gran espejo que recorría la pared. Me coloqué la tela por debajo de los hombros como si fuera un vestido largo palabra de honor. Observé mi reflejo en el espejo. Me recogí el pelo en un moño, me ajusté la tela en la cintura y volví a mirarme de frente y de lado. Detrás de mí oí una voz:

—Los colores alegres le sientan muy bien a su piel blanca.

Me dí la vuelta. Era aquella mujer sofisticada que acababa de ver cruzando la calle.

—Venía directa a coger esa misma tela, pero quédesela usted, le queda estupendamente. ¿Tiene algún evento? —me preguntó con el mismo desparpajo con el que sacó de su bolso una barra de labios y empezó a pintárselos de rojo.

—Sí, una boda —asentí—. Este sábado.

Aquella mujer se sentó en una silla, cruzó las piernas, sacó una polvera del bolso, se quitó los brillos de la nariz, volvió a meter la polvera en el bolso, se miró en el reflejo de sus zapatos de charol y me dijo:

—Yo puedo hacerle el vestido.

—No, gracias. Creo que voy a ir a un taller que conozco de mujeres minusválidas.

La mujer se levantó, sacó del bolso un catálogo de moda y empezó a pasar las hojas.

—Yo también tengo un taller. Mire. Es un desfile en el Grand Hotel. Todos son modelos míos. ¿Ve mi nombre? Fanny Mandina.

La miré y ella también a mí. Luego volví la vista hacia el catálogo. Los vestidos eran alegres y sensuales, muy bonitos.

—Es usted muy buena. Tiene mucho arte —le dije.

Fanny esbozó una sonrisa y sacó una libreta. Sin dejarme tiempo a decir nada más me preguntó:

—¿Cómo le gustaría el traje?

Yo seguí pasando las hojas del catálogo. Los vestidos eran de un estilo quizá demasiado congoleño para mi gusto. Le expliqué la idea que tenía: un vestido de corte sirena y un gran volante en la parte de atrás, y ella se puso a dibujar. Al minuto me entregó el boceto.

—Es precioso.

—¿La he convencido? ¿Me deja que yo le haga el vestido? —insistía ella.

—Acepte —intervino el dependiente—. Fanny es la mejor estilista de Kinshasa. En la tienda la conocemos. Es una extraordinaria profesional.

La verdad era que tenía una semana cargada de trabajo y no tenía tiempo de ocuparme del vestido. Además, aquella mujer me estaba ofreciendo confeccionarme un modelo que me encantaba.

—Está bien. Sí, me gusta mucho lo que hace.

Fanny sacó un metro del bolso y en medio de la sala se puso a medirme el contorno del pecho, el largo de pierna, el volumen de mis caderas y el tamaño de mi cintura. La monotonía en mi alimentación, a base de pescado y frutas, y las gastroenteritis semanales habían menguado mi cuerpo unos cuantos kilos desde que vivía en el Congo y se me había quedado un tipo estupendo. Fanny seguía apuntando los datos en su libreta.

—Sobrará tela. Puedo hacerle otro vestido más informal. ¿Le parece bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo lo quiere?

Le respondí que sin mangas, hasta la rodilla y con escote en forma de «uve». Fanny lo dibujó y de nuevo me entregó el dibujo de otro vestido de ensueño.

—Es precioso —le dije.

—Gracias. Es usted muy amable —me contestó mientras metía la libreta en el bolso.

Al instante recibió una llamada y dijo que debía marcharse. Sólo tuve tiempo de entregarle mi tarjeta antes de que desapareciera como un torbellino por las escaleras.

—Mi dirección es calle Coronel Ebeya, edificio Comexas. Vivo en el quinto piso —le grité—. Está justo al lado de la iglesia de l'Armé du Salut.

—Ah, sí, sí. Lo conozco. Adiós —oí que me decía—. Le llevo los vestidos el viernes.

La semana pasó rápidamente y Fanny llegó el viernes con los dos vestidos. Empecé probándome el de la boda. Era espectacular, perfectamente cortado y cosido. Después me puse el otro traje, más sencillo, pero tremendamente femenino y sensual. Fanny había traducido a la perfección mi pensamiento dándole un toque africano, y aquella combinación resultaba muy estilosa.

—¿Te gusta? —me preguntó con la boca llena de alfileres mientras daba los últimos retoques al traje.

Di un par de vueltas por el salón, y como no tenía espejo me miré en el cristal de la ventana.

—Mucho. Me gusta mucho.

Cuando terminamos la prueba invité a Fanny a tomarse una copa de vino. Aceptó gustosa, se sacudió los pliegues de la falda y se dejó caer en el sofá. Encendió un cigarrillo y cruzó las piernas como si hubiera ensayado ese gesto miles de veces. Durante nuestra charla me contó que había estudiado Corte y Confección, Estilismo y Modelismo en la Escuela de Moda de Kinshasa. Su vida era la moda y su sueño, ampliar el taller y dar trabajo a más mujeres. De pronto recibió otra llamada y, con la misma velocidad que la otra vez, recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta. A mí aquella coincidencia me pareció sospechosa y quise averiguar el por qué de aquel comportamiento.

—¿Te marchas tan pronto? Me habría gustado invitarte a cenar.

—Lo siento mucho —se excusó—. Las clientas escasean y el poco trabajo que tenemos hay que hacerlo bien y a tiempo.

Miré el reloj. Eran las diez de la noche.

—¿Trabajáis hasta tan tarde? —pregunté, sorprendida.

Ella, en cambio, me respondió como si aquello no le supusiera ningún inconveniente.

—Sí, la electricidad viene cuando le da la gana y sólo entonces podemos trabajar. Sin electricidad, no funcionan las máquinas de coser.

Fanny se ajustó el sombrero, se cambió el bolso de brazo y abrió la puerta. Yo encendí la luz del descansillo y la acompañé hasta el ascensor. Se la veía agobiada, miraba hacia el techo y con el tacón daba pequeños golpecitos en el suelo. Luego desvió su mirada hacia mí y yo le sonreí.

—Fanny, ¿por qué no pruebas suerte en Europa? Eres una artista y aquí en el Congo nunca podrás aspirar a nada.

La luz del descansillo se volvió a apagar y fue ella quien le dio al interruptor. Después me respondió:

—Me quedo porque ésta es mi casa. Y además... —El ascensor acababa de llegar y abrió la puerta de par en par—. ¿Crees que alguna embajada me daría un visado?

Para nosotros los congoleños es más fácil ir a la Luna que viajar a Europa. Bueno, he de irme. Ya me contarás qué tal te lo has pasado en la boda.

Fanny volvió a desaparecer y yo entré de nuevo en casa con sus palabras repiqueteando en mi cerebro. Era cierto que su país se encontraba en una situación desastrosa. Sin embargo, ella se estaba abriendo paso entre las inmensas dificultades para mantener a flote su pequeño negocio. Me pareció que se estaba rebelando. Pero no de la manera en la que se rebelaban otros: enfrentándose al Gobierno o criticando a unas potencias internacionales que miraban más por sus intereses que por el pueblo congoleño. No. Ella se rebelaba de una forma más sutil: con su máquina de coser, trabajando a cualquier hora del día o de la noche, cosiendo con los hilos y agujas que encontraba rebuscando en los mercadillos de Kinshasa. La hermana Camino y *mama* Efinole tenían razón: sólo apoyando a estas mujeres valientes, el Congo podría salir adelante.

Coloqué mi vestido en una percha y me fui a dormir. Estaba deseando estrenarlo al día siguiente. Tenía el presentimiento de que ese sábado iba a ser un día muy especial.

Debían de ser las diez o las once de la mañana. Tenía mucho sueño acumulado de toda la semana y no oí el despertador que había puesto a las ocho. En cambio, ahora sí que se oía el murmullo de la calle entrando por las rendijas de mi ventana. Encendí la radio y sintonicé una de las tres emisoras internacionales que se escuchaban en Kinshasa. Estaban comentando la boda que esa tarde se iba a celebrar en Mónaco. Cambié de emisora, pero seguían hablando de lo mismo: de la boda entre el príncipe Alberto y una nadadora sudafricana que, después del enlace, se convertiría en la nueva princesa de Mónaco.

Me pareció una casualidad divertida porque aquí, en el Congo, también esa misma tarde nos íbamos de boda. *Papa* Emmanuel se casaba con Chantal, su compañera desde hacía más de cuarenta años y madre de sus siete hijos. El día anterior, mientras preparaba su deliciosa ensalada con frutas tropicales, entré en la cocina y le pregunté por qué había tardado tanto tiempo en decidirse a pasar por el altar.

—¿Tenías dudas? —le pregunté con sorna mientras cogía una naranja del frutero y la lanzaba al aire.

Papa Emmanuel se rió con la broma.

—¡Ja, ja, ja! No, madame. Es que cuando era joven la familia de mi mujer me pidió una dote enorme y no pude pagarla. Trabajaba a ratos como cocinero, pero también pasaba mucho tiempo en paro. Después llegaron los hijos. Todos están en paro y tengo nietos. Pero aun así he podido ir ahorrando poco a poco a lo largo de los años hasta ahora, gracias a Dios, que puedo pagar la boda.

Según la invitación, la ceremonia religiosa daría comienzo a las cinco de la tarde. A la misma hora que la boda de Mónaco. Sólo que aquélla iba a celebrarse en el palacio de Grimaldi, reconvertido para la ocasión en un templo religioso, con alfombras, lámparas de araña y sillas bordadas, y en cambio nosotros acudiríamos a la iglesia de San Kizito, en Kinkwaba, uno de los barrios más pobres e inseguros de Kinshasa. Allí se refugiaban los temibles kulunas, las pandillas callejeras de los niños de la calle que tenían atomizada a buena parte de la ciudad con robos, palizas y asesinatos. Pero, además, las epidemias de polio y cólera estaban azotando ese barrio con nada menos que diez muertos sólo durante la semana anterior.

Livingstone me había prometido que me acompañaría y, efectivamente, vino a buscarme a las cuatro de la tarde. Salí al aparcamiento con el vestido de Fanny y a Livingstone se le escapó un sincero «*Mon Dieu*» que me hizo sonrojar.

—¿Te gusta? —le dije dándole una vuelta para que me viera bien.

Me había calzado unos tacones y me había recogido el pelo en un moño.

—Madame, *vous êtes très belle*. Parece congoleña.

—Gracias, Livingstone. Tenemos que darnos prisa que vamos con el tiempo justo.

Llegamos con antelación suficiente y en el patio de arena se hallaba *papa* Emmanuel, radiante, saludando a los invitados. Me imaginé a Alberto de Mónaco recibiendo a los representantes de las casas reales de todo el mundo, en un desfile de glamour principesco sobre una alfombra roja. *Papa* Emmanuel, en cambio, saludaba a hombres y a mujeres de su barrio. Los invitados habían acudido con sus mejores galas, pero las ropas se veían desgastadas. Delante de mí un señor se sujetaba el pantalón con una cuerda y, detrás de él, una niña llevaba un vestido de volantes con un gran desgarrón en el costado. Saludé al novio y éste me presentó a uno de sus hijos, de unos treinta años, que me acompañó durante la ceremonia.

Nos acomodamos en uno de los bancos y empecé a sacar algunas fotos, pero salían borrosas por el polvo acumulado de la estación seca y la suciedad que flotaba en el ambiente. La ceremonia no empezó a la hora. La luz se fue poco antes de las cinco y los hijos de *papa* Emmanuel tuvieron que ir a buscar dos bidones de gasolina para hacer funcionar el generador de la parroquia. Mientras tanto, los monaguillos encendieron velas para iluminar al menos el altar y repartieron algunas más entre los asistentes, dando al conjunto un aspecto más propio de la Edad Media que del siglo XXI.

Al rato se oyó el ruido de un generador y se encendieron las bombillas de la iglesia. El sacerdote, que estaba dando la bienvenida a los asistentes, vio sus palabras ahogadas por aquel ruido infernal y tuvo que subir la voz, pero enseguida dejó de hablar y se puso a cantar y a bailar seguido de los monaguillos, tal y como se estila en el rito zaireño. Los invitados también se movían en sus bancos, balanceando sus cuerpos a izquierda y derecha. Mientras tanto, *papa* Emmanuel, elegantísimo con su traje negro, su camisa azul oscura y la corbata roja, esperaba nervioso frente al altar la llegada de la novia.

Chantal apareció a los diez minutos embutida en un vestido de novia blanco que le daba un aspecto de tarta de nata. Caminó por el pasillo desde el fondo de la iglesia, lentamente, con la mirada puesta en *papa* Emmanuel. Cuando llegó a su altura se colocó frente a él y le dio las manos. El hijo de *papa* Emmanuel me daba explicaciones de todo lo que iba ocurriendo para que no perdiera detalle y así me contó que la novia, además de casarse, estaba aprovechando para bautizarse, tomar la primera comunión y confirmarse.

A lo largo de la ceremonia más invitados fueron llegando de manera paulatina hasta que, tras la homilía, la mayor parte de los bancos ya estaban ocupados. Dos nietecitos de *papa* Emmanuel se colocaron a mi lado, pero al poco tiempo se quedaron dormidos. El más pequeño, un niño que tendría un año y medio, recostó su cabecita sobre mi regazo. Tenía los ojitos cerrados y la boquita entreabierta; con esos mofletitos regordetes y el pelito rizadito parecía un angelito negro. Le acaricié la cara y él me sonrió entre sueños y me apretó la mano muy fuerte como si tuviera miedo de que me fuera. Lo cogí en mis brazos y me acordé de Valère cuando me preguntó si quería tener niños. Miré a mi alrededor. En esa iglesia yo era la única mujer de raza blanca y estaba convencida de que era la única mujer sin hijos. Acurruqué contra mi pecho a ese niño dormido y sentí una ternura inexplicable hacia él. Se le veía tan pequeño, tan solo, tan indefenso. ¿Yo, mamá? Nunca me lo había planteado. O quizá sí, pero eran pensamientos que aparecía rápidamente. No podía ser. Existían demasiadas complicaciones que me impedían tener hijos. Para empezar, ¿qué le diría a mi jefe?: ¿Que estoy embarazada? ¿Qué me respondería él?: ¿Embarazada en el Congo? ¿Estás loca? Y entonces yo le diría que loca por qué, miles de mujeres se quedan embarazadas cada día en el Congo. De hecho, había niños por todos lados. La inmensa mayoría de la población del Congo eran niños menores de quince años. Entonces él preguntaría: ¿Y tu trabajo, y tu carrera profesional? Entonces yo le contaría que a partir de los treinta y cinco años la fertilidad caía en picado en las mujeres y que cada año que pasaba las posibilidades de que pudiéramos concebir bajaban a pasos agigantados; me lo había explicado el doctor Justin cuando me animó a anteponer mi familia a mi trabajo. Él me advirtió que si no me decidía ahora, jamás tendría hijos. Y entonces él volvería a acorralarme y yo me sentiría culpable cuando me dijese que durante mi ausencia mi trabajo recaería en mi compañero, «que ya tenía bastante». Intentaría explicarle que estar embarazada no significaba estar enferma, podría seguir siendo Responsable de Proyectos hasta el final. ¿Podrías viajar?, me preguntaría él sibilantemente. Sabes que tienes que coger aviones en el Congo y que en el Congo los aviones se estrellan, por lo menos uno al mes. Viniendo aquí has asumido ese riesgo. Tú puedes arriesgar tu vida. Pero ¿también la vida de un bebé? Entonces yo le respondería que tampoco había que ser un agorero, había que pensar que todo iría bien. Por lo demás, el bebé haría su vida dentro de mí sin ningún peligro y yo haría la mía. ¿Y si hay un problema? ¿A qué hospital irías?, insistiría mi jefe. Ya sabes cómo está aquí la sanidad, has visto cientos de maternidades y casi todas en condiciones deplorables, con los colchones llenos de manchas de sangre y sin anestesia. En la provincia del Ecuador, que es tan grande como Francia, sólo hay un ginecólogo. ¿Y si estuvieras allí y te pusieras de parto? Ya sabes que tienes que ir a evaluar el proyecto de las escuelas que la cooperación española está construyendo en Mbandaka. ¿Y si te encontraras en el este del país, en Goma o en Bukavu o en plena selva? ¿Qué harías entonces?

En mis pensamientos mi jefe me estaba convenciendo. ¿Cómo iba a tener yo un hijo? Los problemas se multiplicaban a medida que pensaba en ellos. Yo misma había elegido estar en el Congo. ¿Y si no pudiera hacer mi trabajo y me despidieran? Entonces ¿de qué íbamos a vivir? Aun así me dejé llevar por mis ensoñaciones. ¿Cómo sería albergar una vida dentro de mi cuerpo? ¿Cómo me sentiría a lo largo del embarazo? Y después, cuando hubiese nacido el niño, ¿cómo sería darle la manita, arroparle por la noche, velar sus sueños? Cerré los ojos y estuve fantaseando un rato con la idea. Fue cuando vi tu carita. Te estabas formando lentamente dentro de mi vientre. Vi tus ojitos que eran como dos lentejas pequeñas, tus dedos ya enteritos en tus minúsculas manitas, tu pelito y esos piececillos que daban pataditas dentro del líquido en el que flotabas. Me sentí tan unida a ti que acaricié mi vientre pensando que notarías las yemas de mis dedos. Entonces te oí. Me estabas llamando alto y claro con tu

vocecita de cristal. Lo escuché perfectamente.

—Mamá.

Esas cuatro letras me sonaron a música celestial y abrí los ojos. Pero no. No era a mí. Yo no era tu mamá. El niño que estaba entre mis brazos acababa de despertar y estaba llamando a la suya. Una mujer alta con cien mil trencitas peinadas hacia atrás se disculpó: «Lo siento, ya sabe como son los niños». «Sí, sí, lo comprendo, no se preocupe», le respondí. Ella cogió a su hijo que se dejó llevar, rodeó con sus bracito el cuello de su madre y le dio un besito mientras yo sentí un latigazo de envidia. En ese momento el hijo de *papa* Emmanuel me dio un ligero codazo y, al instante, se esfumaron de mi mente la imagen del niño y mis fantasías anteriores.

—Ahora es el momento cumbre —me dijo.

Me recliné en el banco y puse toda mi atención a lo que estaba ocurriendo en el altar. Los novios se estaban mirando frente a frente.

—Emmanuel, ¿quieres a Chantal como legítima esposa?

Él volvió su mirada hacia el cura y después hacia su mujer. Su voz sonó fuerte y segura.

—Sí, quiero.

—Chantal, ¿quieres a *papa* Emmanuel como legítimo esposo?

—Sí, quiero.

Las palabras del consentimiento de la pareja abrieron las compuertas del júbilo contenido entre los asistentes, que prorrumpieron en aplausos, voces y gritos de alegría, mientras los dos tortolitos sexagenarios mantenían sus manos entrelazadas y se miraban como cualquier pareja de recién casados. *Papa* Emmanuel dio un beso a su mujer en la frente, tan delicado, cargado de tanto cariño que tuvo que contener la respiración para no romper a llorar de la emoción.

Al finalizar la ceremonia los novios salieron de la iglesia y repartieron sonrisas a todos los invitados. Después se marcharon a casa a cambiarse de ropa y los demás nos encaminamos hacia una sala de bodas, en un local no muy lejano.

Jamás habría imaginado que aquel lúgubre edificio de dos plantas, construido con bloques de hormigón, pudiese albergar una sala de fiestas, pero dentro había mesas de plástico y dos altavoces que atronaban rumbas congoleñas. A mí me tocó sentarme con un grupo de mujeres, amigas de la infancia de la mujer de *papa* Emmanuel y originarias del mismo pueblo. Vivían en la ciudad portuaria de Matadi, al oeste del país, en la provincia del Bajo Congo. El único hombre del grupo era mi acompañante, el hijo de *papa* Emmanuel, que me fue presentando a cada una de las otras comensales. Con el paso de los minutos la sala se fue animando con la música y el bullicio de la gente. Un chico pasó de mesa en mesa ofreciendo cerveza y Coca-Colas. Nada de comida hasta que no llegara el recién estrenado matrimonio. En consecuencia, después de la segunda ronda, los temas triviales con los que comenzamos la conversación derivaron hacia un asunto con más chispa: los hombres en general y los congoleños en particular. Si en los minutos previos mi acompañante se había mantenido prudente en sus escasas intervenciones, durante esta nueva fase de la conversación guardó un silencio sepulcral. Por el contrario, las mujeres se animaban cada vez más, en especial una que parecía de mayor edad que las demás. Vestida con un traje que ceñía sus pechos, no dejó de alardear de sus conquistas y fracasos amorosos durante los años en que estudió Magisterio en Kinshasa. Para cuando empezó a saborear la tercera Skol, ya se encontraba totalmente desinhibida.

—Todas sabemos que los hombres son infieles por naturaleza —afirmó con total convicción— y por mucho que las mujeres se empeñen en querer atarlos como a perros, ellos acaban yéndose con otras. Eso hay que asumirlo.

El resto de sus amigas le dieron la razón.

—Pues yo no me imagino a *papa* Emmanuel siendo infiel a su mujer —le rebatí, molesta. Yo había optado por un simple refresco y mi cabeza no estaba nublada por los vapores etílicos, cuyos efectos eran tan evidentes en las demás. Y añadí—: Se le ve muy enamorado.

Miré al hijo de *papa* Emmanuel para que me apoyase, pero lo único que conseguí fue que desviara la mirada.

—¡Ah! Pero *papa* Emmanuel es una excepción —insistió la mujer—. La excepción que confirma la regla. ¿Acaso en España los hombres no son infieles?

Sus amigas se echaron a reír y comenzaron a hablar atropelladamente entre sí en lingala y en kikongo. Yo no sabía qué responder. Ahora fue mi acompañante quien me miró con atención: era obvio que lo que pudiera suceder en el extranjero le producía más interés que tener que rebatir las palabras de una chismosa.

—Hay de todo —les dije—. Los hay infieles, para qué negarlo, pero muchos otros son fieles a sus mujeres. Aunque las españolas no aceptamos la infidelidad con tanta facilidad como vosotras decís.

—¿Qué harías tú si tu novio se fuera con otra? —quiso saber otra mujer que llevaba una peluca rubia platino y tenía unos enormes labios pintados de rojo.

—Lo dejaría, seguro —afirmé categóricamente.

—¿Lo ves? Nosotras no —me respondió ufana—. Yo sé que mi marido está ahora con otra en Matadi, aprovechando que he venido a Kinshasa. Pero no me importa. Sigo siendo la primera esposa. Las otras no son más que unas prostitutas.

Su respuesta me pareció asombrosa.

—Pero... ¿cómo podéis aceptarlo sin más? Hay muchos riesgos añadidos a la infidelidad. Por ejemplo, ¿no os da miedo coger el sida o cualquier otra enfermedad? Al menos, supongo que tomaréis precauciones para no contagiaros...

—Ninguna —me respondió la que parecía mayor—. Esas cosas son pamplinas. Para eso tenemos la medicina tradicional, que es más eficaz que las pastillas que recetan los médicos en los hospitales. —Un coro de voces apoyó la afirmación—. Lo que no podemos es poner barreras a la naturaleza. Ya no sería lo mismo.

Mientras hablábamos me fui fijando en la indumentaria de aquellas mujeres. Me hacía gracia que combinaran unas pelucas mugrientas y unos trajes nada estilizados con bolsos enormes con el logo de Chanel bien visible y gafas de Dior. Por supuesto, con la etiqueta colgando. En un principio pensé que serían unas burdas imitaciones, pero me quedé pasmada cuando, de pronto, aquellas mujeres de pueblo se pusieron a hablar de negocios. Una preguntó por un contenedor que tenía que venir de China, y otra respondió que estaba ya en camino. Otra comentó que en el próximo viaje deberían de traer paneles solares porque últimamente se estaban demandando mucho. Yo me quedé mirándolas, desconcertada, hasta que me animé a preguntar:

—Disculpen, ¿de qué están hablando ahora? ¿Hemos terminado con el tema de los hombres?

—Sí, sí. Ahora estamos hablando de nuestros negocios.

Ante mi total asombro, aquellas señoras de pueblo me contaron que habían formado una cooperativa, en la que todas ponían dinero y, de ese modo, cada mes una de ellas viajaba hasta China para comprar materiales de construcción que llegaban al Congo meses más tarde en grandes contenedores. Vendían la mercancía en Kinshasa por el doble y se repartían los beneficios.

—Nos está yendo de maravilla. Mira lo que nos hemos comprado —me decían señalándome los bolsos que para entonces ya deduje que eran auténticos.

—¡Qué valientes sois! Pero ¿sabéis chino?

—Hemos aprendido un poquito, lo rudimentario. No nos ha quedado otro remedio.

Y me dijeron unas cuantas palabras y expresiones. Me quedé alucinada cuando empezaron a mantener una conversación en chino entre ellas; incluso hacían chistes y se reían.

El arrojito de aquellas mujeres sólo podía explicarse por una frase que me dijeron al final:

—Es que tenemos muchos hijos y hay que sacarlos adelante.

Dos horas más tarde, los novios aparecieron de la mano, ella vestida con una bata africana y él con el mismo traje de novio que había llevado durante la ceremonia. Entraron en la sala acompañados por la música de Pepe Kalle y los gritos de júbilo y aplausos de los invitados.

El comienzo de la comida nos dio una tregua en la charla y durante unos minutos el ambiente en nuestra mesa se tranquilizó. Teníamos que acudir a la mesa común por turnos. Una vez de regreso, las mujeres se concentraron en comer. Pero el silencio duró lo mismo que la primera de las comensales tardó en acabar el fufú. Esta vez disecionaron pormenores familiares y habladurías de Matadi. La cuarta ronda de bebida sumió a un par de mujeres en una profunda melancolía. Hablaban en voz muy baja, como si dialogasen consigo mismas y no con el resto de las invitadas. Tanto que a una de ellas incluso me pareció oírla roncar. Al hijo de *papa* Emmanuel le perdí de vista cuando regresé a mi puesto y hasta media hora después no me percaté de que se hallaba en otra mesa que quedaba a mis espaldas, en muy buenas migas con una chica de piernas larguissimas, que lucía un amplio escote y una sonrisa deslumbrante. Me estaba fijando en lo buena pareja que formaban ambos, cuando una pregunta llegó a mis oídos a bocajarro:

—¿Tu marido en España terminó de pagar la dote?

Me volví e intentaba ordenar mis ideas para responder a la autora de la pregunta, cuando otra mujer fue más allá:

—¿Y tú, cuántos hijos tienes?

Me quedé boquiabierta y una tercera añadió:

—¿Son todos del mismo padre?

Esta tercera pregunta me pareció demasiado indiscreta y corté el interrogatorio por lo sano. Afortunadamente la llegada del novio a nuestra mesa sirvió para romper el muro de hielo que acababa de crearse entre nosotras. *Papa* Emmanuel me sacó al patio central y, al ritmo de la música, que sonaba estrepitosa, dio comienzo una sesión ecléctica de baile nupcial, en la que se mezclaron rumba congoleña de los años ochenta y noventa, música religiosa, canciones de amor y cantantes modernos congoleños y de África Occidental. En un descanso, pude contarle al novio los pormenores de la conversación con las otras comensales y *papa* Emmanuel no paraba de reírse.

—Son unas mujeres increíbles —me confió en voz baja—. Pero a veces hablan más de la cuenta.

Tras el novio, otros invitados me invitaron a bailar. Las horas transcurrieron y me desplazaba de mesa en mesa y de acompañante en acompañante. También bailé con el hijo del novio, que me presentó orgulloso a la chica de proporciones exuberantes que había conocido aquella misma noche y con la que a todas luces intentaba ligar.

La ausencia de transporte público nocturno, unido a la inseguridad, obligó a los invitados a permanecer en el recinto durante toda la noche. Pero a partir de las cinco de la madrugada, cuando empezaba a aproximarse el alba, se fueron despidiendo los unos de los otros y se marcharon uno detrás de otro. Media hora después consideré que había llegado mi turno. Me despedí del recién formado matrimonio y llamé a Livingstone, que estaba bailando en un rincón del local con otros amigos. Cogimos el taxi y nos fuimos. A esas horas, la ciudad estaba amaneciendo. Era domingo y apenas había circulación. En las callejuelas del barrio de Kingabwa, niños y adultos salían poco a poco de sus casas. Unos se cepillaban los dientes en las acequias. Otros barrían los patios de las casas o los trozos de calle delante de sus puertas. Algunas señoras llevaban barreños vacíos sobre sus cabezas, de camino a las panaderías, para revender el pan después en la Gombe. También vi algún que otro chico muy bien trajeado, con sus Biblias bajo el brazo, y los zapatos impolutos en medio de un mar de arena y polvo. Llegué a mi apartamento con los pies hinchados de tanto bailar. Me quité los zapatos, coloqué el vestido en la percha del ropero y me fui a dormir muy contenta. Y, además, para completar mi felicidad, esa misma noche regresaba Valère de Washington. ¿Qué más le podía pedir a la vida?

Durante las horas siguientes apenas pude conciliar el sueño. El cansancio de la noche anterior unido al nerviosismo que me producía la llegada de Valère hicieron que me levantara al mediodía en un estado de pesada somnolencia. Comí lo poco que había en la nevera, me di una ducha rápida y me puse lo primero que vi en el armario: unos vaqueros y una camiseta. El avión en el que llegaba Valère aterrizaría a las nueve de la noche y la única carretera que llevaba hasta allí se encontraba en obras, llena de socavones. Para recorrer los veinticinco kilómetros del trayecto al aeropuerto podríamos tardar entre dos o tres horas. Era mejor ser prevenidos y salir de casa cuanto antes.

Livingstone se presentó a las cuatro, tal y como habíamos quedado. Sin embargo, yo tardé quince minutos en bajar. Cuando ya estaba lista se me ocurrió que podría darle una sorpresa a Valère. Nada mejor que ponerme el segundo vestido que me había cosido Fanny con la tela congoleña que había sobrado del traje de la boda. Fui a mi cuarto y me cambié rápidamente, me solté el pelo y me puse los zapatos de tacón. En el ascensor me miré en el espejo y contemplé mi nueva imagen: aquella combinación de la Italia de los años sesenta y los colores vivos del África negra me hacían parecer más femenina y alegre. Me giré a la izquierda, después a la derecha y otra vez de frente. Salí por la puerta y oí un silbido.

—¡Qué guapa!

Al igual que sucedió la víspera, mi vestido africano le había gustado a Livingstone. Me abrió la puerta del taxi con mucha caballerosidad y sacudió el asiento del que salió un champiñón de polvo que me hizo toser. Yo agarré la falda con la mano izquierda para que no se arrugara y me senté.

—Tendría que hacerse más vestidos de ese estilo. Se la ve muy bien —me dijo poniendo el motor en marcha.

—Gracias, Livingstone. Nunca lo habría imaginado, pero creo que tienes razón. Yo también me veo muy favorecida.

A lo largo de la tarde el cielo azul se había teñido de un gris oscuro. Hacía varias semanas que había comenzado la estación seca y, aunque todos los días se formaban en el cielo unos tremendos nubarrones, me habían asegurado que durante esos meses jamás llovía. Sin embargo, cuando salimos de la Gombe un estruendo terrorífico hizo temblar el suelo. Livingstone paró el coche, asustado.

—¿Cómo es posible? —dijo en voz alta.

El viento comenzó a soplar con mayor intensidad y las hojas de los árboles y las bolsas de plástico empezaron a rebotar en el parabrisas. Los dos contemplamos mudos cómo un rayo caía en el horizonte seguido de un relámpago cuyo resplandor casi nos deja ciegos. En un segundo la lluvia se convirtió en un diluvio. El agua sonaba como una estampida de elefantes que pasara por encima de nosotros. A la altura de Limeté la lluvia arreció y temí que fuera a aplastar el coche.

—Debe de ser la última gran tormenta de la estación de lluvias —le comenté a Livingstone mientras observábamos cómo las calles se estaban inundando.

—Pero si la estación de lluvias acabó en mayo —me replicó él—. Y estamos en julio.

—Sí, Livingstone, pero eso era antes. Ahora con el cambio climático pasan estas cosas. El tiempo se ha vuelto loco —le expliqué.

Livingstone asintió sin rechistar. Desde que le conté que había sido presentadora de El Tiempo en España, me veía como una autoridad en cuestiones de meteorología. Dejamos atrás el intercambiador de Lemba sin apenas atascos, y en Matete la lluvia empezó a amainar. Ya habíamos pasado los tramos más complicados cuando nos encontramos con un impresionante tapón de coches que nos obligó a parar.

«¿Qué pasa ahora? ¿Algún accidente en cadena?», pensé. Me asomé por la ventanilla y miré hacia los lados. Estábamos rodeados de cientos de vehículos. Vimos una moto que venía en sentido contrario, zigzagueando entre el revoltijo de coches, y Livingstone le preguntó al motorista por qué se había formado semejante atasco.

—La lluvia ha roto el puente y ha desaparecido la carretera —dijo ante nuestro pasmo.

Salimos del taxi. A lo lejos vimos un inmenso cráter lleno de agua en el que flotaban decenas de coches como si fueran hormigas caídas en un vaso de café. A ambos lados de la carretera se extendía una nube de chabolas y tampoco podíamos volver por donde habíamos venido. Por detrás, seguían llegando más y más vehículos.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté a Livingstone, angustiada al ver que estábamos atrapados.

—No se puede hacer nada. Sólo esperar a que se vaya el agua y avanzar cuando nos dejen.

Los minutos parecían siglos. La carretera estaba muy inundada y el coche avanzaba con una lentitud desesperante. Poco después de las siete llegamos a la altura del cráter. Contuve la respiración cuando Livingstone empezó el descenso. Había coches parados o cruzados y continuos golpes. Circulábamos por una pista de barro en la que los coches patinaban y volvían a chocar. A nuestro lado una furgoneta se empotró contra un todoterreno. Además, ya se había hecho de noche y la única luz era la de los vehículos a los que les funcionaban los faros. Íbamos completamente a ciegas.

Por primera vez, en medio de aquel caos, vi a una policía. Intentaba poner algo de orden, aunque nadie le hacía caso. Él tampoco ponía mucho empeño. Bastante tenía con salvar su propio pellejo y evitar que se lo llevaran por delante. Luego oí una sirena. Pensé que serían los soldados de la ONU que por fin venían a rescatarnos. En ese agujero la gente gritaba angustiada: había heridos, incluso decían que muertos. Seguro que habría mujeres a punto de dar a luz o personas enfermas a las que les habría dado un infarto. La sirena venía acompañada de gritos de advertencia de un altavoz. Me sentí mejor al ver que llegaban los cascos azules. Pero no. No eran ellos. Eran unos militares armados que andaban entre los vehículos aporreando las puertas.

—Apartaos. Dejad paso al ministro —gritaban.

Livingstone me explicó que los políticos siempre tenían prioridad.

Así fue. Como por arte de magia, conseguimos desplazarnos un poco hacia la izquierda y lo mismo hicieron los otros que se movieron como pudieron a la izquierda o a la derecha. Ello permitió que pasara una motocicleta de la policía, una pick-up repleta de militares, y tres todoterrenos con las lunas tintadas y sin matrícula. De inmediato, como si fuese una cremallera, el hueco volvió a cerrarse, y quedamos de nuevo atrapados en el atasco. Al final, dos horas después, conseguimos salir del cráter.

—¿Llegaremos a tiempo para recoger a Valère? —pregunté nerviosa al ver la hora.

—Claro que sí —me animó Livingstone—. Aquí en el Congo parece que no, pero al final todo se arregla.

Llegamos casi a las nueve al aeropuerto de N'Djili. Pagamos la entrada a los militares que controlaban el acceso y dimos un par de vueltas al aparcamiento hasta que conseguimos estacionar en uno de los escasos huecos libres que quedaban. Livingstone apagó el motor y salió del coche.

—Quédese aquí. Voy a preguntar a alguno de los mozos de maletas si el avión ya ha llegado.

Los ojos se me cerraban de sueño y sólo la tensión por tener noticias del avión me hacía permanecer despierta. Minutos después Livingstone regresaba al coche. El avión había despegado con retraso y todavía tardaría más de hora y media en llegar.

Miré de nuevo el reloj. Había pasado un minuto desde la última vez que lo había mirado. El tiempo se me estaba haciendo eterno en ese lugar en el que no había nada que hacer. Empecé a sentirme muy cansada. Livingstone abrió su ventanilla para que entrara el aire fresco y yo me tumbé en el asiento de atrás. Todavía me duraba la resaca de la boda, por lo que no tardé en quedarme profundamente dormida. Entre sueños la figura de Valère surgía a cada instante. Desconozco cuánto tiempo debió de transcurrir, cuando noté que alguien me golpeaba en la pierna. Era Livingstone.

—Madame, ahí fuera hay un militar.

Oí unos golpes en la ventanilla y el foganazo de un relámpago me mostró difuminado el perfil de un hombre cubierto con un impermeable. Había empezado a llover otra vez y los chorros de agua que caían por los cristales me impedían verle con precisión.

—¿Qué quiere? —le pregunté a Livingstone mientras me erguía.

Livingstone bajó algo más su ventanilla y llamó al militar. Éste introdujo su cabeza en el interior del coche y se dirigió a mí:

—Mbote, mama. *Pesa ngai mbongo mpo na café.*

Era un hombre de unos cincuenta años, con aspecto desaliñado, muy delgado, y me estaba pidiendo dinero para un café. Livingstone le respondió indignado también en lingala. El militar alzó el tono de voz y gritó señalando con la mano hacia mi bolso. Luego esbozó una sonrisa y me habló en un francés muy pobre.

—*Mama*, llueve y frío. Usted... blanca... en coche. Aquí... llueve. Del este... Mucha guerra... *Pesa ngai mbongo. Nzala!*

Con la mano se tocó el estómago para indicarme que tenía hambre.

—*Nazali na nzala! Nzala!*

Le pedí a Livingstone que le preguntara por qué tenía que darle dinero precisamente yo, si el aparcamiento estaba repleto de coches. Me tradujo su respuesta.

—Dice que usted es blanca y que los blancos tienen mucho dinero. Dice que si ha venido al Congo es para ayudar a los negros.

El hombre seguía de pie con la cara empapada y yo intenté imaginarme su vida. Lo más probable era que fuese un soldado raso que no recibiría su salario desde hacía varios meses. Pensé que, por su edad, podría tener varias mujeres dispersas por cada uno de los lugares del Congo donde hubiese prestado servicio, y seguro que también numerosos hijos a los que tendría que enviar dinero. Probablemente no había ido a la escuela, porque no hablaba francés. Y, además, según sus propias palabras, era del este. Es decir que él, del mismo modo que yo, también era un extranjero en Kinshasa. Seguro que viviría en las casuchas que ocupaban el cuartel que se encontraba al otro lado de la carretera. No había entrado nunca allí, pero de día se veía que era un conjunto de casitas insalubres, con mujeres y niños pululando entre el lodo y las basuras. En su entorno, los suyos enfermarían constantemente; tal vez él mismo estaría enfermo. Por el aspecto de su cara comprendí que debía de estar pasando hambre. Livingstone me miraba, esperando que hiciera algo para librarnos del militar, pero sentí piedad de él y le pedí a Livingstone que no volviese a gritarle.

—Está bien. ¿Y cuánto necesitas? —le pregunté en mi lingala rudimentario.

—*Mama*, cien dólares.

—Pero eso es mucho para un café. Yo no tengo tanto aquí.

—Sí, sí tienes —insistió el hombre—. Los blancos tenéis mucho dinero. Si no, ¿por qué venís al Congo?

—¿Y por qué no deberíamos venir? —le dije.

—Porque aquí se vive muy mal. *Mpasi mingi, mama.*

Resultaba imposible intentar razonar con ese hombre. Menos aún explicarle que no todos los blancos que veníamos al Congo lo hacíamos por dinero. Durante el tiempo que llevaba allí había conocido también a mucha gente que luchaba por unos ideales que estaban por encima de su propio bienestar. Muchos estaban sacrificando sus vidas en ese país para construir escuelas u hospitales y lo hacían creyendo que contribuían a mejorar la vida de personas como él. En cualquier caso rebusqué en el bolsillo.

—Sólo tengo diez dólares. ¿Te sirve?

El hombre refunfuñó, pero no dijo nada más. Los cogió y se marchó pegando brincos, como un niño que acabara de recibir su paga semanal. Livingstone levantó los hombros en un gesto de resignación.

—*Ohhh, les congolaises!* —exclamó.

Permanecimos en el interior del vehículo hasta que el aguacero comenzó a remitir. Fuera, ya sólo se observaban relámpagos dispersos que iluminaban la noche. Salimos del taxi y nos dirigimos a la terminal. Dentro, no había salas de espera, así que nos vimos obligados a esperar fuera. Éramos un nutrido grupo los que nos encontrábamos allí, de pie, sobre las aceras y el asfalto del aparcamiento. Al rato un par de policías con cara de pocos amigos nos indicaron que, por motivos de seguridad, debíamos ubicarnos a mayor distancia. Había un incansante trasiego de gente y de vendedores ambulantes. Todos mirábamos hacia la puerta de salida, pero estaba segura de que algunos se fijaban en mí. Y no era sólo una impresión. Una señora extranjera, alta, con una melena larga y rubia no perdía detalle de mi vestido. Se acercó y se presentó. Era diplomática, de la embajada de Estados Unidos y, al igual que yo, también esperaba a un pasajero.

—Querida —me dijo muy cariñosa—, eres la primera occidental que veo en Kinshasa con un traje congoleño. Es muy bonito y te queda muy bien.

Al igual que ella, otras dos mujeres extranjeras se acercaron. También trabajaban en la embajada de Estados Unidos e igualmente alabaron el traje. Me pidieron que me diera un par de vueltas y luego quisieron tocar la tela. Lástima que fuera de noche, pensé. Con aquella luz mortecina no podían apreciarse los matices como a plena luz del día.

—¿Podría decirme dónde lo ha comprado? —quiso saber una de ellas—. Me gustaría tener un vestido igual.

Les comenté que me lo había confeccionado una costurera congoleña y ellas me preguntaron si disponía de otros modelos. Por desgracia, no tenía más. Un chico se acercó para decirles que podían ir a la sala VIP a esperar. Nos despedimos y quedamos en vernos en alguna de las recepciones que organizaban las distintas embajadas en Kinshasa.

Livingstone volvió a acercarse a mí. Se había alejado unos pasos hacia atrás, pero en aquella pequeña distancia había escuchado la conversación.

—Madame, ¿por qué no hace más vestidos y los vende? Estoy convencido de que esas mujeres los habrían comprado.

Sonreí para mis adentros. Supongo que el espíritu emprendedor de Livingstone, acostumbrado a ganarse la vida desde niño, no era el mismo que el mío.

—Qué dices. Si yo no sé de esas cosas... —fue mi torpe respuesta.

—Por supuesto que sabe —me interrumpió convencido—. Este traje lo ha diseñado usted. Usted conoce los gustos de las blancas. Y, además, por su trabajo, conoce a mucha gente en Kinshasa y podría venderles los vestidos.

Le seguí escuchando atentamente. Me contó que su mujer era modista, y también sus hermanas y su prima, así como dos de sus cuñadas. He de reconocer que, aunque en el Congo no prestaba mucha atención a mi vestimenta, a mí también me gustaba la moda. Cuando trabajaba en televisión, seguía las tendencias y compraba todas las revistas para estar a la última. Eché un vistazo a mi alrededor y me fijé en las pocas mujeres que esperaban en el aparcamiento, como yo. Mi imaginación empezó a volar. Quizá pudiera colaborar con Fanny. Diseñaríamos los vestidos y después contrataríamos a otras mujeres para que repitieran el original. ¡Seguro que les encantarían a mis amigas de la Gombe! Y, además, si aquello iba a dar trabajo a mujeres congoleñas, ¿por qué no hacerlo? Era lo que me habían pedido la hermana Camino y madame Efinole.

—Vaya, Livingstone. Se nota que los congoleños tenéis todo tipo de recursos para ganaros la vida. Voy a comentárselo a Valère y mañana se lo propondré a Fanny.

—Funcionará —dijo, convencido.

Seguimos charlando un rato más hasta que se me ocurrió mirar el reloj del móvil. Quedaban quince minutos para que aterrizara el avión. Busqué con la mirada la presencia de policías en la zona pero no vi ninguno. Le pedí a Livingstone que nos acercáramos más todavía a la puerta de salida para que Valère nos viera en cuanto saliese. No pude decir nada más porque se fue la luz y el aeropuerto se quedó a oscuras.

—No me lo puedo creer —exclamé con indignación—. ¿Cómo es posible que se vaya la luz? ¡El avión está a punto de aterrizar!

Livingstone encendió una pequeña linterna y me enfocó la cara con ella. Me miraba extrañado.

—Pero, madame, ¿en España no se va la luz?

Yo le devolví otra mirada cargada de dulzura.

—No, y mucho menos en el aeropuerto.

Livingstone pestañeaba con la boca abierta.

—¿En serio? ¿No hay cortes de luz en España? —repetía, atónito.

—En serio. Eso no existe.

Su cara tenía un aspecto dramático.

—No me lo creo —dijo al fin.

—Pues me creas o no, es así.

Él seguía sin poder dar crédito a mis palabras.

—Eso tengo que ir a verlo yo con mis propios ojos.

Al poco rato oímos el ruido de un generador y se encendieron algunos focos. Miramos hacia el este y vimos en el cielo una lucecita blanca que se fue haciendo cada

vez mayor. Un par de minutos después me llegó el inconfundible ruido de las turbinas del avión y suspiré cuando supe que el aterrizaje se había desarrollado sin problemas. Más sosegada, comencé a mirar hacia la puerta. Personas cargadas con maletas y otros bártulos empezaron a descender por los escalones. Voces, gritos de júbilo y abrazos competían con el ruido del grupo electrógeno. Entre ellos vi salir a Valère. Iba vestido con un traje azul oscuro muy arrugado por las horas que había pasado en el asiento del avión, casi día y medio de viaje. La corbata se le había aflojado y la camisa le salía por encima del pantalón. Sin embargo, el conjunto resultaba atractivo.

Me lancé a abrazarlo. Nos fundimos en un beso y di gracias al Cielo porque todo había salido bien. Livingstone se ocupó de las maletas, mientras Valère y yo, cogidos de la mano, le seguimos hasta el coche.

—¿Cómo han ido las reuniones? —le pregunté mientras caminábamos por el aparcamiento.

—Muy bien. En Washington están muy contentos con el trabajo que estamos haciendo. Seguramente consigamos la financiación. Pasado mañana tendremos una reunión para contar los detalles del viaje a las cooperaciones internacionales.

—Estupendo. Allí estaré, estoy deseando escucharlo.

Valère me miró y pude leer en su cara el cansancio que arrastraba. Lo vi en las arrugas de la frente, en la comisura descendente de sus labios, en las ojeras marcadas. Estaba pálido pero al mismo tiempo lo notaba tranquilo, como si la tensión con la que había vivido las últimas semanas hubiese desaparecido.

—Sabes lo que significa que consigamos esa financiación, ¿verdad?

—Claro que sí. Que en los próximos años muchos niños podrán ir al colegio.

—Sólo deseo que este país salga adelante.

—Lo hará, Valère. Gracias a gente como tú.

Una vez que nos sentamos en el coche y que abandonamos el aparcamiento, Valère echó la cabeza hacia atrás en el asiento y cerró los ojos. Pude oír su respiración rasgando el silencio de la noche. Le tenía cogida una mano y con la otra le acaricié el pelo, cortito, como les gusta a los congoleños. Valère volvió a moverse y colocó su cabeza en mi hombro. Contemplé su perfil, su rostro era hermosamente bello, como una obra de arte esculpida en madera de ébano. Seguí acariciando su pelo y recordé la cabecita y el pelo del niño que había tenido entre mis brazos durante la boda de *papa* Emmanuel. Me vino a la mente su madre, aquella mujer a la que abrazó al cuello. Probablemente cada día recorrería kilómetros y kilómetros cargada con él en la espalda para poder ofrecerle al menos un pedazo de pan. ¿Y las mujeres de pueblo con las que había compartido mesa en el banquete? Para sacar adelante a sus retoños, eran capaces de marcharse nada menos que hasta China. Pensé en otras muchas mujeres que había conocido en el Congo y repasé sus vidas. Incluso las niñas de la calle, las que estaban completamente desahuciadas, sacaban a sus hijos adelante. Las había visto amamantándoles y rebuscando ropas entre las basuras para poder vestirles dignamente. Las congoleñas me dejaban sin palabras. Esas mujeres, las más pobres del mundo, me daban cada día una lección de entrega y valentía.

Empezó a llover y las gotas repiquetearon contra el cristal de la ventanilla. Valère me cogió de la cintura y yo le respondí con un beso en la frente. Volví a mirarle pero esta vez me pregunté por qué, después de dar mil vueltas, el destino había querido llevarme junto a él. Nuestras vidas habían sido tan distintas que ni la más férrea de las voluntades habría sido capaz de cruzar caminos tan dispares. ¿Qué lógica tenía todo aquello?

La lluvia me provocó somnolencia. Eché un vistazo por la ventanilla y vi a una madre caminando tranquilamente con sus tres hijos pequeños. Me volví para contemplar a Valère y me encontré con sus ojos negros y brillantes. La admiración que sentía por ese hombre me causó un escalofrío semejante a una punzada de hielo. Él me apretó suavemente la mano y fue como si de repente las piezas de aquel rompecabezas empezaran a encajar, como si, de pronto, todo cobrara sentido.

—Valère, ¿te acuerdas cuando hablábamos de las cosas que son importantes en la vida, de aquellas por las que merece la pena vivir?

—Sí, me acuerdo —me respondió en un tono cansado.

—Pues ya lo he comprendido.

Valère se recostó en el asiento y sin dejar de mirarme me preguntó:

—¿Qué es lo que has entendido?

Le acaricié la cara y volví a cogerle la mano.

—He comprendido que quiero formar una familia. Y quiero formarla contigo.

El silencio se apoderó de aquel taxi. Vi a Livingstone por el espejo retrovisor con una sonrisa en la boca. Valère se acercó a mí y me dio un beso en los labios tan cariñoso como el que *papa* Emmanuel le había dado a su mujer en la boda.

—¿Ya no tienes miedo de ser madre?

—No. Ya no.

En el mes de mayo Valère me aseguró que hasta octubre no volvería a llover, pero a mí me costaba creerle al ver siempre el cielo encapotado. Durante esos meses, todas las mañanas echaba un vistazo a través de la ventana y decía: Hoy toca lluvia. Y así cada día y cada noche, salvo en las horas del mediodía, en las que el sol ganaba una efímera batalla a las nubes, que volvían a desplegarse por completo al atardecer. La sucesión ininterrumpida de semanas sin que cayese una sola gota me hizo dudar de si alguna vez había llovido en Kinshasa. La hierba se había marchitado, la arena lo cubría todo y el polvo de la calle me atrofiaba la garganta.

Aprovechando la tregua meteorológica que ofrecían los meses de la estación seca, los obreros habían avanzado en la casa que Valère estaba construyendo en Maipembe. El exterior estaba terminado, y desde la canoa se la veía reluciente en medio de las tierras verdes que la rodeaban. Era una casa de estilo colonial, con un porche pavimentado y amplias cristaleras con vistas al río Congo. Todavía faltaba por arreglar el interior y sobre todo amueblarlo, pero por primera vez sentí que aquella casa iba a ser mi hogar en el corazón de África.

Con la llegada de la estación de lluvias, Valère y yo pasamos allí el primer fin de semana solos, sin obreros que nos molestasen. Teníamos todo el tiempo del mundo y estuvimos pensando la decoración de los muros, con qué tipo de baldosas pavimentaríamos el suelo o alicataríamos las paredes de la cocina y los cuartos de baño. Por ahora, sólo disponíamos de un par de camas, cuatro sillas, una mesa y dos cuadros con motivos africanos que había comprado en la Escuela de Bellas Artes de Kinshasa y que colgamos en las paredes del recibidor. Durante los próximos meses los obreros terminarían la casa y, tal vez, a mediados de enero podríamos instalarnos definitivamente.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Imaginaba los muebles en cada habitación, en el salón, en la cocina e incluso otros que podría traer de España, a la vuelta de mis vacaciones. Para el comedor, un reloj de carillón heredado de mis abuelos; en el centro, una mesa de madera que había comprado años atrás a un anticuario de Marruecos y, pegado a la pared, un mueble hecho a medida para guardar la vajilla inglesa que había ido adquiriendo a lo largo de los años. Me veía con mis amigas de la embajada tomando el té a media tarde en aquellas piezas delicadas, al igual que Karen Blixen en *Memorias de África*.

Durante los fines de semana siguientes, siempre que pudimos, regresamos a Maipembe atraídos por el poderoso influjo de aquella casa sobre la que estábamos cimentando nuestro proyecto en común. Los viernes llegábamos al anochecer y los obreros salían a recibirnos a la orilla con farolillos encendidos. Los sábados me levantaba temprano y Valère me mostraba cada uno de los avances en la obra. A los mangos y las ceibas, que se extendían exuberantes por toda la propiedad, añadimos limoneros, naranjos y safús de los que brotaban florecillas blancas y moradas cuyo aromático perfume nos acompañaba todo el día. Al contrario de lo que sucedía en Kinshasa, nuestra casa de Maipembe no tenía muro de separación. De ese modo, cualquiera podía presentarse en nuestro porche o incluso en la cocina sin necesidad de anunciarse. Las mujeres de los poblados cercanos venían con sus bebés colgados de la espalda y nos traían frutas y verduras que llevaban en canastas sobre sus cabezas. Tampoco era extraño que durante el día descubriésemos a niños jugando bajo las camas. O comiendo un aguacate o una mazorca de maíz en la cocina. O incluso deambulando por el salón o los pasillos, mientras tocaban los pocos muebles que poco a poco ocupaban los espacios vacíos de la casa.

Por las tardes, me gustaba sentarme en la terraza y escribir en mi diario mientras contemplaba pasar las barcas y las piraguas de los pescadores en el río Congo. En cambio Valère, por lo general, a esas horas se marchaba con los hombres. Como el terreno era enorme, en el futuro tenía pensado montar una granja. Soñaba con tener vacas, gallinas y una veintena de cerdos, que *papa* Casimire, un ganadero del poblado más cercano, se encargaría de cuidar. Valère me contaba sus nuevas ideas y yo le proponía mejoras que podrían hacerse. Nuestra sintonía era completa, aunque en ocasiones me daba vértigo tanta coincidencia entre dos personas tan distintas como nosotros. ¿Sería real lo que estaba viviendo con Valère? Si no fuera cierto, preferiría no despertarme nunca y seguir disfrutando de aquellos momentos de felicidad que la vida me estaba regalando a su lado.

Meses más tarde, el primer fin de semana de diciembre, también habíamos previsto pasarlo en Maipembe. Pero una llamada inesperada me hizo cambiar de planes.

—¿Por qué no vienes el viernes a Brazzaville? Carmen está aquí. Se va a Madrid el sábado por la tarde, pero antes le gustaría reunirse con los miembros de la fundación. No olvides que sigues siendo la presidenta honoraria, aunque te hayas pasado al otro lado del río. Desde que trabajas en la embajada, nos tienes un poco abandonados... ¿Qué tiene Kin que no tenga Brazza?

Amable tenía razón. Desde que empecé a salir con Valère, procuraba pasar con él el poco tiempo libre que me permitía mi trabajo, así que nunca encontraba un hueco para escaparme a Brazzaville. Sin embargo, su llamada llegaba en el momento oportuno. Yo también había pensando en llamarle para contarle un asunto personal que me estaba angustiando desde hacía unas semanas. Me quedé en silencio, meditando si debía sincerarme por teléfono, pero en el último momento decidí que no. Sería mejor cuando nos viésemos en persona.

—Por supuesto, Amable. Me apetece mucho ir a Brazzaville y, además... —otra vez me asaltaron las ganas de decírselo—, necesito hablar contigo sobre un asunto y que me aconsejes.

Amable no fue capaz de percibir mis dudas y pasó a detallarme las últimas novedades de la fundación. Se le veía alegre contándome cómo las obras del colegio San Francisco Javier en Owando habían terminado y la cantidad de niños que estaban estudiando en sus aulas.

—Ahora sólo queda inaugurarlos. Ya estamos en diciembre y no podemos retrasarlo más.

—¿Y por qué no lo habéis inaugurado ya? —le pregunté.

Aquél era un acto de gran importancia para los congoleños y si las clases habían comenzado en septiembre, no entendía el por qué de tanta demora.

—Los representantes de Aikido por la Paz estuvieron viendo las obras en verano, pero estábamos esperando que lo inauguraras tú —me explicó, y noté cierto reproche en su voz, aunque Amable enseguida cambió el tono—. Ya sabes que si no hubiera sido por ti, este colegio no habría existido nunca.

Sin duda, Amable estaba siendo muy generoso conmigo, pero lo cierto era que en aquel momento, ni el mismísimo presidente de Estados Unidos se hubiera sentido tan importante como Amable hizo que me sintiera yo. En realidad jamás habría imaginado el impacto que iban a alcanzar los reportajes que había realizado años atrás en la República del Congo. No en vano, y gracias a ellos, se habían construido dos colegios en medio de la selva. El primero, en Loukolela, el colegio San Ignacio, y poco después el colegio San Francisco Javier, en Owando, ambos con más de cuatrocientos niños de entre cuatro y diez años. Pero lo más increíble era que los dos colegios habían sido financiados por personas anónimas que un día estaban viendo tranquilamente la tele y se toparon en sus pantallas con el padre Amable. Esas personas me demostraron que la gente normal y corriente podía llegar a hacer las cosas más extraordinarias si de verdad se lo proponían.

Le prometí a Amable que cogería un par de días de vacaciones y quedamos que el sábado nos reuniríamos en Brazzaville y que, al día siguiente, viajaríamos él y yo hasta Owando para inaugurar el colegio. Owando estaba en el norte del país, en plena selva, aunque como era accesible por carretera calculé que, si salíamos de madrugada, podríamos llegar en un día. Sólo me atormentaba la idea de tener que viajar otra vez en aquellos autobuses que se balanceaban peligrosamente hacia los lados a una velocidad endiablada. Amable leyó mi pensamiento.

—Tranquila, lo tengo todo pensado. He hablado con un amigo taxista que conduce muy despacio y está dispuesto a llevarnos.

—Pero un taxi nos costará una fortuna —le dije, preocupada.

—No, éste nos hará un precio de amigo porque casualmente es de Owando y tiene que ir allí a hacer unas cosas.

Convencida de que así sería, me despedí de Amable hasta el sábado y llamé a Valère. Le conté que tenía que ir al Congo de enfrente a inaugurar un colegio. Él lo comprendió en el acto y me animó a emprender el viaje.

—No te preocupes. Ya iremos a Maipembe más adelante. Ahora cumple con tu deber. Estoy seguro de que vas a ser una madrina estupenda para esos niños. —Y acto seguido me preguntó—: Por cierto, ¿a qué hora sales esta tarde de la oficina?

Eché una ojeada a la agenda. Ese día había acudido a una reunión en el Ministerio de Educación y había recibido la visita de dos ONG con las que estuve analizando

dos proyectos que la cooperación española financiaba en el norte y en el este del país. Pero, una vez concluido el horario laboral, no tenía más compromisos.

—Termino a las seis y luego estoy libre. ¡Ah!, se me olvidaba. Fanny vendrá a mi casa. Acuérdate que hoy es martes y que siempre quedo con ella ese día.

—¿Sigues empeñada en montar la empresa de moda? —me preguntó.

—Sí, bueno, quizá llamarla «empresa» sea excesivo. Lo que quiero es crear trabajo para que las mujeres tengan un salario a final de mes. Hay un montón de costureras que se han puesto en contacto conmigo. Hoy mismo me han llamado dos misioneras más que también quieren colaborar con nosotras. No sé qué saldrá de todo esto.

—Seguro que será un éxito —me animó Valère—. Cuando alguien pone pasión en un proyecto los astros se alinean para que todo salga adelante. ¿Ya sabes el nombre que le vas a poner?

—No, no lo sé. Hemos barajado varios, pero el que más me convence es Dress From Africa. ¿Qué te parece?

—¿Cuál es la idea que quieres transmitir? ¿Que la gente puede vestir con ropa hecha en África?

—Pues sí. Me parece que es una manera de cambiar la imagen de este continente. Quiero que se entienda que los africanos hacéis muchas cosas y que sois capaces de hacerlas muy bien.

—Ojalá. A ver si esto empieza a mejorar.

Esa noche Valère vino a buscarme a las nueve. Cenamos en una terraza cerca de mi casa, pero durante los días que siguieron él terminaba hacia las once o las doce de la noche y se iba derecho a dormir. Yo tenía la impresión de que el proyecto del Banco Mundial iba a dejarlo exhausto. Para compensar tantos días de trabajo, el viernes se cogió la tarde libre y me acompañó al puerto de Kinshasa. Llegamos poco antes de las cinco. Atravesamos la barrera de seguridad y entramos en el aparcamiento. Allí nos encontramos con el ajetreo habitual previo a la salida del último barco. La gente se precipitaba para conseguir un puesto y los fardos de telas, los cartones repletos de cachivaches y los bolsones de frutas y verduras camino de Brazzaville se amontonaban por todas partes. Los porteadores buscaban clientes y me ofrecían constantemente sus servicios para transportar mi pequeña maleta. Cambié dólares en francos CFA y llamé al primo de Livingstone, para que me consiguiera un billete y me ayudase con los trámites del pasaporte. Veinte minutos después, ya tenía una plaza en la canoa rápida y el sello de salida impreso en el pasaporte. Un vendedor de lienzos con dibujos típicos congoleños se arrodilló en silencio ante mí y exhibió su mercancía. Estuve a punto de decirle que se marchara, cuando en uno de los cuadros descubrí la imagen de una madre con un bebé en brazos elaborado en madera. Me gustó tanto que lo compré y le pedí a Valère que me lo guardase hasta mi regreso.

—La próxima vez que vayamos a Maipembe lo colgaré en el dormitorio. Estoy segura de que nos traerá suerte.

—Dios te oiga.

Le di un último beso y me dirigí al puesto de vacunas. Un hombre con una bata blanca me pidió la cartilla sanitaria y se la entregué. Él la cogió y empezó a abanicarse con ella.

—Dame tu número de teléfono y te llamo un día de estos.

—Tengo novio —dije sin inmutarme—. ¿Ve aquel hombre de allí? Es ése.

El enfermero se ajustó las gafas, se movió hacia un lado para ver detrás de mí y se esforzó en escrutar las miles de personas que se apelotonaban al otro lado de la reja.

—¿Su novio es congoleño?

—Sí.

El hombre me entregó la cartilla sin abrirla.

—Entonces pase, madame. Quiero decir, cuñada.

Atravesamos el río Congo en diez minutos y, pasadas las cinco de la tarde, ya estaba en Brazzaville. En cuanto salí del barco, casi me doy de bruces con Amable, que me esperaba impaciente y que me recibió con un fuerte abrazo.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Corto, ya sabes, y sin percances. Es una lástima que no puedas venir a Kinshasa. ¡Te enseñaría tantas cosas y te presentaría a tanta gente interesante que he conocido! Pero, en fin, ya tendremos tiempo de que te cuente todo con detalle.

—Sí, estoy deseando que me cuentes cómo te va. —Amable me señaló un taxi y me invitó a entrar—. Ahora, ven. Nos están esperando los miembros de la fundación. La reunión será breve, porque Carmen regresa esta misma noche a Madrid.

—Qué pena que no se quede más tiempo.

—Sí, pero no puede. Acabamos de llegar esta mañana de Loukolela y tiene el billete comprado desde hace ya tiempo.

—¿Y nosotros cuándo vamos a ir Owando?

—Nosotros nos marchamos mañana a las seis de la mañana.

Minutos después llegamos a la casa de las Hijas de María y Jesús, muy cerca del centro cultural francés, en pleno centro de Brazzaville. Ya conocía la casa porque en una ocasión anterior me había alojado allí. Era un pequeño edificio de piedra pintado de blanco, con un jardín de flores multicolores y un camino de losetas que lo atravesaba. Carmen nos esperaba en uno de los saloncitos. Iba vestida como una exploradora con una camisa caqui y pantalones de safari, aunque su inconforable pelo rizado se mantenía impoluto y se la veía morena y con buen aspecto, como si en lugar de haber pasado diez días en la selva, acabara de llegar de un balneario en la playa. Junto a ella estaban Athanase, Bosco y otros miembros de la Fundación Granda Rodríguez. Me alegré mucho de volver a verlos y nos saludamos con besos y abrazos. En aquel momento no me percaté del hombre de pelo blanco y ojos azules que estaba sentado en una esquina, pero Carmen se levantó de su silla y se dirigió hacia él.

—Te presento a Jacinto Gil, director del departamento de Ingeniería Rural de la Escuela de Ingenieros Agrónomos de la Universidad Politécnica de Madrid.

—Mucho gusto. —Y le extendí la mano para saludarlo.

Simpático y cordial, Jacinto me habló en un exquisito francés, aunque enseguida pasamos al español.

—He venido para conocer el colegio San Ignacio de Loukolela y la cooperativa en la que trabajan los padres de los alumnos.

—¿Y qué le ha parecido? —le pregunté.

—Creo que habéis hecho un trabajo extraordinario. El colegio es una maravilla. En cuanto vuelva a Madrid, voy a proponer a la universidad un programa de cooperación para que los estudiantes de último curso de Ingeniería puedan hacer su proyecto de fin de carrera en Loukolela.

—Es una idea genial —le respondí—. Así los alumnos podrán enseñar a cultivar a la gente del pueblo.

—Sí, Carmen no da puntada sin hilo. Sabe cómo mantener su proyecto. Es una mujer excepcional.

—Lo sé. La conozco muy bien —le dije.

Y me sentí orgullosa de ser amiga suya.

La verdad era que Carmen no dejaba de sorprenderme. Bajo ese aspecto frágil, a punto de romperse como un jarrón de porcelana, se escondía el carácter más fuerte que jamás había conocido. Nunca cedía ante la adversidad y siempre buscaba alguna rendija por la que infiltrarse hasta dar con la solución, por inverosímil que pudiera parecer, a los problemas que se planteaban. Durante la reunión insistió en lo mucho que se podía alcanzar con un trabajo honesto e inteligente. Ella misma nos daba ejemplo a los demás. Con su categoría moral e intelectual, se granjeó el respeto y la admiración de todos los que estábamos ahí reunidos y de todos los congoleños en general. Se había labrado una fama merecida en el Congo por su tenacidad y valentía, y por eso, allá por donde iba, la gente la llamaba «mama Carmen».

Durante el resto de la reunión, Athanase nos estuvo contando las últimas novedades de la fundación. Carmen había comprado tres piraguas con motor para que la gente de Loukolela pudiera transportar los productos que cultivaban, y además había comprado varios ordenadores para montar un cybercafé en Brazzaville. Con ese negocio, esperaba que la fundación pudiera sufragar sus gastos de administración durante los próximos años.

Cerca de las ocho Carmen y Jacinto miraron el reloj en repetidas ocasiones. Cogían el avión en pocas horas, por lo que contábamos con el tiempo justo para una cena rápida. Optamos por ir al restaurante Mami Wata, junto al río Congo. Una vez allí, entre plato y plato, Carmen me preguntó cómo era mi vida en Kinshasa y se interesó por los proyectos en los que estaba trabajando. Se los fui describiendo uno a uno. Ella me escuchaba con atención y, en un momento dado, me preguntó si la

cooperación española podría sostener los proyectos de la fundación. Yo moví mi cabeza en signo negativo.

—Por desgracia, España sólo está presente en el otro Congo, y no en éste de Brazzaville.

Cuando terminamos la cena, saqué un vestido de mi mochila; era un regalo que tenía preparado para Carmen y le animé a que se lo probara por encima.

—¿Y esto tan bonito?

El vestido era de un intenso color naranja. Se ceñía en la cintura y tenía un peculiar escote en forma de trapecio. Un pañuelo para el pelo, del mismo color, completaba el conjunto.

—Es un Dress From Africa. ¿Te gusta?

Carmen empezó a examinarlo.

—¿Dónde lo has comprado? Se ve muy bueno. El acabado es impecable y el diseño es precioso. ¿Es italiano?

—No, Carmen, es un vestido made in Congo.

—¿De verdad? —me dijo, sorprendida—. Parece mentira, ¿y quién lo ha cosido?

—Éste en concreto lo ha cosido Pierrette, una madre soltera con tres hijos, una mujer con muchas ganas de salir adelante y que, como ves, cose muy bien.

Animé a Carmen a que fuera al aseo a probárselo. A los pocos minutos la exploradora que vimos marchar regresó con un aspecto renovado. Parecía una dama con un fuerte sex appeal. Athanase y Jacinto se levantaron de la mesa estupefactos por semejante transformación. Yo empecé a aplaudir y Amable lanzó un silbido de admiración. Después de darse un par de vueltas a petición del pequeño público que estaba congregado allí, Carmen volvió a cambiarse y se presentó de nuevo con su traje color caqui. Después, la acompañamos a ella y a Jacinto al aeropuerto y los demás nos fuimos a descansar. A la mañana siguiente Amable y yo teníamos que viajar a Owando para inaugurar el colegio San Francisco Javier. El viaje iba a ser agotador y, además, tenía que pensar en cómo y en qué momento podría contarle a Amable el problema que me estaba torturando desde hacía varios meses.

A la mañana siguiente Brazzaville se despertó con una ligera bruma, como si hubiera llovido durante la noche, aunque el calor seguía siendo pegajoso y húmedo, igual que en Kinshasa. La luz clara del comienzo del día entraba por la ventana y caía encima de mi cama. Me levanté de un salto y comencé a prepararme antes de que llegara Amable. Habíamos quedado a las seis, aunque por fortuna llegó algo más tarde y me dio tiempo a desayunar. En cuanto oí los bocinazos salí del comedor, atravesé el jardín de la casa de las monjas y abrí la puerta que daba a la calle. Amable estaba sentado en la parte trasera de un taxi haciéndome señas con la mano para que me diera prisa. Cogí la maleta, me despedí de una de las hermanas, que me saludó desde su ventana, y me dirigí hacia el coche. Dentro, varias cajas de cartón enormes se amontonaban en el asiento del copiloto y en los espacios libres que quedaban en la parte de atrás, en donde se suponía que también iba a sentarme yo.

—¿Qué es esto, Amable?

—Son las medicinas.

—¿Han llegado ahora? ¡Qué casualidad!

Eran las medicinas que, cada mes, enviaba la ONG de Pamplona Ayuda al Tercer Mundo Medicamentos. Ellos también vieron el reportaje en la tele y se habían comprometido de esa forma a ayudar a los congoleños. Amable recogía las cajas en la aduana y las llevaba, unas al dispensario de Cáritas en Owando y otras a los poblados de la selva donde no había ningún tipo de asistencia médica. Él mismo se ocupaba de traducir los prospectos de los medicamentos para saber para qué servía cada uno.

—Date prisa o llegaremos de noche.

—Sí, sí. Ya voy.

Me hice un hueco entre las cajas y me senté como pude junto a Amable. El taxista arrancó y se concentró en la carretera. Nos dirigimos hacia el centro de Brazzaville, atravesamos varias calles embarradas y salimos de la ciudad en nuestra ruta hacia el norte, en dirección a Owando. A las afueras, vi el cementerio que se extendía como un bosque de lápidas y cruces y no pude evitar acordarme de Bruce. Amable, ajeno a mis reflexiones, me preguntó.

—¿Te acuerdas de la primera vez que hiciste este trayecto?

—Sí, por supuesto que me acuerdo. ¿Cómo voy a olvidarlo, Amable? En mi vida, hay un antes y un después de aquel viaje...

Después, fui yo la que le pregunté:

—Amable, ¿te acuerdas de los militares que pararon el autobús? ¿Dónde ocurrió aquello exactamente?

—Aún queda mucho. Ya te lo diré cuando lleguemos. —Y me miró con una media sonrisa—. Aún tengo grabada la cara de pánico que pusiste. Si no llego a sacarme el as de la manga con la segunda cámara, como poco habríamos terminado en un calabozo.

Amable consiguió que me ruborizara. Llevaba mucho tiempo en el Congo, ya me había acostumbrado a las peculiaridades de los congoleños y aquella escena me pareció incluso divertida por lo ingenua que yo era por aquel entonces. También me reí con él.

—Lo pasé fatal. Me temblaba todo el cuerpo. Y tú, ¿por qué actuaste de aquella forma, bajando del autobús con esa actitud tan solemne?

—Porque con la gente que se cree poderosa hay que actuar así.

—¿Actuar cómo? —quise saber. No terminaba de entenderle.

—Mirando siempre a los ojos y sin bajar nunca la mirada. Si dejas que el poderoso note tu miedo, te aplastará. Aunque... bueno... supongo que también ayudó que fuera sacerdote. Alguna ventaja tiene que tener que la gente nos atribuya cualidades sobrenaturales.

Al cabo de unos cuantos kilómetros el cansancio se apoderó de Amable y aproveché para contemplar el paisaje. La sabana se veía espléndida a ambos lados de la carretera. Apenas había tráfico y sólo de vez en cuando nos cruzábamos con coches y furgonetas en muy mal estado cargados de leña o carbón vegetal. Atravesamos poblados con nombres tan evocadores como Kindele, Lofoula, Igné, Inoni Platéais, Bambou-Mingali, Nkuo, Dieu le Veut, Ingala o Ngoula. A medida que avanzábamos, aumentaba el número de chozas construidas con muros de barro y techos de hojas de palmera. A nuestro paso las cabras se apartaban y las gallinas salían huyendo alborotadas. Las ancianas dejaban de remover sus pucheros humeantes y los niños nos saludaban con la mano. El sueño no le duró mucho a Amable, porque al atravesar uno de los pueblos casi atropellamos un cerdo y con el frenazo se despertó.

—Qué difícil es vivir tranquilamente en el Congo. Cuando menos te lo esperas aparece algo inesperado —comentó.

—En Kinshasa, siempre es así —le respondí.

Amable volvió a mirarme y puso ese gesto típico suyo que anunciaba que se estaba poniendo serio.

—¿Estás contenta en Kinshasa? —me preguntó.

—Sí. Soy muy feliz.

—¿Y cómo ves el futuro del país?

—Veo que la gente tiene muchas ganas de salir adelante.

—¿Y qué tal te va en tu trabajo?

Parecía que me hablaba medio dormido, porque seguía recostado y con los ojos sólo ligeramente entreabiertos. ¿Por qué me hacía esas preguntas? ¿Sería cierto que los curas africanos tenían poderes sobrenaturales y que durante su sueño había visto algo sobre mi futuro?

—Me encanta. Me he adaptado bien y trabajamos mucho. La cooperación española tiene proyectos que están ayudando a mucha gente. Construimos escuelas y hospitales, formamos a los profesores y a los médicos. En un país donde casi todo está por hacer, contribuimos con nuestro granito de arena. Es muy satisfactorio.

—Y de amores, ¿qué tal?

Esa pregunta me desorientó. Una cosa era que Amable tuviese visiones sobre mi trabajo y otra que en sus sueños apareciera mi vida... Sin embargo, pensé que ése podía ser un buen momento para contarle el asunto que necesitaba comentarle. Aunque no sabía cómo plantearlo. Aguardé a que adelantáramos un camión repleto de sacos de mandioca, estacionado en medio de la calzada.

—Muy bien. Pero quería pedirte consejo porque hay una cosa que...

No pude continuar. El taxista se detuvo bruscamente delante de un puesto rudimentario de madera donde se exhibían varias piñas en fila. Sacó unos billetes y discutió el precio hasta que compró una que guardó en la guantera. Cuando retomamos la marcha, Amable se había vuelto a quedar dormido. Me sentí decepcionada porque no pude hablar con él. En cualquier caso, siempre tendría otra oportunidad después de la inauguración del colegio; seguro que entonces encontraría un momento. Me concentré en el paisaje. Los pueblos eran típicos de campesinos, alegres y con muchos árboles frutales. En cuando salíamos de las zonas habitadas, sin embargo, lo que nos rodeaba era un inmenso espacio vacío cubierto de hierba. A partir de Etsouali, las grandes extensiones planas dieron paso a árboles dispersos más altos y cada vez más frondosos. Eran los primeros esbozos de la selva que se intuía a lo lejos. Hacia las tres de la tarde paramos en Gamoma para comer. El taxista compró unas larvas de oruga vivas y se las metió en la boca.

—Están deliciosas —me dijo y las masticó. Por el sonido debían de estar crujientes—. ¿Quieres? —me preguntó.

Y me extendió la bolsa de plástico con esos insectos revolviéndose dentro.

—Te lo agradezco, pero no.

Ya empezaba a atardecer cuando reemprendimos la marcha. Junto a la carretera se veían filas de mujeres caminando, con la espalda doblada por el peso de la leña. La naturaleza le daba al paisaje un aspecto prehistórico, con árboles, bambúes y plantas enormes, que en ocasiones cubrían la carretera hasta ocultar el cielo. De pronto, en

medio de aquel concierto vegetal surgió resplandeciente un edificio de metal con grandes cristaleras.

—¿Qué es eso? —pregunté completamente alucinada.

—Es un aeropuerto internacional. Acaban de construirlo en estos meses —me aclaró el taxista.

—¿En medio de la selva? —exclamé.

Luego caí en la cuenta de que estábamos muy cerca de un pueblo pequeñito de donde eran originarios varios dirigentes del país.

—¿Se puede visitar?

—No lo sé. Podemos intentarlo.

El taxista dio marcha atrás en una maniobra temeraria que nos habría matado de haber venido otro coche por detrás. Giramos a la izquierda, nos metimos por un camino asfaltado y paramos en la puerta de la que debía de ser la futura terminal. Allí no había nadie salvo un chino vestido con un peto amarillo fosforito. En un francés bastante curioso, nos explicó que era el ingeniero encargado de las obras y se ofreció a mostrarnos el interior del aeropuerto. Le seguimos por la impresionante escalera principal. En el camino nos contó que los materiales llegaban en contenedores desde China. A través de los inmensos ventanales que cubrían la futura sala de embarque podían verse árboles y más árboles que se extendían hacia el horizonte salpicados con chozas de barro. Seguimos andando. El edificio era muy moderno, con escaleras mecánicas, una cafetería, los mostradores, el espacio reservado para las tiendas... Incluso los aseos me llamaron la atención por su delicado acabado.

Cuando llegamos al cuarto de vigilancia, vimos a través de las pantallas de control la llegada de varios coches con las lunas tintadas, de los que salieron cuatro congoleños con traje y sendos maletines en las manos. Se dirigieron hacia el único avión que se encontraba en la pista y, tras una breve maniobra de despegue, se alejaron por el cielo hacia al sur, probablemente en dirección a Brazzaville. Nosotros también nos despedimos del ingeniero chino y le dimos las gracias por su amabilidad.

—El aeropuerto parece un despilfarro —dije una vez montada en el taxi—, pero a lo mejor contribuye al desarrollo de la zona.

El taxista volvió la cabeza hacia atrás.

—Sabe, mademoiselle, me temo que antes se lo va a tragar la selva.

Un par de horas después, chozas más elaboradas, seguidas de algunas construcciones de ladrillo, comenzaron a surgir a ambos lados de la carretera. Aumentó también el número de gente caminando por la calle, con mujeres cargadas con cubos de agua sobre sus cabezas y niños corriendo detrás de una pelota, mientras otros se lavaban desnudos en los charcos. Había ancianas vendiendo pescado ahumado a cada paso y hombres sentados en cuclillas mirándonos desde la puerta de sus chozas con una expresión ausente. O cuando fue tomando forma en medio de la noche y Amable indicó al taxista el camino hacia el final del pueblo. Nos desviamos y penetramos por una pista arenosa en la que el taxi patinó y el conductor perdió el control. A punto estuvimos de atropellar a una señora que nos propinó una severa reprimenda. Tras varios tumbos y golpes de los neumáticos contra raíces de árboles, paramos delante de una pequeña casita blanca rodeada de un muro y una reja que servía de puerta. Al salir del coche oí el canto de un pájaro invisible. También sonó el chirrido de la reja entreabriéndose y unas voces de mujer que resultaron ser dos monjas congoleñas que habían salido de la casa.

—¡¡Qué alegría veros!! ¿Qué tal ha ido el viaje? Debéis de estar agotados.

Nos dieron un abrazo a cada uno. Hechas las presentaciones, las hermanas Léonie y Marie-Chantal nos guiaron a oscuras por un pequeño jardín y entramos en la casa, muy sencilla, similar a las numerosas casas de religiosos que había visto en los dos Congos. Nos dirigimos al salón iluminado por unas velas que se sujetaban dentro de unos farolillos. Las monjas nos habían preparado una sopa de verduras, que estaba deliciosa. En el centro de la mesa, había un cuenco con trozos de piña.

—¿Y la hermana Prunelle? —preguntó Amable—. Qué raro que no esté aquí.

La sonrisa se borró de la cara de las monjas. La hermana Léonie bajó los ojos y a la hermana Marie-Chantal se le quedó rígida la comisura de los labios.

—Se ha desatado un brote de cólera en un poblado cercano, un poco más al norte.

—¿Un brote de cólera? —repetí.

Por desgracia, me estaba acostumbrando a escuchar noticias como ésta.

—Sí. Empezó hace tres semanas. La hermana Prunelle es enfermera y se ha marchado a cuidar a los enfermos. Hay mucha gente con diarreas y con deshidratación severa. Nos han llegado informaciones de que ya ha habido más de treinta muertos.

Amable se levantó con cara de preocupación y se acercó a la ventana.

—¿Sabéis algo más? —les preguntó a las monjas.

—Sí, parece que el brote ya está controlado. Íbamos a ir nosotras también, pero nos han aconsejado que nos quedemos aquí. Los enfermos están aislados y parece que ya no se han producido más casos.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala hasta que Amable dijo en voz alta:

—Primero el sida, luego el cólera, después el ébola. ¿Por qué siempre nos golpean las peores enfermedades? ¿Por qué siempre aparecen en el Congo?

Intenté encontrar una explicación razonable. Unas semanas atrás había acudido, en Kinshasa, a la conferencia de un investigador canadiense, el doctor Jacques Pépin, que había descubierto que el sida había comenzado precisamente en esa selva ecuatorial en la que nos encontrábamos. Estaba comprobado que el virus provenía de los monos.

—El problema es que la gente caza los animales de la selva y luego comen la carne sin cocinarla y entonces la sangre contaminada llega a...

A la hermana Marie-Chantal no le gustó mi comentario y no lo disimuló.

—Nosotros comemos mono desde siempre y nunca ha pasado nada. Es una carne deliciosa. Aquí la pregunta es: ¿cómo llega el sida a los monos? ¿Y el ébola?

—El sida está matando a familias enteras en esta zona —siguió explicando Amable—. Hay miles de niños huérfanos por su culpa. Es un problema tremendo.

La hermana Léonie intentó relajar la tensión que se había creado en el ambiente. Para apaciguar los ánimos cambió radicalmente de tema. Empezó a servir el postre y se puso a hablar del evento que nos esperaba al día siguiente: la inauguración del colegio San Francisco Javier.

—Ojalá que de ese colegio salga la persona que descubra la vacuna para todas esas enfermedades —dijo, y el resto de los comensales le dimos la razón.

—¿Usted lo ha visitado, hermana? —quise saber.

—Claro que sí. He visto la evolución de las obras desde el principio. La hermana Prunelle y yo hemos ido a ver al padre Amable muchos días y lo hemos encontrado peleándose con los obreros, ¡ja, ja, ja!... Pero, al final, ahí está el resultado. No se puede hacer usted una idea del bien que está haciendo ese colegio. Antes esos niños vagabundeaban por las calles y ahora... y a los verá mañana. Es una gozada verlos tan formales, con sus uniformes, atendiendo las explicaciones de los profesores.

Amable tenía los ojos enrojecidos y la mirada perdida en algún punto del infinito, pero seguía la conversación.

—Sí, no ha sido fácil construirlo. Como aquí sólo hay arena, hemos tenido que buscar las piedras a más de sesenta kilómetros. Y los caminos, ya los conoces, están llenos de baches. Encontrar materiales y transportarlos ha sido una odisea. Pero no quiero hablar de lo mucho que ha costado construir el colegio. Lo importante es que ya está terminado.

Unos minutos después dimos por concluida la velada. Estábamos todos muertos de cansancio. Amable se despidió con una oración y se marchó en el taxi a la casa donde iba a dormir. Las monjas y yo nos quedamos hablando un rato más hasta que, a la una de la madrugada, me llevaron a mi habitación.

—Descansa bien. Mañana es un gran día en Owando y tienes que estar en forma.

Me despedí de las hermanas con un abrazo. Ellas se marcharon por el pasillo y yo abrí la puerta de mi habitación. En el camino hacia la ducha fui apartando con la mano las polillas que revoloteaban frente a la linterna. Las monjas me habían dicho que allí habían dejado un cubo con agua del pozo. Con la ayuda de un vaso de plástico me lavé la cara, el cuello y el resto del cuerpo. Algo más fresca, me fui a dormir. Caí rendida en la cama mientras oía los silbidos de los mosquitos en el exterior de la mosquitera.

A la mañana siguiente me presenté en el comedor con un vestido largo hasta las rodillas, confeccionado con una bonita tela congoleña azul y verde con dibujos parecidos a círculos entrelazados. Me habían contado que a la ceremonia de inauguración del colegio, además de los niños, iban a acudir los padres, los profesores y las autoridades locales y que, sin duda, todos irían vestidos con sus mejores galas. En cuanto apareció Amable me despedí de las monjas y me fui con él hacia el centro de Owando, donde se encontraba el colegio. En esa ocasión el pueblo me pareció más grande que la otra vez que estuve allí. Era como una ciudad jardín con chozas rodeadas de mucho verde y árboles monumentales.

—¿Has preparado el discurso? —me preguntó Amable, mientras me veía trajar con las hojas sueltas de un cuaderno.

—Sí, sí. Me lo sé casi de memoria.

—Me han dicho que han invitado a un periodista. Creo que trabaja para un periódico de Brazzaville. Así que saldrás en la prensa.

—Amable, estoy nerviosa.

—Pero si tú ya estás acostumbrada a las cámaras. Además, nos vendrá bien un poquito de publicidad. A lo mejor a los dirigentes se les remueve la conciencia y empiezan a preocuparse por sus ciudadanos.

Pasamos por varios caminos flanqueados por arbustos y árboles gigantes, hasta que llegamos al colegio. El edificio era de una sola planta con un letrero en la parte superior, donde podía leerse: COLEGIO SAN FRANCISCO JAVIER. En la puerta se había congregado un nutrido grupo de hombres y mujeres vestidos con mucha sencillez. Supuse que serían los padres. El patio se había teñido del color del uniforme: camisa blanca y pantalón o falda azul. Los niños llevaban el pelo muy corto y las niñas lo tenían recogido en mil trencitas adornadas con lacitos o gomas de colores. A todos se les veía felices y encantados de poder ir al colegio.

La directora, una mujer alta y robusta vestida a la usanza local, salió a nuestro encuentro. Nos saludamos y me acompañó a hacer un recorrido por el interior del edificio. Las aulas se veían limpias e iluminadas. Oía a recién pintado, los bancos y las sillas estaban ordenados. En las pizarras se veían escritos números y letras y en cada una de las clases colgaba el retrato de san Francisco Javier. Los niños ya conocían sus aulas y se sentaban en sus pupitres con los ojos llenos de curiosidad.

Volvimos a salir al patio que se había llenado con más niños y más padres. La directora me siguió explicando los planes que tenía para el futuro.

—Mi objetivo es que el colegio San Francisco Javier sea una referencia en el norte del Congo y que de aquí salgan alumnos con un buen nivel de formación.

A lo largo de nuestra charla, observé que aquella mujer tenía muchas y muy buenas ideas para el futuro y que era realista respecto a la situación de los padres de esos niños: personas muy pobres, que tenían grandes dificultades para pagar los tres euros que costaba la mensualidad. La mayoría trabajaba recogiendo leña en la selva y muchos de los pequeños eran huérfanos y vivían con sus abuelas.

—Estamos pensando en diversas soluciones. En el futuro, nos gustaría seguir el ejemplo del colegio San Ignacio de Loukolela y poder montar una cooperativa para que trabajen los padres de los niños. ¿Qué le parece?

—Muy bien. Allí la cooperativa está dando muy buenos resultados.

Me percaté de que uno de aquellos padres se había acercado a nosotras y parecía querer decirme algo. También me interesaba tomarle el pulso a su opinión. Me disculpé con la directora y me dirigí hacia él. Le pregunté qué era lo que deseaba. El hombre bajó la cabeza y luego la levantó muy lentamente.

—Por favor, dé las gracias al presidente de su país por habernos construido este colegio.

En un primer momento no entendí a qué se refería y le pedí que me explicara.

—Sí, mademoiselle. He visto su retrato en el aula. Mi hija me ha dicho que se llama San Francisco Javier. Por favor, cuando regrese a su país, ¿podría agradecerle lo que ha hecho por nuestros hijos?

Noté que me embargaba la emoción y, por eso, no quise contradecirle. Hacía más de cuatrocientos cincuenta años que el patrón de Navarra, san Francisco Javier, había muerto, pero me prometí que le transmitiría su agradecimiento a través de mis oraciones.

—¿Ve aquella niña de allá? ¿La que está jugando a saltar con sus amigas? Es mi hija —me dijo con orgullo de padre. Luego apuntó con el dedo a otra niña de menor estatura, más delgada y menudita—. Aquella también es mía.

—¿Qué espera de ellas? —le pregunté.

El rostro de aquel hombre traslucía una satisfacción completa y sus ojos brillaban ilusionados.

—Quiero que Princesse sea médico. ¿Sabe? Su hermana pequeña murió de malaria hace unos meses.

—Oh, cuánto lo siento —le dije apesadumbrada.

El hombre me dio las gracias por las condolencias y siguió hablando:

—Y Ongana quiero que sea... —Meditó durante unos segundos hasta que, adoptando un tono melancólico, añadió—: Quiero que sea presidenta y que acabe con la pobreza del país.

La generosidad de corazón de aquel buen hombre me dejó conmovida. Su testimonio e ingenuidad concentraban todo lo bueno que había encontrado durante esos años entre los habitantes del Congo. Emocionada, me despedí de él y me fui hacia el centro del patio donde todos los niños se habían colocado en varias filas, junto a sus respectivas maestras. De pronto, la directora lanzó un grito que retumbó en el aire haciendo que temblaran hasta las hojas de los árboles.

—¡¡¡¡¡Colegio San Francisco Javier!!!!

Un tumulto de voces infantiles repitió al unísono:

—¡¡¡¡¡Disciplina, trabajo y progreso!!!!

—¡¡¡¡¡Colegio San Francisco Javier!!!!

Los niños volvieron a corear la divisa del centro, pero esta vez moviendo brazos y piernas, como pequeños soldaditos puestos en fila.

—¡¡¡¡¡Disciplina, trabajo y progreso!!!!

—Muy bien. Ahora, todos a jugar —dijo al fin madame Ruffet dando por terminado el saludo inicial.

Para el evento alguien contrató a una especie de juglar local que cantó canciones típicas congoleñas, acompañado de un grupo de niños que bailaron vestidos con atuendos regionales y pinturas en la piel. Hacia el final llegó el momento inevitable de los discursos. Las autoridades acababan de llegar y habían ocupado unos taburetes de madera reservados para ellos. Habló el alcalde:

—Queremos dar las gracias a la ONG Aikido por la Paz que ha financiado el colegio y a la Fundación Granda Rodríguez que ha seguido las obras y se ha encargado de su gestión.

Habló el jefe del pueblo:

—Antes, estos doscientos niños estaban deambulando por las calles sin nada que hacer. Ahora, gracias al colegio están estudiando y pueden soñar con un futuro mejor.

Después habló el obispo, el jefe de policía y el subprefecto. Cada vez que alguien tomaba la palabra el periodista sacaba fotos. Hacia el final hablaron la directora y Amable, y sus palabras recogieron los mayores aplausos, con gritos redoblados y nuevos cantos. En último lugar intervine yo. Relaté la historia del colegio, el empeño que había demostrado el padre Amable en construirlo y el esfuerzo desinteresado de muchos españoles para que ese sueño terminara siendo una realidad. Concluí mi discurso diciendo que ahora pasábamos el testigo a los congoleños.

Me volví a mi silla en medio de los aplausos de aquellas personas que me daban las gracias con gritos y cantos en francés y en lingala. De ese modo se dio por

inaugurado el colegio San Francisco Javier. Tras el acto, me quedé charlando con los padres, con las autoridades y con algunos niños, sin descuidar las grabaciones que hacía con mi móvil de vez en cuando. Las mujeres del pueblo habían preparado una comida típica en la que no faltaron el pescado salado, la mandioca ni el vino de palma. Poco después alguien trajo el tam-tam y la fiesta comenzó. Vi a Amable muy solicitado. Los padres le llamaban constantemente. En medio del jolgorio unos le pedían dinero para poder pagar la mensualidad de sus hijos, otros le solicitaban ayuda para un pariente enfermo, y también le pidieron varias misas para familiares que acababan de fallecer, entre ellos, varios niños. Todos le contaban sus penas y Amable no daba abasto para atender a todo el mundo.

Yo abandoné la idea de hablar con él. Al día siguiente volvería a Brazzaville y de allí a Kinshasa, mientras que él se marcharía en canoa a una aldea muy remota en las profundidades de la selva, donde había niños muy graves enfermos de malaria que necesitaban las medicinas que habían llegado de Pamplona y que habíamos recogido en la aduana. En el Congo había aprendido lo delgada que era la línea que separaba la salud de la enfermedad, lo frágil que podía ser la vida. El sida, el ébola, el tifus, el cólera, la malaria u otras enfermedades más corrientes como una simple gastroenteritis mataban constantemente a los congoleños. En los dos Congos, me había acostumbrado a que lo normal era morir. La muerte llegaba sin avisar y sólo la alegría de fiestas como la que estábamos viviendo en la inauguración del colegio podía amortiguar la tristeza del día a día.

Al lado de los problemas de aquellos hombres y mujeres, los míos me parecieron ridículos. Amable tenía otras preocupaciones más importantes y me alegré de no haberle molestado con aquello que me estaba angustiando en mi interior. El doctor Justin tenía razón. Había esperado demasiado tiempo y un médico belga lo había confirmado, ya no podía tener hijos. Pero en comparación con los dramas que se estaban desarrollando a mi alrededor, comprendí que aquel problema que había empezado a ser insoportable para mí no tenía, en realidad, ninguna importancia.

Si había una vista que podía competir en belleza con la del río Congo ésa era sin duda la de los Grandes Lagos, en el este de la República Democrática del Congo. Sobrevolar las altas montañas del valle del Rift, los volcanes en erupción o las interminables extensiones de los lagos Tanganica, Victoria o el lago Kivu era tan majestuoso como asistir al primer día de la creación del mundo. No existía ninguna carretera asfaltada que recorriera el país. Por eso, cada vez que viajaba al este tenía que coger el avión. Había vuelos comerciales que hacían la ruta Kinshasa-Goma o Kinshasa-Bukavu. Pero la ONU tenía su propia flota de aviones y en ellos solían viajar los trabajadores de los organismos internacionales, miembros de las ONG o los militares de la MONUSCO. Eran vuelos gratuitos y, en teoría, más seguros. Aunque la complicada orografía del terreno, el mal estado de las pistas o la falta de un buen control aéreo unido a la turbulenta atmósfera de aquellas latitudes, con columnas de nubes gigantescas y tormentas repentinas, muy violentas, que se formaban sobre todo en la época de las grandes lluvias provocaban numerosos accidentes. Con cierta periodicidad oíamos de aviones que se estrellaban. A algunos de los fallecidos los había conocido. Eran compañeros de otras cooperaciones internacionales, que habían ido o volvían de alguna misión, y con los que había coincidido en las distintas reuniones que manteníamos cada semana.

Cada vez que me subía en uno de aquellos aviones, tanto comerciales, como de la ONU, rezaba para que llegara sana y salva a mi destino. Sólo la vista grandiosa del paisaje me hacía olvidar el miedo a un posible accidente y, al final, consideraba el vuelo como un regalo impagable que estaba al alcance de unos pocos privilegiados. Cerca de Bukavu, pegada al cristal de la ventanilla, veía las grandes praderas de un verde resplandeciente que me recordaban los valles de Suiza, con sus colinas redondas y las granjas de vacas y ovejas. En los alrededores de Goma, el Parque Nacional Virunga se extendía a nuestros pies como un manto vegetal que no se acababa nunca. En aquel océano de plantas vivían los gorilas de montaña, al lado del volcán Nyamuragira que durante varios meses estuvo escupiendo bocanadas de fuego como si dentro se encontrara el mismísimo infierno.

La cooperación española sostenía numerosos proyectos en ese rincón de intrincada geografía, que rodeaba la vertiente occidental del lago Kivu. Tras veinte años de guerra y más de cuatro millones de muertos y varios millones de desplazados, nuestro objetivo consistía en ayudar a consolidar la paz y contribuir a la reconstrucción de la República Democrática del Congo. Los tratados de paz que se habían firmado en los últimos años habían aportado cierto grado de estabilidad en la zona. Aunque sólo en apariencia. La riqueza natural de la superficie era equiparable a la riqueza mineral que rebosaba el subsuelo, y los más débiles siempre pagaban las consecuencias de la explotación ilícita de los recursos naturales.

Yo había viajado en varias ocasiones al este del país para hacer el seguimiento técnico o la evaluación de los proyectos que financiaba la cooperación española y para identificar nuevas necesidades: hospitales, colegios, centros de salud... Cuando visité el centro Don Bosco Ngangi, se estaba viviendo un período crítico de inseguridad que había provocado el desplazamiento de miles de personas y a punto estuve de tener que anular el viaje. En ese momento algunas ONG se marcharon y con ellas muchos cooperantes. Seguramente el misionero salesiano Honorato Alonso también habría recibido el aviso de la embajada de España, y su congregación le habría dado la opción de abandonar el país. Pero él decidió quedarse en Goma. En el centro Don Bosco Ngangi, donde él daba clases de electrónica, estudiaban más de tres mil chicos de todas las edades, muchos de ellos desplazados, víctimas de las guerras del este y otros muchos niños que habían luchado como soldados y que, ahora, después de dejar las armas, se estaban formando para ser futuros electricistas, mecánicos, soldadores o agricultores, y a Honorato le preocupaba que perdieran días de clase. Con él me fui andando y por el camino le paraba todo el mundo, soldados y policías incluidos, y a cada paso escuchaba: «Hermano, tú ayudaste a mis hijos cuando no podían estudiar, hermano, gracias por quedarte con nosotros». Honorato se paraba, sonreía tímidamente, les estrechaba la mano, se interesaba por sus problemas y seguía caminando.

La última vez que viajé a la región de los Grandes Lagos fue durante mis vacaciones de verano. Después de unos meses intensos de trabajo quería disfrutar del paisaje verde y del clima fresco del este, nada que ver con el calor bochornoso que hacía en Kinshasa que no me dejaba ni dormir. También quería aprovechar esos días para ver tranquilamente más proyectos y para visitar a amigos a los que hacía tiempo que no veía. Cuando se lo conté a Valère le pareció bien; sabía que necesitaba descansar y, aunque él no podía venir conmigo, sí me acompañó hasta el aeropuerto en su coche. Tuve suerte porque gracias a una serie de afortunadas coincidencias pude, en el último minuto, acceder a uno de los aviones de la ONU. El vuelo hacia Goma tenía dos escalas intermedias, en un recorrido semejante al de una espiral. Por el cielo seguimos el curso serpenteante del río Congo; se le veía abriéndose paso con mansedumbre entre las masas boscosas de la selva ecuatorial. El aeropuerto de Kisangani, donde hicimos la primera parada técnica, se encontraba rodeado de árboles, y durante la aproximación a la pista me pareció que íbamos a caer encima de sus copas. De allí nos fuimos a Entebbe, en territorio de Uganda, junto al lago Victoria. El aterrizaje me produjo una impresión parecida, salvo que, en esa ocasión, me pareció que el vientre del avión se deslizaba sobre la superficie azulada de las aguas como si fuera una pista de hielo infinita.

En Goma me esperaba mi amigo Álvaro Trincado, un gran conocedor de la región de Kivu y de sus gentes después de haber vivido allí durante casi seis años y de estar casado con una congoleña. Con él viví una de las experiencias más intensas que un ser humano pueda imaginar: la de contemplar de cerca, en su hábitat natural, los gorilas de montaña, los mismos que estudió la zoóloga estadounidense Dian Fossey, quien inspiró la película *Gorilas en la niebla*. Pagamos la entrada y nos dirigimos en un todoterreno, por una peligrosa pista de tierra, hasta el Parque Nacional de Virunga acompañados de un guardia del parque que nos sirvió de guía. El guardia nos hablaba de los gorilas con un conocimiento asombroso. Los identificaba por sus nombres, conocía las costumbres y manías de cada uno y sabía perfectamente dónde se encontraban. Entre los gorilas, había varios grupos familiares y nosotros tuvimos suerte, porque enseguida divisamos a la familia Humba compuesta por papá Humba, y las seis hembras que conformaban su harem, además de algunos bebés gorila.

El científico naturalista David Attenborough escribió en sus memorias lo que sintió la primera vez que vio a uno de esos primates: «Hay más significado y comprensión en el intercambio de una mirada con un gorila que con cualquier otro animal que conozco».

Una sensación semejante fue la que sentí cuando, en los minutos finales de nuestra visita, una de las hembras decidió dar por concluida su siesta. Tras pasear su mirada distraída entre los componentes de nuestro grupo, que nos ocultábamos a cierta distancia detrás de unos matorrales, optó por fijarse en donde estaba yo. Durante unos segundos en los que hice esfuerzos para ni siquiera respirar con tal de no alterar la magia del momento, la hembra permaneció absorta mirándome fijamente mientras se llevaba a la boca un manojo de hojas que arrancó de una rama. Incluso se olvidó de atender a su bebé, que se sentó delante de ella y puso una cara similar a la de los niños cuando hacen pucheros. Un leve gruñido de su retoño, apenas perceptible, sirvió para que mamá Humba se olvidara de mí y cogiera a su bebé como lo haría una madre humana con su hijo, lo acercase con su brazo a uno de sus pechos, y empezara a amamantarlo. Cuando terminó, lo depositó en el suelo, pero el bebé gorila empezó a llorar desconsoladamente y no paró hasta que su mamá volvió a cogerlo y se lo colocó encima de la espalda. El guardia me hizo un gesto de OK con el pulgar, indicándome que debía retirarme para no molestar más a la familia gorila y, aunque me habría quedado durante más tiempo, me di por recompensada con esa bella escena a la que había podido asistir.

De la ciudad de Goma partí en barco hacia la isla de Idwji, en el centro del lago Kivu. Me habían contado que las hermanas de la Compañía de María llevaban a cabo una labor extraordinaria en el hospital, y decidí pasar una semana con ellas y ayudarlas en lo que pudiera. Me recibieron las hermanas Prudence y Antoine, dos congoleñas de carácter que me demostraron, con su dedicación y trabajo, que tenían bien ganada su excelente reputación. La isla de Idwji tenía una curiosa forma de plátano y el hospital se hallaba en uno de los extremos, el que se ubicaba más al sur. Las monjas querían solicitar financiación de la cooperación española para poder ampliar el pabellón donde recibían a las madres que se encontraban en las últimas semanas de embarazo. El antiguo pabellón, construido con ayuda del Ayuntamiento de Córdoba, se había quedado pequeño y muchas futuras mamás se veían obligadas a quedarse fuera.

Esos días transcurrieron entre camas oxidadas, futuras madres que aguardaban con sus abultadas tripas el día del parto, llantos de recién nacidos —nacían cinco de

media cada día— y sábanas blancas y revueltas. Mantener la higiene y evitar las infecciones en medio de un ambiente tan precario se convertía en una tarea titánica para aquellas religiosas que pasaban gran parte de su tiempo limpiando las instalaciones, lavando la ropa, preparando la comida en cacerolas o hirviendo el agua. La mayoría de las parturientas habitaban en humildes chozas y poco o nada sabían de los riesgos que corrían tras el parto. Por eso, la hermana Antoine añadió a su carga de trabajo unas clases de higiene que impartía cada día. Dentro del hospital había una pequeña farmacia con medicamentos que las religiosas compraban en Bukavu y traían en canoas. Alrededor del convento las hermanas cultivaban verduras y legumbres que, junto con el pescado del lago, constituían la dieta esencial de aquella gran familia.

Una de esas mañanas, al terminar una visita rutinaria, la hermana Prudence y uno de los médicos me contaron que era imprescindible construir un nuevo pabellón para recibir a las madres embarazadas. Las mujeres llegaban de todos los rincones de la isla, incluso de los más alejados, y la falta de carreteras y la precariedad en el transporte daba lugar con frecuencia a situaciones dramáticas, que ponían en grave riesgo la vida de la madre o la del bebé o la de ambos. Aún no habían concluido de relatarme algunos casos recientes, cuando uno de los guardias acudió exaltado, solicitando nuestra ayuda urgente. Los tres salimos al exterior. Bajando por la colina, vimos a un hombre que llevaba sobre su espalda a una mujer joven, desnuda de cintura para abajo. Nos apresuramos a llegar a donde se encontraban para descargar a la mujer y nos quedamos pálidos ante la escena que se desarrolló ante nuestros ojos; la más descarnada y brutal que jamás había visto en mi vida. De la vagina de la joven colgaba un cuerpecito humano: su bebé, que no acababa de salir. Se le veía el tronco, las piernas y los brazos, pero la cabeza seguía aprisionada en el interior del útero.

El hombre nos explicó que su mujer había intentado dar a luz en su aldea, a unos quince kilómetros, pero el niño venía de nalgas y se había quedado atrapado. Sobrepuertos de la impresión, cogimos a la mujer y la tumbamos en una camilla. Un grupo de ancianas se arremolinaron a nuestro alrededor y comenzaron a chillar. El guardia y la monja las ahuyentaron como pudieron para que no resultara aún más trágico lo que estaba soportando aquella madre.

—¿Hay posibilidad de salvar al bebé? —pregunté al médico mientras atravesábamos el umbral del edificio, camino de la rústica sala de operaciones.

—No. Está muerto. Si esta mujer hubiera venido aquí hace una semana esto no habría ocurrido. Le habríamos practicado una cesárea.

Incrédula, me volví hacia la hermana Prudence, que me corroboró lo que acababa de escuchar con un simple movimiento de cabeza. El corazón se me desbocó y apenas me oí preguntar de nuevo al médico:

—Y la mujer, ¿se salvará?

—Sí, la mujer sí. Pero hay que cortar la cabeza al bebé que se ha quedado dentro, abrir el vientre de la madre y extraerla del interior del cuerpo.

Aquella imagen del bebé colgando y la madre desmayada me hundieron el ánimo durante el resto de mi estancia en la isla. Si había situaciones parecidas que se repetían con frecuencia, no sé cómo todavía les quedaban fuerzas al médico o a las monjas para seguir trabajando con tanto desnudo como demostraban. Pero, sobre todo, pensaba a menudo en ese bebé, en su muerte tan terrible, en la impotencia de la madre y en lo injusta que era la vida. Afortunadamente, la mujer se salvó. La visitamos todos los días y le dimos apoyo psicológico hasta que, una vez recuperada, pudo volver caminando a su aldea.

Pasados los días, me despedí de las hermanas Prudence y Antoine, sin dejar de pensar en las madres de aquella isla y en las condiciones tan difíciles en las que tenían que dar a luz. Les di muchos ánimos por su entrega y les aseguré que haría todo cuanto estuviese en mi mano para hacer realidad la ampliación de la maternidad.

De la isla de Idwji me marché a Bukavu a visitar a las misioneras españolas de la Compañía de María: las hermanas Ángela, Adela y, la más veterana, la hermana Teresa Sáez, con cincuenta y dos años de presencia ininterrumpida en el Congo. Las conocía de otras ocasiones en las que había venido a esta ciudad y sentía una profunda admiración por ellas. La hermana Teresa había fundado y dirigido el colegio Heri Kweto, otro de los maravillosos milagros que me encontré en aquel país. Podría pasar desapercibido, como un colegio más, pero tenía una importante peculiaridad. En total armonía y respeto mutuo, más de mil niños sordos, ciegos y con deficiencias mentales compartían pupitre, aula y recreo junto a otros que no padecían discapacidad alguna. Teniendo en cuenta las dificultades que cada niño traía consigo, las religiosas intentaban poner en práctica, en el recinto escolar, el mismo espíritu de solidaridad y acogida en el cual se educaba a los menores en los poblados de la selva y el resultado era digno de ver.

Cada vez que venía a Bukavu me acordaba de Amable, porque había sido en los alrededores de esa ciudad donde se había instalado junto a otros miles de hutus ruandeses tras el genocidio que devastó su país. Ahora, quince años después, apenas había rastro de aquellos campos de refugiados, pero la tragedia seguía muy presente en el espíritu de quienes habían vivido aquel conflicto.

—En esta plaza asesinaron a Christophe Munzihirwa —me dijo la hermana Ana, mientras me hacía de guía turística por el centro de Bukavu—. ¿Has oído hablar de él?

El mero hecho de escuchar su nombre despertó en mí el recuerdo de lo que Amable y los otros refugiados ruandeses que conocí en Loukolela me habían relatado en tantas ocasiones. También la hermana Prudence me había hablado de él durante mi estancia en la isla de Idwji.

—Claro que sí, hermana —respondí, emocionada.

El nombre de Christophe Munzihirwa había quedado unido para siempre a los cientos de miles de personas asesinadas durante la guerra. Amable y la hermana Prudence mostraban hacia su figura un respeto reverencial.

—Está enterrado cerca de aquí. ¿Te gustaría ir a verlo?

—Por supuesto. Será un honor.

La hermana Ana me llevó a la catedral, enfrente de la cual se encontraba la tumba del obispo, considerado mártir de la Iglesia. Me arrodillé en señal de respeto y deposité dos rosas rojas sobre la piedra que tenía grabado su nombre. Monseñor Christophe Munzihirwa, que ahora reposaba a pocos metros de mis pies, fue nombrado arzobispo de Bukavu en 1994, poco antes de que cientos de miles de hutus abandonaran Ruanda para instalarse provisionalmente en el Zaire. Monseñor Munzihirwa, sin embargo, no permaneció de brazos cruzados ni adoptó un silencio encubridor. Al contrario, denunció con contundencia la inoperancia de la ONU y de la comunidad internacional, incapaces de frenar el drama humano que había estallado en la región de los Grandes Lagos.

La hermana Prudence estuvo con él pocos días antes de morir asesinado. «Con sus denuncias estaba firmando su condena», me contaba. Él lo sabía y también su círculo más cercano que le habían aconsejado mil veces trasladarse a un lugar más seguro. Pero él no aceptó. Quiso permanecer hasta el final al lado de los que sufrían, hasta que un comando de rebeldes tutsis le ejecutó con un tiro en la cabeza. Para sus asesinos, monseñor Munzihirwa sólo era un simple cuerpo inerte tendido sobre el suelo, incapaz de proferir nuevas denuncias contra ellos. Pero su obra y sus palabras, muy al contrario de lo que supusieron al principio, traspasaron las fronteras del Congo y tuvieron una resonancia a escala mundial y hasta nuestros días.

—¿Volvemos?

La hermana Ana también había depositado unas flores sobre la tumba de monseñor Munzihirwa y había rezado de rodillas. Mientras se levantaba me fijé en ella: me había dicho que tenía sesenta y cuatro años pero aparentaba muchos menos. Era menuda, con el pelo corto, casi blanco, y vestía de manera sencilla con una falda larga que le cubría los tobillos y una camisa por fuera. Otra heroína anónima, pensé, que también había decidido permanecer junto a los congoleños en los momentos más difíciles.

—Sí, hermana. —Y me dispuse a encaminarme hacia la puerta, cuando cambié de opinión—. Aguarde un momento. Déjeme solo que le haga una petición a monseñor Munzihirwa. Un hombre como él debe de tener influencias en el Cielo.

La religiosa debió de intuir que alguna pena me acongojaba porque en voz baja me preguntó:

—¿Quieres compartirla conmigo?

Necesitaba confesárselo a alguien. Llevaba demasiado tiempo guardándomelo para mis adentros. Ni siquiera se lo había contado a Valère. No me atrevía. Atravesamos el pórtico de la catedral y miré hacia las nubes. El sol jugueteaba entre ellas y su luz me dio de lleno en la cara. Me cubrí inmediatamente con las gafas de sol y me quedé inmóvil. Intenté hablar, pero ninguna palabra salió de mis labios. La hermana Ana me pasó la palma por mi espalda para reconfortarme con su gesto. Comprendí entonces que ella sería capaz de entenderme.

—Verá, hermana. Me gustaría pedir un milagro. Me gustaría ser madre, pero los médicos me han dicho que no puede ser.

La hermana Ana se acercó a mí y, sintiendo mi dolor, me dio un abrazo y yo me dejé envolver por ella.

—No te fies de los médicos. Fíate sólo de Dios. Durante estos días he visto tu preocupación por los que sufren. Tú también serás consolada. Tendrás un niño y será

un hombre valiente que luchará por la libertad y la justicia.

La hermana Ana me pareció una mujer muy cariñosa, y agradecí sus palabras de ánimo pero yo prefería ser realista y afrontar la situación con entereza. El diagnóstico de los médicos belgas había sido muy claro, me habían hecho varias pruebas y no había lugar a dudas.

Terminadas mis vacaciones me preparé para volver a Kinshasa. Había reservado una plaza en el avión que salía de Goma a las once de la mañana, así que calculé que llegaría hacia el medio día, justo a tiempo para comer la paella que *papa* Emmanuel me había preparado. Lo sabía porque me lo había contado Valère. Todos los días habíamos hablado por teléfono, también esa misma mañana en la que quiso darme una agradable sorpresa: había conseguido hacerse un hueco en su apretada agenda para venir a buscarme al aeropuerto. Me pareció un detalle muy bonito. Yo también me moría de ganas de verle y de contarle todo lo que había visto durante aquellas dos semanas. Mi cabeza estaba llena de ideas y de nuevos proyectos que la cooperación española podría poner en marcha en los próximos meses o años y quería escuchar sus opiniones, siempre acertadas, como era lógico en un congoleño que conocía muy bien la realidad de su país.

El avión era pequeño, con las letras ONU escritas en los laterales. Dentro coincidí con un amigo de Cáritas Internacional y, durante todo el trayecto, estuvimos debatiendo sobre la situación en el este del Congo y sobre los últimos acontecimientos. El viaje transcurrió sin contratiempos hasta que llegamos al aeropuerto de Kinshasa, pero en lugar de aterrizar el avión empezó a dar vueltas y más vueltas. No era normal y se lo comenté a mi acompañante, a quien también le pareció extraño. Media hora después, los cuchicheos entre los pasajeros fueron en aumento. Bastante intranquila, le pregunté qué ocurría a un miembro de la tripulación, un chico mexicano que me informó muy amablemente en español.

—Ha habido un percance en la pista. Puede asomarse a la ventanilla y lo verá usted misma.

Me aproximé al cristal y vi un avión cruzado sobre la única pista del aeropuerto.

—Se le ha reventado una rueda en el despegue. Nos han comunicado que tendremos que esperar hasta que lo retiren.

Instantes después el piloto nos confirmó por megafonía el motivo del retraso. Los pasajeros permanecíamos sentados y se instaló entre nosotros un profundo silencio. Sólo se oía el ruido de los motores, acelerando y desacelerando en el aire. Mi nerviosismo iba en aumento y volví a llamar al miembro de la tripulación para preguntarle quién debía retirar el avión de la pista.

—En teoría, son los servicios de emergencia del aeropuerto. Pero ya sabe qué clase de bomberos hay en este país. Ese avión se puede quedar ahí tirado dos días más por lo menos.

—Pero ¿qué vamos a hacer?

Desaba conocer cuál era el plan alternativo, pero, tal y como me temía, no había ninguno.

—De momento dar vueltas hasta que recibamos nuevas instrucciones de la torre de control.

Mi vecino de asiento de la izquierda, con un nulo sentido de la oportunidad, habló por primera vez en todo el viaje y comenzó a recordar el accidente de un avión de la ONU ocurrido tan sólo unos meses atrás. Él era psicólogo de la MONUSCO y le había tocado participar en las labores de rescate y la atención a los familiares y amigos.

—No se puede hacer una idea de lo que fue aquello. Estaba rodeado de piernas, de brazos, de cabezas y de sangre por todas partes. Incluso algunos de los miembros del servicio de rescate se pusieron a robar a los muertos. ¡Menudo espectáculo!

Su perorata macabra me impulsaba a salir corriendo, pero no podía. Volví a mirar por la ventanilla. A nuestro alrededor, conté hasta seis aviones de distintos tamaños que se movían en círculos al igual que nosotros. Al poco se unió otro más. Unos por arriba, otros por abajo. Era como estar en un enjambre de abejas.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar así? —pregunté al chico mexicano intentando aparentar cierta calma, aunque varios pasajeros ya empezaban a dar muestras de pánico.

—Hasta que vaciemos los depósitos.

—¿Y por qué no aterrizamos en Brazzaville? —pregunté cada vez más nerviosa.

—Porque los aviones que debían aterrizar antes de nosotros ya han sido desviados allí. Ese aeropuerto es pequeño y tiene muchas dificultades para acoger los vuelos que le desvían a partir de N'Djili.

—Pero ¿esto es normal? —pregunté presa de la desesperación.

—Yo llevo trabajando en aviación más de quince años y las cosas que pasan en el Congo no las he visto en ningún otro lugar del mundo.

Por fin, dos horas después pudimos aterrizar en Brazzaville y allí esperamos a que las autoridades retiraran el avión averiado de la pista. Regresamos a Kinshasa de madrugada. Era noche cerrada. Después de todo el tiempo que llevaba viviendo en el Congo pocas cosas me extrañaban ya, pero recorrer en avión una distancia de seis kilómetros —la que separaba las dos capitales más próximas del mundo— fue una de ellas. Subimos, nos mantuvimos unos segundos en el aire, y bajamos. Un lujo africano que nos podíamos haber ahorrado si hubiéramos esperado un par de horas más hasta que hubieran abierto el puerto y hubiésemos cogido el primer barco que atravesara el río. Cuando salí por la puerta y descendí la escalerilla me temblaba el cuerpo entero. Valère había entrado en la terminal y salió a mi encuentro. Estaba igual de lívido que yo.

—Llevo más de quince horas aquí. No sabíamos nada. Nadie nos decía dónde estabais. Hace tan sólo un rato que nos informaron de que vuestro avión había aterrizado en Brazzaville y que os encontrabais a salvo.

—Y encima estaba sin batería.

—Lo sé. Te he llamado mil veces y no daba señal. Estaba muy asustado.

Afortunadamente era sábado y teníamos el fin de semana por delante. Ya nos habíamos mudado definitivamente a la casa de Maipembe y por eso pusimos rumbo hacia el noreste, en dirección a Maluku. En la parte trasera de nuestro terreno habíamos acondicionado un camino, de modo que podíamos llegar en coche sin necesidad de ir navegando en piragua por el río Congo. Atravesamos con dificultad la tierra arenosa y las raíces de los árboles que nos obstaculizaban el paso, hasta que llegamos a casa. *Papa* Emmanuel también se había venido con nosotros para encargarse de la comida y la limpieza. Además, había empezado a cultivar un pequeño huerto en el que ya crecían hermosos tomates y lechugas y cebollinos de gran tamaño.

Durante los dos días siguientes Valère y yo estuvimos solos, sin nadie más que el uno con el otro. *Papa* Emmanuel se había marchado a Kinshasa para estar con su familia y *papa* Casimire se encontraba en una aldea cercana en el funeral de un pariente suyo. Sí nos visitaron las mujeres del poblado vecino, que me recibieron con papayas y mangos para que se los comprara. El resto del tiempo lo dedicamos a pasear por la orilla del río Congo. Hacía semanas que no llovía y podíamos ir andando durante kilómetros y kilómetros por la tierra arenosa que se había quedado río adentro. La mañana del sábado fuimos a ver a nuestro vecino más cercano, un congoleño experto en sanidad que trabajaba en la embajada belga desde hacía muchos años y que se había construido una casa parecida a la nuestra. A Jean-Marie le quedaban pocos meses para jubilarse y quería reconvertirse en granjero. Ahora que le veía con su mono verde y sus pies descalzos rodeado de vacas, cerdos, gansos y gallinas de Guinea, me resultaba gracioso imaginármelo en una sala de reuniones en Kinshasa, con traje, zapatos recién encerados junto a otros expertos internacionales. Estuvimos charlando un rato con él. Tenía planeado vender la leche de las vacas y la carne en los distintos mercados de Kinshasa, y lo cierto era que, haciendo números, pensé que podría tener suerte en su negocio. A las seis de la tarde contemplamos juntos la puesta del sol sobre el río, y luego nos despedimos de Jean-Marie. Para Valère y para mí no había un plan mejor que cenar juntos en la terraza de nuestra casa, mientras veíamos pasar las barcas, y charlar plácidamente como si el futuro no existiera.

El lunes siguiente recibí una inesperada llamada, nada menos que del señor embajador. Se había enterado por su mujer de que había montado un pequeño negocio de moda africana con la ayuda de Fanny y de varias misioneras y modistas congoleñas, y quería verme. Me presenté en su despacho a las diez de la mañana, vestida con un Dress From Africa, esta vez un modelo con vuelo y manga francesa de color rojo con un estampado de mariposas moteadas. El embajador, como solía ser habitual en él, me saludó muy cordial, con un apretón de manos, y me invitó a sentarme en un sofá de cuero marrón frente a una mesita de cristal en la que descansaban dos tazas de café. Sin más preámbulos, me preguntó en qué consistía todo aquello. Tomé un sorbo y, tras depositar la taza sobre la mesita, le expliqué cómo se nos había ocurrido la idea y nuestros planes de futuro. El embajador se mostró muy interesado.

—¿Cuántos modelos tenéis?

—Hemos diseñado una colección de vestidos de fiesta, otra colección de vestidos de cóctel y otra de faldas. En un futuro nos gustaría empezar también con la ropa de niños.

—¿Y cómo lo hacéis? ¿Quién diseña? ¿Quién cose?

—Fanny es una de las más reputadas diseñadoras del Congo. Ella dibuja los patrones y yo le doy el toque europeo. En realidad sólo superviso los modelos. Los vestidos los cosen las mujeres congoleñas. Son modistas entre las que hay mujeres maltratadas, viudas, mujeres solas con hijos a su cargo... Pero todas cosen muy bien y están encantadas de recibir un sueldo.

El embajador me miró de arriba abajo.

—Este modelo que llevas ¿es de vuestra firma?

—Sí.

—¡Qué bonito! Mira, no puedo alargarme más porque salgo para una reunión dentro de unos minutos, así que iré directamente al grano. La iniciativa me gusta mucho, es cooperación hispano-congoleña y, además, beneficia a las mujeres desfavorecidas. Quería proponerte que hicierais un desfile en mi residencia. Tendría que ser un viernes o un sábado, por supuesto por la tarde, para no alterar el horario de trabajo. He pensado que podríamos invitar a las delegaciones diplomáticas y luego tomar un vino español. ¿Qué me dices?

Me quedé algo extrañada ante aquella propuesta, pero reaccioné enseguida.

—Señor embajador, le digo ahora mismo que sí. Sería un escaparate inmejorable para nuestras prendas. Estaremos encantadas.

—He pensado que podríamos organizar el desfile para dentro de un mes o, como mucho, un par de meses. Lo mejor sería en octubre, una semana antes de la fiesta de la Hispanidad, y enmarcarlo en el conjunto de las iniciativas que los españoles desempeñamos en Kinshasa.

—Sí, me parece muy bien. Se lo contaré esta misma tarde a las mujeres, se van a alegrar mucho.

Me marché muy contenta del despacho por la buena noticia. Pero aún no habían transcurrido dos semanas, cuando recibí una nueva llamada del embajador. Las circunstancias eran idénticas a la visita anterior. Nos dimos el mismo apretón de manos, me volví a sentar en el mismo sofá de cuero marrón, con la misma taza de café depositada en la misma mesilla de cristal. Mientras ambos dábamos el primer sorbo al café, me fijé en el retrato de su mujer y de sus dos hijas, todas de rasgos asiáticos. Pero el gesto relajado que había mostrado en la ocasión precedente había desaparecido y ahora giraba, nervioso entre sus dedos, un bolígrafo.

—Ya sabes que los recortes nos están afectando mucho. Nos han quitado a la persona que se ocupaba de cultura, así que he pensado que asumas tú también la parte cultural de la embajada. Tenemos que preparar el festival de cine hispano-congoleño, y también me gustaría hacer un videofórum todas las semanas, y para eso deberíamos buscar un local y comentar las películas. Tú eres periodista y entiendes de cine. Por eso he pensado en ti.

—Muy bien. ¿Y cuándo habría que empezar?

—Ya mismo, esta misma semana podemos hacer el videofórum en la residencia hasta que encuentres un local donde podamos proyectar las películas.

—De acuerdo, me pondré a ello.

Durante las semanas siguientes el trabajo fue intenso. Por una parte, ya tenía programadas en mi agenda diversas reuniones y proyectos pendientes de evaluación, a los que se añadieron los preparativos del festival de cine y los videofóruns. Tantas actividades me hacían imposible imaginar lo que se avecinó pocos meses después. Durante los años que llevaba trabajando en Kinshasa había adquirido una experiencia notable en el seguimiento de los proyectos de la cooperación española y había logrado una estabilidad emocional junto a Valère que me aportaba sosiego y confianza en el porvenir. Lo último que podía sospechar era que aquel universo de seguridades que yo creía firmemente asentado iba a terminar tambaleándose y, además, en tan poco tiempo. Bien es cierto que corrían rumores entre el personal de la embajada y que las noticias extraoficiales que nos llegaban de Madrid no hacían presagiar nada bueno. Pero yo procuraba seguir ajena a expectativas sombrías que pudiesen ensombrecer mi vida.

Dos meses después no fue el embajador quien me llamó a su despacho para asignarme una responsabilidad suplementaria, sino el coordinador de la oficina de cooperación, mi jefe directo. Lo hizo para comunicarnos a todos una noticia. Cuando acudí al despacho, el coordinador y el resto de los empleados me estaban esperando sentados en la sala de reuniones. Mi jefe me invitó a pasar.

—Siéntate, por favor. Tengo que anunciaros algo importante —me dijo cuando me vio entrar por la puerta.

Obedecí y me coloqué junto a mis compañeros.

A continuación tomó la palabra, apesadumbrado.

—He recibido una carta de Madrid. Ya sabéis cómo está la situación en España... La crisis, por supuesto. De eso..., de sus consecuencias, es de lo que quiero hablaros... —E hizo una larga pausa—. Hay muchos recortes en marcha que afectan a todos los ministerios. En fin, no pretendo alargarme más. Sólo deciros que desde el Ministerio de Asuntos Exteriores han decidido cerrar nuestra oficina. Piensan que es mejor concentrar la ayuda en unos pocos países y, pues bien, Congo es el primer destino en caer. Estábamos haciendo un gran trabajo... Pero... Yo también estoy algo desconcertado. Ha sido muy repentino. Llevamos en este país dos años y ya conocemos el terreno. No sé qué más os puedo decir. Nunca me había ocurrido esto. En fin, si tenéis alguna pregunta...

Pierre, el chófer, levantó la mano, perplejo.

—¿Quiere decir que nos quedamos sin trabajo?

—Lamentablemente así es. Tengo orden de ir cerrándolo todo.

—¿No se van a financiar más proyectos en el Congo? —preguntó mi compañero Luis, el responsable de proyectos de ayuda humanitaria.

—La orden es que la ayuda se concentre en otros países. No tengo más información. Probablemente haya algún tipo de ayuda al desarrollo pero será escasa.

Yo también levanté la mano. Aquella noticia nos estaba cayendo a todos como un jarro de agua fría.

—Pero el Congo es el país más pobre del mundo y los proyectos están ayudando a muchos congoleños. ¿Qué va a pasar con ellos?

El coordinador respondió en tono melancólico.

—Yo sólo os transmito las órdenes que llegan de Madrid. La crisis ha golpeado fuertemente a España y los recortes nos han tocado. Sólo puedo deciros que cerramos. No sé más. Lo siento mucho.

Por la tarde, como siempre desde que vivíamos en Maipembe, Valère vino a buscarme al despacho para marcharnos juntos a nuestra casa. Por el camino me fue

contando que esa mañana había recibido una llamada desde Washington del Fondo Mundial para la Educación. ¡Lo habían conseguido! Se iba a financiar una parte importante de la estrategia de educación. Valère empezó a explicarme los detalles. Desde mi asiento observaba el movimiento de sus manos, la sonrisa en sus labios y sus ojos llenos de emoción buscándome cada vez que lo permitía el tráfico, aunque por primera vez en mucho tiempo fui incapaz de sostenerle la mirada. Su aspecto era tranquilo y relajado. En cambio yo me mantuve serio durante todo el trayecto, con las rodillas juntas, la espalda recta apoyada en el respaldo y la mirada perdida a veces a la izquierda, a veces de frente y, otras veces, siguiendo la luz de los coches que adelantábamos. Saber que iban a cerrar la oficina de cooperación me había producido un fuerte impacto y seguía sumida en un estado de shock.

Tan obnubilada estaba que no me di cuenta de por dónde íbamos hasta que llegamos al intercambiador. Miré la inmensa torre que dominaba el centro de Kinshasa e intenté apoyar la cabeza en la ventanilla, pero los baches de la carretera sin asfalto hicieron que me golpease contra el cristal. Nos detuvimos en el cruce de Quartier 1 con la carretera que conduce hacia N'Djili-Brasserie, donde siempre se repetía la misma escena. Nos rodeaban las furgonetas desvencijadas repletas de personas que nos miraban a través de los huecos de las ventanas sin cristales. En otras ocasiones solía sentirme incómoda, pero ahora pensé en lo difícil que iba a resultarme volver a una rutina en la que no estuviesen los vendedores ambulantes, ni los niños de la calle, ni los policías que nos incordiaban a diario. Valère aceleró por el bulevar Lumumba y, frente a nosotros, surgió un inmenso templo en construcción, perteneciente a alguna de las miles de iglesias pentecostales de Kinshasa. Incluso a ellos, con sus gritos y ritos disparatados, iba a echarles de menos.

El caos creado por el tráfico en los carriles centrales del bulevar sólo podía compararse con la marabunta que pululaba por las inexistentes aceras. A medida que se incrementaba el tráfico, también lo hacía el polvo. Nosotros íbamos con las ventanillas cerradas, pero la gente que caminaba estaba obligada a respirarlo. Nadie se ponía mascarillas. Ni tan siquiera unpañuelo. El umbral de sufrimiento que esa marea humana era capaz de soportar me parecía impresionante. Los congoleños eran maestros en muchas cosas, pero destacaban sobre todo en el arte de vivir el momento. El futuro no se entendía a años vista sino que era un futuro más inmediato, el tangible en unas horas, el que suponía tener algo que llevarse a la boca antes de ir a dormir. Mirándoles, tenía la impresión de que todo terminaba en el ahora. Igual que para mí, cuyo futuro implicaba mi regreso forzado a Madrid. Bajé la mirada, sin atreverme a observar a Valère, para dirigirla de nuevo hacia la calle. Las sombras comenzaban a apoderarse del cielo de Kinshasa, mientras avanzábamos muy lentamente. La gente seguía apolonada a ambos lados del bulevar y me preguntaba de dónde vendrían o a dónde irían. Vendedores de comida y todo tipo de cachivaches, clientes, caminantes sin rumbo, niños en uniforme con sus cuadernos en las manos, ancianas anudándose los francos conseguidos ese día en los paños a la altura de la cintura... Conocía muy bien cómo sobrevivían los congoleños. Tal vez esa señora que agitaba los brazos a la salida de una farmacia había encontrado por fin las medicinas que necesitaba algún familiar, quizá una hija suya, después de un día buscando dinero para pagarlas. Un padre con sus dos niñas en cada mano pasó delante de nosotros aprovechando que estábamos parados. Creí ver tensión en su rostro y no era para menos, porque atravesar el bulevar Lumumba, sin que nadie te llevara por delante, era todo un triunfo. Siempre había valorado la fuerza y las ganas de vivir de los congoleños, su arrojo ante las dificultades, su iniciativa y su increíble capacidad de salir adelante en las situaciones más adversas. Más que nunca necesitaba hacer mío su ejemplo para que me ayudara a superar ese momento tan amargo de mi vida.

Llegamos a Maipembe, donde el bullicio de la ciudad dio paso a la quietud de la selva. Cuando salimos del coche oí entre las ramas de un árbol el ruido de un pájaro revolviéndose en su nido. Desee ser como él y tener la libertad de poder volar donde quisiera. Valère se adelantó unos metros para abrir la puerta de la casa. Me quedé quieta, con la vista tendida hacia el río Congo, donde unos pescadores echaban sus redes frente a una luna redonda. A Valère le pareció extraño que siguiese junto al coche y regresó sobre sus pasos. Me cogió por la cintura y fuimos caminando por el sendero que llevaba a nuestra casa. Me aferré a él y procuré empaparme de todo cuanto nos rodeaba en ese momento: la calidez de su mano, la suavidad de su blusa, la brisa fresca proveniente del río, el crujido de nuestros pasos sobre la hierba, el continuo croar de las ranas y el aullido de las aves nocturnas. Los sonidos de África se habían adueñado de mis oídos, sus colores habían penetrado en mis ojos y su olor característico se había pegado a mi piel. África se había convertido en una parte de mí.

¡Cuántas cosas iba a echar de menos! Despertarme por la mañana con aquella luz límpida y transparente, llena de vida, que entraba juguetona por la ventana e iluminaba todas las habitaciones de la casa. Ver a Valère preparándose el desayuno, su tierno «date prisa que llegas tarde al trabajo», despedirme de *papa* Emmanuel que estaría trajinando con sus tomates en la huerta, las risas de los niños, las mujeres que salían corriendo cada vez que me veían para contarme los últimos chismes del poblado. Alguien había decidido que debía separarme de Valère, de la casa en la que habíamos empezado a construir nuestro futuro, de mi trabajo, de los congoleños... de África. Iban a arrancarme de este lugar donde yo ya había echado unas raíces tan sólidas como las de los árboles que habíamos plantado y que estaban creciendo robustos a lo largo y ancho de la propiedad. ¿Y cuál sería el devenir de los proyectos de la cooperación española? ¿Qué iba a ocurrir con los salesianos de Goma, y con la maternidad que necesitaban las hermanas de la Compañía de María en la isla de Idjwi? ¿Y con el centro de enfermos mentales que dirigía la hermana Ángela? ¿Podría seguir funcionando el centro de traumatología que dirigía la hermana Rosario? ¿Y el hospital Monkole que atendía a más de un millón de personas? ¿Y qué iba a ocurrir con el hospital Saint Joseph? ¿A quién iban a pedir ayuda ahora la hermana Charo, la hermana Elvira y otras tantas y tantas religiosas y ONG en las que los congoleños habían depositado su única y última esperanza? En una escala más pequeña, aquel terremoto también iba a sacudir los pilares de mi existencia y la de aquellas personas que me rodeaban. Livingstone se quedaría sin trabajo y Valère, solo en su casa, probablemente ya no necesitara los servicios de *papa* Emmanuel. ¿Y dónde irían las mujeres que ganaban un pequeño sueldo gracias a Dress From Africa? ¿Qué iba a ser de ellas?

No entendía esa jugarreta del destino. Había concebido el Congo a largo plazo, viviendo con Valère en nuestra casa de Maipembe, trabajando en los distintos proyectos de cooperación. Miré las nubes que seguían moviéndose ajenas a mi dolor. O tal vez no. Aquella noche me parecieron más oscuras que de costumbre, como si quisieran descargar una lluvia de lágrimas, aunque ya sabía que en la estación seca no llovía casi nunca. La luna había desaparecido, dejándome sola otra vez. Subimos las escaleras del porche y ante la puerta empecé a temblar.

—Estás muy seria —me dijo Valère—. ¿Qué te ocurre?

Un silencio tenso se instaló entre nosotros. Valère dejó las llaves en la cerradura y se colocó delante de mí. No pude mantener su mirada y bajé la cabeza. Me abracé a él que, nervioso, me llevó hasta las butacas del porche.

—Cariño, por favor, dime qué te pasa.

Era incapaz de despegar los labios y las palabras se me ahogaban en el pecho, sofocándose con un llanto sordo y amargo. Valère me atrajo hacia sí y me acurriqué entre sus brazos. Él me acarició el cabello y besaba mi rostro y mi frente, hasta que logró sosegarme.

—Van a cerrar la oficina —articulé con un hilo de voz.

Él se apartó unos segundos.

—No... No lo entiendo... ¿Por qué? —me preguntó intuyendo la gravedad de mis palabras.

—Hay una crisis muy fuerte en España. Se están produciendo recortes por todos lados. Y nos ha tocado a nosotros. Tenemos que cerrar la oficina y marcharnos en las próximas semanas.

Que yo me fuera del Congo no entraba en nuestros planes más remotos. Durante toda la tarde le había estado dando vueltas y más vueltas a la cabeza, pero no me llegaba la inspiración. Mi excedencia en Televisión Española sólo contemplaba que trabajase en la Agencia Española de Cooperación Internacional y corría el riesgo de perder mi trabajo, por lo que no tenía más remedio que volver a España.

Valère extendió su mano hacia mí y mis dedos asustados salieron a su encuentro.

—No te preocupes. Buscaremos una solución.

—Lo he pensado todo y no la encuentro.

—Tranquilízate. Se me ocurre que... podríamos montar la granja con la que siempre hemos soñado. Mira el ejemplo de Jean-Marie. Ha empezado a vender en Kinshasa y le está yendo bien. O quizá podrías seguir con Dress From Africa.

Pensé que me lo decía para calmarme, porque lo que me estaba contando no tenía lógica ninguna.

—Valère, sabes que yo no tengo ningún conocimiento de ganadería. Además, para eso ya están *papa* Casimire y los otros hombres, y Dress From Africa da trabajo a las mujeres congoleñas, pero no a mí.

—No importa —me dijo, decidido—. Yo te mantendré. Con mi sueldo podremos vivir los dos, sin grandes lujos, pero lo importante es que estemos juntos. Así todo seguirá igual. Yo volveré por la noche del trabajo y luego iremos a dar un paseo por la orilla del río y cenaremos en la terraza y después...

—Valère —le interrumpí—, el romanticismo suena muy hermoso, pero la cruda realidad es diferente. No puedo permanecer aquí con los brazos cruzados. Ojalá pudiera quedarme pero no sé cómo hacerlo. Es un callejón sin salida.

Los búhos dejaron de ulular en los árboles y los grillos se quedaron mudos en los arbustos. Los sonidos alegres de la selva congoleña se fueron apagando como si hubieran percibido mi pena y quisieran respetarme con su silencio. Valère cogió mi cara entre sus manos y, tras darme un beso, la colocó de nuevo sobre su pecho, donde me quedé quieta, llorando amargamente mientras la luna nos miraba como un gran ojo inmóvil hasta que llegó la madrugada.

Durante los días que siguieron, ambos intentamos actuar como si nada hubiera ocurrido. Valère y yo nos levantábamos temprano, como cada día, a las cinco de la mañana para evitar los atascos, hasta que llegábamos a Kinshasa y nos marchábamos a nuestras respectivas oficinas. Pero la realidad acabó por imponerse. A los pocos días, el compañero de administración nos comunicó que se marchaba. Era congoleño y había encontrado un pequeño trabajo en el negocio de uno de sus tíos. También la secretaria se fue poco después, al igual que mi compañero de proyectos, que encontró una plaza relacionada con su formación en un importante organismo dedicado al medio ambiente. Los despachos se fueron quedando vacíos. Valère me veía despedirme de mis compañeros y no se atrevía a preguntarme cuándo llegaría mi turno de coger el avión. Sin embargo, no podía dilatar más tiempo la toma de una decisión, por muy traumática que fuese. Apuré al máximo los plazos antes de llamar a mis jefes de Televisión Española. Les informé de mi nueva situación. Según la ley, debía redactar una carta a recursos humanos en la que anunciara mi intención de reincorporarme. Me respondieron que tenía un plazo de quince días para presentarme en Madrid. Desde la otra línea del teléfono el jefe de informativos me explicó cuál iba a ser mi nuevo puesto. Yo pensaba que, después de tanto tiempo en el Congo, me instalarían en alguna redacción perdida, pero afortunadamente ellos tenían otros planes para mí.

—Hemos tenido en cuenta tu currículum y valoramos muy positivamente tu experiencia internacional. Como además te defiendes bien con los idiomas, hemos pensado que podrías hacerte cargo del telediario internacional. El horario no es muy cómodo. Es de madrugada, pero creemos que podrías hacerlo muy bien. ¿Qué te parece? ¿Estarías dispuesta a presentarlo?

Por un momento pensé si aquella no sería la causa por la que el destino quería que me marchara del Congo. Una de mis ilusiones profesionales siempre había sido la de presentar un informativo importante y por fin alguien me estaba ofreciendo esa oportunidad. Se lo conté a Valère a la salida del trabajo.

—¿Te das cuenta? —me dijo mientras llegábamos a casa y nos bajábamos del coche, animándome a que aceptara el puesto sin dudarlo—. A veces no entendemos por qué ocurren las cosas. Nuestro campo de visión es tan limitado que nos impide percibir el dibujo completo. Pero, visto con perspectiva, todo adquiere un nuevo sentido.

Guardé silencio, reflexionando, intentando entender por qué estaba sucediendo todo aquello. Durante el camino hacia casa apreté con fuerza la mano de Valère. Cuando llegamos a la terraza él me cogió entre sus brazos y me estrechó con la mayor ternura que pude imaginar.

—En España te espera una nueva vida. Congo es un país muy duro. Por mucho que te empeñes en negar la evidencia, aquí no está tu futuro. Ahora vuelves a la tele, y a ti te encanta la tele. Y te están ofreciendo presentar lo que siempre has deseado. ¡Menuda suerte tienes! Cualquiera en tu lugar estaría dando saltos de alegría. Y tú estás llorando... No es justo que llores.

Sabía que Valère estaba buscando argumentos para levantarme el ánimo. Pero no lo estaba consiguiendo. Notaba que me faltaba el aire y me senté en la silla.

—¿Cuándo tienes que marcharte? —me preguntó, y vi que volvía la cabeza hacia un lado para evitar el contacto con mis ojos.

Tragué saliva antes de contestar.

—La semana que viene.

La tarde de mi despedida lloré con lágrimas amargas que corrieron por mis mejillas hasta que llegamos al aeropuerto. Sólo llevaba conmigo una pequeña maleta de mano que me miraba desde el asiento de atrás como un testigo mudo de mi drama. Había dejado todas mis cosas en casa de Valère para crearme la ilusión de que sólo iba hacer un breve viaje de trabajo, de que regresaría en pocos días y que la rutina de mi vida fuese a seguir inalterable. Puede que mi cuerpo se marchara pero mi alma se iba a quedar para siempre en aquel país: en el Congo, al lado de Valère.

Por el camino fui haciendo un rápido repaso de lo que había sucedido en los últimos días. Había conseguido que varios cooperantes belgas, que acababan de llegar a Kinshasa, solicitasen los servicios de Livingstone, por lo que seguiría trabajando al menos durante unos meses más. *Papa Emmanuel* se quedaría con Valère y lo cuidaría en mi ausencia. A Fanny le prometí que, yo desde España y ella en el Congo, íbamos a seguir con *Dress From Africa*, aunque no estaba segura de poder cumplir con mi promesa. Llegamos al aeropuerto con el tiempo justo. Sólo pude darle un beso fugaz a Valère y salí corriendo hacia la terminal. No habría soportado una despedida más larga.

—Te llamaré cuando llegue —le grité.

Al día siguiente ya estaba en Madrid, que me recibió con el calor seco del principio de otoño. Todo estaba sucediendo tan rápido que me costaba asimilar el curso de los acontecimientos. Mis padres me esperaban a la salida del aeropuerto de Barajas y me llevaron a un nuevo apartamento que habían alquilado cerca del parque del Retiro. Por el camino me impresionaron las autopistas, y dentro de la ciudad, las calles tan limpias, sin desperdicios ni bolsas de basura desparramadas. Era viernes y la gente caminaba animadamente por las aceras, no sobre arena polvorienta. Acababa de llegar a un mundo donde dabas a un botón y se hacía la luz, girabas el grifo y disfrutabas del agua. Cuando llegamos a casa me quedé unos segundos embobada mirando a través de la ventana. Se veía un hospital moderno y al lado un colegio del que salían, en completo orden, niños con sus uniformes impecables, sus mochilas a la espalda o tiradas de un carrito y unos hermosos bocadillos en las manos. Me pareció una imagen irreal. Yo me había acostumbrado a visitar dispensarios cochambrosos y escuelas construidas con pajas o bloques y techos de zinc, con muros medio derruidos y poca iluminación. Había permanecido junto a enfermos sin recursos suficientes para pagarse un tratamiento contra el tifus o una simple gripe. Y había interiorizado los rostros de niños vestidos de uniforme, es cierto, pero que acudían a clase con el estómago vacío. Volví a mirar por la ventana. No estaba en ningún sueño, sino con los pies bien puestos en la realidad.

El lunes me presenté en el trabajo, donde mis amigas me agasajaron con abrazos y besos. Bajé a la sala de maquillaje y peluquería. Me peinaron, me maquillaron y las estilistas me pusieron un vestido, con una elegante americana a juego. Era la primera vez en mi vida que iba a presentar un informativo internacional, pero no estaba nerviosa. Había vivido situaciones mucho más difíciles en mi vida y me concentré en el guión, para que, cuando se encendieran los focos, nadie pudiera sospechar que tan sólo dos días antes acababa de llegar de la República Democrática del Congo.

El informativo transcurrió con normalidad. A las tres de la madrugada, las luces del estudio se apagaron, me despedí de los cámaras, de los redactores, del técnico de sonido, del realizador y de las pocas personas que me fui encontrando en los pasillos hasta que salí a la calle. En casa me desprendí del traje con el que había presentado el informativo, me quité el maquillaje, abrí el ordenador y me dispuse a escribir a Valère. Le había prometido que todas las noches le escribiría un largo e-mail y él me respondería al día siguiente, intentando emular nuestras conversaciones a orillas del Congo con la ayuda del teclado. El contenido de nuestros correos fue ganando en intensidad, acriollada por la distancia que ambos nos esforzábamos en superar. A las dos semanas empecé a sentirme mal. Desde la embajada me habían aconsejado hacerme un chequeo completo una vez que estuviera en España. Pero con mi nuevo horario nocturno me encontraba tan cansada que era incapaz de levantarme a las siete de la mañana, durmiendo sólo tres horas, para ir al hospital. Al principio tuve fiebre y pasé el primer fin de semana en la cama con temblores fríos. Pensé que sería debido al cambio de ambiente, de comida o de agua. No le di mayor importancia y gracias a un simple antitérmico la fiebre desapareció. Pero durante las dos semanas siguientes mi estado no mejoraba. Hacía auténticos esfuerzos para poder terminar el informativo y, cuando acababa, me iba corriendo al cuarto de baño a vomitar. Me asusté. En Kinshasa conocí a un chico que había contraído una bacteria extraña y que tenía los mismos síntomas que yo. El pobre terminó muy delgado, porque la bacteria —a la que nadie ponía nombre— le estaba devorando los intestinos. También me mareaba mucho y me acordé de otra amiga, una economista alemana que trabajaba en un banco de microcréditos en Kinshasa. Tuvieron que trasladarla con urgencia a Alemania porque algo —los médicos tampoco supieron ponerle nombre— se le metió en el oído y perdía el equilibrio cada vez que se ponía de pie. Pedí cita en el hospital y me dieron para unos días más tarde. Acudí a la consulta de medicina tropical habiendo dormido sólo un par de horas. La víspera, Valère me confesó que estaba muy preocupado. Pensaba que podría tratarse de una malaria inoportuna. Yo

no lo creía, porque la fiebre había disminuido y también los temblores. El médico me pidió que me hiciera una analítica completa y me dio una nueva cita para unos días después.

Una semana más tarde, acudí a la consulta para conocer el resultado. Entré en el mismo despacho de la vez anterior, donde un nuevo médico, que no conocía, escribía en un ordenador portátil. Se levantó para saludarme y me invitó a tomar asiento.

—Disculpe, pero su médico ha pedido unos días de permiso, así que le atenderé yo, si no le importa.

—No, no, me parece bien.

El médico observó atentamente la pantalla con una expresión muy seria. «Dios mío —pensé—. ¿Qué habré atrapado?», y me aferré al bolso que sostenía sobre las piernas.

—Veo en su ficha que ha vivido usted en el Congo y que ha estado en contacto directo con la gente de allí. ¿Verdad?

—Sí, así es.

—¿Bebía agua embotellada y la utilizaba también para cocinar?

—Bueno, casi siempre, sí. La hervía y la filtraba. Pero a veces, ya sabe, no era posible.

—Ya veo. Pues hay que tener mucho cuidado con esas cosas. Si no, luego, pasa lo que pasa. ¿Se ha hecho usted algún tatuaje durante su estancia en el Congo?

—No.

—¿Ha sufrido algún accidente o le han hecho una transfusión?

—No.

El médico no era consciente del miedo que me estaba provocando, y seguía escribiendo sin inmutarse.

—¿Tomaba profilaxis para la malaria?

—No, y nunca la he cogido. Los mosquitos solían respetarme.

El médico ni siquiera se percató de mi broma y se limitó a mover la cabeza levemente hacia adelante. Seguía con sus ojos clavados en la pantalla y creí adivinar en su mirada cierta amargura que le impedía ser más humano conmigo.

—Bien, pues aquí tiene el resultado. —Y me entregó un sobre cerrado con mi nombre impreso—. Se lo comenta a su pareja cuando llegue a casa. A partir de ahora tendrá que cuidarse mucho más. Le he prescrito otra analítica completa para la semana que viene y tendremos que hacer otra serie de pruebas; pero eso vendrá más tarde. Ahora, por favor, diríjase a su médico de cabecera para que le oriente sobre lo que tiene que hacer.

Cogí el sobre y salí de la consulta. Con las manos temblorosas lo abrí en la calle, saqué el informe y lo leí detenidamente. Cuando terminé, me senté en un banco para no caerme redonda. Llamé a Valère varias veces, pero la operadora siempre me decía que su teléfono estaba apagado. Entonces recordé que esa misma mañana había viajado a Mbandaka, para una misión de dos días. A esas horas su avión aún no habría aterrizado. Llena de impaciencia, abrí el ordenador con tanta precipitación que casi se me cae y le escribí un correo electrónico enjugándome a cada instante los ojos que tenía llenos de lágrimas.

Querido Valère:

No sé cómo explicarte lo que me acaba de decir el médico. Me gustaría que estuvieras aquí, frente a mí. Darte la mano y que me transmitieses la serenidad que tanto necesito en estos momentos. Desearía contártelo mirándote a los ojos, pero no puede ser y tenemos que conformarnos con esta pantalla por la que nos comunicamos. No me ves pero quiero que sepas que estoy llorando, pero llorando de alegría. Siento miedo y felicidad a partes iguales. Valère, te lo digo ya. ¿Sabes lo que me ocurría? ¿Te acuerdas en lo que tanto hemos soñado durante este tiempo? Pues sí, querido, se ha cumplido. Ahora lo comprendo todo. No era presentar el informativo. No, el destino me tenía reservada otra sorpresa, algo mucho más grande, algo que deberé cuidar con mimo de ahora en adelante, que deberé orientar y querer. Sí, Valère. Cuando me vine de África no me vine sola. África se vino conmigo, dentro de mí, en lo más profundo de mis entrañas. Amor mío, quiero que sepas que estamos esperando un niño.

Agradecimientos

Quería dar las gracias en primer lugar a Carmen Fernández de Blas, porque ella supo ver este libro cuando no era más que un germen que nadie sabía si iba a brotar. También a mi atenta y juiciosa editora Emilia Lope y a todo el equipo de Penguin Random House por arriesgarse con esta obra. Quería dar las gracias de manera muy especial a mi padre porque me animó a seguir escribiendo en los momentos de desánimo. A mi madre por su apoyo infatigable. A mis hermanas Alba y María, y también a mi tía Conchita por leer y ayudarme a corregir los borradores y a mi hermano Javier, a mi cuñada Itziar y a mi sobrino Álex por sus consejos y opiniones. Gracias también a mi amiga Sonsoles por sus sabias recomendaciones y a mis amigas Leire, María e Itziar por acompañarme en los momentos difíciles. A mis compañeros de Televisión Española, en especial, a Juan Manuel Romero y a Luis Paco Gómez de la Llamosa a quien, seguro, le hubiera encantado leer este libro. También quería dar las gracias a mi amigo José Manuel González y a su mujer Ángela por su ayuda infinita y a mis compañeros de la embajada en Kinshasa, en concreto, a mis amigos Luis, Lola y a María quien es, además, la autora de las fotos de *Dress From Africa*. Por último, quisiera expresar mi agradecimiento a todas las personas que aparecen en este libro y a las que no aparecen y hubieran merecido estar. También a mi amigo Louis Ladouceur, por todo el cariño y el apoyo que me ha ofrecido siempre desde Montreal y, por supuesto, a Valère Munsya y a nuestro querido hijo porque los dos dais sentido a mi vida.

Conchín Fernández (Pamplona, 1975) es periodista y presentadora de Televisión Española. Licenciada por la Universidad de Navarra, empieza su carrera profesional en *Diario de Navarra* donde escribe cientos de reportajes y entrevistas. Posteriormente trabaja en el programa *Navarra de Cerca* en el centro territorial de TVE en Navarra. En TVE Madrid ha presentado *El Tiempo*, el informativo nocturno del Canal 24H y el informativo internacional y ha sido subdirectora del programa *Europa 2013*. Ha trabajado también en la Oficina Técnica de Cooperación de la Embajada de España en Rabat en labores de comunicación.

De la mano del padre Amable, un sacerdote ruandés, viaja por primera vez al Congo donde realiza varios reportajes que se emiten en televisión. En 2010 se marcha a vivir a Kinshasa, la capital congoleña, para ejercer como responsable de proyectos de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Vicepresidenta de honor de la Fundación Granda-Rodríguez Ayuda al Congo, ha recibido el segundo premio de Periodismo Manos Unidas, por sus reportajes sobre ese país. Fruto de esta experiencia ha escrito su primer libro, *Querido Noah*, un relato conmovedor y apasionante.

Edición en formato digital: febrero de 2015

© 2015, Conchín Fernández

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Másgráfica

Imagen de portada: Composición digital a partir de fotografías de © Shutterstock y de © Dreamstime

Penguin RandomHouse Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-34392-6

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Querido Noah

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Agradecimientos

Biografía

Créditos